



la  
esposa  
perfecta

un thriller de suspense psicológico con jessie hunt—libro uno

BLAKE PIERCE

# l a e s p o s a p e r f e c t a

(suspense psicológico con Jessie Hunt—Libro 1)

bl a k e p i e r c e

## Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie de misterio éxito de ventas RILEY PAGE, que está compuesta de trece libros (y sigue creciendo). Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio MACKENZIE WHITE, compuesta de nueve libros (y que sigue creciendo); de la serie de misterio AVERY BLACK, compuesta de seis libros; y de la serie de misterio KERI LOCKE, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio THE MAKING OF RILEY PAIGE, compuesta de dos libros (y que sigue creciendo); de la serie de misterio KATE WISE, compuesta de dos libros (y que sigue creciendo); de la serie de suspense psicológico CHLOE FINE, compuesta de dos libros (y que sigue creciendo); y de la serie de thriller suspense psicológico JESSE HUNT, compuesta de dos libros (y que sigue creciendo);

[UNA VEZ DESAPARECIDO](#) (Un misterio de Riley Paige—Libro #1), [ANTES DE QUE MATE](#) (Un Misterio con Mackenzie White—Libro #1), y [CAUSA PARA MATAR](#) (Un misterio de Avery Black—Libro #1) y [UN RASTRO DE MUERTE](#) (Un Misterio Keri Locke --Libro #1), y [VIGILANDO](#) (Las Vivencias de Riley Paige—Libro #1) están disponibles como descarga gratuita en Amazon!

Lector incansable y aficionado desde siempre a los géneros de misterio y de suspense, a Blake le encanta saber de sus lectores, así que no dude en visitar [www.blakepierceauthor.com](http://www.blakepierceauthor.com) para enterarse de más y estar en contacto.

Copyright © 2016 por Blake Pierce. Todos los derechos reservados. Excepto por lo que permite la Ley de Copyright de los Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, o almacenada en una base de datos o sistema de recuperación sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal solamente. Este libro electrónico no puede volver a ser vendido o regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor, compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró solamente para su uso, entonces por favor devuélvalo y compre su propia

copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, las empresas, las organizaciones, los lugares, los acontecimientos y los incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Imagen de portada Copyright lassedesignen, utilizada con licencia de Shutterstock.com.

## **LIBROS DE BLAKE PIERCE**

### **SERIE DE SUSPENSE PSICOLÓGICO JESSIE HUNT**

EL ESPOSA PERFECTA (Book #1)

EL TIPO PERFECTO (Book #2)

### **SERIE LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE**

VIGILANDO (Libro #1)

ESPERANDO (Libro #2)

### **SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE**

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

UNA VEZ CAZADO (Libro #5)

UNA VEZ CONSUMIDO (Libro #6)

UNA VEZ ABANDONADO (Libro #7)

UNA VEZ CONGELADO (Libro #8)

### **SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE**

ANTES DE QUE ASESINE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

### **SERIE DE MISTERIO AVERY BLACK**

CAUSA PARA MATAR (Libro #1)

CAUSA PARA CORRER (Libro #2)

### **SERIE DE MISTERIO DE KERI LOCKE**

UN RASTRO DE MUERTE (Libro #1)

# CONTENIDOS

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)

[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)

[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)

[CAPÍTULO TREINTA](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)

CAPÍTULO TREINTA Y DOS  
CAPÍTULO TREINTA Y TRES

## CAPÍTULO UNO

Jessie Hunt, agotada y sudorosa, colocó la última de las cajas de embalaje sobre la moqueta del comedor. Ya podía sentir cómo se le empezaban a tensar los músculos y sabía que al día siguiente le iba a doler todo el cuerpo.

Sin embargo, cuando miró a Kyle, no pudo evitar que le saliera una sonrisa. Se habían mudado oficialmente. La enorme sonrisa que había en su rostro le hacía saber que él estaba pensando lo mismo. Tenía la camiseta empapada, pero, cuando se acercó y le dio un abrazo de lo más amoroso, le dio igual.

“Ahora vivimos aquí,” le susurró al oído, antes de besarle con gentileza en el cuello. “Creo que nos merecemos un trago para celebrarlo, ¿no crees?”

“Sin duda alguna,” asintió ella.

“¿Champán? ¿Cerveza?”

“Quizá una cerveza,” sugirió Jessie, “y un chupito de Gatorade. Tengo la impresión de que se me puede agarrotar el cuerpo en cualquier momento.”

“Enseguida vuelvo,” dijo Kyle, mientras se dirigía a la cocina.

Jessie se movió del comedor al estudio y se tiró en el sofá, notando como su camiseta empapada de sudor se pegaba a la sábana que cubría el mobiliario. Estaban a finales de agosto y hasta en la comunidad costera de Westport Beach in Orange County, el clima era tórrido y pegajoso.

La temperatura rondaba fácilmente los treinta y tantos grados.

Por supuesto, eso no era nada en comparación con el centro urbano de Los Ángeles, donde habían vivido hasta esta mañana. Rodeada de asfalto y hormigón y de rascacielos resplandecientes, con frecuencia Jessie salía de su apartamento al calor del postrero verano para enfrentarse a temperaturas de más de 37 grados. Comparado con eso, esto resultaba un alivio.

Se recordó a sí misma que este era exactamente el tipo de ventaja que justificaba mudarse de la vida a la que se había acostumbrado en la ciudad. Iba a canjear la agitación de las transitadas calles de Los Ángeles por las refrescantes brisas marinas. En vez de ir a restaurantes nuevos de moda, visitarían cafeterías junto al mar. En vez de tomar el metro o un Uber para ir a la inauguración de una galería de arte, iban a presenciar una carrera de yates en el puerto. Y, por supuesto, estaba todo el dinero adicional. Le llevaría algún tiempo acostumbrarse, pero le había prometido a su marido acoger su nueva vida con los brazos abiertos y tenía la intención de cumplir con su palabra.

Kyle entró a la habitación, con cervezas y Gatorades en la mano. Se había quitado su camiseta mojada. Jessie pretendió ignorar los impresionantes



abdominales y pectorales de su marido. No se explicaba cómo se las podía arreglar para mantener ese físico trabajando tantas horas para su compañía, aunque no se quejaba de ello.

Él se le acercó, le entregó las bebidas, y se sentó a su lado.

“¿Sabías que hay un frigorífico para vino en la despensa?” le preguntó.

“Sí,” dijo ella, riendo con incredulidad. “¿No te diste cuenta de ello cuando vinimos a ver la casa las dos últimas veces?”

“Simplemente asumí que se trataba de otro armario así que nunca lo abrí hasta ahora. Está bastante bien, ¿eh?”

“Sí, bastante bien, chico guapo,” asintió ella, maravillándose ante la manera en que sus ricitos rubios permanecían perfectamente colocados, sin que importara lo desaliñado que estuviera el resto de él.

“Tú eres la bonita,” dijo él, retirando el pelo castaño que le llegaba hasta los hombros de sus ojos verdes y mirándola con sus penetrantes ojos azules. “Me alegro de haberte sacado de la ciudad. Estaba harto de todos esos modernos con sombreritos de fieltro echándote los tejos.”

“No es que los sombreritos fueran un gran reclamo, la verdad. Apenas podía verles las caras para decidir si eran mi tipo.”

“Eso es porque eres toda una amazona,” dijo él, pretendiendo no ponerse celoso al escuchar su leve provocación. “Cualquier chico que mida menos de 1,80 tiene que romperse el cuello para mirar al pedazo de mujer que eres.”

“Pero tú no,” murmuró Jessie con dulzura, olvidando de repente sus agujetas y molestias mientras le atraía hacia ella. “Yo siempre estoy levantando la vista para mirarte a ti, cachalote.”

Sus labios empezaban a rozarse con los de él, cuando sonó el timbre de la puerta principal.

“Tiene que ser una broma,” gruñó Jessie.

“Por qué no vas a abrir?” sugirió Kyle. “Voy a buscar una camiseta limpia que ponerme.”

Jessie se acercó a la puerta principal, con la cerveza en la mano. Esa era su pequeña rebelión por el hecho de que le hubieran interrumpido en medio de su juego de seducción. Cuando abrió la puerta, le saludó una animada pelirroja que parecía tener más o menos su misma edad.

Era bonita, con una nariz pequeña como un botón, relucientes dientes blancos, y un vestido veraniego que era lo bastante ajustado como para demostrar que nunca se perdía una clase de Pilates. Llevaba en las manos una bandeja llena de lo que parecían ser brownies caseros. Jessie no pudo evitar

echarle una ojeada al enorme anillo de bodas que llevaba puesto. Relucía al sol de la tarde.

Casi sin pensar, Jessie se puso a trazar un perfil de la mujer: treinta y pocos años; se casó pronto; dos, quizá tres niños; ama de casa que ha tenido mucha ayuda; curiosa, pero sin malicia.

“Hola,” dijo la mujer con voz alegre. “Soy Kimberly Miner, tu vecina de enfrente. Solo quería daros la bienvenida al vecindario. Espero no molestaros.”

“Hola, Kimberly,” contestó Jessie con su voz más amigable de vecina nueva. “Yo soy Jessie Hunt. Lo cierto es que acabamos de meter la última caja hace un par de minutos así que esto es muy oportuno. Y es tan dulce por tu parte, ¡literalmente! ¿Son brownies?”

“Así es,” dijo Kimberly, entregándole la bandeja. Jessie observó cómo pretendía intencionadamente no mirar la cerveza que tenía en la mano. “Son algo así como mi especialidad.”

“Pues entonces entra y come uno,” le ofreció Jessie, a pesar de que era lo último que quería en este instante. “Lamento que la casa esté hecha un lío, al igual que Kyle y yo. Llevamos todo el día sudando. Lo cierto es que él está buscando una camiseta limpia ahora mismo. ¿Te gustaría algo de beber? ¿Agua? Gatorade. ¿Una cerveza?”

“No, gracias. No quiero molestar. Seguramente ni siquiera sabes en qué caja están las copas ahora mismo. Me acuerdo del proceso de la mudanza. Nos llevó meses. ¿De dónde venís?”

“Oh, estábamos viviendo en D. T. L. A.,” dijo Jessie, y al ver la expresión confusa en la cara de Kimberly, añadió: “Oh, eso es el centro urbano de Los Ángeles. Teníamos un apartamento en el distrito de South Park.”

“Oh, vaya, gente de ciudad,” dijo Kimberly, riéndose un poco de su bromita. “¿Qué os ha traído a Orange County y a nuestra pequeña comunidad?”

“Kyle trabaja para una empresa de gestión de patrimonios,” explicó Jessie. “Abrieron una oficina satélite aquí este año que se expandió hace poco. Es algo muy importante para ellos porque PFG es una empresa bastante conservadora. Así que le preguntaron si quería encargarse de ella. Supusimos que era buen momento para un cambio porque estamos pensando en comenzar una familia.”

“Oh, con el tamaño de esta casa, supuse que ya teníais hijos,” dijo Kimberly.

“No—solo somos optimistas,” respondió Jessie, intentando ocultar la

repentina vergüenza que le sorprendió sentir. “¿Tú tienes hijos?”

“Dos. Nuestra hija tiene cuatro años y mi hijo tiene dos. Lo cierto es que voy a pasar a recogerles de la guardería en unos minutos.”

Kyle llegó y le rodeó la cintura a Jessie con el brazo mientras extendía la otra mano para estrechar la de Kimberly.

“Hola,” dijo con calidez.

“Hola, bienvenidos,” respondió ella. “Por favor, entre vosotros dos, vuestros futuros hijos van a ser unos gigantes. Me siento como una chiquilla junto a los dos.”

Se dio un breve e incómodo silencio mientras tanto Jessie como Kyle se preguntaban cómo responder.

“¿Gracias?” dijo por fin Kyle.

“Lo siento. Eso fue una grosería por mi parte. Soy Kimberly, vuestra vecina de esa casa,” dijo, señalando al otro lado de la calle.

“Encantado de conocerte, Kimberly. Soy Kyle Voss, el marido de Jessie.”

“¿Voss? Pensé que era Hunt.”

“Él es Voss,” explicó Jessie. “Y yo soy Hunt, al menos por el momento. He estado retrasando hacer el papeleo para cambiarlo.”

“Ya veo,” dijo Kimberly. “¿Cuánto tiempo lleváis casados?”

“Casi dos años,” dijo Jessie tímidamente. “Tengo un *auténtico* problema con la postergación. Puede que eso explique por qué sigo en la escuela.”

“Oh,” dijo Kimberly, obviamente aliviada de dejar atrás el delicado tema del apellido. “¿Qué estudias?”

“Psicología forense.”

“Vaya—eso suena emocionante. ¿Y cuánto te falta para ser una psicóloga oficialmente?”

“Bueno, me quedé algo rezagada,” dijo Jessie, procediendo a contar la historia obligada de todas las fiestas a las que había ido en los últimos dos años. “Empecé con psicología infantil cuando éramos estudiantes en la USC— allí es donde nos conocimos. Hasta estaba de becaria para mi Master cuando me di cuenta de que no podía con ello. Lidar con los problemas emocionales de los niños suponía demasiado para mí. Así que cambié de especialidad.”

Intencionadamente, no dijo nada sobre los demás detalles de la razón por la que había dejado su puesto de becaria. Apenas había alguien que supiera sobre ello y, sin duda alguna, no se lo iba a contar a una vecina que acababa de conocer.

“Entonces, ¿te resulta menos perturbador tratar con la psicología de

criminales que con niños?” preguntó Kimberly, confundida.

“Extraño, ¿verdad?” concedió Jessie.

“Te sorprenderías,” intervino Kyle. “Tiene este don para meterse en las mentes de los tipos malos. Con el tiempo, se va a convertir en una perfiladora excelente. Ya pueden andarse con cuidado todos los Hannibal Lecter en potencia.”

“De verdad,” dijo Kimberly, sonando realmente impresionada. “¿Has tenido que tratar con asesinos en serie y cosas así?”

“Todavía no,” admitió Jessie. “La mayoría de mi formación ha sido académica. Y con la mudanza, tuve que cambiar de universidad. Así que voy a hacer mis prácticas en UC-Irvine, comenzando este semestre. Este es el último así que me graduaré en diciembre.”

“¿Prácticas?” preguntó Kimberly.

“Es algo así como un puesto interino, pero con menos trabajo. Me asignarán a una prisión o a un hospital psiquiátrico, donde observaré e interactuaré con presos y pacientes. Es lo que he estado esperando durante mucho tiempo.”

“La oportunidad de mirar a los malvados a los ojos y ver lo que hay dentro de sus almas,” añadió Kyle.

“Puede que eso sea algo exagerado,” dijo Jessie dándole un codazo en bromas en el hombro. “Pero con el tiempo, sí.”

“Eso es muy emocionante,” dijo Kimberly, sonando genuinamente intrigada. “Estoy segura de que tendrás historias geniales que contar. A propósito, ¿dices que os conocisteis en la universidad?”

“En el dormitorio de los recién llegados,” dijo Kyle.

“Oh,” presionó Kimberly. “¿Os hicisteis amigos en la lavandería, o algo así?”

Kyle ojeó a Jessie y antes de que dijera una sola palabra, ella ya sabía que iba a meterse de lleno en la historia que acababan contando en todas las fiestas.

“Esta es la versión abreviada,” comenzó Kyle. “Éramos amigos, pero empezamos a salir a mitad del primer semestre después de que un idiota le dejara plantada. A él le echaron de la universidad, supongo que no por el hecho de dejarla tirada. Aun así, creo que se libró de un buen lío. Salimos juntos durante un año, y después nos fuimos a vivir juntos. Hicimos eso durante otro año antes de comprometernos. Entonces nos casamos diez meses después. Vamos a cumplir dos años de éxtasis matrimonial en octubre.”

“Así que sois pareja desde la universidad. Eso es muy romántico.”

“Sí, ya sé que suena así,” dijo Kyle. “Pero lo cierto es que me costó un tiempo ganarme su corazón. Y todo ese tiempo estuve tratando a mis competidores a palos. Como te puedes imaginar, prácticamente todos los chicos que la veían se quedaban embelesados de inmediato con la señorita Jessica Hunt. Y eso solo con mirarla. Cuando acabas por conocerla, todavía te embelesa más.”

“Kyle,” dijo Jessie, sonrojándose. “Me estás dejando en evidencia. Guárdate algo de eso para octubre.”

“Sabéis una cosa,” dijo Kimberly con una sonrisa. “Me acabo de acordar de que tengo que ir a recoger a mis hijos ahora. Y de repente, me da la impresión de que estoy interrumpiendo los planes de una pareja feliz de bautizar su nuevo hogar. Así que me voy a ir, pero prometo presentaros al resto de los vecinos. Tenemos un vecindario de lo más amistoso. Todo el mundo se conoce. Organizamos barbacoas en la calle cada semana. Los niños se quedan a dormir en las otras casas todo el tiempo. Todo el mundo pertenece al club de yates local, aunque no tengan barco propio. Cuando os acomodéis, os vais a dar cuenta de que este es un lugar estupendo donde vivir.”

“Gracias, Kimberly,” dijo Kyle, acompañándole a la puerta. “Estaremos encantados de conocer a todo el mundo. Y muchas gracias por los brownies.”

Después de que se marchara, cerró la puerta, haciendo un gesto exagerado al cerrarla.

“Parece agradable,” dijo Kyle. “Esperemos que todos sean así.”

“Sí, me cayó bien,” asintió Jessie. “Era un poco curiosa, pero supongo que así es como es la gente por aquí. Supongo que debería acostumbrarme a la idea de que se ha terminado el anonimato.”

“Va a ser un proceso de adaptación,” asintió Kyle. “Pero creo que, a la larga, vamos a preferir saber los nombres de nuestros vecinos y poder dejar las puertas sin el pestillo cerrado.”

“Aunque me di cuenta de que lo acabas de cerrar ahora mismo,” señaló Jessie.

“Eso es porque estaba pensando en lo que dijo Kimberly sobre bautizar nuestro nuevo hogar,” dijo mientras se acercaba a ella, quitándose la segunda camiseta en diez minutos. “Y no quiero ninguna interrupción mientras la bautizo.”

Jessie yacía en la cama esa noche, mirando al techo, con una sonrisa en su rostro.

“A este ritmo, vamos a llenar esos dormitorios extra en un suspiro,” dijo Kyle, pareciendo leer sus pensamientos.

“Dudo que podamos mantener ese ritmo cuando empieces a trabajar en la oficina y comience mi nuevo semestre.”

“Estoy dispuesto a probar si tú quieres,” dijo él, suspirando profundamente. Jessie podía sentir como todo su cuerpo se relajaba junto a ella.

“¿No estás nervioso en absoluto?” le preguntó.

“¿Por qué?”

“Todo esto—mejor salario, nueva ciudad, nueva casa, nuevo estilo de vida, nueva gente, nuevo todo.”

“No todo es nuevo,” le recordó. “Ya conoces a Teddy y a Melanie.”

“He visto a Teddy tres veces y a Melanie una vez. Apenas le conozco. Y a ella solo la recuerdo vagamente. Solo porque tu mejor amigo del instituto viva a unas pocas manzanas, no quiere decir que ya esté integrada en nuestra nueva vida.”

Sabía que estaba provocando una pelea, pero no parecía que pudiera controlarse. Kyle no picó el anzuelo. En vez de ello, se dio la vuelta hacia su lado de la cama y le pasó un dedo a lo largo de su hombro derecho, a lo largo de una cicatriz alargada, rosácea, y en forma de luna que le recorría unos doce centímetros desde la parte superior del brazo hasta la base del cuello.

“Ya sé que te sientes aprensiva,” dijo con ternura. “Y tienes todas las razones para estarlo. Todo es nuevo. Y ya sé que eso puede resultar apabullante. No tengo palabras para decirte cuánto aprecio el sacrificio que estás haciendo.”

“Sé que al final iré bien,” dijo ella, suavizándose. “Pero es que son muchas cosas con las que tratar al mismo tiempo.”

“Es por eso que nos va a ayudar vernos mañana con Teddy y Melanie. Restableceremos esa conexión y después tendremos amigos en el vecindario con los que contar mientras nos situamos. Solo conocer a dos personas puede hacer más fácil la transición.”

Kyle bostezó profundamente y Jessie pudo afirmar que estaba a punto de quedarse frito. Por lo general, ese enorme bostezo significaba que se quedaría frito en menos de sesenta segundos.

“Sé que tienes razón,” dijo ella, decidida a terminar la noche de buenas maneras. “Estoy segura de que va a ser estupendo.”

“Lo va a ser,” asintió Kyle con indolencia. “Te quiero.”

“Yo también te quiero,” dijo Jessie, sin saber con certeza si le había escuchado antes de quedarse dormido.

Escuchó sus respiraciones profundas y trató de utilizarlas para quedarse dormida. El silencio era perturbador. Estaba acostumbrada a los sonidos reconfortantes del centro de la ciudad mientras se quedaba dormida.

Echaba en falta los pitidos de los coches más abajo, los gritos de los hombres de finanzas saliendo medio borrachos de los bares que retumbaban contra los rascacielos, el sonido atronador de los camiones saliendo del aparcamiento. Le habían servido de ruido de fondo durante años. Ahora todo lo que tenía para reemplazarles era el leve zumbido del filtrador de aire que había en el rincón de la habitación.

De vez en cuando, creía escuchar un sonido crujiente en la distancia. Como la casa tenía más de treinta años, cabía esperar algunos ruidos de acomodación. Probó a tomar una serie de respiraciones relajantes profundas, tanto para ahogar los demás ruidos como para relajarse. Sin embargo, había una idea que le estaba molestando.

*¿Realmente crees que va a ser estupendo vivir aquí?*

Se pasó la siguiente hora dándole vueltas a sus dudas y alejándolas con una sensación de culpabilidad antes de caer finalmente rendida de fatiga y entrar en un delicioso sueño.

## CAPÍTULO DOS

A pesar de los gritos interminables, Jessie intentaba reprimir el dolor de cabeza que le mordisqueaba los bordes de su cráneo. Daughton, el niño de tres años de carácter tierno, pero sorprendentemente ruidoso de Edward y Melanie Carlisle, se había pasado los últimos veinte minutos jugando a algo que llamaba Explosión y que básicamente consistía en chillar “¡boom!”

Ni Melanie (“llámame Mel”) ni Edward (“Teddy” para los amigos) parecían sentirse molestos por los chillidos intermitentes así que Jessie y Kyle también actuaban como si se tratara de algo normal. Estaban sentados en la sala de estar de los Carlisle, poniéndose al día antes de dar el paseo que habían planeado para ir a almorzar al puerto. Los Carlisle vivían a solamente tres manzanas de allí.

Kyle y Teddy habían estado charlando afuera durante la última media hora mientras Jessie se familiarizaba de nuevo con Mel en la cocina. Aunque solo la recordaba de un previo encuentro, después de unos pocos minutos, estaban charlando con toda la cordialidad del mundo.

“Le pediría a Teddy que hiciera una barbacoa, pero no quiero que os pongáis enfermos durante vuestra primera semana por aquí,” dijo Mel sarcásticamente. “Estamos mucho más a salvo yendo al malecón a comer.”

“¿No es el mejor cocinero del mundo?” preguntó Jessie con una ligera sonrisa.

“Digámoslo de esta manera. Si alguna vez se ofrece a cocinar, pretendes que tenéis algo urgente que atender. Porque si os coméis algo que él haya preparado, vais a tener una urgencia de verdad.”

“¿Qué pasa, cielo?” preguntó Teddy mientras Kyle y él pasaban al interior. Era un tipo barrigón, con aspecto pastoso y cabello rubio en retroceso, y una piel pálida que parecía que pudiera quemarse con tan solo cinco minutos al sol. Jessie también percibió que su personalidad era bastante parecida—pastosa y maleable. Un instinto profundo que no podía describir pero en el que había aprendido a confiar con el paso de los años le decía que Teddy Carlisle era un hombre débil.

“Nada, cariño,” dijo ella casualmente mientras le guiñaba el ojo a Jessie. “Solo le estaba dando a Jessie cierta información esencial para su supervivencia en Westport Beach.”

“Muy bien,” dijo él. “Asegúrate de advertirle sobre el tráfico en Jamboree Road y en la Autopista de la Costa del Pacífico. Puede ser dura de roer.”



“Eso era lo próximo en mi lista,” dijo Mel inocentemente mientras se levantaba de uno de los taburetes de la cocina.

Mientras Mel se adentraba en la sala de estar para recoger los juguetes de Daughton del suelo, Jessie no pudo evitar darse cuenta de que, con esa falda de tenis y su camiseta de algodón, su menuda constitución estaba compuesta de músculos fibrosos. Sus pantorrillas se abultaban y sus musculados bíceps se flexionaban de manera impresionante mientras barría como una docena de coches de Matchbox con un único movimiento veloz.

Todo en ella, incluyendo su pelo corto moreno, su energía sin límites, y su voz directa y mordiente proyectaban la imagen de una chica dura, de las que no se andan con rodeos de New York, que era exactamente lo que había sido antes de mudarse al oeste.

A Jessie le cayó bien de inmediato, aunque no pudiera entender que es lo que le atraía de un tordo como Teddy. Le reconcomía ligeramente por dentro. Jessie se enorgullecía de su habilidad para leer a las personas. Y este hueco en su perfil informal de Mel le resultaba levemente perturbador.

“¿Estamos listos para marcharnos?” preguntó Teddy. También él iba vestido elegantemente con una camisa floja de botones y pantalones blancos de verano.

“Solo tienes que recoger a tu hijo y estaremos listos,” dijo Mel con cierta sequedad.

Teddy, aparentemente acostumbrado a su tono, se fue a buscar la máquina de “Explosión” sin decir palabra. Unos segundos después, escucharon unos gritos mientras regresaba sujetando a Daughton cabeza abajo por los tobillos, mientras el niño se resistía con todas sus fuerzas.

“¡Para, papá!” gritaba el niño.

“Déjalo en el suelo, Edward,” dijo Mel, siseando.

“Me contestó,” dijo Teddy mientras depositaba a su hijo en el suelo. “Solo necesitaba recordarle que ese tipo de cosas no está bien.”

“¿Y si se hubiera resbalado y caído, y se hubiera abierto la cabeza?” demandó Mel.

“Entonces habría aprendido una valiosa lección,” contestó Teddy con toda tranquilidad, sin que pareciera preocupado en absoluto por esa posibilidad.

Kyle se echó a reír con admiración y solo se detuvo cuando Jessie le lanzó unas miradas asesinas. Intentó cambiar la risa por una tos, pero era demasiado tarde y se encogió de hombros con aspecto arrepentido.

A medida que se dirigían al puerto, por el sendero bien cuidado que iba

paralelo a la carretera principal, Jessie observó cómo iban vestidos Kyle y ella en comparación con sus amigos. Hasta Daughton, que tenía la piel pálida de su padre, pero el cabello oscuro de su madre, llevaba puestos unos pantalones cortos planchados y una camisa de cuello alto. Kyle llevaba unos pantalones cortos y una camiseta y Jessie se había puesto un sencillo vestido de verano en el último minuto.

“¿Estáis seguros de que vamos vestidos adecuadamente para almorzar en vuestro club?” le preguntó a Mel con aprensión.

“Oh, no te preocupes de ello. Sois nuestros invitados. Las normas sobre atuendo no os afectan a vosotros. Solamente los miembros reciben azotes por ir vestidos inapropiadamente. Y como Daughton es pequeño, a él solo le harían una marca con un hierro candente.” Seguramente Mel vio la mirada en los ojos de Jessie, porque le puso la mano en la muñeca de inmediato y añadió, “Solo estoy bromeando.”

Jessie sonreía con tensión ante su incapacidad para relajarse. Y justo entonces, Daughton pasó corriendo a su lado soltando un impresionante “boom” que le hizo saltar del susto.

“Tiene mucha energía,” dijo ella, tratando de sonar entusiasta. “Me encantaría embotellarla.”

“Sí,” asintió Mel. “Da mucho trabajo, pero lo adoro. Es extraño cómo las cosas que molestan a otra gente te resultan graciosas cuando se trata de tu hijo. Ya verás lo que quiero decir cuando te pase a ti. Asumiendo que eso es lo que quieres, claro está.”

“Así es,” dijo Jessie. “Llevamos un tiempo hablando de ello. Ha habido algún que otro... contratiempo por el camino, pero esperamos que el cambio de ambiente ayude.”

“En fin, debería advertirte. Es probable que surja el tema a menudo entre las mujeres que vas a conocer hoy. Les encanta hablar de niños y de todo lo que se relacione con ellos. Seguramente te preguntarán acerca de tus planes, pero no sufras por ello. Esa es la conversación típica, que siempre acaba surgiendo por estos lares.”

“Gracias por avisarme,” dijo Jessie cuando llegaron al final del sendero.

Se detuvo un momento para admirar las vistas. Estaban sobre el borde de un acantilado que daba a la Isla de Balboa y a la Bahía Promontory. Más allá estaba la Península de Balboa, el último pedazo de tierra antes del Océano Pacífico. El agua azul marino se extendía hasta donde alcanzaba la vista, y se acababa fundiendo con el cielo de un azul más pálido, punteado con unas

cuantas nubes abultadas. Era realmente impresionante.

Más de cerca, vio el animado puerto, con barcos que entraban y salían según un sistema tácito que era mucho más organizado y hermoso que el de la autopista. La gente, diminuta como hormigas desde aquí arriba, merodeaba por el complejo del puerto y su gran cantidad de tiendas y restaurantes. Parecía que estuvieran en un mercado de agricultores.

El sendero había dado paso a una escalera enorme de piedra que descendía hasta el complejo. A pesar de los pasamanos de madera a ambos lados, era ligeramente sobrecogedor.

“El sendero reaparece de nuevo unos cincuenta metros más adelante y desciende hasta el puerto,” dijo Mel, sintiendo la reticencia de Jessie. “Podríamos ir por ese camino en vez de subir las escaleras, pero se tarda veinte minutos más y la vista no es tan agradable.”

“No, esto está bien,” le aseguró Jessie. “Es solo que últimamente no me he tomado muy en serio mi rutina en el Stairmaster y de pronto me estoy arrepintiendo.”

“Las piernas solo te duelen al principio,” dijo Daughton al saltar delante de ella y tomar la delantera.

“No hay nada como tener a un chiquillo que te rete a moverte,” dijo Jessie, tratando de reírse.

Empezaron a descender el largo tramo de escalones, Daughton por delante, seguido de Mel, Jessie, y Kyle, con Teddy a la cola. Después de un minuto, Daughton se les había adelantado bastante y Mel se apresuró a ponerse a su altura. Jessie podía escuchar a los chicos hablando por detrás de ella, aunque no podía entender lo que estaban diciendo. Y con estos escalones tan traicioneros, tenía dudas sobre darse la vuelta para enterarse.

Como a mitad de descenso, vio a una chica en edad universitaria subiendo por las escaleras, vestida solamente con un bikini y sandalias de playa, con una bolsa playera colgada del hombro. Todavía tenía el pelo mojado del agua y se le derramaban unas gotas de sudor por su piel morena y expuesta. Tenía unas curvas impresionantes que el bañador apenas contenía. Parecía que fuera a explotar por varios puntos en cualquier momento. Jessie intentó no mirarla de largo y se preguntó si Kyle estaría haciendo lo mismo.

“Vaya culo tan bonito tiene esa,” escuchó decir a Teddy unos pocos segundos después.

Jessie se puso tensa sin querer, no ya por la grosería sino porque lo más seguro era que la chica estuviera lo bastante cerca como para haberlo oído.

Sintió la tentación de darse la vuelta y echarle una mirada de reprobación cuando escuchó la voz de Kyle.

“¿Verdad que sí?” añadió, riéndose disimuladamente como un colegial.

Jessie se detuvo en seco. Cuando Kyle le alcanzó, le agarró por el antebrazo. Teddy también se detuvo, con una mirada de sorpresa en la cara.

“Continúa, Teddy,” dijo ella, colocándose una sonrisa de plástico en la cara. “Solo necesito hablar con mi hombre un segundo.”

Teddy le lanzó a Kyle una mirada de asentimiento antes de seguir adelante sin hacer ningún comentario. Cuando ella estuvo segura de que ya no les podía oír, miró a su marido.

“Ya sé que es tu amigo del instituto,” susurró. “Pero, ¿crees que podías dejar de actuar como si aún siguieras allí?”

“¿Cómo?” le preguntó él a la defensiva.

“Seguramente esa chica escuchó a Teddy y su tono lascivo. ¿Y tú vas y le animas? No está bien.”

“No es para tanto, Jess,” insistió él. “Solo estaba haciendo una bromita. Quizá se sintió halagada.”

“O quizá le puso los pelos de punta. Sea como fuere, preferiría que mi marido no apoyara la idea de ‘la mujer como objeto sexual’. ¿Es esa una petición razonable?”

“Vaya... ¿así es como vas a reaccionar cada vez que pase una chica en traje de baño?”

“No lo sé, Kyle. ¿Es así como *tú vas* a reaccionar?”

“¿Venís, chicos?” les gritó Teddy desde abajo. Los Carlisle ya estaban como unos cincuenta escalones más abajo que ellos.

“Ya vamos,” le gritó Kyle de vuelta antes de bajar la voz. “Quiero decir, si todavía te parece bien.”

Kyle siguió hacia adelante antes de que ella pudiera responder, bajando las escaleras de dos en dos. Jessie se forzó a tomar una respiración larga y lenta antes de seguirle, esperando poder exhalar su frustración junto con el aire en sus pulmones.

*Ni siquiera nos hemos mudado aún del todo y ya se está empezando a convertir en la clase de cabrón que he tratado de evitar toda mi vida.*

Jessie intentó recordarse a sí misma que un comentario estúpido mientras se encontraba bajo la influencia de un viejo compañero de la escuela no quería decir que su marido se hubiera convertido de pronto en un filisteo. Sin embargo, no se podía sacudir de encima la incómoda sensación de que esto no

era más que el principio.

## CAPÍTULO TRES

Cinco minutos después, con Jessie aún furiosa, entraron al recibidor del Club Deseo, donde recibieron el alivio que necesitaban de un día que ya era tórrido con el aire acondicionado. Jessie echó un vistazo a su alrededor, observando el lugar. No pudo evitar pensar que el nombre, que, según Teddy significaba “Club de los Deseos”, era un tanto grandilocuente, a juzgar por lo que tenía delante.

Casi pasa por alto la entrada al club, una puerta grande, sin carteles, de roble envejecido, adosada a una estructura de aspecto modesto en el extremo más silencioso del puerto. La recepción misma no era nada del otro mundo, con un podio sencillo para la recepcionista que estaba ocupada en este momento por una morena atractiva de aspecto diligente que parecía tener unos veintitantos años.

Teddy se inclinó para hablarle en voz baja. Ella asintió e hizo un gesto al grupo para que pasaran a un pequeño pasillo. Solo cuando otra jovencita rubia, igual de bella, le pidió que depositara su bolso en un canasto, Jessie cayó en la cuenta de que el pasillo también hacía las veces de detector de metales, pero con estilo.

Cuando atravesaron el pasillo, la joven le devolvió su bolso y le indicó que debía seguir a los demás a través de una segunda puerta de paneles de madera que parecía fundirse con la pared que había a su lado. Si hubiera estado ella sola, puede que se hubiera pasado la puerta totalmente por alto.

Una vez atravesaron esa segunda puerta, toda la modestia de la recepción del edificio se desvaneció rápidamente. La habitación cavernosa y circular que estaba mirando con atención tenía dos niveles. El superior, donde estaba ella, tenía mesas en círculo y con vistas al nivel inferior, que se accedía mediante una amplia escalinata.

El nivel inferior tenía una pequeña pista de baile rodeada de multitud de mesas. Parecía que hubieran diseñado todo el lugar utilizando madera reciclada de viejos barcos de vela. Había paneles que estaban juntos, de los que estaban hechas las paredes, de diferentes calidades y tonos. Aunque ese revoltijo no debería haber funcionado bien, lo cierto es que lo hacía, dándole al espacio un ambiente náutico que resultaba reverencial, en vez de un truco barato.

Al extremo de la sala estaba lo más impresionante. Todo el lateral del club que daba al océano estaba compuesto de una ventana de cristal gigantesca, la

mitad de ella por encima del nivel del agua, y la otra mitad por debajo. Dependiendo de donde se sentara uno, podía tener una vista del horizonte o de bancos de peces nadando bajo la superficie. Era espectacular.

Les llevaron hasta una mesa grande en el nivel inferior, donde les esperaba un grupo de unas quince personas. Teddy y Mel hicieron las presentaciones de rigor, pero Jessie ni siquiera trató de memorizar los nombres. Le dijeron que había cuatro parejas, con unos siete niños entre todas ellas.

En vez de eso, sonrió y asintió con cortesía a medida que cada una de ellas le asaltaba con más información de la que podía procesar.

“Yo me dedico al marketing en las redes sociales,” le dijo alguien llamado Roger o Richard. Se movía con nerviosismo todo el tiempo y se metía el dedo a la nariz cuando pensaba que no había nadie mirándole.

“Estamos seleccionando moquetas para la pared en este momento,” dijo la mujer sentada junto a él, una morena con mechones rubios en su pelo que a lo mejor era su mujer, pero que, sin duda alguna, le estaba echando miradas de deseo al tipo moreno al otro lado de la mesa.

Continuó así. Mel le presentaba a alguien, Jessie no intentaba memorizar su nombre de verdad, y en vez de eso, trataba de deducir algo sobre su verdadero carácter basándose en su aspecto, lenguaje corporal, y estilo verbal. Era una especie de juego, uno que utilizaba a menudo en situaciones incómodas.

Después de las presentaciones, entraron otras dos jovencitas muy guapas a recoger a los niños, incluido Daughton, para llevárselos a la Cueva del Pirata, que una de las esposas le dijo era el nombre de la zona de diversión infantil. Jessie asumió que debía de estar muy bien porque todos los niños se marcharon sin señal alguna de ansiedad por la separación.

Cuando se hubieron ido, la comida procedió más o menos como le había advertido Mel. Dos mujeres que, o eran gemelas o tenían aspecto tan similar que lo podrían haber sido, contaron una historia sobre un campamento de verano que principalmente se trataba de la horrible voz de canto del que lideraba las alabanzas.

“Sonaba como si estuviera a punto de dar a luz,” decía una de ellas mientras la otra se reía a carcajadas dándole la razón. En la medida que les prestaba atención, Jessie se perdió mientras se interrumpían y se imponían la una a la otra de manera interminable.

Un chico con un sorprendente pelo largo y rizado y una pajarita con la que estaba demasiado embelesado relataba los detalles de un partido de hockey al que había ido la primavera pasada. Solo que no había nada memorable sobre

ello. La historia entera de cinco minutos solo era sobre quién metió los goles. Jessie seguía esperando algún giro en la historia, como cuando se ha arrojado un pulpo a la pista de hielo o algún fan ha saltado la barrera. Pero no hubo ninguno.

“De todos modos, fue un partido increíble,” concluyó finalmente, momento en el que ella supo que era su turno de sonreír con admiración.

“Mejor. Historia. Del. Mundo,” dijo Mel con sequedad, proporcionándole a Jessie el único momento satisfactorio que había disfrutado y algo así como un soplo de aire fresco.

Una gran parte de la conversación se consumió hablando de varios eventos que iban a tener lugar próximamente en el club, entre ellos el baile de Halloween, la Fiesta para Llevar los Barcos (fuera lo que fuera) y el Baile de las Vacaciones.

“Qué es eso de Llevar los...” comenzó a preguntar antes de ser interrumpida por los gritos de la mujer que estaba sentada dos sitios más abajo cuando una camarera tiró un vaso de agua, dejando caer unas gotas sobre ella.

“Zorra,” murmuró demasiado alto después de que se fuera la camarera. Poco después, todos los hombres se levantaron, besaron a sus esposas, y se despidieron. Kyle le lanzó a Jessie una mirada de perplejidad, pero les siguió sin decir nada.

“¿Supongo que te veré más tarde?” le preguntó más que decirle.

Ella asintió con cortesía, aunque estaba igual de confundida. Parecía que estuvieran en esa escena de *Titanic*, en la que todos los hombres se iban después de la cena para hablar de negocios y política tomando brandy en la sala de fumar.

Jessie observó cómo paseaban los hombres entre las mesas hasta llegar a la puerta de madera ornamentada que había al rincón de la sala, delante de la que había un hombre muy serio parado. Tenía el aspecto de un portero de club nocturno, solo que este llevaba puesto un esmoquin. Cuando los chicos de su mesa se acercaron, se echó a un lado para dejarles pasar. Dio la impresión de echarle una mirada escéptica a Kyle hasta que Teddy le murmuró algo. El portero asintió y le sonrió a Kyle.

El resto del almuerzo se pasó en un santiamén. Como había prometido Mel, la conversación se centró en los niños y en los niños por llegar, ya que al menos dos de las mujeres en el grupo estaban claramente embarazadas.

“Me estoy preparando para darle una bofetada al próximo barista que me eche miraditas mientras estoy dándole el pecho,” dijo alguien llamado Katlyn



o Kaitlyn. “Fui demasiado tolerante después de que naciera Warner.”

“Amenaza con una demanda legal,” dijo la Morena de Mechaz Rubias. “Yo lo hice y conseguí un certificado de cien dólares como disculpa. Lo mejor de todo es que nadie había hecho nada malo. Solamente me quejé de un ‘entorno de incomodidad.’”

Jessie era la única que no era madre de toda la mesa, pero intentó unirse a la charla, haciendo preguntas educadas sobre la escuela primaria local (“un basurero”) frente a la privada a la que parecían ir todos sus hijos.

Mientras Jessie escuchaba los desacuerdos sobre la mejor guardería o las opciones de preescolar y el consenso general sobre el mejor supermercado, sintió como su mente divagaba. Se pellizcó por debajo de la mesa unas cuantas veces cuando se enunciaron opiniones sobre las mejores iglesias, el mejor gimnasio local, y dónde encontrar el mejor vestido para el Baile de Vacaciones.

Sin embargo, dejó de intentar seguir quién estaba diciendo qué, o incluso de ofrecer afirmaciones sosas, y se metió en el papel de observadora pasiva, como si estuviera observando el comportamiento social de alguna especie exótica en plena naturaleza.

*¿Es esta la vida con la que me he comprometido? ¿Almuerzos con damas que se enfocan en qué gimnasio tiene la mejor clase de spin? ¿Es este el mundo por el que Kyle ha estado trepando y del que quiere llegar a formar parte? Si es así, que me maten ahora mismo.*

En algún momento, se dio cuenta de que Mel le estaba dando un golpecito en el hombro para decirle que el almuerzo se había terminado y que tenía que pasar a recoger a Daughton. Por lo visto, Teddy y Kyle se encontrarían con ellas en la recepción.

Jessie asintió, se despidió con elegancia de las mujeres cuyos nombres no podía recordar, y siguió sin pensar a Mel hasta la Cueva del Pirata. Se sentía desorientada y agotada, y solo quería regresar a casa, darse un baño, tomar una copa de vino, e irse a dormir. Echó una ojeada a su reloj y le sorprendió descubrir que no era ni la una del mediodía.

\*

No consiguió distenderse hasta horas más tarde. Después del camino de regreso al hogar de los Carlisle y el rato obligatorio que pasaron allí, acabaron por irse a su casa, aunque no sin pasar antes por Costco para

comprar productos básicos. Jessie se imaginó las caras de desaprobación que pondrían sus compañeras de almuerzo.

Más tarde esa misma noche, mientras ella se refrescaba la cara y Kyle se lavaba los dientes, se habían recuperado lo suficiente como para hacer una breve puesta en común del día.

“¿Qué pasó en la sala secreta a la que te fuiste?” le preguntó. “¿Te hicieron quitarte la ropa hasta quedarte en calzoncillos y te dieron diez latigazos?”

“La verdad es que estaba un poco preocupado de lo que pudiera haber detrás de esa puerta,” admitió Kyle mientras pasaban al dormitorio. “Pero resulta que solo se trataba de un bar para deportes muy bien equipado. Tenían los partidos en la televisión, un camarero dando vueltas y tomando nuestras órdenes, y unos cuantos tipos poniéndose o quitándose su ropa de golf.”

“Entonces, ¿nada de sala para fumar con brandy?” le preguntó Jessie, cuestionándose si pillaría la referencia.

“No que yo sepa, aunque me di cuenta de que Leonardo DiCaprio estaba vagando sin rumbo por el vestidor.”

“Bien hecho, marido,” dijo Jessie con admiración mientras se metía a la cama. “Todavía estás en tu punto.”

“Gracias, esposa,” le contestó, deslizándose debajo del edredón junto a ella. “De hecho, escuché que hay una sala para fumar puros por alguna parte, pero no fui en busca de ella. Creo que está oculta en algún rincón que está exento de las normas del club de no fumar. Pero apuesto a que hubiera podido conseguir un brandy si lo hubiera pedido.”

“¿Conociste a alguien interesante?” le preguntó con escepticismo mientras apagaba la luz del dormitorio.

“Sorprendentemente, sí,” dijo Kyle. “Eran todos bastante agradables. Y como dos de ellos están buscando inversiones potenciales, eso les hizo interesantes para mí. Creo que ese club puede ser un auténtico filón para hacer negocios. ¿Y tú?”

“Todo el mundo era muy agradable,” dijo Jessie titubeante, esperando que la oscuridad de la habitación ocultara su ceño fruncido. “Muy abiertas con todo tipo de ofertas para ayudarme con cualquier cosa que necesite.”

“¿Por qué puedo escuchar un ‘pero’ en alguna parte?”

“No. Es solo que ni una vez durante todo el tiempo que estuve a solas con ellas, ninguna de esas mujeres habló de otra cosa más que de niños, colegios o familia. Ni una mención de trabajos o acontecimientos actuales. Resultaba todo muy provinciano.”

“¿Quizá solo querían evitar temas polémicos en un almuerzo con alguien nuevo?” sugirió Kyle.

“¿El trabajo es algo polémico hoy en día?”

“No lo sé, Jessie. ¿Estás segura de que no estás buscándole tres pies al gato a esta inocente reunión?”

“No estoy diciendo que sean como las Esposas de Stepford o algo parecido,” insistió. “Pero excepto Mel, todas eran compulsivamente narcisistas. No creo que ninguna de ellas le dedique ni un pensamiento pasajero al mundo que hay más allá de sus ventanas. Solo digo que después de un rato, empecé a sentirme un tanto... claustrofóbica.”

Kyle se sentó sobre la cama.

“Esa manera de hablar suena familiar,” dijo, con preocupación en la voz. “No te enojas conmigo, pero la última vez que hablaste de sentirte claustrofóbica fue cuando—”

“Recuerdo la última vez,” interrumpió Jessie, disgustada. “Esto no es lo mismo.”

“Muy bien,” replicó Kyle delicadamente. “Pero entenderás que te pregunte si te sientes cómoda con tu medicación estos días. ¿Todavía funciona la dosis? ¿Crees que quizá sea buena idea organizar una cita con la doctora Lemmon?”

“Estoy bien, Kyle,” dijo ella, saliendo de la cama. “No siempre se trata de eso. ¿Es que no puedo expresar algunas reservas sin que te apresures a sacar conclusiones?”

“Por supuesto,” dijo él. “Lo siento. Por favor, vuelve a la cama.”

“Es que vamos, de verdad... tú no estabas allí. Mientras tú estabas relajándote con los chicos, yo tenía una sonrisa falsa en la cara mientras estas mujeres hablaban de presentar demandas contra cafeterías. Esto no tiene que ver con la medicación. Tiene que ver con que ‘estas tipas son horribles’.”

“Lo siento, Jess,” repitió Kyle. “No debería haber dado por sentado que se trataba de la medicación.”

Jessie le miró, sin poder decidirse entre querer perdonarle o machacarle un poco más. Decidió no hacer ninguna de las dos cosas.

“Regresaré en unos minutos,” dijo ella. “Solo necesito distenderme. En caso de que estés dormido para cuando regrese, te daré las buenas noches ahora.”

“Muy bien,” dijo él sin ganas. “Buenas noches, Te quiero.”

“Buenas noches,” dijo ella, dándole un beso a pesar de su falta de entusiasmo en ese momento. “Yo también te quiero.”

Salió del dormitorio y se puso a vagabundear por la casa, esperando a que

se disipara su frustración mientras pasaba de una habitación a la otra. Intentó sacarse el desdén de la cabeza, pero seguía colándose dentro de ella, irritándole a pesar de sus mejores intenciones.

Se estaba calmando lo bastante como para regresar a la cama cuando escuchó el mismo crujido distante de la otra noche. Solo que esta noche no estaba tan distante. Siguió el sonido hasta que encontró el que parecía ser su origen—el ático.

Se había detenido en el pasillo de arriba justo debajo de la puerta de acceso al ático. Después de un momento de titubeo, agarró la manivela que había en la puerta y le dio un tirón hacia abajo. Definitivamente, el crujido sonaba ahora más claro.

Se encaramó a la escalera de acceso con todo el sigilo que pudo, intentando no pensar en cómo este tipo de decisión siempre acababa terriblemente en las películas de miedo. Cuando subió las escaleras, sacó su teléfono y utilizó la función de linterna para registrar el espacio. Pero, excepto por unas cuantas cajas raídas y vacías, no había nada más en todo el espacio. Y el crujido se había detenido.

Jessie descendió con cuidado, reemplazó la escalera y, demasiado excitada como para dormir, reanudó su inquieto vagabundeo. Acabó en el dormitorio que estaban anticipando utilizar para el bebé, cuando y si alguno decidía unirse a ellos.

Ahora estaba vacío, pero Jessie podía imaginarse donde iría la cuna. Se la imaginaba contra la pared de atrás, con un móvil colgando sobre ella. Apoyó la espalda contra la pared y se deslizó hacia el suelo, con lo que acabó sentada con las rodillas delante de su rostro. Las envolvió con sus brazos y se abrazó con fuerza, intentando convencerse de que la vida en este nuevo y extraño lugar sería mejor de lo que parecía por el momento.

*¿Estoy malinterpretando todo esto?*

No podía evitar preguntarse que a lo mejor su medicación necesitaba un reajuste. No tenía claro si estaba siendo demasiado dura con Kyle o si estaba juzgando a las mujeres del Club Deseo con demasiada crudeza. ¿Era el hecho de que Kyle se estuviera adaptando tan fácilmente a este lugar mientras que ella no un reflejo de su adaptabilidad, de la fragilidad de ella, o de ambas? Kyle ya parecía sentirse como en casa, como si llevara viviendo años aquí. Se preguntó si ella llegaría alguna vez a ese punto.

No estaba segura de si solo estaba nerviosa porque su último semestre de clases empezaba al día siguiente y tendría que volver a sumergirse en el

mundo del estudio de los violadores, depredadores infantiles y asesinos. Y no estaba segura de si ese crujido que seguía escuchando era real o solo estaba en su cabeza. En este momento, no estaba muy segura de nada. Y le asustaba.

## CAPÍTULO CUATRO

A Jessie le faltaba el aliento y le palpitaba con fuerza el corazón. Llegaba tarde a clase. Esta era la primera vez que pisaba el campus de la Universidad de California en Irvine y había sido toda una tarea encontrar su aula. Después de correr el último cuarto de milla a través del campus en medio del calor insoportable del mediodía, entró por la puerta. En la frente le brillaban unas gotas de sudor y su camiseta parecía estar ligeramente húmeda.

Se encontró al profesor Warren Hosta, un hombre alto de ojos rasgados y desconfiados y con un solo y patético mechón de pelo negro grisáceo encima de la cabeza, que estaba obviamente en mitad de una frase cuando irrumpió en el aula a las 10:04 de la mañana. Ya había escuchado los rumores sobre su impaciencia y su actitud grosera habitual y no le decepcionó. Se detuvo y esperó a que encontrara su asiento, mirándola fijamente todo el tiempo.

“¿Puedo continuar?” le preguntó sarcásticamente.

*Buen comienzo, Jessie. Vaya manera de causar una primera impresión.*

“Lo lamento, profesor,” dijo Jessie. “Este campus es nuevo para mí. Me hice un lío.”

“Espero que tus capacidades de deducción sean más potentes que tu sentido de la orientación,” le replicó con sagacidad antes de regresar a su discurso. “Como iba diciendo, para la mayoría de vosotros, este será vuestro último curso antes de obtener vuestro Masters en Psicología Forense. No va a ser tarea fácil.”

Jessie desabrochó su mochila con el mayor sigilo posible para sacar un bolígrafo y un cuaderno, pero el sonido de la cremallera pasando por cada diente pareció resonar en toda el aula. El profesor volvió la mirada hacia ella por el rabillo del ojo, pero continuó hablando.

“Distribuiré el programa en unos momentos,” dijo. “Pero, en general, esto es lo que se espera de vosotros. Además del trabajo habitual del curso y los exámenes asociados con ello, aquellos entre vosotros que todavía tengan que completar una entregaréis y defenderéis vuestra tesis. Además, todos—ya tengan la tesis completada o no—tendréis unas prácticas. Unos cuantos serán asignados a una instalación correccional, ya sea el Instituto California para Hombres en Chino o el Instituto California para Mujeres en Corona, ambos de los cuales albergan un grupo de criminales violentos. Otros visitarán la unidad de alto riesgo del DSH-Metropolitan, que es un hospital estatal en Norwalk. Allí tratan a pacientes a los que se conoce comúnmente como ‘criminales

dementes,' aunque cuestiones relativas a la comunidad local les impidan aceptar pacientes con un historial de asesinato, crímenes sexuales, o fuga.”

Una tácita corriente de electricidad atravesó el aula mientras los alumnos se miraban entre ellos. Esto era lo que habían estado esperando. El resto de la clase fue bastante directo, con una descripción del trabajo del curso y detalles para la redacción de sus tesis.

Por suerte, Jessie había completado y defendido la suya mientras estaba en USC, así que no le prestó demasiada atención a esta parte. En vez de eso, su mente regresó al extraño grupo del club de yates y al hecho de que, a pesar de la aparente generosidad y calidez de todas ellas, se sentía perturbada por ello.

Hasta que la charla no regresó a las prácticas, no se enfocó de verdad. Los alumnos estaban haciendo preguntas logísticas y académicas. Jessie tenía una propia, pero decidió esperar hasta después de la clase. No quería comentarlo delante del grupo.

Era evidente que la mayoría de sus compañeros de clase quería trabajar en una de las prisiones. La mención de un veto de la comunidad respecto a criminales violentos en Norwalk parecía limitar la popularidad de esta opción.

En cierto momento, el profesor Hosta indicó el final de la clase y la gente empezó a salir de la sala. Jessie se tomó su tiempo colocando de nuevo su cuaderno en su mochila mientras unos cuantos estudiantes le hacían unas preguntas a Hosta. Hasta que no se fueron y el profesor pareció empezar a salir del aula, no se le acercó.

“Deje que me disculpe de nuevo por llegar tarde, profesor Hosta,” dijo, intentando no sonar demasiado pelota. Con solo una clase, había tenido la clara impresión de que Hosta despreciaba a los que se humillaban excesivamente. Parecía preferir la curiosidad, incluso aunque rayara en la grosería, a la deferencia.

“No suenas demasiado arrepentida, señorita...” indicó, levantando el ceño.

“Hunt, Jessie Hunt. Y la verdad es que no lo estoy,” admitió, decidiendo en ese momento que iba a tener más suerte con este tipo si era directa. “Solo imaginé que sería mejor ser educada para obtener una respuesta a mi pregunta de verdad.”

“Que es...?” le preguntó, con el ceño elevado y aspecto de sorpresa intrigada.

Ahora tenía su atención.

“Noté que dijo que DSH-Metro no acepta pacientes con un historial de

violencia.”

“Eso es correcto,” dijo él. “Es su normativa. Básicamente, estaba citando su página web.”

“Pero profesor, los dos sabemos que eso no es del todo exacto. El hospital de Norwalk tiene una pequeña sección acordonada para tratar a pacientes que han cometido algunos crímenes horriblemente violentos, entre ellos asesinatos en serie, violación, y una variedad de transgresiones a menores.”

Él le miró fijamente durante largo rato antes de responder.

“Según el Departamento de Hospitales del Estado, es en DSH-Atascadero en San Luis Obispo donde se tratan esos casos,” le replicó con cara de póker. “Metro trata con criminales no violentos, así que no estoy seguro de a qué te refieres.”

“Por supuesto que lo está,” dijo Jessie con más confianza de la que se esperaba.

“Se llama la División No-Rehabilitadora, o DNR en breve. Claro que ese solo es el vocablo aburrido que utilizan para consumo público. A nivel interno y dentro de los círculos de justicia criminal, a DNR se la conoce como la unidad de ‘alto-riesgo’ en DSH-Metro, que casualmente noté que es el término que utilizó para describirla en clase.”

Hosta no contestó. En vez de eso, la estudió herméticamente durante unos cuantos segundos antes de permitir que su cara esbozara una sonrisa. Era la primera vez que Jessie le había visto algo parecido a una sonrisa.

“Camina conmigo,” le dijo, haciéndole un gesto para que saliera del aula. “Te llevas el premio especial, señorita Hunt. Han pasado tres semestres desde que algún alumno captara mis pequeños trucos verbales. Todo el mundo se siente tan decepcionado por las normas comunitarias que nadie se pregunta de qué se trata la referencia al ‘alto-riesgo’. Pero está claro que tú ya estabas familiarizada con el DNR antes de entrar a mi clase. ¿Qué es lo que sabes acerca de ello?”

“Bueno,” comenzó con cuidado, “realicé los primeros semestres de mis estudios en USC y el DNR es algo así como un secreto a voces por allí, por eso de que está tan cerca.”

“Señorita Hunt, estás encubriendo algo. No es un secreto a voces. Hasta en las filas de las fuerzas de seguridad y de la comunidad psiquiátrica, es un secreto guardado a cal y canto. Me arriesgo a decir que hay menos de doscientas personas en la región que sean conscientes de su existencia. Menos de la mitad de ellas conoce la naturaleza integral de las instalaciones. Y, aun



así, de alguna manera, tú lo sabes. Haz el favor de explicarte. Y en esta ocasión, deja de lado la discreta timidez.”

Ahora le tocaba a Jessie decidir si iba a ser sincera.

*Has llegado hasta aquí. Quizá no sea mala idea dar el último paso.*

“Hice mi tesis sobre ello,” le dijo. “Casi consigo que me expulsen del programa.”

Hosta dejó de caminar y pareció brevemente estupefacto antes de recuperar la compostura.

“¿Así que fuiste tú?” le preguntó, sonando impresionado mientras empezaban a descender por el pasillo. “Esa tesis es legendaria entre los que la han leído. Si recuerdo bien, el título era algo así como ‘El Impacto de la Encarcelación No-Rehabilitadora en los Criminales Dementes.’ Pero nadie podía averiguar quién era el autor de verdad. Después de todo, no hay registro oficial de nadie que se llame ‘Julia Nona.’”

“Tengo que admitir que me sentía bastante orgullosa de ese nombre, pero utilizar un nombre falso no fue en absoluto mi decisión,” admitió Jessie.

“¿Qué quieres decir?” preguntó Hosta, claramente intrigado.

Jessie se preguntaba si estaría bordeando los límites de lo que tenía permitido desvelar. Entonces recordó la razón por la que le asignaron a trabajar con Hosta en un principio y decidió que no había razón para ser tímida.

“Mi asesor de la facultad entregó la tesis al decano,” explicó Jessie.

“Enseguida traje a varios agentes de la ley y a unos médicos que no puedo mencionar por ningún otro nombre que el delicioso término de ‘El Panel.’ Me interrogaron durante nueve horas seguidas antes de decidir que estaba escribiendo un artículo académico y que no era una reportera trabajando en secreto o algo peor.”

“Eso suena emocionante,” dijo Hosta. Parecía decirlo en serio.

“Suena así, pero en aquel momento, terrorífico resultaba una palabra más apropiada. Después de un tiempo, decidieron no arrestarme. Después de todo, eran ellos quienes tenían una cárcel psiquiátrica secreta sin registrar, y no yo. La universidad decidió que no había hecho nada técnicamente equivocado y no me expulsó, aunque todo lo referente a la tesis fue catalogado como confidencial. El departamento decidió que mi interrogatorio con las autoridades podía servir como defensa de mi tesis. Y firmé varios documentos donde prometía no hablar del asunto con nadie, incluido mi marido, o me enfrentaría a un posible juicio, aunque nunca dijeron en base a qué delito.”

“Entonces, ¿cómo es posible, señorita Hunt, que estemos teniendo esta conversación?”

“Me concedieron... llamémosle un permiso especial. Me permitieron seguir adelante con mis estudios y establecieron una condición específica. Pero para completarla, mi nuevo asesor de la facultad tendría que enterarse al menos superficialmente de lo que había escrito. Los que mandan miraron las facultades de todas las universidades en Orange County y determinaron que solo usted cumplía con sus requisitos. La universidad tiene un programa de Máster en Psicología Criminal, dirigido por usted. Usted tiene relación con DNR y ha realizado trabajo de campo allí. Hasta lo tiene como una opción de prácticas que ha establecido allí en los pocos casos en que un alumno expresa interés y parece prometedor. Usted es mi única opción en cincuenta millas a la redonda.”

“Supongo que debería sentirme halagado. ¿Y si declino ser tu asesor de facultad?” le preguntó.

“Debería haber recibido una visita de alguien que representa al Panel para abordar todo este tema—y el hecho de que le resultaría muy conveniente, etc. Me sorprende que no lo hayan hecho. Por lo general, son bastante minuciosos.”

Hosta se quedó pensativo un segundo.

“Hace poco recibí varios emails y un mensaje de voz de alguien llamado doctor Ranier,” dijo. “Pero el nombre no me resultaba familiar, así que los ignoré.”

“Le recomiendo que devuelva el mensaje, profesor,” sugirió Jessie. “Es posible que se trate de un seudónimo, quizá para alguien a quien ya conoce.”

“Lo haré. En cualquier caso, ¿entiendo que no voy a tener que pasar por las habituales trabas burocráticas para que te autoricen a hacer tus prácticas en DNR?”

“Hacerlas allí fue la condición específica que mencioné con anterioridad. Es la razón por la que me mostré de acuerdo en firmar su NDA sin problemas,” le dijo Jessie, incapaz de evitar que su voz sonara excitada. “Llevo casi dos años esperando esto.”

“¿Dos años?” dijo Hosta, sorprendido. “Si completaste tu tesis hace todo ese tiempo, ¿no deberías haberte graduado ya?”

“Esa es una larga historia que le tendré que contar en algún otro momento. Pero, por ahora, ¿puedo asumir que tengo su autorización para hacer mis prácticas en DSH-Metro, específicamente en el DNR?”

“Si tu historia resulta ser cierta, sí,” dijo mientras llegaban hasta la puerta de su despacho. La abrió con su llave, pero no le invitó a pasar. “Aunque tengo que hacer la pregunta que le hago a todos los alumnos que quieren hacer allí su trabajo de campo—¿estás segura de que quieres hacer esto?”

“¿Cómo puede preguntarme eso, después de lo que le he dicho?”

“Porque una cosa es leer sobre la gente que tienen en las instalaciones,” le respondió. “Es muy diferente interactuar con ellos. Las cosas se ponen difíciles muy deprisa. Por las redacciones en tu tesis, ¿asumo que sabes algo acerca algunos de los presos que tienen alojados allí?”

“Sobre unos cuantos; sé que el violador en serie de Bakersfield, Delmond Stokes, está preso allí. Y el asesino múltiple de menores que esa policía retirada atrapó el año pasado también está allí. Y estoy bastante segura de que también tienen allí a Bolton Crutchfield.”

Hosta se le quedó mirando fijamente, como si estuviera indeciso respecto a decirle lo que estaba pensando. Finalmente, pareció llegar a una decisión.

“A él es a quien quieres observar, ¿no es cierto?”

“He de admitir, que siento curiosidad,” dijo Jessie. “He escuchado todo tipo de historias sobre él. No estoy segura de cuántas de ellas son ciertas.”

“Una historia que te puedo asegurar es cierta es que asesinó brutalmente a diecinueve personas en un periodo de seis años. Puede que otras cosas sean verdades o mitos, pero eso es un hecho. Nunca te olvides de ello.”

“¿Le conoce?” preguntó Jessie.

“Así es. Le he entrevistado en dos ocasiones.”

“¿Y cómo fue?”

“Señorita Hunt, esa es una larga historia que tendré que compartir en otro momento,” dijo, devolviéndole sus propias palabras. “Por ahora, me pondré en contacto con ese doctor Ranier y comprobaré que lo que dices es cierto. Suponiendo que eso proceda sin incidencias, me pondré en contacto contigo para preparar tus prácticas. Sé que querrás empezar pronto.”

“Iría mañana, si pudiera.”

“En fin, ya veremos, puede que tarde un poco más que eso. Entretanto, intenta no saltar por las paredes. Que tengas un buen día, señorita Hunt.”

Dicho esto, cerró la puerta de su oficina, dejando a Jessie en el pasillo. Ella se dio la vuelta para marcharse. Echando un vistazo a este pasillo desconocido, se dio cuenta de que había estado tan metida en la conversación que no había prestado atención a nada más. No tenía ni idea de dónde estaba.

Se quedó allí parada un momento, imaginándose a sí misma sentada frente a

frente con Bolton Crutchfield. La idea le excitaba tanto como le aterrorizaba. Había querido—no, necesitado—hablar con él durante algún tiempo. La posibilidad de que pudiera suceder pronto le hacía temblar de anticipación. Necesitaba respuestas a preguntas que nadie incluso sabía que tuviera. Y él era el único que las podía proporcionar. Pero no estaba segura de que lo haría. Y en caso de que estuviera dispuesto, ¿qué podía pedirle a cambio?

## CAPÍTULO CINCO

Jessie se sentía tan entusiasmada que le llamó por teléfono a Kyle de camino entre la universidad y su casa, aunque sabía de sobra que siempre andaba de cabeza durante el día y casi nunca le respondía. Esta vez no fue diferente, pero no pudo evitar dejarle un mensaje de voz de todas maneras.

“Hola, cariño,” le dijo después del pitido. “Solo era para decirte que me fue extremadamente bien en mi primer día de clase. El profesor es todo un personaje, pero creo que puedo trabajar con él. Y espero empezar pronto con mis prácticas, quizá esta misma semana si todo sale bien. La verdad es que estoy algo mareada. Espero que tu día te esté yendo bien también. He pensado que podía hacer una cena especial para los dos esta noche, sobre todo ahora que por fin hemos encontrado las cajas con todas las cazuelas y sartenes. Dime a qué hora crees que vas a llegar esta noche y preparo algo rico. Podemos descorchar una de esas botellas de vino que hemos estado guardando y quizá empezar con eso de expandir nuestra unidad familiar. Bueno, hablamos luego. Te quiero.”

Hizo una parada en Bristol Farms de camino a casa y se dio el lujo de comprar unos peces branzino, que pensaba rellenar y cocinar en una pieza. Se encontró con unos mini brócolis de aspecto estupendo y también se los llevó. Mientras iba de camino a la caja, vio unas patatas enanas y también las metió al carro.

Sintió la tentación de encontrar algo decadente para postre, pero sabía que Kyle había estado entrenando con todas sus fuerzas y no lo probaría. Además, tenían algo de helado italiano en el congelador que serviría para la ocasión. Para cuando salió de la caja registradora, ya tenía todo el menú mapeado en su cabeza.

\*

Jessie miraba fijamente a los platos llenos de comida sobre la mesa del comedor, antes de mirar su teléfono por tercera vez en cinco minutos. Eran las 7:13 y todavía no tenía noticias de Kyle.

Le había enviado un mensaje de texto después de recibir su mensaje de voz, diciéndole que le parecían genial los planes y que esperaba llegar a casa para las 6:30 de la tarde. Pero habían pasado más de cuarenta y cinco minutos y todavía no había llegado. Y peor aún, no se había puesto en contacto con

Jessie para nada.

Lo había organizado todo para que la cena estuviera recién hecha y en la mesa esperándole a las 6:45, en caso de que llegara con algo de retraso. Pero no había aparecido. Le había enviado dos mensajes de texto y le había dejado un mensaje de voz en el intervalo entre ellos. Y, aun así, no había oído nada de Kyle desde ese primer mensaje de texto. Y ahora el pescado estaba en la mesa, mayormente frío, mirándole de vuelta con sus ojos inexpresivos.

Por fin, a las 7:21, Kyle le llamó. Por el ruido que se oía de fondo, supo que estaba en un bar antes de que dijera nada.

“Hola, Jess,” le gritó para que le oyera por encima de la música. “Disculpa por llamar tarde. ¿Cómo estás?”

“Estaba preocupada por ti,” le dijo, tratando de que no se le notara su frustración en la voz.

“Oh, lo siento,” dijo, sonando solo levemente arrepentido. “No tenía intención de preocuparte. Surgió algo de última hora. Teddy me llamó sobre las seis y dijo que tenía más clientes potenciales para mí. Me preguntó si podíamos vernos con estos tipos en un bar llamado Sharkie’s en el puerto. Supuse que no puedo dejar pasar este tipo de oportunidades cuando soy el chico nuevo de la oficina, ¿sabes?”

“¿Y no podías haberme llamado para decírmelo?”

“Es mi culpa,” chilló Kyle. “Todo fue tan apresurado que se salió del cauce. No he podido escabullirme hasta ahora para llamarte.”

“Preparé una gran cena, Kyle. Pensábamos celebrar juntos esta noche, ¿recuerdas? Abrí una botella de vino de cien dólares. Se suponía que iba a ser una velada romántica.”

“Ya lo sé,” le dijo. “Pero no podía escaparme de esto. Creo que puedo conseguir a los dos amigos de Teddy como clientes míos. Y siempre podemos probar con lo de hacer niños cuando llegue a casa.”

Jessie suspiró largamente para poder mantener la calma en la voz al responder.

“Va a ser tarde cuando regreses,” dijo ella. “Estaré cansada y tú medio borracho. No es así cómo lo había visualizado.”

“Escúchame, Jessie. Lamento no haber llamado. Pero ¿pretendes que deje pasar por alto una oportunidad como esta? No solo estoy tomando chupitos aquí. Estoy haciendo negocios e intentando hacer unos cuantos amigos mientras estoy en ello. ¿Vas a utilizar eso en mi contra?”

“Supongo que me estoy enterando de cuáles son tus prioridades,” le

respondió.

“Jessica, tú siempre eres mi principal prioridad,” insistió Kyle. “Solamente estoy intentando balancear todo. Supongo que la he cagado. Te prometo que estaré en casa para las nueve, ¿vale? ¿Encaja eso con tu horario?”

Le había sonado sincero hasta esa última línea, que le salió llena de sarcasmo y resentimiento. La pared emocional que había erigido Jessie entre ellos se estaba derrumbando poco a poco hasta que escuchó esas palabras.

“Haz lo que tú quieras,” le replicó con brusquedad antes de colgar.

Se puso de pie y captó un reflejo de sí misma en el espejo del dormitorio. Llevaba puesto un vestido elegante de satén azul con un cuello que se hundía entre sus senos y una apertura alargada en el costado derecho desde su muslo. Tenía el pelo atado en un moño casual que había pensado deshacer como parte de su seducción después de la cena. Los tacones que llevaba le añadían como 12 centímetros a su altura normal, con lo que parecía que medía más de uno ochenta.

De pronto, le resultó todo tan ridículo. Estaba jugando a un juego patético con eso de ponerse guapa. Pero a la hora de la verdad, solo era otra patética ama de casa esperando a que llegara su hombre a casa para darle un sentido a su vida.

Agarró los platos y se dirigió a la cocina, donde tiró las dos comidas a la basura, con el pescado entero. Se cambió de ropa y se puso sus sudaderas. Después, regresó al comedor, agarró la botella que había abierto de Shiraz, se sirvió una copa hasta los topes, y le dio un buen trago de camino al comedor. Se tiró sobre el sofá, encendió la televisión, y se acabó conformando con lo que parecía ser un maratón de *Life Below Zero*, una serie de casos reales sobre gente que ha vivido voluntariamente en ciertas partes inhóspitas de Alaska. Lo racionalizó diciéndose a sí misma que esto le ayudaría a apreciar que había gente a la que le iba bastante peor que a ella con su mansión elegante al sur de California y su vino de cien dólares y su pantalla de televisión de 70 pulgadas.

En algún punto del tercer episodio, con la botella medio vacía, se quedó dormida. Se despertó cuando Kyle le sacudió suavemente el hombro. A través de sus ojos borrosos, podía asegurar que iba medio borracho.

“¿Qué hora es?” murmuró.

“Poco más de las once.”

“¿Qué pasó con lo de llegar a casa a las nueve?” le preguntó.

“Me entretuvieron,” le dijo tímidamente. “Mira, cariño, ya sé que te tenía

que haber llamado antes. No estuvo bien, y lo siento de veras.”

“Muy bien,” dijo ella. Tenía la boca pastosa y le dolía la cabeza.

Kyle le pasó un dedo por el brazo.

“Me gustaría compensarte por ello,” le ofreció provocativamente.

“Esta noche no, Kyle,” le dijo, echando su mano a un lado al tiempo que se incorporaba. “No estoy de humor. Ni siquiera un poco. Quizá la próxima vez puedas tratar de no hacerme sentir como el pobre segundo plato. Me voy a la cama.”

Ascendió por las escaleras y, a pesar de las ganas que tenía de volver la vista para ver su reacción, siguió caminando sin decir ni una palabra más. Kyle no dijo nada. Se metió en la cama sin tan siquiera apagar las luces. A pesar del dolor de cabeza y de la boca pastosa, se quedó dormida en menos de un minuto.

\*

Jessie notaba cómo unas ramas llenas de pinchos le arañaban el rostro mientras corría a través del bosque. Era invierno y sabía que incluso descalza, sus pisadas, pateando las hojas caídas y secas que cubrían la nieve, se oían perfectamente; que seguramente él las podría escuchar. Pero no había elección. Su única esperanza era continuar en movimiento y esperar que él no pudiera encontrarla.

Pero ella no conocía bien el bosque y él sí. Estaba corriendo a ciegas, completamente perdida y en busca de algún hito familiar. Sus piernecitas eran demasiado cortas. Sabía que él le estaba alcanzando. Podía escuchar sus pisadas fuertes y hasta su respiración todavía más sonora. No había lugar dónde esconderse.



## CAPÍTULO SEIS

Jessie se incorporó de repente en la cama, despertándose justo a tiempo de oír su propio grito. Le llevó unos segundos reorientarse y caer en la cuenta de que estaba en su propia cama en Westport Beach, y que llevaba puesta la ropa en la que se había quedado frita la noche pasada con la embriaguez.

Tenía el cuerpo cubierto de sudor y la respiración agitada. Creyó que realmente podía escuchar cómo le corría la sangre por las venas. Levantó la mano y se tocó la mejilla izquierda. La cicatriz causada por la rama todavía seguía allí. Se había difuminado y podía cubrirla con maquillaje, a diferencia de la otra más alargada que tenía a la derecha del cuello. Aun así, podía sentir dónde sobresalía del resto de su piel. Casi podía sentir el pincho afilado en este momento.

Echó una mirada a su izquierda y vio que la cama estaba vacía. Podía asegurar que Kyle había dormido allí por el hueco que había en su almohada y el lío de sábanas, pero él no estaba por ninguna parte. Se quedó escuchando a ver si oía el sonido de la ducha, pero la casa estaba en silencio. De una ojeada a su reloj de sobremesa, vio que eran las 7:45 de la mañana. A estas horas, Kyle ya se habría ido al trabajo.

Salió de la cama, tratando de ignorar su cabeza pulsante mientras se metía al cuarto de baño. Después de una ducha de quince minutos, de la que se pasó la mitad sentada en las baldosas frescas, se sentía preparada para vestirse y bajar. En la cocina, vio una nota que habían colocado sobre la mesa del desayuno. Decía “Lamento de nuevo lo de anoche. Me encantaría hacerlo de nuevo cuando estés dispuesta. Te quiero.”

Jessie la puso a un lado y se preparó algo de café y avena, lo único que se sentía capaz de engullir en este momento. Consiguió terminar la mitad del bol, tiró el resto a la basura, y se fue hasta la sala de estar, donde le esperaban una docena de cajas por desembalar.

Se acomodó en una butaca con unas tijeras, dejó su café sobre la mesa que había al final, y acercó una caja hacia sí. Mientras revisaba distraídamente las cajas, tachando artículos a medida que los localizaba, su mente divagó hacia el tema de su tesis en el DNR.

De no haberse peleado, seguramente Jessie le hubiera acabado contando a Kyle no solo lo de sus prácticas en las instalaciones, sino lo de las terribles consecuencias a las que había tenido que enfrentarse debido a su tesis, entre ellas el interrogatorio. Y eso hubiera sido una violación de su acuerdo de

confidencialidad.

Obviamente, él conocía el tema a grandes rasgos, ya que había hablado del proyecto con él mientras lo investigaba. Pero el Panel le había obligado a guardar el secreto a posterioridad, incluso de su marido.

Le había resultado extraño ocultarle una parte tan importante de su vida a su compañero. Pero le habían asegurado que era necesario. Y aparte de algunas preguntas generales sobre cómo había ido todo el asunto, él no le presionó mucho sobre ello. Unas cuantas respuestas vagas le dejaron satisfecho, lo cual había sido todo un alivio en su momento.

Pero ayer, con el entusiasmo por lo que había estado haciendo—visitando un hospital mental para asesinos—en su máximo cociente, estaba dispuesta a ponerle por fin al día, a pesar de la prohibición y de sus consecuencias. Si su pelea tenía alguna consecuencia positiva, era que le había impedido contarle todo a Kyle y poner sus futuros en peligro.

*Pero, ¿qué clase de futuro es ese si no puedo contarle mis secretos a mi propio marido? ¿Y si a él parece no importarle que los tenga?*

Una ligera ola de melancolía le recorrió el cuerpo ante esa idea. Intentó echarla a un lado, pero no podía deshacerse de ella.

Le sobresaltó el sonido del timbre. Mirando a su reloj de pulsera, se dio cuenta de que había estado sentada en el mismo lugar, perdida en su tristeza, con las manos sobre una caja de embalaje sin abrir, durante los últimos diez minutos.

Se levantó y caminó hacia la puerta, tratando de sacudirse el pesar de su sistema a cada paso que daba. Cuando abrió la puerta, allí estaba Kimberly, la vecina de enfrente, con una sonrisa animada en la cara. Jessie intentó imitarla.

“Hola, vecina,” dijo Kimberly con entusiasmo. “¿Cómo va el desembalaje?”

“Lento,” admitió Jessie. “Pero gracias por preguntarlo. ¿Cómo estás?”

“Estoy bien. Lo cierto es que tengo a unas cuantas mujeres del vecindario en mi casa en este instante para tomar un café de media mañana y me preguntaba si querrías unirte a nosotras.”

“Claro,” respondió Jessie, contenta de tener alguna excusa para salir de la casa por un rato.

Agarró sus llaves, cerró la puerta principal, y caminó junto a Kimberly. Cuando llegaron, cuatro cabezas se giraron en su dirección. No le sonaba ninguna de esas caras.

Kimberly hizo las presentaciones y se llevó a Jessie a la zona de preparar

cafés.

“No esperan que te acuerdes de sus nombres,” le susurró mientras servía dos tazas. “Así que no te sientas presionada. Todas han estado donde tú estás ahora.”

“Tengo tantas cosas dándome vueltas a la cabeza, que apenas puedo acordarme de mi *propio* nombre.”

“Es perfectamente comprensible,” dijo Kimberly. “Pero debería advertirte, les mencioné todo eso de que eres una creadora de perfiles del FBI así que puede que te hagan algunas preguntas al respecto.”

“Oh, pero no trabajo para el FBI. Ni siquiera tengo todavía mi diploma.”

“Hazme caso—eso da igual. Todas creen que eres una Clarice Starling de carne y hueso. Mis límites en referencias de asesinos en serie llegan hasta tres.”

Kimberly no había calculado bien.

“¿Te sientas en la misma habitación que esos tipos?” preguntó una mujer llamada Caroline con un cabello tan largo que algunos mechones le llegaban hasta el trasero.

“Depende de las normas de la instalación,” respondió Jessie. “Pero nunca he entrevistado a uno sin que haya presente un perfilador o investigador experimentado, llevando la voz cantante.”

“¿Son todos los asesinos en serie tan listos como parecen en las películas?” le preguntó titubeante una mujer de aspecto tímido.

“Todavía no he entrevistado a suficientes como para decirlo con certeza,” le dijo Jessie. “Pero en base a la bibliografía, además de mi experiencia personal, diría que no. La mayoría de estos hombres—y casi siempre se trata de hombres—no son más listos que tú y que yo. Algunos se salen con la suya durante mucho tiempo debido a investigaciones precarias. Algunos se las arreglan para evadir la captura porque escogen a víctimas de las que no preocupa nadie—prostitutas, los sin techo. Lleva un tiempo que la gente note que faltan esos personajes. Y algunas veces, simplemente tienen suerte. Cuando me gradúe, mi trabajo consistirá en hacer que su suerte cambie.”

Las mujeres la machacaron a preguntas cortésmente, sin que pareciera importarles que no se hubiera graduado, mucho menos que nunca hubiera trabajado de perfiladora en ningún caso.

“¿Así que todavía no has resuelto un caso?” preguntó una mujer particularmente inquisitiva llamada Joanne.

“Todavía no. Técnicamente, solo soy una estudiante. Los profesionales

manejan los casos de verdad. Hablando de profesionales, ¿a qué os dedicáis?” preguntó con la esperanza de redirigir la conversación.

“Solía trabajar en marketing,” dijo Joanne. “Pero eso fue antes de que naciera Troy. Me tiene bastante ocupada en estos momentos. Es todo un trabajo de jornada completa él solito.”

“Apuesto a que sí. ¿Está echándose la siesta ahora en alguna parte?” preguntó Jessie, mirando a su alrededor.

“Seguramente,” dijo Joanne, mirando su reloj. “Pero se despertará enseguida para tomar su tentempié. Está en la guardería.”

“Oh,” dijo Jessie, antes de plantear su siguiente pregunta lo más delicadamente posible. “Creía que la mayoría de los niños en las guarderías tenían madres trabajadoras.”

“Sí,” dijo Joanne, sin parecer ofendida. “Pero lo hacen tan bien allí que *no podía* dejar de matricularle. No va todos los días, pero los miércoles son difíciles, así que le suelo llevar. Los días fastidiosos son duros, ¿verdad?”

Antes de que le pudiera responder Jessie, se abrió la puerta del garaje e irrumpió en la habitación un tipo de treinta y tantos años con un sorprendente cabello pelirrojo desaliñado.

“¡Morgan!” exclamó Kimberly llena de felicidad. “¿Qué haces en casa?”

“Me dejé el informe en el despacho,” le contestó. “Tengo la presentación en veinte minutos así que tengo que darme prisa en regresar.”

A Morgan, que parecía ser el marido de Kimberly, no pareció sorprenderle lo más mínimo que hubiera media docena de mujeres en su sala de estar. Pasó corriendo entre ellas, saludando de manera general al grupo. Joanne se inclinó hacia Jessie.

“Es algún tipo de ingeniero,” dijo en voz baja, como si se tratara de algún secreto.

“¿Para quién? ¿Alguna empresa de defensa?” preguntó Jessie.

“No, para alguna cosa de bienes raíces.”

Jessie no entendía por qué eso se merecía tanta discreción, pero decidió no indagar más. Unos momentos más tarde, Morgan entró de nuevo en la sala con una pila de papeles en la mano.

“Encantado de veros, damas,” dijo él. “Lamento no poder quedarme por aquí. Kim, recuerda que tenemos eso en el club esta noche así que volveré tarde.”

“Muy bien, cariño,” dijo su mujer, caminando detrás suyo para asegurarse de que le diera un beso antes de salir corriendo por la puerta.

Cuando se hubo ido, regresó a la sala de estar, todavía excitada por la inesperada visita.

“Os juro que se mueve con tal determinación, que una podría pensar que es un perfilador de criminales o algo por el estilo.”

Ese comentario produjo una ola de risitas en el grupo. Jessie sonrió, sin saber exactamente qué es lo que resultaba tan divertido.

\*

Una hora después, estaba de vuelta en su sala de estar, tratando de encontrar la energía para abrir la caja que tenía delante de ella. A medida que cortaba con cuidado la cinta adhesiva, repasó su salida de la mañana para tomar el café. Había algo extraño en todo ello. Pero no podía concretar de qué se trataba.

Kimberly era encantadora. A Jessie le caía bien de verdad y le agradecía especialmente el esfuerzo que estaba haciendo para ayudar a la chica nueva. Y todas las demás mujeres eran agradables y cercanas, aunque un tanto sosas. Pero había algo... misterioso en sus interacciones, como si todas conocieran un secreto en común que Jessie desconocía.

Parte de ella pensaba que estaba paranoica por sospechar algo así. No sería la primera vez que se había lanzado a sacar conclusiones que habían resultado equivocadas. Claro que todos sus instructores en el programa de Psicología Forense de la USC le habían alabado por su sentido de la intuición. No parecían pensar que estuviera paranoica, más bien que era “desconfiadamente inquisitiva,” como le había dicho uno de sus profesores. En su momento, le había sonado como un cumplido.

Abrió la caja y sacó el primer artículo, una foto enmarcada de su boda. Se quedó mirándola un momento, fijándose en las expresiones de felicidad que tenían Kyle y ella en la cara. A ambos lados de ellos, había varios familiares, también con enormes sonrisas de júbilo.

A medida que sus ojos se alejaron del grupo, volvió a sentir de repente la melancolía que había notado surgir hacía un rato por dentro. Un apretón de ansiedad le contrajo el pecho. Se guió a sí misma para tomar unas inspiraciones profundas pero no había cantidad suficiente de respiraciones o exhalaciones que le pudieran calmar.

No estaba segura de cuál había sido el desencadenante de esto—los

recuerdos, el nuevo entorno, la pelea con Kyle, ¿o una combinación de todo ello?

Fuera lo que fuera, se dio cuenta de una verdad fundamental. Ya no era capaz de controlar esto por sí misma. Tenía que hablar con alguien. Y a pesar del sentimiento de terrible fracaso que empezaba a abrumarla mientras se iba en busca de su teléfono, marcó el número que había esperado no tener que utilizar nunca más.

## CAPÍTULO SIETE

Concertó una cita con su antigua terapeuta, la doctora Janice Lemmon, y solo con saber que atenderla requeriría una visita a la zona donde solía vivir le hizo sentir más cómoda. El pánico se había disipado casi inmediatamente después de concertar la sesión.

Cuando Kyle regresó a casa esa noche—lo cierto es que pronto—pidieron comida para llevar y vieron una película cursi pero entretenida sobre realidades alternativas que se titulaba *El 13° Piso*. Ninguno de los dos se disculpó formalmente, pero parecían haber redescubierto su zona de confort. Después de la película, ni siquiera subieron arriba para disfrutar del sexo. En vez de eso, Kyle simplemente se encaramó encima de ella allí mismo en el sofá. Eso le recordó a Jessie sus días de recién casados.

Kyle hasta le había preparado el desayuno esa mañana antes de salir hacia el trabajo. Era horrible—tostada quemada, los huevos sin hacer, y el bacón de pavo mal frito—pero Jessie agradecía el intento. Se sentía un poco mal por no haberle contado los planes que tenía para hoy, aunque tampoco él le había preguntado, así que no es que estuviera mintiendo.

Hasta que no se vio en la autopista al día siguiente, con los rascacielos del centro de Los Ángeles en el horizonte, Jessie no sintió que se calmaba el pinchazo de nerviosismo en sus entrañas. Había realizado el viaje a mediodía desde Orange County en menos de una hora y se metió a la ciudad solo para caminar un rato por allí. Aparcó en el aparcamiento próximo a la consulta de la doctora Lemmon enfrente de Original Pantry en la esquina de Figueroa y West 9<sup>th</sup>.

Entonces se le ocurrió la idea de llamar a su compañera de dormitorio de la USC y amiga más antigua de la universidad, Lacey Cartwright, que vivía y trabajaba en la zona, para ver si podían pasar un rato juntas. Le salió el buzón de voz y dejó un mensaje. Mientras empezaba a descender por Figueroa en dirección al Hotel Bonaventura, Lacey le envió un mensaje de texto para decirle que estaba demasiado ocupada ese día pero que ya quedarían la próxima vez que Jessie pasara por allí.

*¿Quién sabe cuándo sucederá eso?*

Se sacudió la decepción de su cabeza y se concentró en la ciudad que le rodeaba, admirando las vistas y sonidos bulliciosos que eran tan diferentes de su nuevo entorno. Cuando llegó a la Calle 5<sup>a</sup>, giró a su derecha y siguió vagabundeando.

Eso le recordó a los días, no hace tanto tiempo, cuando hacía esto mismo varias veces a la semana. Si tenía dificultades con el estudio de un caso para clase, simplemente se iba a la calle y paseaba por las calles, utilizando el tráfico como ruido de fondo mientras le daba vueltas al caso en su mente hasta que encontraba una manera de enfocarlo. Su trabajo casi siempre era más potente si había tenido tiempo de vagabundear por el centro de la ciudad y de explorar diversas avenidas al respecto.

Mantuvo la charla inminente con la doctora Lemmon al fondo de su mente mientras repasaba mentalmente el café del día anterior en casa de Kimberly. Todavía no podía concretar el carácter de la misteriosa discreción de las mujeres que había conocido allí. Pero algo le llamó la atención en retrospectiva—lo desesperadas que estaban todas por escuchar los detalles de sus estudios de perfiladora de criminales.

No estaba segura de si se debía a que la profesión en la que se estaba metiendo era tan inusual o simplemente porque era una profesión. Ahora que pensaba en ello, caía en la cuenta de que ninguna de esas mujeres trabajaba.

Algunas lo habían hecho. Joanne había trabajado en marketing. Kimberly decía que solía ser una agente de bienes raíces cuando vivían en Sherman Oaks. Josette había dirigido una pequeña galería en Silverlake. Pero ahora todas eran amas de casa y madres. Y a pesar de que aparentaban sentirse felices con sus vidas, también parecían hambrientas por detalles del mundo profesional, con avaricia, casi con culpabilidad devorando cualquier pedacito de intriga.

Jessie se detuvo, cayendo en la cuenta de que, sin apenas darse cuenta, había llegado al Hotel Biltmore. Ya había estado aquí en muchas otras ocasiones. Era famoso por, entre otras cosas, albergar las primeras entregas de los Óscar en los años 30. También le habían dicho en una ocasión que aquí era donde Sirhan Sirhan había asesinado a Robert Kennedy en 1968.

Hace tiempo, antes de decidirse a hacer su tesis sobre el DNR, Jessie había considerado la idea de hacer un perfil de Sirhan. Por eso, se había presentado allí un día sin anunciar su visita y le había preguntado al conserje si daban tours del hotel que incluían la escena del tiroteo. Él se le quedó mirando, perplejo.

Le llevó unos momentos algo embarazosos caer en la cuenta de lo que ella estaba buscando y varios más para que él le explicara que el asesinato no había tenido lugar allí sino en el ahora ya demolido Hotel Ambassador.

Trató de suavizar el golpe diciéndole que JFK había recibido su nominación



de los demócratas para presidente en el Biltmore en 1960. Pero se sentía demasiado humillada como para quedarse a escuchar esa historia.

A pesar de la vergüenza, la experiencia le enseñó una lección muy valiosa que se había quedado para siempre en su memoria: No hagas suposiciones, especialmente en una línea de trabajo donde hacer las suposiciones equivocadas puede acabar matándote. Al día siguiente, cambió el tema de su tesis y decidió que, a partir de ahora, iba a hacer sus averiguaciones *antes* de aparecer en un lugar.

A pesar de ese desastre, Jessie regresaba a menudo, ya que le encantaba el estilo anticuado del hotel. Esta vez, se metió de lleno en su zona de confort mientras merodeaba por los pasillos y las salas de baile durante unos buenos veinte minutos.

Cuando atravesó la recepción al salir, notó a un hombre joven vestido de traje que estaba parado como si nada cerca del mostrador de los botones, leyendo un periódico. Lo que llamó su atención fue lo sudoroso que estaba. Con el aire acondicionado a tope en el hotel, no podía entender cómo era posible. Aun así, cada pocos segundos, se secaba las gotas de sudor que se formaban constantemente en su frente.

*¿Por qué está tan sudoroso un tipo que está leyendo un periódico tan tranquilamente?*

Jessie se acercó un poco más y sacó su teléfono. Pretendió estar leyendo algo, pero encendió la cámara y la inclinó para poder observar al tipo sin tener que mirarle. De vez en cuando, tomaba una foto rápida.

No parecía que realmente estuviera leyendo el periódico, sino más bien que lo estuviera utilizando como decoración mientras miraba intermitentemente en la dirección de las maletas que se estaban colocando en el carrito para equipajes. Cuando uno de los botones empezó a empujar el carro hacia el ascensor, el hombre de traje se colocó el periódico debajo del brazo y caminó por detrás suyo.

El botones empujó el carro hacia el ascensor y el hombre de traje se quedó de pie al otro lado del carro. Justo cuando se cerraban las puertas, Jessie vio cómo el hombre de traje agarraba una maleta del lado del carro que estaba fuera de la vista del botones.

Vio cómo el ascensor se elevaba despacio y se detenía en el octavo piso. Después de unos diez segundos, empezó a descender de nuevo. Al hacerlo, Jessie se acercó al guardia de seguridad que había cerca de la puerta principal. El guardia, un tipo de aspecto amigable de cuarenta y muchos años,

le sonrió.

“Creo que tienes a un ladrón trabajando en el hotel,” dijo Jessie sin preámbulos, con la intención de ponerle rápidamente al día.

“¿Cómo así?” le preguntó, ahora frunciendo el ceño ligeramente.

“He visto a este tipo,” dijo ella, enseñándole una de las fotos de su teléfono, “hacerse con un maletín de un carro de equipajes. Es posible que fuera suyo. Pero parecía estar disimulando y estaba sudando como un tipo que está nervioso por algo.”

“Muy bien, Sherlock,” dijo el guardia con escepticismo. “Asumiendo que tengas razón, ¿cómo se supone que le voy a encontrar? ¿Viste en qué pisos se detuvo el ascensor?”

“El octavo, pero si tengo razón, eso dará igual. Si es un huésped del hotel, me imagino que ese es su piso y ahí es donde se va a quedar.”

“¿Y si no es un huésped?” preguntó el guardia.

“Si no lo es, supongo que va a regresar de inmediato en el ascensor que está volviendo ahora mismo a la recepción.”

En el instante que dijo eso, se abrió la puerta del ascensor y el hombre sudoroso, vestido de traje, salió de él, con el periódico en una mano, el maletín en la otra. Empezó a caminar hacia la salida.

“Imagino que va a esconder eso en alguna parte y a empezar con todo el proceso de nuevo,” dijo Jessie.

“Quédate aquí,” le dijo el guardia, y después habló por su radio. “Voy a necesitar refuerzos en recepción cuanto antes.”

Se acercó al hombre de traje que, al verle por el rabillo del ojo, aceleró el ritmo de su paso. También el guardia aceleró. El hombre trajeado echó a correr y estaba ya saliendo por la puerta cuando se dio de frente con otro guardia de seguridad que corría en la dirección opuesta. Los dos se cayeron y rodaron por el suelo.

El guardia que estaba con Jessie agarró al hombre del traje, le elevó en el aire, le puso el brazo a la espalda, y le arrojó contra la pared del hotel.

“¿Le importa si miro en su bolsa, señor?” le exigió.

Jessie quería quedarse a ver cómo terminaba todo, pero un vistazo rápido a su reloj le mostró que su cita con la doctora Lemmon, concertada para las 11, era en solo cinco minutos. Tendría que saltarse el paseo de vuelta y tomar un taxi solo para llegar a tiempo. Ni siquiera iba a tener tiempo de despedirse del guardia. Estaba preocupada de que, si lo intentaba, él insistiría en que se quedara por allí para darle su declaración a la policía.

Llegó por los pelos y estaba jadeando sentada en la sala de espera cuando la doctora Lemmon abrió la puerta de su despacho para invitarle a pasar.

“¿Has venido corriendo desde Westport Beach?” le preguntó la doctora, riéndose.

“Se puede decir que algo así.”

“Bueno, pasa adentro y ponte cómoda,” dijo la doctora Lemmon, cerrando la puerta después de que entrara Jessie y sirviendo dos vasos de agua de una jarra que estaba llena de rodajas de limón y pepino. Seguía teniendo esa permanente tan terrible que Jessie recordaba, con pequeños ricitos rubios que rebotaban al tocarle los hombros. Llevaba puestas unas gafas gruesas que hacían que sus ojos afilados como de búho parecieran más pequeños. Era una mujer menuda, de apenas metro y medio de altura. Sin embargo, su cuerpo estaba visiblemente entonado, seguramente como resultado del yoga que practicaba tres veces por semana, según le había dicho a Jessie. Para una mujer de sesenta y tantos años, tenía un aspecto estupendo.

Jessie se sentó en la cómoda butaca que siempre utilizaba para sus sesiones y de inmediato, se metió en el antiguo estado al que estaba acostumbrada. No había estado aquí durante un tiempo, más de un año, y había tenido la esperanza de que seguiría siendo así. Pero era un lugar de consuelo, donde se había peleado con, y tenido éxito a ratos, con la tarea de hacer las paces con su pasado.

La doctora Lemmon le dio el vaso de agua, se sentó enfrente de ella, agarró un bloc de notas y un bolígrafo, y los depositó sobre su regazo. Esa era su señal de que la sesión había dado comienzo formalmente.

“¿De qué vamos a hablar hoy, Jessie?” le preguntó con calidez.

“Las buenas noticias primero, supongo. Voy a hacer mis prácticas en DSH-Metro, en la Unidad DNR.”

“Oh vaya. Eso es impresionante. ¿Quién es tu asesor en la facultad?”

“Warren Hosta de UC-Irvine,” dijo Jessie. “¿Le conoces?”

“Hemos interactuado,” dijo la doctora misteriosamente. “Creo que estás en buenas manos. Es fastidioso, pero sabe de lo que habla, y eso es lo importante para ti.”

“Me alegro de oír eso porque no tenía mucha elección,” apuntó Jessie. “Era el único que tenía la aprobación del Panel en la zona.”

“Supongo que para conseguir lo que quieres, tienes que hacer las cosas a su manera. Esto es lo que tú querías, ¿no es cierto?”

“Así es,” dijo Jessie.

La doctora Lemmon le miró de cerca. Hubo un momento de entendimiento entre ellas. En su momento, cuando las autoridades habían interrogado a Jessie sobre su tesis, la doctora Lemmon había aparecido por la comisaría de policía sin más ni más. Jessie se acordaba de ver a su psiquiatra hablar en voz baja con varias personas que habían estado observando su entrevista en silencio. Después de eso, las preguntas le habían parecido menos acusatorias y más respetuosas.

No sería hasta más tarde que Jessie se enteraría de que la doctora Lemmon era miembro del Panel y era totalmente consciente de lo que pasaba en la DNR. Incluso había tratado a algunos de los pacientes que había allí. En retrospectiva, no debería haber sido una sorpresa. Después de todo, Jessie había buscado a esta mujer como terapeuta precisamente debido a su reputación de experta en ese tema.

“¿Puedo preguntarte otra cosa, Jessie?” le dijo la doctora Lemmon. “Dices que lo que quieres es trabajar en la DNR. Pero, ¿has pensado que puede que ese lugar no te de las respuestas que andas buscando?”

“Solo quiero entender mejor cómo piensa esta gente,” insistió Jessie, “para poder ser una mejor perfiladora criminal.”

“Creo que ambas sabemos que estás buscando mucho más que eso.”

Jessie no le respondió. En vez de eso, colocó las manos en su regazo y tomó una inhalación profunda. Sabía cómo iba a interpretar la doctora eso, pero no le importaba en absoluto.

“Ya volveremos a eso,” dijo la doctora Lemmon en voz baja. “Continuemos. ¿Cómo te está tratando la vida de casada?”

“Esa es la razón principal de que quisiera verte hoy,” dijo Jessie, contenta de cambiar de tema. “Como ya sabes, Kyle y yo nos acabamos de mudar de aquí a Westport Beach porque su empresa le ha relocalizado a la oficina de Orange County. Tenemos una casa enorme en un vecindario estupendo a un paseo de distancia del puerto...”

“¿Pero...?” le incitó la doctora Lemmon.

“Hay algo que no es del todo normal en ese lugar. He tenido problemas para definirlo. Todo el mundo ha sido de lo más amistoso hasta ahora. Me han invitado a cafés y almuerzos y barbacoas. Me han pasado sugerencias de las mejores opciones de supermercados y guarderías, en el caso de que acabemos necesitando una. Pero hay algo que resulta... peculiar. Y está empezando a afectarme.”

“¿De qué manera?” preguntó la doctora Lemmon.

“Es que me siento abatida sin ninguna razón,” dijo Jessie. “Kyle llegó tarde a casa para una cena que había preparado y dejé que me hundiera mucho más de lo debido. No era para tanto, pero es que él se mostraba tan indiferente sobre ello. Me ponía enferma. Además, solo la tarea de desembalar las cajas resulta abrumadora de una manera que resulta exagerada en este caso. Tengo esta sensación constante, inquietante, de que no pertenezco allí, de que hay algún tipo de llave secreta a una habitación donde han estado todos y que nadie me la va a dar.”

“Jessie, ya ha pasado algún tiempo desde nuestra última sesión así que te voy a recordar algo de lo que ya hemos hablado. No tiene por qué haber una ‘buena razón’ para que tengas esos sentimientos. Lo que tú estás tratando puede surgir de ninguna parte. Y no es de sorprender que una situación estresante, nueva, da igual lo perfecta y de postal que sea, podría revolverlo. ¿Estás tomando tu medicación con regularidad?”

“Todos los días.”

“Muy bien,” dijo la doctora, anotando algo en su cuaderno. “Puede que tengamos que cambiarla. También noté que dijiste que puede que te haga falta una guardería en el futuro. ¿Es algo a por lo que estáis yendo activamente—hijos? Si es así, es otra razón para cambiar tu medicación.”

“Lo estamos intentando... a veces y a ratos. Pero a veces parece que Kyle esté entusiasmado con la idea y entonces se pone... distante: casi frío. A veces dice algo y me pregunto, ‘¿quién es ese hombre?’”

“Si te sirve de algún consuelo, todo esto es muy normal, Jessie. Estás en un nuevo entorno, rodeada de desconocidos, con solamente una persona a la que conoces lo bastante bien como para contar con ella. Es estresante. Y él está pasando por muchas de esas mismas cosas, así que sin duda vais a enfadaros y a tener momentos en los que no conectéis.”

“Pero es que esa es la cuestión, doctora,” presionó Jessie. “Kyle no parece estar estresado. Obviamente, le gusta su trabajo. Tiene a un viejo amigo del instituto que vive en la zona así que tiene ese escape. Y todas las señales indican que está totalmente entusiasmado de estar aquí—que no necesita ningún periodo de reajuste. No da la impresión de que eche en falta nada de nuestra vida anterior—ni a nuestros amigos, ni nuestros antiguos lugares de ocio, ni estar en algún sitio donde realmente sucede algo después de las nueve de la noche. Está completamente adaptado.”

“Puede que tengas esa impresión, pero estoy dispuesta a apostar que no está tan seguro de todo eso por dentro.”

“Aceptaría esa apuesta,” dijo Jessie.

“Tengas o no tengas razón,” dijo la doctora Lemmon, percibiendo la tensión en la voz de Jessie, “el siguiente paso es preguntarte a ti misma qué vas a hacer respecto a esta nueva vida. ¿Cómo puedes hacer que funcione de mejor manera para ti y para los dos como pareja?”

“La verdad es que me siento perdida,” dijo Jessie. “Me parece que le voy a dar una oportunidad a este lugar. Pero es que yo no soy como él, no soy la típica chica que se ‘tira al fondo de la piscina’.”

“Sin duda eso es cierto,” asintió la doctora. “Tú eres una persona cautelosa por naturaleza, por buenas razones. Pero puede que tengas que bajarle el volumen a esa vocecita para arreglártelas durante un tiempo, especialmente en situaciones sociales. Quizá puedas tratar de abrirte un poco más a las posibilidades que te rodean. Y a lo mejor darle a Kyle el beneficio de la duda un poco más. ¿Te resulta esto razonable?”

“Desde luego que sí, cuando lo planteas en esta habitación, pero ahí afuera es diferente.”

“Quizá esa sea una elección que estés tomando,” sugirió la doctora Lemmon. “Deja que te haga una pregunta. La última vez que nos vimos, hablamos del origen de tus pesadillas. Entiendo que las sigues teniendo, ¿verdad?”

Jessie asintió. La doctora continuó.

“Está bien. También hablamos de que se lo contaras a tu marido, de que le dijeras por qué te despiertas con sudores fríos varias veces por semana. ¿Lo has hecho?”

“No,” admitió Jessica con culpabilidad.

“Ya sé que te preocupa su reacción, pero ya hablamos de que contarle la verdad podía ayudarte a lidiar con todo ello más eficazmente y acercaros más el uno al otro.”

“O podría destrozarnos la vida,” replicó Jessie. “Entiendo lo que dices, doctora. Pero hay una razón por la que tan poca gente sabe nada de mi historia personal. No es cálida y agradable, la mayoría de la gente no puede ni oír hablar de ello. Tú solo lo sabes porque hice mis investigaciones sobre tu trayectoria y decidí que tenías la formación específica y la experiencia con este tipo de cosas. Te busqué a propósito y dejé que te metieras en mi cabeza porque sabía que podrías manejarlo.”

“Tu marido te conoce desde hace casi una década. ¿No crees que pueda manejarlo?”

“Creo que una profesional con experiencia como tú tiene que emplear cada gramo de autocontrol y de empatía que tenga para no salir corriendo a gritos de la sala cuando se lo cuento. ¿Cómo crees que un típico chico de la California suburbana va a reaccionar?”

“No conozco a Kyle así que no puedo opinar,” replicó la doctora Lemmon. “Pero, si piensas comenzar una familia con él—pasar el resto de tu vida con él—puede que sea buena idea considerar si realmente puedes ocultarle un enorme pedazo de ella.”

“Lo tomaré en consideración,” dijo Jessie sin mucha convicción.

Podía percibir cómo la doctora Lemmon entendía que ya no iba a hablar más del tema.

“Entonces, hablemos de la medicación,” dijo la doctora, cambiando de asunto. “Tengo unas cuantas sugerencias para alternativas ahora que vas a intentar quedarte embarazada.”

Jessie se quedó mirando a la doctora fijamente, observando cómo movía los labios, pero por mucho que lo intentara, no podía concentrarse. Las palabras le pasaban de largo mientras sus pensamientos regresaban a esos bosques tenebrosos de su infancia, los que le perseguían en sueños.

## CAPÍTULO OCHO

Jessie yacía en su cama, enroscada entre las sábanas, intentando ignorar la luz del sol que le picaba en los ojos al entrar por la apertura de las cortinas del dormitorio.

Era su primera mañana de sábado en esta casa y quería que fuera un sábado indolente, solo ella y Kyle, abriendo cajas de vez en cuando, tomando cafés, haciendo el amor. El día anterior había sido un buen día. El profesor Hosta le había enviado un email para decirle que visitaría por primera vez el DNR la semana que viene. Se había ido a correr hasta el puerto y de vuelta. Era la primera oportunidad que tenía de hacer algo de ejercicio y aclararse la mente desde que se habían mudado y se sentía vigorosa y llena de esperanza. Kyle no tenía que pasarse por la oficina así que tenían todo el fin de semana libre.

Escuchó movimiento y abrió los ojos con pereza. Kyle estaba entrando a la habitación con dos tazas de café en ambas manos. Jessie se estiró feliz y se sentó sobre la cama.

“Mi héroe,” le dijo, mientras agarraba la taza que le entregó Kyle.

“¿Eso es todo lo que hay que hacer hoy en día?” le preguntó él.

“Hace diez mil años, hubiera esperado que atraparas a un ciervo o algo así. Pero hoy en día, una taza de café bien fuerte te convierte en un proveedor de primera.”

“En fin, me alegro de cumplir con mis deberes maritales.”

“Hay unos cuantos deberes maritales más con los que espero que cumplas hoy, papacito,” dijo Jessie, acurrucándose cerca de él.

“¿Ah sí?” dijo él, haciéndose el tonto. “¿Como cuáles?”

“Como desaliñarme entera... cuando me cepille los dientes; como desembalar por fin esa caja con la porcelana en la sala; como hacérmelo de nuevo; como llevarme a almorzar y a ver una película para salir de este calor —quizá de regreso al viejo vecindario; como regresar a casa para uno rápido antes de pedir comida para llevar y enroscarnos en el sofá para ver de un tirón el resto de Killing Eve. ¿Cómo suena eso para un sábado perfecto?”

La expresión que tenía en la cara sugería que a él no le parecía el plan perfecto.

“La primera parte suena bien,” le dijo con cautela. “Pero quizá podemos



reconsiderar los planes para la noche.”

“Oh, ¿es que ese programa es demasiado horrible para ti, grandullón?” le preguntó, intentando mantener un tono de voz juguetón, aunque le daba la sensación de que él lo iba a hacer imposible.

“Creo que puedo con ello,” dijo él, sin seguirle el juego. “Pero quizá podamos hacer eso otra noche. Y quizá podíamos almorzar por aquí.”

“Pero ya sabes cuánto me gusta el cine que hay cerca de LA Live.”

“Sí, pero eso está muy lejos para ir a ver una película. Creo que deberíamos encontrar un cine cerca de aquí que se pueda convertir en nuestro nuevo cine favorito. Después de todo, aquí es donde vivimos ahora. Me prometiste que le darías una oportunidad de verdad a Westport.”

Jessie, irritada, estuvo a punto de contestarle cuando escuchó la voz de la doctora Lemmon en su cabeza, recordándole que le diera a Kyle el beneficio de la duda. Además, podía asegurar que no había terminado aún. Con resistencia, se mordió la lengua mientras continuaba.

“Además, estaba esperando que pudiéramos ir al club esta noche. Había otra gente que estaba deseando conocernos y un grupo de ellos va a estar allí esta noche. Parece la oportunidad perfecta de conocer a más gente nueva.”

“¿Por qué tiene que centrarse toda nuestra vida social alrededor de este club?” le preguntó Jessie. “Ni siquiera somos miembros aún. ¿No podemos unirnos a un club de libros o algo así?”

“También me gusta la idea de unirnos a un club de libros, Jess,” dijo Kyle, frustrantemente calmado. “Pero no veo qué daño puede hacer volver al Club Deseo. La principal razón para estar aquí, al menos en parte, es para convertirnos en miembros de una comunidad. Me sentía realmente aislado en la ciudad. Ver a los amigos era todo un reto. Hacer nuevos amigos era incluso más difícil. Aquí ya tenemos una comunidad montada, con gente que nos está recibiendo con los brazos abiertos. Puede que nuestros vecinos acaben siendo nuestros amigos. Y muchos de ellos van a este club. Es un centro de actividad social. ¿Por qué haríamos algo para aislarnos a propósito de todo eso?”

“No estoy diciendo que nos aislemos,” insistió Jessie. “Pero, ¿tenemos que lanzarnos al fondo de la piscina de inmediato? ¿Y si resultan ser unos imbéciles?”

Kyle le miró con dureza y ella pudo ver que ahora era él quien estaba esforzándose para mantener la calma.

“Si son unos imbéciles, nos vamos, Jess,” dijo, con la voz más compuesta que su rostro.

“Además, no te estoy pidiendo que te tires al fondo de la piscina. Solo quiero mojar me los dedos de los pies en el agua. ¿Podemos por favor intentar eso?”

Kyle estaba haciendo eso que a Jessie le resultaba tan atractivo como irritante. Estaba siendo razonable y manteniendo la cabeza en su sitio a medida que ella perdía los papeles. Sabía que era lo que le hacía tan bueno en su trabajo. Daba igual lo volátiles que se pusieran los mercados financieros, él siempre mantenía la calma y el control. A sus clientes eso les encantaba. La misma cualidad le ayudaba a equilibrar la volatilidad y la pasión de Jessie. Pero a veces solo quería que se relajara un poco más.

“Sí,” dijo Jessie por fin, aceptando que lo que le estaba pidiendo—salir a cenar al club de campo con su esposa para conocer a gente nueva—no era algo irracional. “Podemos probar con eso.”

\*

En unos cuantos segundos después de llegar esa noche, Jessie supo que había malinterpretado la velada. Para empezar, iba terriblemente vestida para una ocasión como esta. Obviamente, se trataba de un evento formal. Todos los hombres iban trajeados y todas las mujeres llevaban un vestido de noche. Kyle llevaba encima una chaqueta deportiva y podía pasar desapercibido, pero ella no llevaba más que un vestido veraniego holgado con un chal en caso de que el aire acondicionado estuviera a todo tren. Las demás mujeres iban con tacones. Ella llevaba puestas unas sandalias.

“Deberíamos largarnos,” le susurró agresivamente a Kyle mientras esperaban a que les llevaran a sus asientos. “Me siento como la pobretona del baile.”

“Estamos bien,” susurró Kyle de vuelta. “Nadie dijo nada sobre normas de vestuario. Y Teddy nos puso en la lista de invitados así que no nos van a echar. Pon tu mejor cara, mujer. Tienes mejor aspecto con ese vestido que cualquiera de esas mujeres en sus trajes de gala.”

Le apretó la mano para consolarla y ella se inclinó hacia él, utilizando su presencia física como protección invisible de la incomodidad que sentía. Teddy les divisó desde el otro lado del comedor en penumbra y les saludó animadamente mientras se les acercaba. Jessie buscó a Melanie con la mirada pero no la vio. Con las luces tan bajas, era difícil distinguir a nadie entre la

multitud.

“Hola, chicos,” dijo Teddy cuando les alcanzó. “Es el momento perfecto: la Agenda está a punto de comenzar. Jessie, Mel te está esperando abajo en el Santuario de las Hogareñas. Os voy a acercar hasta allí y luego ella te mostrará adonde tienes que ir a continuación.”

“¿Agenda? ¿Hogareñas?” repitió Jessie con escepticismo. “Esas son palabras un tanto rebuscadas, Teddy. Siento como si necesitara un glosario de vocablos. ¿Es que no se trata solo de una cena en el club?”

“Así es,” le aseguró él, por lo visto sin notar su tono de voz. “Pero es que tienen sus tradiciones aquí. No es gran cosa, la verdad. Las mujeres solo quieren darte la bienvenida a la comunidad. Tenemos planeado algo similar para Kyle. Y después nos reuniremos todos juntos para comer.”

“¿Cómo se llama el grupo de los chicos?” preguntó Jessie con sarcasmo mientras descendían por la larga escalinata que llevaba al nivel inferior. “¿Los Cazadores-Recolectores?”

Kyle le miró de una manera que indicaba que eso no le había hecho ninguna gracia.

“La verdad es que nos llamamos los Observantes del Juramento.”

“Oh, eso está mucho mejor,” replicó Jessie, tratando de mantener la sinceridad en su voz, pero sin conseguirlo del todo.

Teddy los llevó a través de un montón de gente que se movía en la luz tenue del primer piso, todos ellos tomando champán y mordisqueando entremeses que les servían unas ninfas imposiblemente bellas que llevaban vestidos de gala negros y ajustados. No había ni un niño a la vista. Jessie se preguntaba si la Cueva del Pirata estaría llena o si les habían dejado a todos en casa para la ocasión.

Finalmente, pasaron a través de la multitud a una pequeña alcoba en la parte de atrás de la sala, donde Teddy se detuvo en seco. Delante de ellos estaba parada una chica preciosa, que no llevaba ninguna bandeja con aperitivos o bebidas. Parecía que estuviera casi haciendo guardia.

Teddy se inclinó y le susurró algo al oído. Ella asintió e hizo algo detrás de su espalda con la mano que Jessie no pudo captar bien. De pronto, un panel de la pared se deslizó silenciosamente hacia atrás, revelando una escalera medio oscura.

“Aquí es donde nos separamos,” dijo Teddy. “Encontrarás a Mel abajo del todo para la Agenda. Nos reagruparemos aquí en un rato para cenar.”

“Hasta pronto,” dijo Kyle, inclinándose para darle un beso de despedida en

el cuello.

“¿Qué diablos es esto?” le susurró Jessie al oído cuando le tuvo cerca. “Me siento como si estuvieran a punto de sacrificarme en un ritual.”

Kyle se echó un poco hacia atrás y Jessie supo que estaba reprimiendo una sonrisa. Se inclinó y le dio otro beso, en esta ocasión completo en los labios. Entonces le rodeó para abrazarla.

“Eres todo un rompecabezas, Jessica,” le susurró de vuelta, calentándole la oreja con su cálido aliento. “Apaga tus sensores de detective un poquito. ¿Alguna vez se te ha ocurrido que así es como la gente de por aquí se libra del aburrimiento? No tienen los tiroteos diarios fuera de su apartamento, o los sin techo que te quieren pinchar con una jeringa por la calle. A lo mejor es así cómo mantienen las cosas interesantes. A mí me resulta casi encantador.”

Se echó hacia atrás y Jessie pudo ver el brillo en sus ojos. Le dio confianza ver que estaba más entretenido que impresionado con este espectáculo y eso, por lo menos, le reconfortaba. Le sonrió secamente y se dio la vuelta para descender por las escaleras en penumbra mientras el panel se deslizaba de nuevo por detrás de ella. Encajó y escuchó el sonido de algo que se cerraba. Ahora no quedaba otra opción más que la de descender.

A cada paso, el ruido de la multitud que había arriba se disipaba. Enseguida hubo silencio. A medida que alcanzaba lo que esperaba fuera el fondo, surgía un nuevo sonido. Era música, el tipo reconfortante e instrumental que uno escucha mientras le hacen un masaje en el spa. Una débil luz titilante en la distancia le hacía de guía.

Cuando por fin llegó al último escalón, vio que estaba en lo que parecía una caravana enorme, extremadamente bien avituallada. Había antorchas colgadas de las paredes rústicas de piedra. El arte en las paredes estaba compuesto de pinturas de mujeres de aspecto grotesco y extraño, esculturas abstractas que parecían surgir de las mismas rocas.

Había unas butacas elegantes, a la antigua usanza, esparcidas por la sala. Algunas estaban ocupadas por mujeres que llevaban puestos vestidos sofisticados, y que tomaban sorbitos de sus copas. Otras señoras estaban paradas en pequeños grupos, charlando en voz baja. Cuando la sandalia de Jessie salió volando por el suelo de piedra al dar su último paso, todas se dieron la vuelta y dejaron de hablar. A pesar de lo absurdo de la situación, a Jessie le recorrió la espalda un escalofrío.

Tras un segundo largo e incómodo, vio cómo Melanie se adelantaba desde atrás de dos mujeres mucho más altas y venía a su encuentro. Ella también iba

vestida con un atuendo de gala que resaltaba su diminuto cuerpecillo. Tenía el cabello corto y moreno atado hacia atrás en una coleta bien tensa.

“Debes de estar asustadísima,” murmuró Mel cuando llegó donde estaba. “Sé que yo lo estaría. La primera vez que vine aquí abajo, pensé que iban a sacar una virgen esposada o algo parecido. Lo único que me ayudó a mantener la calma fue saber que, teniendo en cuenta mi historial, no podría ser yo.”

Jessie sonrió a pesar de lo incómoda que se sentía.

“¿Qué es este lugar?” le preguntó.

“Se llama el Santuario,” explicó Melanie. “Y el nombre le va muy bien. Hay unas instalaciones separadas aquí abajo, con un spa privado entre ellas. Solo tienen permitido el acceso los miembros del club y los entrevistados.”

“Creía que todo esto era ‘el club.’”

“El piso de arriba sirve más bien como exhibición. Imagínate esta zona como los premios que hay detrás de la pared de pago.”

“Espera, ¿dijiste entrevistados?” preguntó Jessie, que hasta ahora no había procesado esa parte del comentario previo de Mel. “¿Es que esto es algún tipo de entrevista?”

“Sí,” dijo Melanie, sorprendida. “Esta es tu entrevista de membresía para unirte al club. Quiere decir que has pasado las comprobaciones iniciales financieras y de antecedentes y que vuestra aplicación ha sido preliminarmente aprobada. Ahora toca la entrevista. Kyle está pasando por lo mismo con los Observantes del Juramento. ¿No te contó nada de esto?”

“No,” dijo Jessie, sintiendo cómo se elevaba una ola de ira por dentro de ella. “No lo hizo.”

“Oh, Melanie,” le llamó una mujer alta y morena desde el fondo de la habitación. “Es hora de cuestionar a la candidata.”

“Por supuesto,” replicó Mel antes de volverse hacia Jessie y decirle en voz baja, “Tú muéstrate entusiasta, respetuosa, y recatada. Puede que traten de ponerte nerviosa. Es como una novatada de intelectuales. Tú solo mantén la calma.”

Y entonces se fue, retirándose hacia un mar de vestidos. La mujer alta se adelantó con lo que solo estaba a poco más de un metro de distancia. De cerca, sus facciones eran incluso más pronunciadas. Cada una de las partes de su rostro parecía haber sido esculpida en piedra. Su nariz y su barbilla terminaban en puntos afilados. Su torso delgado parecía el de alguien medio hambriento. Sus ojos oscuros brillaban a la luz de las velas. Parecía que perteneciera a alguna corte europea real más que a un club social de Orange

County. Los murmullos se detuvieron y la música de spa dejó de sonar.

“Soy Marguerite Brennan, Presidenta de las Hogareñas del Club Deseo. Jessica Madeline Hunt, has sido nominada para la membresía y hemos recibido tus pruebas de buena fe. Ahora hemos llegado a la hora del interrogatorio. ¿Estás preparada?”

Jessie miraba a su alrededor a las caras serias, sin sonrisas, y decidió que esta no era la ocasión de gastar una bromita. Le fastidiaba que Kyle hubiera hecho una solicitud para unirse a este club sin siquiera hablarlo con ella primero. Se sentía acorralada, pero eso era algo que tendría que tratar en privado con él más tarde.

“Sí, lo estoy,” contestó, reuniendo una compostura que esperaba fuera lo bastante respetuosa.

“Entonces, empecemos. ¿Crees que tu matrimonio es lo más importante en tu vida?”

La pregunta era complicada e invasiva. Y estaba claro cuál era la respuesta que se suponía tenía que dar. Jessie decidió que podía responder honestamente, ya que, al menos la mayoría del tiempo, lo era.

“Sí,” dijo ella.

“¿Planeáis tener hijos?” preguntó Marguerite, en un tono tan poco curioso que Jessie pensó que podría estar preguntando si planeaba comer niños para cenar esta noche.

Abrió la boca, a punto de responder a lo que consideraba era un asunto privado con una contestación sarcástica sobre qué poca gente planea estas cosas de verdad. Sin embargo, en el último minuto, lo pensó mejor.”

“Sí,” dijo Jessie, decidiendo de nuevo que no había nada de malo en responder sinceramente.

“¿Es la lealtad una prioridad para ti?”

“Totalmente,” dijo Jessie sin titubear.

“¿Es la discreción una prioridad para ti?” preguntó Marguerite.

Esa pregunta podía ser interpretada de muchas maneras. Pero teniendo en cuenta que estaba “solicitando” unirse a un club secreto, Jessi decidió inclinarse por la respuesta segura, aunque presentía que Marguerite le podía estar tendiendo una trampa.

“Sí.”

“¿Alguna vez le has sido infiel a tu marido?” inquirió Marguerite sin ninguna emoción visible.

*Supongo que ya hemos llegado a la parte dos de la sesión de P y R.*

“¿Qué hay de ti?” le soltó Jessie sin poder evitarlo.

Marguerite le lanzó unas miradas asesinas que ella le devolvió con placer. No se iba a dejar apabullar por una aspirante a la realeza del Sur de California.

“Yo ya soy miembro,” replicó Marguerite, en un tono tenso. “Así que mis indiscreciones o falta de ellas no son el asunto a discutir en este momento. Por tanto, dejame repetir la pregunta. ¿Alguna vez—”

“No hay necesidad de que la repitas, Marguerite. Y la verdad es que no es asunto tuyo. Pero ya que he dicho que la lealtad era una de mis prioridades, la respuesta es no.”

Marguerite hizo una breve pausa, apretando sus labios finos para formar algo que estaba entre una sonrisa y una mueca.

“¿Cuándo perdiste la virginidad?” le preguntó lentamente. Parecía rayar en la resistencia al hacer esa pregunta, como si le preocupara la reacción de Jessie.

“Sin duda alguna, no es asunto tuyo,” replicó Jessie, entrando en el ritmo por fin. “Estoy dispuesta a decirte que en mis años adolescentes, pero eso es todo lo que deseo compartir.”

Escuchó murmullos suaves y supo que sus respuestas habían dejado de ser las acertadas. Vio a Mel en la parte de atrás, mordiéndose el labio con nerviosismo. Marguerite le miraba sin ninguna emoción antes de hacerle la que Jessie sospechaba era la pregunta final.

“¿Con cuánta gente has tenido relaciones sexuales?”

A Jessie le picaba la piel de puro resentimiento. Quería responder “no es asunto tuyo, mujer ciborg.” Pero sabía que Marguerite le estaba poniendo a prueba, intentando enfadarla. No iba a caer en la trampa de esas maquinaciones de aficionado. Después de todo, había tratado con manipuladores mucho más astutos.”

“Oh vaya,” dijo, adoptando un tono de vergüenza disimulada, “una pregunta tan penetrante en un espacio tan público. Creo que voy a tener que referirte a mi respuesta anterior sobre el valor de la discreción y solamente decir—que esa información me la llevo conmigo a la tumba.”

Sonrió dulcemente y esperó a que cayera la guillotina.

## CAPÍTULO NUEVE

Esa misma noche, cuando se estaban preparando para irse a la cama, Kyle se lo preguntó de nuevo.

“¿Y no sabes si tus respuestas les impresionaron o les molestaron?”

“El rostro de la mujer era una máscara carente de emoción,” dijo Jessie por la que estaba bastante segura era la tercera vez. “No estoy segura de que tuviera la capacidad de sentirse impresionada o molesta. Dejaron que nos quedáramos a cenar, así que no pudo haber sido tan terrible.”

“Puede que eso no sea más que por pura cortesía,” replicó él, “que no quisieran dejarnos tirados en el muelle. Hubiera dado mala imagen.”

Se sentó en silencio sobre la cama, zigzagueando sus ojos sin mirar a nada en concreto. Estaba claramente ansioso. Parte de ella quería aliviar su incomodidad y parte de ella quería cantarle las cuarenta por la manera disimulada en que había solicitado entrar al club. Llevaba toda la noche aguantándose y no creía poder hacerlo más.

“Kyle, no estaba por la labor de compartir detalles de mi historial sexual con una mazmorra llena de desconocidas. Me imaginaba que entenderías eso sin que tuviera que decirlo. ¿Respondiste *tú* a esa pregunta?”

“No me lo preguntaron,” dijo Kyle. “¿No podías haberles dado una respuesta segura?”

Ella se lo quedó mirando, con aspecto perplejo.

“¿Cuál es la respuesta segura, cielo? ¿Diez? ¿Cinco? ¿Tres? ¿Nadie más que mi querido maridito? Pensaba que estarías más ofendido por ello.”

“Parece que tú estás ofendida por los dos,” murmuró Kyle entre dientes. Ese fue el desencadenante.

“¿Sabes qué me ofende a mí?” exigió ella. “Que solicitaste nuestra entrada a ese lugar sin hablarlo primero conmigo. Que la brigada de tacañonas me metió en una encerrona en forma de compromiso con alguna fraternidad adulta.”

“No lo hice yo,” insistió él, sonando genuinamente insultado. “Teddy me dijo que lo hizo él para darnos una sorpresa. Y no sabía nada de las entrevistas. Pensaba que solo íbamos a conocer a alguna gente nueva mientras cenábamos. No me puedo creer que pienses que haría algo así por mi cuenta. ¡De verdad!

“No parece que estés tan disgustado por ello,” dijo ella, que seguía enfadada, aunque más calmada ahora que ya no sabía qué creer.

“Y no lo estoy. Pensé que fue todo un detalle. Está ayudándonos a encajar



aquí. Quizá se diera demasiada prisa al hacerlo sin consultarnos antes. Y sin duda alguna, debería habernos avisado de lo que nos esperaba. Pero lo cierto es que me gustaría unirme al club. Y seguramente te hubiera hablado de solicitar nuestra entrada tarde o temprano. Así que no voy a pretender que me moleste que se me adelantara un poco.”

“Me sometieron a un interrogatorio, Kyle,” le recordó.

“Parece que te defendiste sin problemas.”

“Esa no es la cuestión,” dijo ella, saliendo de la cama al sentir cómo le hervía la sangre.

“¿Qué haces?” le preguntó.

“No tengo ganas de irme a dormir ahora. Y como no quiero quedarme aquí tumbada en la oscuridad al lado de mi marido, que en este momento me parece un desconsiderado, me voy a leer un rato.”

“Oh venga Jessie,” le dijo. “No es para tanto.”

“El hecho de que pienses así me da todavía más razones para no querer quedarme. Volveré más tarde a la cama. No me esperes despierto.”

A pesar de sus mejores esfuerzos por salir de la habitación con dignidad, cerró la puerta de un golpe al salir. El mismo segundo que lo hizo, le pareció que había perdido su posición de poder, y que no era más que una chiquilla petulante teniendo una rabieta. Pero como ya estaba hecho, lo recalcó bajando las escaleras a pisotones.

\*

Jessie se despertó de golpe. Le echo un vistazo a su reloj y vio que ya eran más de la 1 de la madrugada. Debía de haberse quedado dormida mientras leía. Se incorporó para sentarse en la butaca de la sala de estar en la que se había acomodado y parpadeó unas cuantas veces para sacudirse el sueño.

Había estado colocada en un ángulo incómodo y le dolía el cuello. Se puso en pie tratando de estirar la contracción. Tras unos minutos haciendo eso, decidió regresar al dormitorio. Acababa de empezar a subir por las escaleras cuando escuchó el crujido que había oído las noches anteriores resonando a través de la casa silenciosa.

En esta ocasión, no parecía que el sonido proviniera del ático sino de algún lugar en el primer piso. Volvió abajo e intentó determinar el origen del sonido, circulando por todo el primer piso hasta que se puso delante de la chimenea,

que parecía ser el punto de origen. Sin embargo, cuando ella se detuvo, también lo hizo el gruñido. Se quedó allí parada por lo menos un minuto, esperando, escuchando. Pero no pasó nada y empezó a sentirse como una idiota.

*¿Qué es lo que me pasa?*

Se giró para dirigirse hacia las escaleras cuando se dio cuenta de que se había dejado encendida una de las lámparas en la sala de estar. Se acercó para apagarla y entonces notó la cortina medio abierta y se aproximó a ella para correrla.

Desde su discreto escondite, tenía una vista perfecta de la casa de Kimberly Miner al otro lado de la calle. Parecía tan silenciosa como se podía esperar en medio de un sábado por la noche. Las únicas luces que estaban encendidas eran las de la cocina, que se habían dejado así por accidente, y otra más tenue en la escalera del pasillo que llevaba del primer al segundo piso.

Jessie acababa de empezar a correr las cortinas cuando percibió movimiento por el rabillo del ojo. Una mujer joven estaba subiendo las escaleras de la casa de los Miner, de frente a la ventana. Parecía tener unos veintipocos años. Era rubia, con una figura esbelta y atlética y un bronceado que le cubría todo el cuerpo. Jessie supo todo esto porque la chica iba completamente desnuda.

La joven llegó a la parte superior de las escaleras y se perdió entre la oscuridad. Como unos treinta segundos después, una segunda silueta surgió del primer piso, ascendiendo pesadamente por las escaleras. A Jessie le llevó un segundo darse cuenta de quién era en cuanto vio el cabello revuelto y pelirrojo. Era el marido de Kimberly, Morgan. También iba completamente desnudo.

Jessie se acercó más a la ventana para asegurarse de que la imaginación no le estaba jugando una mala pasada. Al hacerlo, tropezó con la lámpara de la mesita. Se tambaleó durante un periodo interminable antes de caerse, golpeando la pared con fuerza para acabar en el suelo de modo sorprendentemente sonoro.

Jessie vio que la cabeza de Morgan se elevaba al escuchar el sonido. Al darse cuenta de que la podría ver con la cortina abierta y la luz de la lámpara, se tiró rápidamente al suelo. Con palpitaciones en el corazón, se quedó allí tirada sobre su tripa, como a punto de hacer una flexión, durante unos buenos diez segundos antes de asomar de nuevo la cabeza.

Por lo visto, a Morgan no le preocupó el ruido en absoluto porque siguió

ascendiendo las escaleras para desaparecer como la chica entre la oscuridad. Jessie se quedó allí largo tiempo, mirando fijamente a la escalera ahora vacía.

*¿De verdad acabo de ver eso? ¿Estoy dormida todavía?*

Poco después, cerró la cortina, volvió a colocar la lámpara sobre la mesa, la apagó, y se fue a la cama, confundida, exhausta, y no al cien por cien segura de que tenía la cabeza en su sitio. Intentó quedarse dormida, pero le asaltaban las preguntas, que la mantuvieron despierta.

*¿Debería decirle algo sobre esto a Kimberly? ¿Y si me equivoco? ¿Estoy poniendo un matrimonio en peligro? Peor aún, ¿y si tengo razón? Si lo que vi era real, ¿qué diablos está pasando en este vecindario?*

## CAPÍTULO DIEZ

A la mañana siguiente, Kyle ya se había duchado y vestido para cuando se despertó Jessie, sintiéndose agotada y de mal humor.

“¿Te vas a ir?” le preguntó adormilada mientras se incorporaba sobre la cama. “¿No es domingo?”

“Así es, pero me llamaron para una reunión de emergencia donde nos quieren a todos. Uno de nuestros inversores se declaró en bancarrota el viernes y nos acabamos de enterar. Tenemos una sesión de estrategia a las nueve.”

“Oh,” dijo ella. “¿Estarás fuera todo el día?”

“Espero que no pero no te puedo hacer promesas. Ya sé que estamos un poco revueltos tú y yo ahora mismo. ¿Quizá podemos arreglarlo esta noche?”

“De acuerdo,” dijo Jessie, que seguía atontada.

“Te quiero,” le dijo Kyle al tiempo que se inclinaba para darle un beso en la frente antes de salir.

“Yo también te quiero,” le dijo ella a la habitación ya vacía.

Escuchó cómo bajaba corriendo las escaleras, cómo se abría la puerta del garaje y cómo le daba marcha al coche. La puerta del garaje se volvió a cerrar mientras el sonido de su motor se desvanecía en la distancia. Mientras se incorporaba para sentarse en la cama, tratando de caer en la cuenta de dónde estaban sus asuntos, los eventos de la noche pasada le volvieron a la mente: la interrogación en el club, la discusión por la noche, cómo se fue al piso de abajo, la extraña visión nudista en el pasillo al otro lado de la calle.

*¿Fue eso real? ¿O solo fue parte de mi sueño?*

No sería la primera vez que su memoria le jugaba una mala pasada. Pero esto no era un recuerdo de su infancia. Era de anoche. Además, implicaba a unos desconocidos. Podía jurar que lo había visto.

Jessie decidió ir a casa de Kimberly esa mañana para aclarar la situación. No quería lanzarse a conclusiones o hacer acusaciones. Claro que, si realmente había visto a Morgan y a una chica desnuda subir por las escaleras de su casa, a lo mejor eso era algo que su mujer desearía saber.

Se levantó, se dio una ducha rápida, se vistió, y condujo hasta la tienda de donuts más abajo de la calle, donde compró una docena. Volvió a casa, se hizo algo de café, y entonces cruzó la calle y llamó a la puerta principal de los Miner. Kimberly la abrió casi de inmediato. Llevaba puesto un albornoz y tenía el pelo lleno de rulos.

“Hola, vecina,” dijo animadamente. “Qué agradable sorpresa un domingo por la mañana. ¿Cómo estás?”

“Estoy bien,” contestó Jessie, intentando ponerse a la altura de la energía de Kimberly. “Solo quería darte las gracias de nuevo por tu hospitalidad del otro día. Te traje unos donuts para decirte lo mucho que te agradezco que nos hayas dado la bienvenida de esta manera.”

“Eso es tan tierno. Pasa adentro,” le dijo, abriendo la puerta y llevándola por el pasillo. “Y sabes qué, lamento que no pudiéramos ir al club la noche pasada para el gran acontecimiento. Teníamos un compromiso previo.”

“Oh, no me había dado cuenta de que fuerais miembros.”

“Por supuesto,” dijo Kimberly. “La mayoría de la gente de por aquí lo son. Es que hemos estado tan ajetreados últimamente que no hemos tenido ocasión de pasar por allí. ¿Cómo fue?”

“Bien, supongo.”

Jessie le siguió hasta la cocina y vio a toda la familia, incluido Morgan, sentada a la mesa tomando el desayuno. Él iba completamente vestido, hasta llevaba una chaqueta y pantalones deportivos, y parecía completamente normal. Jessie estaba teniendo cada vez más problemas para creer lo que había visto la noche anterior.

“Ya estamos comiendo,” dijo Kimberly. “Vamos a la iglesia en breve. Pero guardaremos estos para luego. De hecho,” dijo, dirigiéndose a la familia, “vosotros tenéis que iros ya. Nos vemos allí.”

“Ya oísteis a vuestra madre, chicos,” dijo Morgan, levantándose y llevando su plato a la cocina. “Daos prisa. De camino, tenemos que parar en la farmacia para comprar la medicina de Mikey.”

Echó el plato al fregadero, le dio un beso a Kimberly en la mejilla, y un gesto de saludo a Jessie.

“Encantado de volverte a ver,” dijo, sonando totalmente como el marido más agradable del mundo, ligeramente apresurado.

Los niños, a pesar de tener solo dos y cuatro años, también llevaron sus platos a la cocina antes de meterse a la sala de estar para ponerse unas zapatillas deportivas o unos zapatos caros y planos.

“Te vemos allí,” le dijo Morgan a su mujer antes de dirigirse a sus hijos. “Estaré en el coche. Me largo en sesenta segundos, con o sin vosotros.”

Jessie observó cómo los dos chiquillos se movían desesperadamente para ponerse los zapatos y salían corriendo por la puerta. Menos de un minuto después, a la locura le había reemplazado algo parecido a la calma.

“Ah, escucha ese silencio,” dijo Kimberly con una sonrisa extática. “Es algo tan raro estos días.”

“Apuesto a que sí,” dijo Jessie.

“Y ¿qué es lo que pasa, vecina? Tengo que prepararme enseguida, pero parece que hayas venido para algo más que para dejar los donuts. ¿Te importa contármelo?”

“Sabes, pensaba que tenía algo de lo que hablar. Pero, ahora que lo pienso, creo que no. Te dejo que acabes de prepararte. Podemos hablar en otro momento.”

“¿Estás segura?” preguntó Kimberly mientras se quitaba el albornoz para revelar una camiseta por encima del ombligo y unos pantalones de yoga por debajo.

Jessie estaba a punto de responder cuando escuchó a alguien que bajaba por las escaleras. Echó un vistazo hacia allí y vio a la misma joven que pensó que se había imaginado la noche anterior. Ahora estaba vestida, con camiseta y pantalones de deporte y una mochilita colgada del hombro. Pero no había duda de que se trataba de ella.

“Jessie, esta es Rachelle, nuestra niñera a ratos. Rachelle, esta es Jessie, nuestra nueva vecina del otro lado de la calle. Trajo donuts, así que aprovecha.”

“Gracias, pero no puedo,” dijo Rachelle casualmente. “Me voy a la playa más tarde y no quiero tener una tripa abultada. Solo tomaré unos cereales.”

Se metió a la cocina, asintiendo con la cabeza a Jessie al pasarla de largo. Jessie le hizo el mismo gesto de vuelta, pretendiendo con todas sus fuerzas aparentar normalidad. Miró a Kimberly, que parecía estar riéndose de la noción de que un donut le hiciera sentir gorda a Rachelle pero totalmente ignorante del hecho de que su niñera estuviera correteando por la casa desnuda y con su marido la noche anterior.

“Esta chica piensa que todo lo que no sea un palito de apio le va a hacer explotar,” dijo con el más leve desprecio en la voz. “Vaya imagen corporal tan saludable, ¿eh, Rachelle?”

“Correcto, señora M,” contestó Rachelle distraída, con la cabeza metida ahora dentro del frigorífico. “La verdad es que me tengo que ir enseguida para reunirme con mis amigas. ¿Te importa si me llevo el bol para comer por el camino? Lo traeré de vuelta la próxima vez que venga por aquí.”

“Claro, no es ningún problema,” dijo Kimberly.

Rachelle se llenó un bol con cereales y leche, agarró una cuchara, y se

dirigió a la puerta principal, gritando un “hasta luego” informal mientras se marchaba.

“Esta chica es un trastorno alimentario en ciernes,” dijo Kimberly preocupada cuando la chica ya se había ido.

Jessie se quedó allí de pie mientras su vecina se quitaba los rulos de la cabeza y pensó en si debería decir algo. Entonces, decidiendo que a ella le gustaría saberlo, habló.

“Kimberly, ¿sabes que te dije que quería hablar de algo?”

“Ah-hah,” dijo Kimberly vagamente, mientras se miraba el pelo en el espejo del pasillo.

“En fin, me siento un tanto incómoda diciendo esto. No nos conocemos la una a la otra demasiado bien. Pero me parece que es mi obligación.”

Kimberly se percató de la seriedad en su voz y se giró para mirarla de frente.

“No será que estoy arrestada por alguna cuestión forense, ¿verdad?” preguntó, forzando una sonrisa, pero claramente nerviosa.

“No es nada de eso. Es que... anoche tenía problemas para dormir. Miré por mi ventana y vi algo... inusual.”

“¿Estabas espiando mi casa?” preguntó Kimberly. Su tono era moderado pero el pánico en sus ojos era obvio.

“Sin darme cuenta. Y vi a tu niñera... vi a Rachelle subir por las escaleras... desnuda. Y perdóname, pero vi a tu marido subir detrás de ella. También estaba desnudo.”

Kimberly se la quedó mirando sin decir una palabra durante otros cinco segundos. Cuando por fin habló, lo hizo lentamente y con una frialdad que a Jessie le resultaba nueva.

“Creo que cometiste un error,” dijo. “Solo porque alguien duerma desnudo no significa que esté sucediendo algo sospechoso.”

“No estaban durmiendo, Kimberly.”

“¿Estaban teniendo relaciones sexuales?” le increpó.

“No.”

“¿Acaso estaban juntos en absoluto? ¿No es posible que uno de ellos hubiera subido arriba y el otro le hubiera seguido poco después, sin siquiera darse cuenta de que la primera persona ya estaba allí? ¿Se saludaron el uno al otro? ¿Acaso estás segura de que Morgan le viera?”

“No,” dijo Jessie, sorprendida ante el interrogatorio. “Quiero decir que... estaba más bien lejos. Pero fueron en la misma dirección en el mismo marco

temporal.”

“Arriba, ¿quieres decir...? ¿donde están todos los dormitorios?” preguntó sarcásticamente. “¿Así que puede que ella se fuera a su habitación y él a la suya? ¿Le viste entrar a su habitación?”

“Estaba a oscuras. No tenía tanta visibilidad. Y me acababa de despertar.”

“Así que ahora estás diciendo que no estás segura de lo que viste?” preguntó Kimberly, con los ojos encendidos. “Pues esto es todo un problema que echarle encima a una esposa y madre si no estás segura.”

“Kimberly, estoy segura de que les vi a los dos subiendo las escaleras, desnudos, uno poco después del otro. Eso es todo lo que estoy diciendo.”

“Eso es todo lo que estás diciendo. ¿Solo eso?” contestó Kimberly, con evidente desdén. “¿Y si te digo que Rachelle duerme desnuda y que no nos importa porque nuestros niños son demasiado pequeños para que les moleste? ¿Y si te digo que Morgan tiene un problema de tiroides que hace que le entre el calor por las noches y que duerme desnudo para no sobrecalentarse? ¿Y si te dijera que es un sonámbulo? ¿Pudiste ver si estaba despierto o si era consciente en absoluto de que Rachelle estuviera cerca suyo?”

“No podría contestar a nada de eso,” dijo Jessie, sin saber qué más decir.

“Bueno, ahora que te he contado todo tipo de detalles personales sobre mi vida familiar para calmar tus inquietudes de que mi marido me esté engañando, ¿te sientes mejor?”

“Solo intentaba ayudar,” dijo Jessie sin mucha convicción.

“¿Y cómo te ha ido con eso? ¿Te estás funcionando?”

“Lo lamento, Kimberly. Es solo que... si se tratara de mí, quería tener toda la información.”

“Ya *tenía* toda la información, Jessie. No me dijiste nada que no supiera ya, excepto que tú no eres la persona que creía que eras. Haz el favor de marcharte.”

Jessie, perpleja, caminó hasta la puerta principal. Cuando la abrió, se giró para intentarlo una vez más. Kimberly estaba justo detrás suyo con la caja de donuts, que arrojó sobre Jessie. Uno de los donuts salió disparado de la caja y le dio a Jessie en el pecho antes de caer al suelo. El relleno de mermelada explotó, y se esparció por el suelo y sus zapatos.

“Kimberly, por favor dame la oportunidad de—”

Su vecina le cerró la puerta en las narices. El donut que se había caído, ahora aplastado, se había esparcido hasta el escalón frontal. Jessie pensó que casi tenía aspecto de sangre.



\*

Todavía confusa y paralizada, Jessie llamó a Kyle al trabajo. Sonaba apresurado así que intentó explicárselo deprisa. Cuando terminó, él no le respondió durante tanto tiempo que Jessie pensó que se había cortado la llamada.

“Kyle, ¿estás ahí?” le preguntó.

“Lo siento. Estoy tratando de entender por qué irías a casa de nuestros vecinos después de vivir aquí solo unos días para decirles que crees que su marido tiene una amante. Nos trajo brownies. Tú le llevas acusaciones de infidelidad. ¿Te parece eso un intercambio justo?”

“Esperaba que asumirías el papel de marido comprensivo,” dijo Jessie en voz baja.

Kyle suspiró profundamente.

“Quiero serlo, Jess, pero me lo estás poniendo bastante difícil. Tengo una emergencia en el trabajo. Y vas y me llamas para decirme que has mandado al carajo nuestra relación con una vecina. Y por lo que dice, parece que te has equivocado de cabo a rabo.”

“Creo que no. Me parece que estaba disimulando para mí.”

“Jessie, ¿de qué estás hablando? ¿Disimulando? Esto no es un caso que haya que resolver. Es una familia de verdad.”

“Ya lo sé, pero—”

“Escucha,” le interrumpió. “Incluso aunque sea cierto y él se esté tirando a la niñera, ¿por qué es asunto nuestro? A lo mejor ella se está cepillando al jardinero. Quizá tienen un matrimonio abierto. No sabemos nada de sus vidas. Por lo que a mí respecta, su explicación suena convincente, sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera estás segura de que estuvieras despierta.”

“Estoy segura.”

“¿De verdad?” le preguntó. “Me dijiste que cambiaste de medicación hace poco, ¿verdad? ¿Estás segura de que eso no te puede estar jugando una mala pasada?”

“No es un efecto secundario.”

“Creía que distintos medicamentos afectan a la gente de manera diferente. Y ya has estado tomando este un par de días. ¿Me puedes decir, sin asomo de duda, que esto no era una cuestión química?”

Jessie no le respondió. Lo cierto es que ya no estaba segura de nada. Dudaba que la medicación hubiera surtido algún efecto inusual en ella. ¿Pero estaba segura al cien por cien? No. Había visto algo anoche, pero ¿había malinterpretado algo inocente? ¿Había dejado que su mente en constante alerta le llevara a la conclusión más terrible posible en vez de a la que era más inocua? Lo cierto es que no estaba segura.

“No lo sé,” admitió ella.

“Oye, cariño,” le dijo, con una voz más suave de repente. “Quiero ayudarte con esto. Y quizá podamos arreglar las cosas, pero por ahora, mi empresa está en una mini-crisis, ¿puedo pedirte que no contraríes a más vecinos por hoy? ¿Es esa una petición razonable?”

“Lo es,” dijo ella.

“Gracias. Te veré esta noche. Te quiero.”

“Yo también te quiero,” dijo ella, antes de colgar. Subió al piso de arriba y se acurrucó en la cama, donde se pasó la mayor parte de los dos días siguientes.

## CAPÍTULO ONCE

Se hubiera quedado más tiempo en la cama si no fuera por sus prácticas. El martes era el día que se suponía iba a quedar con el Profesor Hosta en DSH-Metro en Norwalk para visitar DNR. Era lo primero en cuarenta y ocho horas que le emocionaba lo bastante como para ducharse.

Mientras conducía durante cuarenta y cinco minutos, intentó dejar de pensar en los últimos dos días sin resultado. Kyle había pasado por la casa de los Miner con la esperanza de apaciguar las cosas con Kimberly. Pero a ella no le interesaba y le dijo que no esperaran más bandejas de brownies.

A pesar de eso, habían acabado por ser aceptados en el Club Deseo. Entre el resentimiento de un miembro actual del club y las respuestas combativas que había dado Jessie en su interrogatorio, estaba segura de que les rechazarían. Pero habían acabado metiéndose, de alguna manera.

Sintió la tentación de decirle a Kyle que no quería aceptarlo, especialmente después del interrogatorio por parte de Marguerite Brennan. Este no era el tipo de gente con el que Jessie quería codearse, pero sabía lo importante que le parecía a Kyle en relación con el trabajo. Ya había confirmado múltiples clientes gracias a ese lugar. Y después de fastidiar las cosas con su vecina, no le parecía que estuviera en la posición de dar ningún ultimátum, así que se mordió la lengua.

No iba a ser oficial hasta el otoño, cuando se les entregaría formalmente su invitación. Pero, hasta entonces, eran miembros provisionales, lo que les permitía acceder al club sin necesidad de un chaperón.

Como reconocimiento, Teddy le había regalado un clip para dinero a Kyle. Era ridículo—de oro y de tamaño excesivo con un símbolo de “\$” encima que parecía algo que podría pertenecer a Gordon Gecko alrededor de 1987. A pesar de lo tonto que le parecía Kyle al sacarlo de su bolsillo, Jessie no dijo nada. No quería deprimirle ahora que estaba tan contento.

Lo cierto es que Kyle estaba entusiasmado, planeando excursiones de golf y cómo aprovechar al máximo las fiestas otoñales en la agenda para beneficio de su negocio. Parecía ignorar en gran medida la tristeza de Jessie. O eso o esperaba que, al negarse a reconocerla, se fuera por su cuenta. Era como si sus desavenencias de los últimos días fueran agua pasada. No parecía tener ningún resentimiento, lo que hacía que Jessie se sintiera todavía más culpable por aferrarse al suyo.

Mientras entraba al aparcamiento del hospital, intentaba alejar todos esos

pensamientos de su mente. Iba a necesitar estar totalmente concentrada si quería interactuar eficazmente con los pacientes que había aquí, especialmente en la unidad DNR.

El profesor Hosta le esperaba junto a su coche y le hizo un gesto para que aparcara junto a él. Jessie bajó la ventanilla del coche cuando se aproximó a él.

“Me alegro de verla, señorita Hunt,” dijo. “Hay una verja de seguridad para acceder a DNR y tienen una entrada separada. Tendrás que seguirme esta vez. Conseguiremos tu propio pase para visitas futuras.”

Se metió a su coche y lideró el trayecto. Tras una breve conversación con el guardia de seguridad en la verja, les permitieron entrar. Al pasarle de largo, Jessie notó que el guardia iba armado.

Aparcaron en un terreno polvoriento de aspecto anodino al fondo de las instalaciones y caminaron a la entrada de otra verja que rodeaba todo el edificio, donde Hosta deslizó su tarjeta de visitante. Resonó y pasaron a través del patio de un pequeño jardín descuidado, que llevaba a las puertas exteriores del edificio. También fue necesario deslizar la tarjeta. Se repitió el mismo proceso en un par de puertas interiores antes de que entraran por fin a la zona de recepción de la unidad.

Cuando finalmente pasaron al interior, tuvieron que entregar sus efectos personales y someterse a un escaneo milimétrico de cuerpo entero como los que utiliza la seguridad de los aeropuertos como alternativa a los detectores de metales. Entonces miembros adicionales de seguridad, también armados, les revisaron a ambos. Y no fue hasta este momento que recuperaron sus efectos personales.

“¿Ya veo que no son demasiado formales aquí?” dijo Jessie sarcásticamente cuando se completó el proceso.

“No se te ocurra bromear sobre la seguridad en este sitio, Hunt,” dijo Hosta con seriedad. “Desde que el DNR entrara en operaciones hace siete años, solo han tenido dos incidentes. Pero combinados, resultaron en las muertes de cuatro guardias y un preso. Aquí se toman las medidas preventivas muy, muy en serio y tú también deberías hacerlo.”

“Entendido,” dijo Jessie. No sabía nada sobre esos incidentes, pero tampoco le sorprendía. Como apenas había nadie que fuera consciente de la existencia de este lugar, no es que fueran a publicarse historias en las noticias sobre violaciones de la seguridad. No pudo evitar preguntarse quién sería el preso que había acabado muerto, pero se obligó a no preguntar acerca de ello.

“Vamos a la zona de preparación, donde te reunirás con nuestro enlace de seguridad,” dijo Hosta. “Para que te des cuenta de lo en serio que se toman por aquí las medidas de seguridad, la oficial a cargo es una ex comando del ejército. Te darán más instrucciones adentro. Por favor recuerda que no eres más que la segunda estudiante a la que han permitido la entrada a esta unidad. Es un privilegio gigantesco que puede ser retirado en cualquier momento. Si eso sucede, corres el riesgo de suspender tus prácticas y no obtener tu graduación. ¿Está claro?”

“Sí, profesor.”

“De acuerdo, vamos adentro.”

Le hizo un gesto a uno de los guardias de seguridad, que les abrió la puerta a una zona marcada por un letrero con el insulso nombre de “Prep. Transicional.” Por lo visto, ni la tarjeta de Hosta les podía dar acceso a todos los lugares de las instalaciones. Una vez adentro, Jessie se sorprendió al ver a su enlace. Les vino a recibir una mujer de pelo rubio oscuro atado en un moño bien tirante. Parecía tener más o menos la misma edad de Jessie, quizá unos pocos años más.

Era más bajita que Jessie, como de un metro setenta y de complexión obviamente fuerte, incluso con el uniforme de seguridad ocultando su cuerpo. Tenía hombros anchos y Jessie notó que sus brazos expuestos estaban llenos de músculos sin necesidad de flexionarlos. Adivinó que la mujer pesaba unos 65 kilos, aunque dudaba mucho de que nada de eso fuera grasa.

La mujer era atractiva a pesar de que tenía una gruesa cicatriz debajo del ojo izquierdo y hoyuelos en la cara y el cuello que contrastaban con su piel bronceada. No parecían tanto ser marcas de acné como de pequeñas quemaduras, como si alguien hubiera apagado colillas de cigarrillos en cada uno de los huecos. Jessie se preguntaba si había sido así como los había conseguido. Sus ojos eran grises y despiertos. Dio un paso adelante y le extendió la mano.

“Hola, señorita Hunt,” dijo ella. “Soy la oficial Katherine Gentry. Voy a ser su enlace de seguridad para esta visita.”

“Encantada de conocerte,” dijo Jessie, extendiendo la mano para estrechársela. El apretón de Gentry era firme pero no amenazador.

“Me alegro de verte de nuevo, profesor,” dijo la oficial Gentry, haciendo un gesto a Costa.

“Lo mismo digo, oficial,” respondió. “Le he dicho a la señorita Hunt que le va a poner al día sobre lo que puede esperar.”

“Así es. Esto es lo que va a suceder. Los dos se van a cambiar de ropa y a ponerse las batas de la instalación. Señorita Hunt, tú también vas a quitarte el maquillaje con el limpiador que vas a encontrar allí. Te recomiendo que no te pongas nada para las próximas visitas. También tienes que quitarte tu anillo de bodas. Hay habitaciones para cambiarse conectadas con esta zona. Después de eso, entraremos a la unidad. Como esta es tu primera visita, señorita Hunt, solo estarás observando. Puede llevar algún tiempo familiarizarse con el procedimiento y el entorno que hay aquí.”

“Eso no me parece bien,” interrumpió Jessie, ignorando la expresión de sorpresa en el rostro de Hosta, que captó por el rabillo del ojo. “No me he peleado con casi una hora de tráfico en la autopista solo para observar. Tengo organizado un número limitado de visitas para estas prácticas y necesito aprovechar al máximo cada una de ellas. Quiero empezar a entrevistar a pacientes hoy mismo.”

Gentry le miró a Hosta, quien se encogió de hombros como diciendo, “Tú decides.” Jessie se sorprendió por un instante antes de darse cuenta de que, en este lugar, el oficial de seguridad a cargo de la unidad debía de estar autorizado a imponerse a cualquier decisión tomada por el personal médico.

“Señorita Hunt,” dijo Gentry, en voz baja y calmada. “Puede que hayas notado que aquí, llamamos presos a los residentes en vez de pacientes, que es el término empleado en el exterior. ¿Sabes a qué se debe eso?”

“Supongo que es para recordar a todo el mundo lo peligrosos que pueden ser estos tipos.”

“Correcto. Una vez empezamos a utilizar la palabra ‘paciente,’ no se puede evitar que surja la simpatía. Y con ella llega la vulnerabilidad. ¿Sabe por qué hacemos que los visitantes se cambien de ropa y que las mujeres se quiten el maquillaje antes de entrar a la unidad?”

“No. ¿Por qué?”

“Porque,” dijo Gentry, “además de ser increíblemente peligrosos, estos presos son escalofriantemente inteligentes. No son los criminales de todos los días a los que estás acostumbrada. Si están aquí, es porque son malvados de un modo especial. Algunos de ellos utilizarán cualquier detalle personal que descubran para manipularte. Utilizan la ropa que llevas puesta, tu bisutería, tu perfume, tu maquillaje, para descubrir tus debilidades. Cuanto menos sepan de ti, mejor.”

“¿Por qué me estás contando todo eso?”

“Porque quiero que te des cuenta de que ir a una entrevista con uno de ellos

en frío, sin haber tenido la oportunidad de observar de antemano, te pone en peligro. No se llama la División No Rehabilitadora por nada.”

“Entiendo eso,” dijo Jessie. “Pero tú tienes que entender algo acerca de mí. Para entender de verdad a esta gente, necesito hablar con ellos sin ideas preconcebidas. Quiero interactuar con ellos la primera vez sin filtros, para poder hacerme una idea genuina sobre ellos a medida que reaccionan ante mí. Puedo meterme mejor en sus mentes cuando estoy en la sala.”

“¿Ya has entrevistado alguna vez a un residente de una instalación no-rehabilitadora?” le preguntó Gentry. “¿Has entrevistado a un asesino en serie por tu cuenta, con solo un cristal de separación entre los dos?”

“No.”

“Entonces, ¿qué te hace pensar que puedes estar preparada para lo que son capaces de hacer en persona?”

“Ya he dicho que no he entrevistado a uno de ellos dentro de una instalación,” dijo Jessie con frialdad. “Eso no significa que no haya interactuado con un asesino en serie de cerca. Puede estar segura, oficial Gentry, de que me he enfrentado a la maldad cara a cara. Ya sé cómo es. Sé cómo se mueve y se gira y cómo se retuerce por dentro de alguien. Pero eso solo lo puedo ver cuando puedo estar cerca de ellos. No voy a entender cómo piensan estos tipos, cómo detener a otros como ellos, desde algún espejo oculto de observación. Quiero estar en la sala.”

Gentry le miró fijamente durante un tiempo antes de hablar. Jessie podía percibir que estaba evaluando, calculando, asesorando la situación. Por fin, parece que llegó a algún tipo de decisión interior.

“Cámbiate de ropa,” le dijo. “No tenemos todo el día.”

## CAPÍTULO DOCE

Diez minutos después, cuando Jessie ya se había puesto la bata de hospital y había firmado un acuerdo de confidencialidad tan detallado que le preocupaba la idea de que solo con mencionar el hospital a Kyle le pudieran acabar arrestando, salieron de la zona de preparación transicional. Los tres atravesaron otra puerta de seguridad y caminaron por un pasillo largo y tenuemente iluminado mientras Gentry les daba un repaso de las particularidades de la unidad.

Explicó el procedimiento para interactuar con los presos: nunca se puede tocar el cristal, no se pueden revelar detalles personales, ni hacer promesas, ni interactuar sin un agente de seguridad en la sala, y otra media docena de prohibiciones que Jessie ya no podía recordar.

Gentry le indicó que las sesiones estaban limitadas a quince minutos, a menos que se hubiera autorizado lo contrario de manera específica. Si se le instruía a que saliera de la sala, debía hacerlo sin discutir ni retrasarse. La negación de adherirse al procedimiento podía resultar en una prohibición permanente de volver a entrar a las instalaciones.

Llegaron al final del pasillo, donde otra puerta se abrió con un pitido. Jessie miró hacia arriba para ver la cámara que le miraba fijamente, una de varias docenas que había percibido al caminar a través del complejo. Pasaron a un puesto de seguridad que le recordaba a un puesto de enfermeras de un hospital.

Tres hombres y una mujer, todos ellos armados, elevaron la vista brevemente antes de regresar a sus tareas. Dos de ellos estaban estudiando los monitores de seguridad. Uno estaba metiendo información en una terminal. El cuarto, un hombre hispanico grueso, estaba garabateando algo en un papel pinchado en un corcho antes de levantarse y acercarse donde estaban ellos. Estirado del todo, resultaba todavía más imponente. Con sus dos metros de alto y más de 115 kilos de peso, se parecía a un defensa de un equipo de fútbol.

“¿Cómo va, Kat?” le preguntó a la Oficial Gentry con voz animada.

“Solo traigo algo de carne fresca, Cortez,” contestó ella. “¿Cómo van las cosas con los Cinco Magníficos?”

“Haciendo lo mismo de siempre, supongo. Gimbel, Stokes, y De la Rosa se están echando una siesta. A Jackson le hemos restringido el movimiento porque intentó morderse las muñecas otra vez. Crutchfield está escribiendo la letra de una de sus tonadillas.”



“Entonces, ¿DNR solo alberga a cinco presos?” preguntó Jessie antes de que le presentaran formalmente.

“Tenemos diez habitaciones,” respondió Cortez, ojeándola con curiosidad. “Pero soy perfectamente feliz de estar a media bandera. Menos residentes significa menos psicópatas.”

“No necesariamente,” discutió Jessie. “Solo quiere decir que han *atrapado* a menos psicópatas.”

Cortez farfulló y se giró hacia Gentry.

“¿Y quién es la chica Vogue que viene hoy a visitar los barrios bajos?” le preguntó él.

“Esta es Jessie Hunt. Está haciendo sus prácticas con la UC-Irvine. Tomando en cuenta su buen comportamiento, va a visitarnos muchas veces durante el resto del año. Pero no creo que vaya a durar. Dudo de que sea capaz de ceñirse al procedimiento. Es más bien impulsiva.”

“Algo bocazas también,” dijo Cortez. “Normalmente, me gustan las bocazas, pero no aquí. Aquí, ser bocazas puede acabar contigo.”

“Gracias por el consejo profesional, Cortez,” dijo Jessie, decidiendo que ser encasillada como otra académica más no le iba a hacer muchos amigos por aquí. Y si las cosas iban mal, iba a necesitar amigos. En ese sentido, podría congraciarse con ellos desde un principio.

“Ves,” dijo Cortez, sonriendo. “Bocazas. Quizá te invite a un trago después, chica Vogue. ¿Qué me dices?”

“Pues digo que eres todo un placer, Cortez, pero no creo que a mi marido le haría mucha gracia.”

“Casada,” le contestó sacudiendo la cabeza. “Qué desperdicio.”

“Ya basta de coqueteos,” le interrumpió bruscamente Gentry. “Despertemos a De la Rosa para que Hunt pueda conocerle. Es todo un encanto—una buena introducción a los placeres de la DNR.”

“No,” Jessie dijo con sequedad. “Quiero a Crutchfield.”

El lugar se quedó en silencio. Los otros tres guardias elevaron la vista de sus tareas, con la boca abierta.

“Eso,” dijo el profesor Hosta, hablando por primera vez desde que habían entrado a la sala, “sería una equivocación.”

“Bolton Crutchfield es nuestro preso... más difícil,” dijo Gentry. “Va a tratar contigo como si fuera un juego del gato y el ratón. Puede que sea buena idea aclimatarse un poco antes.”

“Estoy bien enterada de su historial. He estudiado sus crímenes en detalle y

conozco sus... proclividades,” dijo Jessie. “Sé de lo que es capaz.”

“No estamos hablando de sus crímenes,” interrumpió Cortez. “Hablamos de la manera en que manipula a todo el que se pone en contacto con él, incluso desde detrás de un cristal de 3 centímetros de ancho en una sala segura. Parece un chico de campo educado y humilde, pero no te dejes engañar. Se mete en tu mente. Es un experto en ello. Ha habido psiquiatras de prestigio internacional que han salido trastocados después de entrevistarle.”

“Entiendo,” dijo Jessie, con realismo. “Quiero verle.”

Observó cómo Hosta y Gentry intercambiaban una mirada que no pudo descifrar. Mientras esperaba a una respuesta, sintió cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal, del tipo que solía sentir cuando percibía que algo andaba mal. No podía concretarlo, pero toda esta discusión por que quisiera ver a Crutchfield le resultaba... manufacturada.

“Tendrás que firmar una descarga de responsabilidad,” dijo Gentry finalmente, “indemnizando al hospital en caso de que algo salga mal. Como profesionales, estamos aquí para mantenerte físicamente a salvo. No podemos protegerte de lo que te pueda hacer psicológicamente.”

“Parece justo,” contestó Jessie. “¿Dónde firmo?”

Cinco minutos después, tras un último registro corporal, le llevaron a la puerta de la habitación de Crutchfield.

“Aquí es donde me despido,” dijo Hosta. “Estaré observando desde detrás de ese espejo de doble visión al que desprecias tanto. Por favor, recuerda, Hunt, estás aquí en calidad de estudiante. Esto es parte de tu tarea para conseguir tu diploma de graduación. No se trata de una oportunidad para convertirte en algún tipo de detective o agente del FBI. Todavía no has llegado tan lejos. ¿Entendido?”

“Sí, profesor,” le contestó.

Él asintió con escepticismo y salió de la sala de observación. Ahora estaba sola con la oficial Gentry, que le puso una pequeña forma ovalada en la mano. Parecía una de esas llaves con señal remota de los coches.

“¿Qué es esto?” preguntó Jessie.

“Es tu manto de seguridad,” dijo Gentry. “¿Ves ese botón rojo en el medio? Si las cosas se ponen demasiado intensas y necesitas salir de allí, aprieta el botón. Es lo bastante discreto como para que él no lo vea. Estaré en la sala contigo y me alertará con discreción en caso de que quieras salir. De esa manera, te puedo sacar de la sala sin que él caiga en la cuenta de que fue a petición tuya. Puedo decir que hemos llegado al límite de la sesión o se me

puede ocurrir cualquier otra excusa. Cualquier cosa para sacarte de allí sin que Crutchfield sepa que ha conseguido ponerte nerviosa. No quieres eso.”

“Muy bien. ¿Estás segura de que es necesario?”

“En el tiempo que llevo aquí, solo he visto a dos personas que se las han arreglado para llegar al final de la sesión sin apretarlo, así que sí, sin duda, creo que es necesario.”

“¿Supongo que es una pérdida de tiempo preguntarte quién no lo necesitó?”

“Supones bien,” dijo Gentry. “Si empiezas a sentirte agitada, solo aprieta el botón y mantén la calma. Intenta que no se te note. Se aburre enseguida y le encanta volver loca a la gente. Si puedes salir de allí sin que suceda eso, considéralo una visita exitosa. ¿Preparada?”

“Tanto como lo voy a estar,” dijo Jessie.

“Muy bien entonces. Es la hora del show.”

Gentry hizo un gesto a la cámara que tenían por encima. Se escuchó un zumbido, después del que ella deslizó su tarjeta y sonó otro segundo zumbido a través del pasillo. Jessie escuchó un clic. Gentry abrió la puerta y pasó al interior. Jessie le siguió.

La habitación estaba tenuemente iluminada, como un restaurante elegante por las noches, y le llevó unos momentos ajustar sus ojos. Gentry debía de saber que iba a tener ese problema porque le guió hasta una silla que había detrás de un escritorio, donde había un bloc de notas y un lapicero ralo. Cuando los ojos de Jessie se acostumbraron, vio que estaba enfrente de una partición de cristal que dividía la habitación.

Gentry se acercó a un panel que había en la pared junto a la puerta y presionó un botón. Lentamente, la luz en la habitación aumentó hasta el punto en que Jessie ya no tenía que achinar los ojos. Observó sus alrededores. Lo que había más allá de la partición era esencialmente una celda de prisión.

Pegada a la pared de atrás había una cama estrecha suspendida como un metro por encima del suelo. Daba la impresión de que el delgado colchón que había sobre ella formaba parte de la cama y no se podía retirar. Había una pequeña almohada hecha de lo que parecía un material plastificado.

A la derecha de Jessie, había un hueco con un pequeño escritorio y una silla, también integrados en la pared. Parecía uno de esos pupitres y sillas de una pieza que se utilizaban en el instituto. Al lado izquierdo de la celda, no había nada más que espacio abierto. Jessie sospechaba que esa era la zona de “ejercicio” de Crutchfield, donde se podía mover sin temor a golpearse con nada.

La habitación estaba vacía. Jessie estaba a punto de preguntar a Jessie por el residente cuando escuchó la bomba del servicio, seguida de una voz masculina.

“Puerta, por favor,” dijo alguien arrastrando las palabras.

En el rincón trasero de la celda, una pequeña puerta curvada que Jessie no había visto previamente empezó a abrirse mecánicamente. Salió un hombre que se movió hasta el diminuto lavabo de metal, también integrado en la pared, donde se lavó las manos.

Le estaba dando la espalda a Jessie con lo que ella tuvo ocasión de estudiarle lo más posible sin que él le hiciera lo mismo a ella. Era más bajito en persona de lo que se había esperado, probablemente como uno setenta de alto y quizá unos 70 kilos de peso. El metraje de las noticias no daba una sensación de sus medidas.

Llevaba puesto lo que venían a ser las batas del hospital, no muy diferente de la que ella llevaba puesta, solo que la suya era gris y la de él era de color azul turquesa. Sus zapatos parecían ser alguna clase de Crocs. Su pelo, que le habían afeitado casi al cero, era de un color que se acercaba al rubio.

Se tomó su tiempo para lavarse las manos; tanto, de hecho, que Jessie empezaba a sospechar que sabía que ella ya estaba allí y la estaba manteniendo en suspense. Por fin, apagó el grifo y se secó las manos en su bata. Sin darse la vuelta, habló.

“¿Qué es lo que esperaba, señora?”

Ahora el arrastre en su voz resultaba más pronunciado y Jessie se acordó de que Bolton Crutchfield era de los *bayous* pantanosos del sur de Louisiana. Había hablado tan poco en su juicio que era fácil de olvidar.

“Pensaba que serías más alto,” admitió.

Se dio la vuelta, con una sonrisa retorcida en el rostro. Necesitaba con urgencia algo de trabajo dental, ya que varios de sus dientes apuntaban en direcciones extrañas.

“Me dicen eso a menudo,” le dijo.

Jessie le echó la primera mirada de verdad. Lo que más le sorprendió fue lo insulso que aparentaba ser. Su rostro era agradablemente soso, no bien parecido, pero tampoco nada que objetar. Tenía treinta y cinco años, pero parecía unos cinco años más joven.

Su barbilla imberbe y sus mejillas que rayaban en gordinflonas le hacían parecer de lo más inofensivo. Solo la agudeza carente de parpadeos de sus ojos marrones daba indicios de que había algo más debajo de la superficie.

“¿Es así como pillabas a tus víctimas desprevenidas?” preguntó Jessie. “¿Te subestimaron?”

“¿Así que nos metemos a fondo desde el principio?” preguntó Crutchfield, fingiendo estar levemente ofendido. “¿Nada de presentaciones? ¿Ni de charla introductoria?”

“Me han dicho que tengo un tiempo limitado con usted, señor Crutchfield. No quería desperdiciarlo en charlas de cortesía.”

“Pero ni siquiera sé cómo se llama, señora,” insistió Crutchfield al tiempo que se movía hasta su cama y se sentaba frente a ella. “¿Cómo podemos ponernos a conversar si no sé cómo llamarla? Resulta terriblemente descortés.”

“Me llamo Hunt,” le dijo Jessie, “aunque señora me parece bien.”

“Bueno, ahora por fin estamos llegando a alguna parte,” dijo él, lanzando su sonrisa desdentada de nuevo. “Ahora que ya sé quién eres, encantado de conocerte. Puedes llamarme Bolton. Alguna gente lo reduce a Bolt, pero a mí no me hace mucha gracia. Demasiado informal, ¿sabes?”

“Es un placer conocerle también, señor Crutchfield,” contestó Jessie, ignorando su comentario. “Esperaba hacerle unas cuantas preguntas.”

“Parece que ya has empezado con eso con tu charla sobre la subestimación.”

“Y bien, ¿es así como hacías que tus víctimas cayeran en la complacencia? ¿Con el acento sureño y la complexión inofensiva?”

“¿Se está metiendo con mi tamaño diminutivo, señora? Porque eso es de lo más hiriente. Te diré una cosa—te voy a canjear una respuesta por otra respuesta. Te diré algo que quieres saber. Después tú me vas a conceder algo de información sobre ti. Vi que lo hacían así una vez en una película. ¿Te parece un intercambio justo?”

“Me aconsejaron específicamente que no compartiera ningún detalle personal con usted,” le dijo Jessie.

“No lo dudo,” contestó Crutchfield. “Pero tú no me das la impresión de ser exactamente de las que siguen las normas. Y parece una pérdida de tiempo que vengas a través de todas esas puertas, te limpies tu bonito maquillaje, te quites ese anillo tan caro de bodas, y no acabes con nada más que una situación desagradable.”

Jessie oía como Gentry se movía inquieta por detrás de ella y percibió que era una advertencia silenciosa para no cumplir con su petición. No obstante, Crutchfield tenía razón. Ella no era de las que dejaba que se le interpusieran

con normas. Y había preguntas para las que quería respuestas. Después de todo, las prácticas no eran la única razón por la que estaba aquí.

“De acuerdo,” dijo Jessie. “Responde a mi pregunta honestamente y yo responderé a una de las tuyas.”

Escuchó un suspiro de frustración que venía de Gentry y esperó a que le sacaran de la habitación, pero no pasó nada. Estaba sorprendida y creyó ver un atisbo momentáneo de algo similar en Crutchfield antes de que le respondiera.

“Esta es la cosa, señora. Si estás planeando matar a alguien y ellos no se lo esperan, la verdad es que no necesitas que te subestimen o crear una sensación de comodidad falsa. Podrías blandir un cuchillo de carnicero delante de ellos y, si no sospechan que tienes malas intenciones, no van ni a pestañear. Es solo cuando ya has cometido el acto, o al menos empezado con ello, que empiezan a darse cuenta de que les querías hacer daño. Pero ¿qué pueden hacer entonces? Ya han sido—cuál es la palabra—incapacitados. Hasta el bueno de Cortez ahí afuera podría ser descuartizado si no estuviera siempre alerta, ¿sabe? Y es un tipo bien grande. ¿Responde eso a tu pregunta?”

Jessie asintió y garabateó unas cuantas notas en un bloc de notas, más para evitar hacer contacto visual que para apuntarlo en el papel. A pesar de sus mejores intenciones, le estaba perturbando la manera casual en que describía esta técnica.

“Ahora, creo que es mi turno, señora. ¿Puedo hacerle una pregunta?”

“Un trato es un trato,” dijo Jessie.

“Aprecio su carácter con principios, señora. Es algo raro hoy en día. ¿Por qué está aquí realmente? Quiero decir, sé que eres alguna clase de estudiante, haciendo su trabajo de campo para conseguir un diploma y convertirse en alguien que se mete en la mente de los criminales, y que le cuenta a la policía lo que los tipos como yo pensamos. Pero ambos sabemos que esa no es la razón de verdad. Estás en busca de algo más que eso. De otro modo, podrías haber ido a cualquier otro centro para locos. Pero viniste aquí específicamente a verme a mí. Y aunque me sienta halagado de que todo salga a la luz, no puedo evitar preguntarme: ¿por qué estás aquí?”

Jessie trató de pensar a toda prisa. Si Hosta o el personal de aquí pensaban que tenía algún motivo oculto para querer entrevistar a Crutchfield más allá de la investigación académica, podían echarla para siempre. Pero, si mentía, o siquiera ensombrecía la verdad, tenía la sensación de que Crutchfield lo sabría y terminaría la entrevista en base a su mala fe. También tenía la extraña

sensación de que él había alargado la pregunta para darle tiempo de que se le ocurriera una respuesta, a sabiendas de que dar la respuesta correcta era crucial.

“Señor Crutchfield,” dijo, ponderando hasta donde podía llegar mientras empezaba a hablar, “la razón autorizada por la que estoy aquí es, como ha dicho usted, completar mi trabajo de campo para obtener mi diploma. Pero también es cierto que creo que usted pueda tener ciertas ideas particulares respecto... a asuntos sin resolver que son de gran interés para mí.”

Le preocupaba que su discreción le hiciera sentir que le estaba engañando. Sin embargo, Crutchfield solo lanzó una medio sonrisa y se volvió a reclinar sobre su cama.

“Es tu turno,” le dijo él.

Jessie se quedó callada por un momento, decidiendo la mejor manera de hacer la próxima pregunta. Si la planteaba con las palabras equivocadas, podría tener graves consecuencias. Finalmente, dio con algo que pensaba que podía funcionar.

“¿Alguna vez recibiste alguna ayuda? ¿O la proporcionaste?”

“Eso son dos preguntas,” apuntó Crutchfield.

Jessie no le respondió. Eso es lo que quería preguntar y no iba a darle la oportunidad de escabullirse de ello. Le miró fijamente, esperando. Él la miró de vuelta, al parecer encantado con su insolencia.

“Oh, está bien,” dijo por fin. “Te daré dos, solo en esta ocasión, porque me gusta tu actitud. Las respuestas serían ‘sí’ y ‘sí.’ Pero eso es todo lo que puedo decir sobre esos asuntos.”

Por el momento, era todo lo que ella necesitaba. Antes de que pudiera procesar su respuesta del todo, él ya había empezado a hablar de nuevo.

“Mi turno. Y lo haré breve ya que puedo ver en el nerviosismo de la oficial Gentry que estamos a punto de cerrar por hoy. ¿Estás dispuesta a ser sincera conmigo?”

“Sí,” respondió Jessie, sin saber hacia dónde se dirigía esto.

Crutchfield se incorporó y después se inclinó hacia la partición de cristal, como si fuera a susurrar. La sonrisa torcida había desaparecido. Su expresión era sobria cuando sus ojos se cruzaron con los suyos.

“¿Sabe él que estás aquí, Jessie?”

Mientras miraba los ojos grises de Crutchfield, la habitación empezó a girar ligeramente. Sabía su nombre de pila. Y sabía mucho más que eso.

Jessie era vagamente consciente de estar apretando el botón rojo oculto en

su mano, pero lo cierto es que no podía sentirlo. Su cuerpo estaba débil e inerte. Parecía que no podía ni moverse.

“Hemos terminado aquí,” escuchó decir a Gentry desde lo que parecía ser muy lejos al tiempo que la oficial le agarraba por los hombros y empezaba a sacarla de la habitación. Los ojos de Crutchfield no dejaron de mirar a los suyos y su expresión seguía siendo expectante. Todavía esperaba una respuesta.

Justo antes de que le sacaran a rastras de la habitación, Jessie se las arregló para librarse y se dio la vuelta hacia él. Con una dureza inesperada en la voz, le respondió alto y claro.

“No,” dijo, y entonces la sacaron a toda prisa de la habitación.

“¡Me has mentido!” le chillaba Hosta airado mientras caminaban a través del aparcamiento del hospital de vuelta a sus coches. “Esto es obviamente más que un ejercicio académico para ti. ¿Qué es lo que no me estás contando, Hunt?”

“Nada,” le mintió. “Solo dije lo que creía que él quería escuchar. Obviamente pensó que yo tenía algún motivo oculto, así que dejé que creyera que tiene razón.”

“No me creo eso ni por un segundo. Está claro que tú tienes un motivo oculto, ¡y el hombre hasta sabía tu nombre!”

A Jessie le parecía que la conversación se estaba yendo de las manos y decidió que tenía que redirigirla.

“No creo que usted esté en posición de regañarme por mi honestidad, profesor Hosta,” dijo indignada.

“¿De qué estás hablando?” le espetó, cogido por sorpresa.

“Quiero decir, que no hay manera de que yo hubiera podido entrar ahí a entrevistar a Bolton Crutchfield en mi primera visita. No a menos que fuera aprobado previamente al más alto nivel.”

“No sé lo que quieres decir,” dijo Hosta a la defensiva. Pero Jessie podía adivinar que había dado en el clavo. Y presionó más.

“Usted podía haber impedido que hablara con él, pero no lo hizo. Y la oficial Gentry tenía claramente la autoridad para negar mi petición, pero no lo hizo. Los dos montaron un poco de lío por ello, pero al final le permitieron a una candidata inexperta a la maestría interrogar a un asesino en serie calculador en su primera visita a este lugar. ¿No le resulta un tanto chocante?”

“¿Qué sugieres?” preguntó Hosta, notablemente sin responder a la pregunta.

“Sugiero que alguien me quería en esa habitación y quería ver cómo



reaccionaría Crutchfield ante mí. ¡Mira quién tiene motivos ocultos!”

El profesor Hosta continuó caminando, sin decir ni una palabra más. Hasta que no llegaron a sus coches, no se dio la vuelta para hablarle.

“No hace falta decir que no puedes revelar a nadie el tiempo que has pasado aquí,” le dijo, por lo visto dejando la última discusión atrás. “Has firmado acuerdos a tales efectos, pero pensé que estaría bien un recordatorio. No puedes hablar de esto con nadie que no esté ya autorizado. ¿Está claro?”

“Desde luego.”

“Y no estoy seguro de si voy a poder volver a traerte aquí. Has violado varios protocolos. Es posible que tengamos que reasignarte a otro hospital. Deberías estar preparada para eso.”

“Anotado,” dijo Jessie, aunque no le creía ni por un momento. Alguien quería que ella viniera a ese hospital, a esa habitación. Y apostaba a que había buenas posibilidades de que acabara regresando.

“Disfruta del resto del día,” dijo fríamente el profesor Hosta. “Te veo en clase.”

Sin esperar a una respuesta, se metió a su coche y salió de allí, dejándola en medio de una polvareda. Tosiendo, se apresuró a llegar a su propio coche y se metió adentro. Cuando el aire se aclaró lo bastante como para ver de nuevo, sacó el coche del aparcamiento y se fue de vuelta a Orange County.

Cuanto más tiempo llevaba sentada en el coche, más se emocionaba. Era como si la depresión de los últimos días nunca hubiera existido. Pensó de nuevo en la serie de puertas cerradas que requerían de pases especiales, en sus interacciones con los guardias, en todos esos labios apretados y ceños fruncidos, y sintió cómo un subidón de adrenalina le recorría todo el cuerpo.

Y además estaba Crutchfield. Ciertamente, la entrevista había terminado de malas maneras, pero había estado frente a frente con un asesino en serie y había salido sin magulladuras. Parte de ello era excitante, y productivo. Había recibido parte de una respuesta a una pregunta que le había estado reconcomiendo durante mucho tiempo.

Tenía que admitir, que había sido preciso abrirse a un hombre que se había cargado a casi veinte personas, un hombre que de alguna manera sabía su nombre de pila y aparentemente mucho más sobre ella.

Pero eso parecía un precio muy pequeño que pagar.

## CAPÍTULO TRECE

Ocho semanas después, Jessie aún no había regresado al DNR.

Parecía que la confianza que tenía en que como le habían dejado visitarlo en una ocasión, le dejarían hacer más visitas, no tenía ninguna base. A medida que el verano se convirtió en otoño y el clima se puso más fresco, se preguntó si a lo mejor le estaban castigando por violar el protocolo; o si quienquiera que le hubiera dejado entrar a esa habitación había cambiado de idea.

Fuera cual fuera la razón, había tenido que ir a otros hospitales, a veces bastante alejados, para sus tareas de prácticas semanales. La mayoría de sus visitas habían sido a Patton, un hospital en San Bernardino que albergaba pacientes sexualmente violentos. Estaba a casi noventa minutos de viaje. Cada vez que hacía ese viaje, se maldecía a sí misma por presionar tanto en Norwalk.

Aun así, el trabajo era interesante y le mantenía ocupada, evitando que se obsesionara con su vida cada vez más insular en Westport Beach. Kyle y ella se habían asentado en algo que se parecía a la normalidad.

Su trabajo en la oficina era constante. Según Kyle, estaba tan ocupado que el hecho de que su firma tuviera una sucursal aquí no era una cuestión de oportunismo sino esencial. Además de las pagas extra y las comisiones, le habían dicho que le iban a subir el sueldo otra vez, después de darle un aumento cuando se mudó. Pero curiosamente, él no sabía cuándo sucedería eso y de cuánto sería. A Jessie no le deleitaba que el estado de sus finanzas, que siempre había sido una responsabilidad compartida en el pasado, se estuviera haciendo algo cada vez más unilateral. Se sentía un poco a oscuras sobre los detalles de su situación.

No obstante, no quería presionar respecto al tema por ahora. Eso era en parte porque no quería invadir la única área en la que Kyle se sentía como un maestro del universo—su trabajo. Pero también se debía a que se sentía culpable por estropear la relación con Kimberly, que no le había dirigido la palabra en dos meses.

En consecuencia, Jessie había hecho las paces a medias con su marido respecto al tiempo que pasaba en Club Deseo. Parecía tener incontables partidos de golf y reuniones de los Observantes del Juramento. Y, aunque no le describiría como distante, no podía evitar pensar que no siempre parecía estar completamente... presente.

Por su lado, a pesar de que todavía no era un miembro formal del club,

Jessie iba a todas las funciones obligadas de las Hogareñas. Y mientras anduviera cerca de Melanie, con la que siempre se podía contar para un par de bromitas cáusticas, se las arreglaba. Todavía había algo inquietante sobre el club que no podía definir del todo, una especie de pensamiento grupal en lo que se refería a las normas sociales y el decoro que le resultaba desagradable.

Sin embargo, para mediados de octubre, dejó de intentar darle un nombre y aceptó que esa era la manera en que se hacían las cosas en un enclave de gente acomodada, centrado en la playa. Era extraño y un tanto sofocante, pero no tanto como para impedirle que siguiera con su vida.

En eso ayudaba el hecho de que Kyle, a pesar de su constante ausencia, parecía comprometido con el otro proyecto del otoño, tener un bebé. Y la mañana del lunes antes del fin de semana de Halloween, después de vomitar dos veces mientras se preparaba para ir a clase, hizo un test que lo demostraba: estaba embarazada.

Esperó hasta que estuvo en su coche de camino a UC-Irvine para llamarle y darle la buena noticia, para tener un rato para hablar sin interrupciones.

“¿Adivina?” le preguntó cuando le respondió.

“¿Adivinar qué?” le preguntó Kyle, que sonaba levemente distraído. Eso le hubiera molestado a Jessie si no supiera que estaba a punto de cambiar.

“¿Te acuerdas de esa habitación extra, la que dejamos vacía porque queríamos guardarla para posibles compañeros de piso?”

“Sí,” dijo él, sonando ahora más concentrado.

“Vamos a tener que empezar a comprar algunos muebles—muebles muy pequeños.”

“¿Hablas en serio?” gritó Kyle, casi rompiéndole el tímpano. “¿No me estás tomando el pelo, verdad?”

“Kyle Voss,” contestó ella fingiendo un tono de reprobación, “¿crees que te tomaría el pelo con algo como esto? Te lo estoy diciendo completamente en serio. ¡Vamos a tener un bebé!”

“¡Oh, Jess, eso es estupendo! No tengo palabras para expresar lo feliz que me siento. Esto... va a cambiarnos la vida.”

“Mejor será que así lo creas, cielo,” asintió ella. “Todo nuestro mundo se va a poner patas arriba de la mejor manera.”

“¿Sabes de cuánto tiempo estás?”

“No, hice el test esta mañana después de vomitar unas cuantas veces. Llamaré a mi ginecólogo hoy mismo para concertar una cita. Pero por ahora, deberíamos celebrarlo. ¿Quizá con una cena elegante, si puedo mantenerla

dentro de mí? ¿Quieres que vayamos a algún sitio nuevo?”

“De hecho, este momento es perfecto,” dijo él. “Escuché un rumor de que la próxima vez que vayamos al club, nos van a dar nuestra invitación oficial para ser miembros—se acabó el estatus provisional. Deberíamos ir esta noche para que puedan hacerlo y convertirlo en una doble celebración. Les llamaré por adelantado para que preparen todo y les diré que nos queremos sentar en la sala formal.”

“¿Estás bromeando, verdad?” dijo ella, incapaz de ocultar la decepción en su voz.

“¿Qué quieres decir?”

“Kyle, ya visitamos ese lugar dos o tres veces a la semana. No considero que ir allí sea ninguna celebración especial.”

“Pero, como te dije, van a darnos todo tipo de privilegios,” insistió Kyle. “Y va a funcionar perfectamente con la invitación oficial para unirnos al club. ¡Es karma!”

“Eso no es lo que significa karma,” dijo ella, tratando de contener la ira que sentía elevarse por dentro de ella. “Y no me estás entendiendo. No quiero compartirlo con nadie más. No quiero ir al club esta noche. Quiero que esto sea algo especial. Hagamos que esta noche sea solo para nosotros.”

Kyle guardó silencio durante unos segundos, lo que hizo pensar a Jessie que le había convencido. Se equivocaba.

“Jessica, vamos a tener todo el tiempo que queramos para nosotros, pero quiero compartir la noticia con la gente que nos aprecia. Se van a alegrar por nosotros. Y la sinergia con la invitación es demasiado perfecta. Además, es mucho más conveniente. Vayamos allí esta noche y podemos hacer algo los dos el fin de semana, cuando no esté tan ajetreado.”

“¿Es así como va a ser?” le preguntó, mientras se le hundía el corazón. “¿Todo se reduce a la conveniencia porque la cosa está muy ajetreada? ¿Acaso vas a venir para mi primera consulta con el médico? ¿O también tengo que organizarla en el club?”

“Iré si puedo,” dijo con voz calmada, aparentemente impasible ante su sarcasmo. “Pero, para ser honesto, si continúas viendo al médico en la ciudad, será difícil, sobre todo en medio de la jornada de trabajo.”

“¿Me estás diciendo que puede que te pierdas la primera cita médica de mi embarazo por cuestiones de trabajo?” preguntó, incrédula.

“Solo trato de ser honesto,” dijo. “Está muy lejos. A lo mejor podías buscar un médico nuevo, en algún sitio más cercano. Después de todo, seguramente

tendrás al bebé por aquí cerca, ¿no es cierto? Puedo preguntar en el club esta noche. Estoy seguro de que nos ofrecerán todo tipo de sugerencias para encontrar un buen médico.”

“Tengo que dejarlo, ya estoy en la universidad,” dijo Jessie, a pesar de que todavía le quedaban quince minutos para llegar allí. “Podemos hablar más tarde.”

Colgó sin esperar una respuesta, demasiado molesta como para reaccionar. En vez de eso, mantuvo la vista en la carretera, enfocándose con atención en cada giro y cambio de carril, negándose a pensar en nada más que en los detalles de su ruta. De vez en cuando, se secaba una lágrima de la mejilla.

\*

Después de clase, probó a llamar a su amiga de la universidad, Lacey, para desahogarse. Lacey conocía a Kyle de su miserable época como estudiante y puede que tuviera algunas palabras sabias. Pero, como siempre últimamente, la llamada fue directa al buzón de voz. Así que, como necesitaba alguien con quien desahogarse y no estaba por la labor de una sesión completa de terapia con la doctora Lemmon, se decidió a llamar a Melanie Carlisle.

Para su sorpresa, Mel se ofreció a quedar para un café de inmediato. Media hora más tarde, estaban paseando por uno de los muchos distritos comerciales de Westport, con sus bebidas en la mano.

Jessie estaba arrepintiéndose de haberle llamado porque, desde el momento que había mencionado su embarazo, Mel había empezado a coserla a preguntas y sugerencias para los preparativos del bebé. Era más de lo que podía soportar en ese momento así que intentó desviar la conversación cambiando de tema.

“¿Sabes cómo va a ser lo de esta noche en el club, lo de la invitación?” preguntó, sin caer en la cuenta hasta ese momento de que había accedido a la preferencia de Kyle para la cena.

“Siempre es diferente,” dijo Mel. “A veces es un evento explosivo. Otras veces es más discreto. Imagino que estás deseando lo segundo, ¿verdad?”

“Algo así,” admitió Jessie. “No soy de las que disfrutan de eventos explosivos. ¿Y qué sucede después?”

“¿Después de qué?” preguntó Mel.

“Cuando estemos oficialmente dentro del club. ¿Cuándo puedo fisgar desde

detrás de la cortina para ver lo que hacen los hombres en sus reuniones de los Observantes del Juramento? Kyle no me cuenta nada al respecto y tienen muchas reuniones.”

“Si te soy sincera, Jessie, no tengo ni idea de lo que hacen allí.”

“¿Cómo es posible?” preguntó Jessie, estupefacta. “Hace años que sois miembros, ¿verdad?”

“Tres años,” le dijo Mel. “A los pocos días de mudarnos aquí, Teddy parecía estar enterado del club y se empezó a obsesionar con entrar. Me imaginé que una vez nos asentáramos aquí, sería menos reservado. Pero no, actúa como si se tratara de una fraternidad y le fueran a hacer el vacío si revelase alguno de sus preciados secretos.”

“No te ofendas, pero no me da la impresión de que seas de las que soporta tales tonterías.”

“Ni yo tampoco. Antes de que viniéramos aquí, yo llevaba el mando, tomaba todas las decisiones principales de la familia, manejaba las finanzas. Pero de alguna manera, en los últimos años, esa dinámica ha cambiado. Ya no estoy del todo segura de cómo sucedió. Pero ahora él está mucho más pendiente, más... insistente en que se hagan las cosas a su manera. Sucedió sin que me diera cuenta.”

“Suena como si no estuvieras del todo contenta con el cambio,” notó Jessie.

Mel le miró y pareció estar a punto de decirle algo, pero cambió de idea en el último momento. Le echó un vistazo a su reloj.

“Me acabo de acordar de que tengo algo que hacer,” dijo sin mucha convicción. “¿Te importa si lo dejamos antes de tiempo?”

“Claro, sin problemas,” contestó Jessie, a pesar de que le parecía que por fin estaba acercándose al fondo de lo que le inquietaba sobre esta comunidad.

Después de que se separaran, Jessie condujo hasta casa. Siguió pensando en que Mel, obviamente una mujer fuerte y capaz, había cedido una parte enorme de su autoridad y autonomía a su marido.

Quizá Teddy era un gran tipo a puertas cerradas. Pero todo lo que Jessie había visto de él le sugería que era un tipo aburrido, egoísta e irresponsable. Ni siquiera entendía por qué estaba Mel con él y, ciertamente, no le hacía gracia la influencia que parecía tener sobre Kyle. Cada día que pasaba, su marido parecía algo menos tierno y considerado que el hombre del que se había enamorado.

Cuando llegó a casa, a pesar de que se sentía culpable al hacerlo, se puso a revolver entre las cosas de su marido, en busca de algo tangible que le

explicara por qué él, al igual que Teddy, se había sentido atraído al Club Deseo como las moscas a la miel desde el momento que había llegado a la comunidad.

Tras quince minutos de búsqueda frenética, se dio por vencida. No había encontrado nada sospechoso o siquiera levemente clarificador, excepto una saludable porción de culpabilidad, que se acomodó pesadamente en sus tripas.

Sonó su teléfono móvil. Era de la consulta del médico para organizar una cita. Concertó una cita para un día que no tenía clases. Le preguntaron si quería tener la cita temprano por la mañana o a última hora de la tarde para que su marido también pudiera acompañarla.

“Cualquier hora es buena,” dijo, dándose cuenta de que, fuera cuando fuera, Kyle no iba a venir con ella. Se las arregló para esperar a colgar el teléfono antes de echarse a llorar. Solo que, esta vez, no se trataba solo de unas cuantas lágrimas como por la mañana en el coche de camino a la universidad. En esta ocasión, se puso a llorar a lágrima viva. Y no podía detenerse.

## CAPÍTULO CATORCE

Jessie sentía náuseas. También se sentía cansada, y de mal humor.

Sin embargo, intentó ignorar todo ello y aprovechar la noche al máximo. Se dijo a sí misma que no es que Kyle estuviera siendo insensible a sus deseos a propósito. Era solo que estaba tan entregado a los suyos que no se daba cuenta de los que ella tenía.

Por eso estuvo sonriendo durante toda la cena en el club. Estaban sentados en la sala formal, como había pedido Kyle. Pero no supuso ninguna diferencia. La gente se pasó por allí para verlos durante toda la velada. Algunos les felicitaron por la inminente invitación al club, que, por lo visto, era un secreto a voces. Otros le desearon lo mejor para su embarazo, que también era del dominio público.

Le hubiera gustado mantener eso en secreto hasta después de su primera cita. Pero por lo visto, Kyle estaba demasiado contento como para guardárselo. O para comunicarle que ya se lo había contado a todo el mundo. Se obligó a sí misma a no enfadarse demasiado con él, y a entender que su entusiasmo le había jugado una mala pasada.

Casi todos fueron muy agradables. Hasta Marguerite Brennan, su interrogadora en las Hogareñas, fue convincentemente educada. Su vecino, Morgan Miner, pasó también por allí. No parecía tener la menor idea de la acusación que Jessie había hecho sobre él, pero Kimberly, como de costumbre, mantuvo las distancias.

La presentación oficial de la invitación fue de lo más común. El presidente del club hizo unos breves comentarios, le entregó a Kyle un sobre con letras en relieve y todos aplaudieron. Y eso fue todo.

Cuando Kyle se fue a otra de las mesas para hablar con un compañero de golf, Jessie le echó una mirada furtiva a la invitación. No estaba segura de por qué sentía la necesidad de ser discreta. Les pertenecía tanto a ella como a él. Aun así, trató de hacerlo deprisa.

La invitación formal propiamente dicha era agradablemente sosa. Jessie estaba más interesada en el recibo que la acompañaba. Por lo visto, la tarifa actual para ser miembros del Club Deseo era de \$100,000 dólares al año.

*¿Cómo nos podemos permitir esto?*

Casi de inmediato esa pregunta fue reemplazada en su mente por otra:

*¿Qué diablos vamos a obtener por cien de los grandes al año? Eso es mucho dinero por cenas con pollo de plástico, fiestas para tomar el té, y*



*golf.*

De repente, a su curiosidad le sustituyeron unas ganas tremendas de ir al servicio, así que se levantó y se excusó de la mesa. Aunque sabía que podía empeorar las cosas, se llevó un vaso de agua con ella, ya que, de repente, la boca se le había quedado increíblemente seca.

*¿Esto es lo que va a ser el embarazo—cambios corporales impredecibles, interminables, que ocurren sin previo aviso?*

Llegó hasta el aseo de señoras, pero enseguida vio que la cola era demasiado larga. No iba a poder aguantarse. Le dio un toque en el hombro a una camarera que pasaba por allí.

“¿Hay algún otro aseo que pueda utilizar? Estoy embarazada y no puedo aguantarme las ganas.”

La jovencita pareció dudar un momento antes de hablar.

“No se supone que podamos hacer eso,” dijo. “Pero hay un servicio para el personal al final del pasillo. Cuando vea la puerta oscilante, gire a la izquierda.”

“Gracias,” dijo Jessie, decidiendo que a lo mejor esto del embarazo le iba a traer ciertos privilegios inesperados.

Descendió por el pasillo, que se ponía cada vez más oscuro a cada paso. Para cuando llegó a la puerta oscilante, había tan poca luz que tuvo que achinar los ojos para poder ver. Estaba a punto de empujar la puerta cuando vio un pequeño codo en el pasillo que iba hacia la izquierda. Era fácil perderselo en esa penumbra. Se sintió confusa. ¿Se suponía que tenía que ir por ahí o doblar a la izquierda después de pasar por la puerta oscilante?

Continuó descendiendo por el pasillo para comprobarlo. Después de doblar la esquina, decidió que esta no era la ruta correcta. El pasillo continuaba otros treinta metros, y se hacía tan estrecho que, al final, solo era posible caminar en fila india. Obviamente, ese no era el camino al cuarto de aseo o la camarera lo hubiera mencionado.

Pero Jessie se sentía intrigada. Así que, a pesar de los quejidos de su vejiga, caminó en esa dirección. Se movió deprisa, con la única intención de ver lo que había al final de pasillo. Para cuando llegó allí, las paredes estaban tan próximas que tuvo una inesperada sensación de claustrofobia.

Dobló la esquina y casi se tropieza con un tramo de escaleras que llevaba a un segundo piso que no sabía que estuviera allí. Al fondo y arriba de las escaleras había unos farolillos gemelos, en tono rojizo, a la antigua usanza, sobre la pared. Eran la única fuente de luminosidad. Jessie acababa de subir el

primer peldaño cuando escuchó voces que provenían de arriba. Una de ellas sonaba familiar, aunque no podía entender lo que decía.

Por razones que no podía explicar, se apresuró a regresar a la esquina, fuera de la vista. Solo entonces asomó su cabeza levemente para ver quién estaba hablando. Vio a dos personas. La primera era una jovencita guapísima que llevaba un vestidito negro ajustado y tacones de diez centímetros. Alta y bronceada, con pelo negro y voluminoso que le caía como una cascada sobre los hombros, le resultaba vagamente familiar. Le llevó un segundo identificarla como a una de las muchas camareras del club.

La chica se estaba ajustando el vestido, que estaba un tanto desaliñado. Tenía la parte inferior del vestido alrededor de las caderas, revelando que no llevaba ropa interior. Cuando se las arregló para bajárselo, se inclinó hacia atrás y agarró la entepierna del hombre que había en la escalera en penumbras más arriba de ella.

Mientras ella bajaba cautelosamente, descendiendo los traicioneros peldaños, él la seguía. Cuando por fin se pudo ver su rostro, enmarcado por la luz del farol rojo, Jessie se dio cuenta de que la voz le resultaba familiar. Era Teddy Carlisle.

Se subió la cremallera de los pantalones y se metió la camisa por dentro de ellos mientras descendían por las escaleras. Cuando miró hacia arriba, Jessie se quitó de su campo de visión. Se movían lentamente por los escalones, pero enseguida llegarían hasta abajo.

Jessie se dio la vuelta y bajó a toda prisa el estrecho pasillo, tratando desesperadamente de llegar al codo que había al final antes de que ellos doblaran la esquina y pudiera verla. Estaba a punto de girar cuando escuchó la voz de la chica en la distancia por detrás suyo, riéndose mientras hacía un comentario sobre su sesión de entrenamiento vespertina.

De repente, se le atascó uno de sus zapatos en la moqueta y se cayó al suelo. No estaba herida, pero sabía que no había manera de que pudiera incorporarse y doblar la esquina antes de que Teddy y la camarera le vieran en el pasillo. Ya podía ver sus sombras saltando de la pared que había al final. No había donde esconderse.

Desesperada, le echó un vistazo al vaso medio lleno de agua que todavía llevaba en la mano derecha. Sin siquiera pensar en ello, se giró y lo arrojó a lo largo del pasillo hacia ellos. Rebotó dos veces en la moqueta, pero, aun así, tuvo la suficiente fuerza como para romperse en mil pedazos cuando golpeó la pared de atrás. Las sombras se detuvieron en seco.

“¿Qué di...?” escuchó decir a la camarera con aprensión.

Jessie se levantó lo más rápido que pudo y se apresuró a llegar al codo del pasillo.

“Quédate atrás, Kelsey,” escuchó decir a Teddy.

Todavía necesitaba más tiempo.

“¡Zorra!” gritó Jessie, con su voz más quejumbrosa, esperando que el insulto dicho a gritos le diera una razón para detenerse.

“Teddy, espera,” escuchó susurrar en voz alta a la camarera y se imaginó que le estaría agarrando a él del brazo.

Jessie echó una última mirada al largo pasillo al tiempo que doblaba la esquina. No había nadie a la vista.

Cuando entró de nuevo al pasillo más ancho, sintió de repente como si le hubieran quitado un peso de su pecho y lo hubieran depositado en su vejiga, que ahora ya le estaba gritando sin cesar. Empujó la puerta oscilante y se movió a la izquierda, donde vio el letrero del aseo para mujeres del personal claramente visible.

Abrió la puerta y se fue rápidamente a uno de los cubículos, que cerró firmemente antes de sentarse y aspirar la que parecía ser su primera inhalación profunda en varios minutos.

\*

Jessie apenas durmió esa noche. En parte, por lo que había visto. Ni siquiera era que estuviera conmocionada por haber pillado a Teddy con otra mujer. Era más bien su audacia, hacerlo como si nada, a la cara.

Pero lo que realmente le reconcomía, lo que la mantuvo dando vueltas toda la noche, era la reacción que había tenido Kyle cuando se lo había contado.

“Ella estaba literalmente bajándose el vestido cuando les vi,” había dicho Jessie indignada.

“No es que esté excusándole,” le había respondido Kyle. “Solo digo que meter las narices en sus asuntos parece que pueda crear más problemas de los que se merece.”

“Pero está engañando a Mel. Mel me cae bien, no puedo hacer la vista gorda.”

“Después de lo que sucedió con los Miner, ¿quieres abrir esa caja de Pandora de nuevo?” rugió Kyle.

“Esto no es lo mismo,” había insistido ella, igual de agitada. “Melanie no solo es mi vecina. Es mi amiga.”

“Sí, y también lo es Teddy,” contrapuso Kyle. “Así que, ¿por qué querrías ir a destrozar el matrimonio de nuestros amigos?”

“No es eso lo que pretendo, pero ella tiene derecho a saberlo.”

“No es asunto nuestro, Jessie,” insistió él. “Además, ¿cómo puedes estar realmente segura de lo que viste?”

“¿Qué es lo que estás sugiriendo?”

“Has dicho que estaba oscuro,” le recordó Kyle. “Tenías que ir al servicio. Tus hormonas están patas arriba debido al embarazo. Quizá malinterpretaste las cosas.”

“¿Al igual que crees que hice con los Miner?”

“Tienes que admitir que es posible,” dijo Kyle. “¿Acabaste cambiando de medicación como hablamos?”

“Sí, lo hice, y estoy bien. ¡No soy una mujer enloquecida sufriendo de alucinaciones, Kyle!”

“No dije eso,” le contestó a la defensiva.

“No con tantas palabras. Mira, voy a hablar con Mel y que decida ella lo que hace.”

“No. Te lo prohíbo.”

“¿Que tú me lo *prohíbes*?” repitió Jessie con incredulidad. “¿Quién te crees que eres? Ya sé que las cosas han cambiado desde que nos mudamos aquí, pero no tanto. Tú no me vas a prohibir ni que me coma un puñetero bocadillo de pavo, chico duro, mucho menos que diga lo que pienso. ¿Te has olvidado de con quién estás hablando?”

Se fueron a la cama sin decirse ni una palabra más.

\*

Jessie repasó la conversación dentro de su mente mientras se daba una ducha a la mañana siguiente. Ninguno de los dos había dicho nada mientras se preparaban. Cuando salió de la ducha, él ya se había ido para todo el día. Lo cierto es que no importaba. Aunque no sabía si lo estaba haciendo en base a su preocupación por su nueva amiga o como desprecio a su marido, había tomado su decisión. Iba a contarle la verdad a Mel.

## CAPÍTULO QUINCE

Jessie se presentó en la residencia de los Carlisle sin previo aviso como a media mañana. Daughton, al que no había tomado en cuenta, estaba echándose una siesta. Tras unos cuantos minutos de cotilleo que a Jessie casi le producen una úlcera, decidió ir al grano, sin que importaran las consecuencias.

“Anoche vi algo perturbador y me parece que tengo que contártelo, a pesar de que me preocupa que te enfades conmigo,” dijo, interrumpiendo bruscamente la presentación que estaba haciendo Mel de su tesis sobre la limpieza de las tetinas de los biberones.

“Está bien,” contestó Mel lentamente, con el ceño ya fruncido.

“Doblé una esquina que no debía en un pasillo del club y me tropecé con Teddy. Iba con una mujer, una de las camareras. Estaban bajando por unas escaleras. Y era bastante evidente que acababan de... compartir un momento íntimo.”

Mel se la quedó mirando durante unos segundos sin decir nada. Jessie trató de emplazar la expresión en su cara, pero, en un principio, no pudo identificarla. No era ninguna que ella hubiera previsto, como la sorpresa, la ira, o la vergüenza. El rostro de Mel mostraba resignación.

“Esperaba que no tuviéramos que mantener esta conversación durante algún tiempo,” dijo Mel, sonando casi arrepentida.

“Esa no es la reacción que estaba esperando,” dijo Jessie.

“Ayer, cuando me preguntaste qué es lo que pasa en esas reuniones de los Observantes del Juramento y te dije que no lo sabía, en fin... no estaba siendo del todo honesta.”

“¿Qué quieres decir?” preguntó Jessie.

“Quiero decir, que no quería saberlo realmente, aunque podía imaginármelo.”

“Me vas a tener que ayudar con esto, Mel,” le dijo Jessie, intentando dominar su frustración. “Me siento un tanto perdida.”

“El Club Deseo no es tú típico club de campo,” explicó Mel. “Teddy te explicó cómo la palabra ‘deseo’ significa ‘anhelo.’ Y eso es cierto por lo que respecta al público general. Pero esa palabra también tiene la traducción de ‘lujuria.’ Y a puerta cerrada, así es cómo sus miembros lo definen. El Club Deseo es un espacio seguro para parejas que practican matrimonios abiertos. O más exactamente, para los *maridos* que lo hacen.”

“Sigo perdida,” dijo Jessie.

Mel parecía estar pasando por algún conflicto interno sobre cómo continuar. Pero, tras unos segundos, sus ojos asumieron una seriedad de acero y las palabras salieron solas.

“Hay muchos miembros que forman parte de matrimonios abiertos. O simplemente que quieren tener amantes. Pero son tipos adinerados, poderosos, que no quieren arriesgar sus reputaciones haciendo estas cosas en público. Así que el club les protege. Crea un entorno seguro donde los miembros pueden acceder a mujeres sin miedo a que se sepa en la comunidad más amplia de la que forman parte.”

Dejó de hablar y observó a Jessie, pareciendo esperar la inevitable contestación.

“¿Y esto es algo conocido?” preguntó Jessie, sacudiendo la cabeza, como si estuviera intentando despertarse de un mal sueño.

“En ciertos círculos, sí,” contestó Mel. “Está todo muy organizado. El club selecciona a las ‘camareras.’ Les paga para que los miembros nunca corran el riesgo de que les acusen de solicitación. Las chicas son las camareras de restaurante mejor pagadas del mundo occidental y eso sin incluir sus ‘propinas.’ El club hasta les hace pruebas semanales de drogas y de enfermedades de transmisión sexual.”

“¿Y a ti esto te parece bien?” preguntó Jessie, con incredulidad.

“Por supuesto que no,” saltó Mel. “Quiero decir, no me lo parecía. Tienes que entender—no me enteré de nada de esto hasta que llevábamos un año como miembros. Todavía no lo sé oficialmente. No es que alguien se sentara conmigo para darme ‘la charla’ como estoy haciendo contigo. “¿La charla?” repitió Jessie.

“Claro. Tuve que juntar todas las piezas por mi cuenta durante meses. Teddy todavía no se ha sincerado conmigo sobre lo que hace. No es más que este asunto del que no hablamos, pero que ambos sabemos que está sucediendo.

“Pero, ¿cómo puedes soportar esto? Pensaba que le habrías dado una patada en el culo antes de salir por la puerta en el momento que te enterases.”

“En cierto momento, lo hubiera hecho,” dijo Mel con nostalgia. “Pero para cuando me enteré, estábamos... atrincherados. Tienes que entender que vivimos una vida de clase media durante un tiempo. Entonces se murió el tío de Teddy y le dejó una fortuna en la herencia. De repente, estábamos forrados. Nuestro estilo de vida cambió. A mí me gustaba. Nunca cuestioné el pequeño club al que se quería unir mi marido, o por qué. Y entonces tuve a Daughton.”

“¿Así que te sentiste atrapada?” preguntó Jessie, tratando de que le entrara

en la cabeza.

“No diría tanto,” le contradijo Mel. “Pero, cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, ya estaba acostumbrada a esta nueva vida. Estaba acostumbrada al dinero y el tren de vida, todo lo cual era posible gracias al dinero de Teddy, no el mío. Y de alguna manera, el club normalizó todo, hizo que pareciera que tampoco era para tanto. Ninguna de las otras esposas parecía sentirse muy perturbada. ¿Por qué iba yo a montar tanto lío? Daba la sensación de que sería casi... grosero.”

“Te lavaron el cerebro.”

“No,” dijo Mel. “Me gustaría poder echarles toda la culpa a ellas, pero yo también soy responsable. Tomé una decisión. Renuncié a parte de mi libertad y a un gran pedazo de mi dignidad, pero obtuve otras cosas a cambio. Mientras no haga muchas olas, sigo teniendo esta vida tan increíble. No tengo que trabajar. Puedo pasar tiempo con Daughton. Tengo seguridad financiera. Y mientras Teddy no me pase por las narices lo que está haciendo, puedo fingir que todo está en orden. Fue un trato que me sorprendió estar dispuesta a realizar.”

“No creo que yo pudiera hacer ese trato,” dijo Jessie.

“Puede que te sorprendas a ti misma. Ya has empezado a ir por ese camino y ni siquiera te has dado cuenta.”

“¿Me estás diciendo que Kyle me está engañando con otra?” le dijo Jessie con voz exigente.

“No, pero si se mudó aquí en base a la recomendación de Teddy, no es una coincidencia. Y tú te estás asentando de maravilla en tu gran mansión, tomando clases de vez en cuando en la universidad local, y disfrutando de cafés con charla a media mañana con las otras esposas. Ya te has acostumbrado a ello.”

“Pero nunca me acostumbraría a que Kyle se acueste con otras.”

“No sabes de lo que eres capaz hasta que llega el momento,” dijo Mel, de pronto con voz glacial. “Haz el favor de no juzgarme por mis decisiones.”

“No quise decir eso—”

“Cambiemos de tema. No quiero hablar más de esto.”

“Lo siento.”

“Está bien,” dijo Mel, aunque era obvio que no era así.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

Jessie se sentía como si estuviera a punto de explotar.

Habían pasado más de veinticuatro horas desde que Mel le revelara la verdad acerca del Club Deseo. Y en todo ese tiempo, Jessie no lo había hablado con nadie. Tampoco es que tuviera muchas opciones. No podía sacarlo sin más a colación con Kyle, no hasta que ella lo hubiera procesado del todo. No se sentía preparada como para hablar formalmente de ello con la doctora Lemmon. Y eso le dejaba una sola persona.

Llamó a Lacey Cartwright esa mañana, esperando que le saliera de nuevo el buzón de voz. Pero, en esta ocasión, le respondió y le dijo que tenía un par de horas libres a la hora del almuerzo. Eso es todo lo que necesitaba Jessie. Se metió al coche y se puso en marcha hacia el centro de Los Ángeles a los pocos minutos de confirmar sus planes.

“Tienes que ser directa con Kyle,” le dio Lacey durante el almuerzo después de escuchar toda la historia. “Dile cuál es tu postura antes de que sea demasiado tarde. Si no lo entiende, múdate de vuelta a la ciudad. Te puedes quedar conmigo un tiempo. Diablos, hasta te ayudaría a pagar los honorarios de tu abogado matrimonial. Conozco a uno muy bueno.”

Rebuscó una tarjeta de visita en su bolso y la tiró sobre la mesa. Jessie estaba a punto de responderle cuando el camarero trajo otro cesto de chicharrones. Lacey había elegido la Taquería B. S. para comer y Jessie se había mostrado de acuerdo, aunque no pudiera disfrutar de su bebida habitual. Se llamaba el apretón de manos B. S.—una cerveza Tecate en lata con salsa picante, lima y sal apilados sobre la boquilla. Lacey ya iba por la segunda y Jessie salivaba con envidia solo de mirarla.

Mientras esperaba a que se fuera el camarero, Jessie se debatía sobre cómo enfocar el tema con su amiga de toda la vida. Con su cuerpo bien alto, delgadez de modelo, y su piel de color castaño cremoso, y un aspecto tan increíble que paraba el tráfico a su paso, Lacey Cartwright no estaba muy familiarizada con el concepto de tener que comprometerse. Si quería algo, por lo general sucedía.

Conocía a Lacey desde la Universidad, más tiempo incluso que a Kyle, desde que fueran compañeras de habitación durante su primer curso. Sin embargo, habían tomado senderos diferentes desde que salieron de la universidad. Mientras que Jessie se había casado y había pasado por sus dificultades académicas mientras estudiaba su Master, Lacey se metió de lleno



con su pasión una semana después de graduarse de la USC, trabajando como compradora en el distrito de la moda durante dos años antes de asegurar una posición con un diseñador de moda de una boutique. Todo fue sobre ruedas e inauguró su propia empresa de diseño de vestidos antes de cumplir los treinta, algo que siempre había resultado esencial para su objetivo de convertirse en la diseñadora de modas afroamericana y lesbiana más influyente de América.

Pero, al estar tan concentrada en sus metas profesionales (no había salido con nadie en más de un año), a Lacey no le hacían demasiada gracia las concesiones de una chica casada, blanca y acomodada, especialmente de una cuyo marido a menudo había descrito como “centrado en sí mismo.” Intentar explicarle por qué no podía hablar claro sin más iba a ser todo un reto.

“Es más complicado que eso, Lace,” comenzó Jessie. “Ahora ya estamos establecidos allí. Tenemos una casa. A Kyle le encanta su trabajo. Y yo voy a tener un bebé.”

“Pero si te está engañando...” comenzó a decir Lacey.

“No tengo ninguna razón para sospechar eso. Ni siquiera sé con certeza que él sepa cómo funciona el club. No quiero hacer suposiciones. Nos mudamos allí debido a su trabajo y, mira qué casualidad, uno de sus amigos vive cerca. Puede que sea tan simple como que quiere pasar tiempo con su amigo y utilizar el club para hacer conexiones. Sé que ya ha inscrito al menos a siete miembros como clientes. No parece estar inquieto. Si acaso, nunca le vi tan contento, especialmente con la noticia del bebé. Es solo que... está cambiando.”

“¿De qué manera?” preguntó Lacey, sorprendiendo a Jessie al no interrumpirle con otra de sus opiniones.

“No lo sé,” dijo Jessie titubeando. “Es solo que a veces parece algo distante emocionalmente. No sé si se debe a toda la presión del trabajo o al nuevo entorno o lo que sea. Me diría que me lo estoy imaginando. Cree que me imagino muchas cosas últimamente, y quizá tenga razón. Quizás esté viendo cosas que no están ahí. Pero las estoy viendo.”

“¿Y qué quieres hacer entonces?”

“Es el padre del hijo que llevo dentro,” dijo Jessie. “Es el amor de mi vida. Lo que quiero es que esto funcione. En cierto momento, quería que nos volviéramos a mudar aquí, pero no ahora. Ahora necesito ver si puedo encontrar por alguna parte al hombre con el que me casé. De lo contrario, no importa a dónde nos mudemos. Necesito ver si puede ser el viejo Kyle, incluso con todas estas cosas nuevas en nuestras vidas. Creo que ese chico sigue ahí en alguna parte.”

“¿Y si no le puedes encontrar de nuevo?” preguntó Lacey.

“Entonces, supongo que tendré que pensar en marcharme.”

El camarero regresó con sus entremeses y Jessie se alegró de dejar de hablar porque estaba experimentando dificultades para creer las palabras que acababan de salir de su boca.

\*

Jessie seguía sin entender cómo podía estar aquí.

Básicamente, había perdido la esperanza de regresar alguna vez al DSH-Metro. Por ello, fue toda una sorpresa cuando, mientras regresaba de su almuerzo con Lacey, le llamó el profesor Hosta para decirle que le habían concedido el permiso para reunirse de nuevo con Bolton Crutchfield al día siguiente. De forma inesperada, no hizo la más mínima referencia a la discusión que habían tenido tras su última visita.

Ahora, mientras atravesaba la última puerta exterior para entrar a la recepción de la unidad DNR donde le estaba esperando la oficial Gentry, tuvo un pensamiento a posteriori. Le había puesto tan contenta la posibilidad de regresar que se le había olvidado preguntarle a Hosta por qué le habían concedido el permiso.

Estaba segura de que alguien en una posición de poder estaba tirando de los hilos para que le dejaran hacer esas visitas. Pero con qué finalidad, no lo sabía. Parte de ella quería resolver desesperadamente ese misterio. Pero a otra parte, más ambiciosa, de ella, le preocupaba que hacer preguntas acabara creándole problemas y terminara por completo con sus visitas. Con lo que, por el momento, decidió mantener el pico cerrado.

La oficial Gentry le recordó las normas mientras caminaban por el largo pasillo que llevaba hasta la unidad DNR. Las repetía con la misma seriedad de propósito de siempre, como si fuera por primera vez.

Cortez estaba a cargo del puesto de seguridad de nuevo, aunque algunos de los oficiales eran diferentes a los de la última vez. Parecía enfocado en una tarea y apenas le asintió con la cabeza, saltándose la charla y el flirteo. A lo mejor le habían dado un toque de atención.

Un momento antes de que entraran a la celda de Crutchfield, Gentry se detuvo y se dio la vuelta para mirar a Jessie. Era obvio que estaba debatiendo si decir o no lo que tenía en mente. Finalmente, en voz muy baja, habló.

“Te ha echado de menos. Aprovéchate de ello.”

Después, le puso el control remoto para emergencias en la mano y abrió la puerta. Pasaron al interior. En esta ocasión, pudo ver a Crutchfield de inmediato. Estaba sentado con las piernas cruzadas sobre su cama, con la espalda apoyada en la pared, leyendo un libro.

Estaba demasiado oscuro como para ver de qué se trataba, pero, de todos modos, Jessie no quería parecer demasiado interesada así que se sentó en la silla de la última visita y mantuvo la cabeza baja hasta que Gentry encendió las luces lo bastante como para que viera con claridad. No obstante, Crutchfield no esperó a que lo hiciera para saludarla.

“Pensé que ya te habías olvidado del todo de mí, señorita Jessie,” dijo con un tono que rayaba en lo divertido. Por lo visto, había decidido que ahora ya tenían la suficiente familiaridad como para que no fuera necesario el término “señora.”

“Tengo otros pacientes que visitar, señor Crutchfield,” le dijo ella, lo cual era técnicamente cierto.

Reprimió las ganas de charlar con él, aunque sospechaba que eso era lo que él quería y que le podía ganar puntos. Dudaba que pudiera mantener el ritmo. Y presintió, sin que se lo dijeran, que mantener la interacción a un nivel profesional, al menos inicialmente, le serviría como armadura psicológica potencialmente necesaria frente a lo que le fuera a plantear.

“¿Estás aquí para responder a algunas de mis preguntas?” le preguntó él.

“Estoy aquí para hacerte unas cuantas preguntas,” dijo Jessie. “Si eres sincero, quizá podamos llegar a algún arreglo.”

“Eso no va a ser suficiente. Solo obtienes lo que das, dijo una vez un gran filósofo. Creo que necesito uno de esos tratos de *“squid pro”*.”

“¿Un quid pro quo?” preguntó Jessie, convencida de que conocía el vocablo apropiado.

“Uno de esos también,” dijo él. “Una pregunta por una pregunta—como la última vez. Es lo justo.”

“No puede ser—violación de protocolo,” dijo la oficial Gentry desde alguna parte por detrás de Jessie, hablando directamente con Crutchfield por primera vez en sus dos visitas. “La última vez fue la única.”

Crutchfield le miró directamente y Jessie observó un tono casi imperceptible de odio en sus ojos. Se desvaneció casi al momento, aunque no hizo ningún esfuerzo por esconder la sonrisa macabra que le siguió después.

“Entonces me imagino que se nos acabó la suerte,” dijo, encogiéndose de hombros. “Parece una pérdida de tiempo de verdad. Pero no es decisión mía.”

Jessie se giró hacia Gentry, que tenía la mirada puesta en Crutchfield.

“Por favor, ¿podemos hacer una excepción?” preguntó Jessie, con el tono más ingenuo que pudo encontrar. “Después de todo, ni siquiera soy una profesional. Soy una estudiante. Las normas no tienen que ser aplicadas a rajatabla en mi caso, ¿no es cierto?”

Tuvo la impresión de que Gentry también estaba representando un papel, ayudándole al pretender ir de dura.

“Claro, Gatita Presumida,” intercaló Crutchfield. “Ayuda a una hermanita, ¿por qué no lo haces?”

Gentry miró fijamente a Crutchfield antes de volver la mirada hacia Jessie.

“Es una violación de protocolo,” repitió, antes de añadir, “Puede que haga una excepción, pero no en esas condiciones. Tres preguntas tuyas por cada una de las suyas. Lo tomas o lo dejas.”

Jessie se giró hacia el prisionero.

“¿Qué le parece, señor Crutchfield?” preguntó Jessie.

“¡Un permiso especial!” celebró Crutchfield, con una voz que apestaba a sarcasmo y a veneno. “Cortesía de la que fuera heroica comando del ejército. Señorita Jessie, puede que no sepa esto, pero después de su temporada en el extranjero, regresó para proteger a la gente en su país, a pesar de sus cicatrices personales, tanto las internas como, ya sabes, las que tiene por toda la cara. ¿Cómo puedo rechazar una oferta tan generosa de alguien que ha servido y se ha sacrificado en tierras distantes, todo por nuestro bien? ¡Acepto!”

“Empecemos entonces,” dijo Jessie rápidamente, deseando no perder el ritmo y esperando alejarse de la obvia animosidad personal que Crutchfield sentía hacia Gentry. “¿Por qué no empezamos con la selección de víctimas— ¿cuál era tu método?”

“¿Estás segura de que quieres hacer de eso una de tus tres preguntas, señorita Jessie?” le preguntó. “Me resulta un tanto frío.”

“Frío me parece bien,” contestó ella, decidiendo guardarse las preguntas para las que realmente quería respuestas para un momento en que él estuviera menos agitado.

Él se encogió de hombros y le respondió.

“No tengo ninguna noción de que alguna vez hiciera una “selección”. Veía a alguien y sin mediar palabra, me hablaban de algún modo. Era como si tuvieran el foco de una linterna iluminándoles y yo tenía que seguir esa luz. Supongo que eso forma parte de por qué les llevó tanto tiempo a las

autoridades encontrarme. Nunca tuve lo que se dice una ‘tipología.’ Blanco, negro, hombre, mujer, viejo, joven. La luz podía brillar sobre cualquiera de ellos del mismo modo.”

Mientras hablaba, su voz carecía de la más mínima emoción. Parecía más bien que estuviera recitando unas instrucciones de montaje de IKEA que su método de selección de víctimas. Era como si supiera que este no era el tema de interés de Jessie y, como consecuencia, él tampoco mostraba interés alguno.

Cuando terminó, Jessie pasó de inmediato a una pregunta técnica sobre cómo se las arreglaba para no dejar ningún rastro de ADN u otros detalles personales que le pudieran incriminar en los cuerpos. Su respuesta fue directa pero igual de poco inspirada o esclarecedora.

Concluyó con una pregunta sobre cómo encontraba y preparaba el lugar donde torturaba a sus víctimas. Él la trató más bien como una cuestión relativa a bienes raíces que a la psicología forense y la respondió con todo el entusiasmo que cabía esperar. Jessie tuvo la clara sensación de que, si pudiera garantizar que ella era la única escuchando las respuestas, Crutchfield sería mucho más comunicativo.

En cuanto él terminó, vio que sus ojos se iluminaban de nuevo. Era su turno. Por supuesto, eso era lo que ella estaba esperando—que, una vez consiguiera hacer su pregunta, estaría de mejor humor para responder a las preguntas realmente penetrantes de ella.

“¿Y ahora puedo hacer mi primera pregunta? ¿He sido lo bastante comunicativo contigo?”

“Adelante,” dijo Jessie, con la voz calmada pero la espina dorsal rígida de anticipación ante lo que se le venía encima.

“Muy bien. Me estaba preguntando, ¿cómo llevas el embarazo?”

## CAPÍTULO DIECISIETE

Jessie mantuvo una expresión impasible en su rostro, a pesar de que sintió como un escalofrío le recorría el cuerpo. Le había hecho la pregunta casi en bromas y no pudo evitar continuar sin esperar a su respuesta.

“En fin, puedo ver que estás teniendo dificultades para no vomitar,” le dijo. “No te estoy preguntando por las cuestiones físicas. Tengo más curiosidad sobre cómo estás manejando la posibilidad de convertirte en madre, porque me da la impresión de que no tuviste gran cosa en cuestión de modelos de conducta parentales en los que confiar.”

Jessie relajó su mano sobre la llave de emergencia por miedo a que su puño apretado lo activara accidentalmente. Entonces se permitió exhalar lenta y largamente antes de responder.

“¿Cómo sabes que estoy embarazada?” le preguntó, fingiendo indiferencia a su aparente conocimiento sobre su historial familiar personal.

“Bueno, bueno, señorita Jessie,” dijo juguetonamente. “Es mi hora de preguntar. No intentes colar una de más. Así que dime, ¿cómo llevas lo de ser una futura mamá cuando careces de alguna cosa positiva con la que trabajar en tu caja de herramientas de los recuerdos?”

Jessie ignoró los latidos acelerados de su corazón mientras fingía no estar conmovida por sus palabras.

“Estoy leyendo muchos libros,” respondió, “y viendo reposiciones de Lazos Familiares. Sin duda alguna, esos Keaton sabían lo que hacían.”

“Esa no es una respuesta real,” dijo Crutchfield. “Pero voy a pasártelo por alto porque sé que es un tema doloroso. Continúa con tu siguiente ronda de interrogatorio. Yo solo voy a cruzar los dedos para que la próxima vez que sea mi turno te pongas la chaqueta de la honestidad.”

Jessie hizo exactamente eso, apartando a un lado la ligera sensación de culpa por haberle engañado. Aun así, tenía un plan y tenía la intención de cumplir con él. Así que continuó con otras tres preguntas de procedimiento sobre la mecánica de sus crímenes. Respondió perfectamente a todas ellas, pero sin sus genialidades de costumbre.

“Mi turno de nuevo,” dijo tras terminar con su tercera respuesta.

“Estoy esperando,” contestó Jessie.

“¿Qué es lo que la tiene tan triste, Señorita Nostalgia—¿son solo las hormonas haciendo de las suyas? ¿O es que el señor Jessie no está actuando a la altura de la imagen que tenías dando brincos por tu mente? ¿Estás

empezando a dudar de la constancia de tu otra mitad? Eso es un problema complicado, ¿verdad? ¿No saber si tu pareja está contigo de verdad?

“¿Hay alguna pregunta ahí, señor Crutchfield? Me he perdido un poco en esa montaña rusa de palabras.”

“Mis disculpas, señorita Jessie,” dijo, ahora sin rastro de su cantinela juguetona en la voz. “Deja que sea más directo. Pareces triste. ¿Es porque piensas que tu maridito puede estar engañándote?”

Jessie ignoró la sensación que tenía en el pecho de una diana a la que acababan de dar en todo el centro. Él parecía conocer todos sus puntos más vulnerables. Forzó una sonrisa tensa y sacudió la cabeza como si él le estuviera divirtiendo y decepcionando a la vez.

“Si quieres que realmente responda a tu pregunta, señor Crutchfield,” dijo ella, con más compostura de la que sentía, “vas a tener que pasar menos tiempo tratando de sorprenderme y preguntarme algo que pueda dignificar con una respuesta. Le doy un segundo intento, solo por cortesía.”

“Muy bien. Como creo que los dos sabemos que me has respondido a la última pregunta, te preguntaré esto: ¿sabe él lo infeliz que te sientes, lo inquieta que estás? ¿Crees que tiene miedo de estar perdiéndote debido a ello? Seguro que puedes responder a esta sencilla pregunta, ¿señorita Nostalgia?”

Jessie repasó la situación y decidió dejarle con un buen sabor de boca. Necesitaba algo de buena voluntad por su parte para su próxima pregunta, la que había estado esperando a preguntar.

“Me han instruido para que no comparta nada personal contigo, Crutchfield, mas te diré esto. Las grandes transiciones en la vida son duras. Algunas veces provocan periodos interpersonales difíciles, incluso entre aquellos que se quieren. Eso no quiere decir que no se puedan solucionar las cosas mediante la comunicación y el respeto mutuo. Estoy segura de que habrás tenido la misma experiencia con tus parientes cuando te trasladaron aquí.”

Sabía que ese último comentario era arriesgado, que provocarle podía acabar por encerrarle en sí mismo y poner en peligro todos sus esfuerzos para cultivar su confianza. Pero él parecía disfrutar de la bromita, sonriendo sin piedad y enseñando su dentadura torcida y amarillenta al hacerlo.

“No estás más que llena de pis y vinagre, ¿no es cierto, señorita Jessie? Muy bien, adelante, es tu turno ahora.”

“Háblame de la gente que te ha visitado,” le dijo sin emoción.

Su sonrisa se desvaneció mínimamente. Sus ojos se clavaron en los de ella. Jessie estaba segura de que él sabía lo que andaba buscando.

“Pues vamos a ver,” contestó él, fingiendo hacer un esfuerzo por recordar. “Llevo tanto tiempo encerrado aquí, que no podría recordar todos los médicos que han acabado entrando y saliendo a lo largo de los años.”

“Creo que sabe lo que quiero decir, señor Crutchfield. No hablo de psicólogos o fuerzas de la autoridad. Hablo de visitantes del público en general—de gente que venga aquí sin ninguna obligación profesional.”

“No creo que jamás haya tenido un visitante ordinario que solo quisiera pasar el tiempo cotilleando conmigo, señorita Jessie.”

Jessie se levantó de la silla y empezó a recoger su bolígrafo y su bloc de notas.

“Le he respondido con honestidad,” dijo ella. “Pensaba que podía contar con que usted haría lo mismo. Pensé que era un hombre de palabra. Pero, por lo visto, prefiere esconderse detrás de cuestiones técnicas, así que supongo que hemos terminado.”

Empezó a caminar hacia la puerta y a creer de verdad que puede que tendría que irse cuando él la llamó finalmente.

“Bueno, espera, cariño. Dame un minuto para repasar mis recuerdos. Después de todo, ya no soy tan joven como antes.”

Jessie se dio la vuelta y esperó ansiosamente, todavía de pie, sin hacer el menor esfuerzo por regresar a su silla.

“Nada de juegucitos. O me responde o no, pero no me haga perder el tiempo.”

“Bueno, bueno, mira a esta florecilla de acero...” se maravilló él. “Como en esa película con la chica que era una sirena en New York. Ahora que me estoy despertando, puedo recordar un visitante que pasó por aquí haciéndose pasar por otra persona.”

“¿Qué quieres decir?” exigió Jessie.

“Un hombre que vino por aquí y que, si la memoria no me falla, tenía el aspecto de un profesional de la medicina, pero resultó que solo estaba fingiendo.”

La oficial Gentry dio un paso adelante.

“¿Estás diciendo que entró alguien aquí que habló contigo fingiendo ser un médico?” le preguntó, con una voz que expresaba emergencia.

“Solo respondo a preguntas de la señorita Jessie, G. I. Jane”, le respondió secamente.

Jessie movía la mirada del uno al otro, casi ahogándose en el antagonismo que circulaba entre ellos.



“¿Estás diciendo que entró alguien aquí que habló contigo fingiendo ser un médico?” repitió Jessie, tanto por su bien como por el de Gentry.

“Así es. Muy curioso, el tipo.”

“¿En qué sentido?” preguntó Jessie.

“Bueno, ya hemos sobrepasado las tres preguntas, señorita Jessie. Así que voy a insistir en hacer una más de las mías antes de responder a la suya.”

“Adelante,” dijo Jessie, que solo quería acabar con ello para poder regresar a su pregunta.

“No hay por qué ser grosera, señorita Jessie. Me estaba preguntando por qué me haces una pregunta para la que ya sabes la respuesta.”

Jessie tenía una respuesta para eso.

“Sospechar y saber no son la misma cosa, Crutchfield,” dijo ella. “Esperaba que pudieras ayudarme a dar el salto de la una a la otra.”

“Sin duda que puedo hacerlo.”

“Entonces, ¿en qué sentido era curioso, Crutchfield?”

“Es solo que esta visita tuvo lugar hace un par de años, por lo que el tema de la conversación resulta algo peculiar en retrospectiva.”

“¿Y cuál era ese tema?”

“Espero que ya sepa, señorita Jessie, que el tema del que hablamos fuiste tú.”

## CAPÍTULO DIECIOCHO

Gentry esperó hasta que salieron de la habitación de Crutchfield, atravesaron el puesto de seguridad, y se apresuraron a descender por el largo pasillo y entrar al pequeño despacho que había junto a los vestuarios para hablar.

“¿Quieres decirme qué diablos está pasando aquí?” le exigió mientras cerraba la puerta.

“¿Qué quieres decir?” preguntó Jessie, sorprendida por la intensidad en la expresión de Gentry.

“Está claro que no estás aquí solo para hacer las prácticas de tu Master. ¿Qué es lo que pasa aquí realmente?”

Jessie sintió como una ráfaga de resentimiento e ira surgía dentro de ella y tragó saliva con fuerza tratando de contenerla.

“¿Y si respondo a eso cuando tú empieces a ser honesta conmigo?” le dijo con contundencia.

“¿Yo? He estado intentando ayudarte,” dijo Gentry. “No soy una de esas que mantiene una conversación secreta con un tipo al que nunca he conocido.”

“No,” le espetó Jessie de vuelta. “Pero sin duda tienes algunos secretos propios. Y quizá empiece a confiar más en ti cuando me digas porque le están permitiendo a una estudiante de universidad sin experiencia como yo que interroge a un asesino en serie. No me malinterpretes. Me alegro de estar aquí. Pero ambas sabemos que esto traspasa todos los límites de las prácticas habituales. Y tengo la clara sensación de que tú estás seriamente incómoda al respecto de ello, pero sigues dejándome que entre aquí. ¿Por qué?”

Gentry le miró fijamente durante varios segundos, con los ojos llenos de una expresión entre sorprendida y frustrada.

“Eso es algo que tendrás que hablar con tu amigo el profesor,” respondió finalmente. “Él es quien garantizó tu autorización.”

“Pero tú estás a cargo de la seguridad de la unidad,” le contradijo Jessie. “Podrías imponerte a él si decidieras que mis visitas planteaban un riesgo de seguridad. Y, aun así, no lo has hecho.”

“¿Estás sugiriendo que tus visitas son un riesgo de seguridad, señorita Hunt?” le preguntó Gentry en tono acusatorio.

“Sé que mis visitas le irritan y que a ti eso no te hace gracia. Pero, por alguna razón, has decidido que es un riesgo que merece la pena. ¿Por qué razón?”

Gentry se quedó de pie en silencio durante un momento. Parecía estar considerando cuánto debía, o incluso podía, decir. Durante un segundo, Jessie pensó que estaba a punto de sincerarse con ella. Entonces, su expresión cambió y Jessie supo que la jefa de seguridad había decidido ir a por lo seguro.

“Habla con Hosta,” dijo Gentry sin ganas.

Jessie intentó mantener su irritación bajo control, pero no pudo evitar soltar otro comentario punzante mientras salía de estampida del despacho.

“Qué bien cumples con las órdenes, Gatita.”

\*

Al día siguiente, el profesor Hosta le pidió que se quedara después de clase.

“Entiendo que el sujeto de tus entrevistas estuvo especialmente charlatán ayer,” dijo, con aspecto de estar contento mientras caminaban por el pasillo hacia su despacho.

Jessie se había pasado la mayor parte de una noche sin dormir y de su trayecto a la universidad debatiéndose sobre la mejor manera de abordar a Hosta sobre lo que estaba pasando. Sin embargo, algo en su tono le hizo detenerse.

No podía decir exactamente por qué, pero de repente le pareció que poner las cartas sobre la mesa sería un error. Si revelaba que sabía que su permiso para visitar a Crutchfield era parte de algún plan más amplio—posiblemente puesto en marcha por el Panel—eso le pondría en posición de desventaja en fuera cual fuera la jugada más grande que se estaba representando. Así que se mordió la lengua.

“Sí,” dijo ella lo más suavemente que pudo. “Parece que se está acercando a mí, lo cual es tan satisfactorio como terrorífico.”

“En fin, eso es muy bueno para ti, señorita Hunt,” contestó él. “Vas muy bien encarrilada en cuestión de tus prácticas. Si no sucede algún imprevisto, diría que tu graduación ya es mera formalidad en este momento.”

Jessie dejó pasar el comentario “si no sucede algún imprevisto”, dudando si era algo inocente o una advertencia sutil para que cumpliera con las normas. Era obvio que seguía teniendo algo de resentimiento residual de su discusión en el aparcamiento del hospital hacía todas esas semanas.

“Entonces supongo que me puedo saltar todo ese trabajo de aula para el

resto del semestre?” le preguntó en bromas.

“Eso me dolería inmensamente,” le dijo, siguiéndole la corriente. “Además, creo que vas a querer atender la próxima sesión. Te contaré un pequeño secreto que he ocultado al resto de la clase.”

“¿De qué se trata?”

“Tenemos a un orador invitado. Lo cierto es que viene de donde tú vivías; es el Detective Ryan Hernández del departamento de policía de Los Ángeles, de la oficina del centro.”

“Oh genial,” dijo Jessie. “¿Y de qué viene a hablar?”

“No quiero contar demasiado, pero te diré que está en la División de Robos y Homicidios. Creo que encontrarás su perspectiva muy esclarecedora. De hecho, era un agente de patrulla cuando atraparon a tu amigo Crutchfield. Tuvo un papel instrumental, aunque dejaré que él comparta los detalles. No hace falta que te diga que no me lo perdería por nada.”

Jessie asintió cortésmente y se fue. Durante todo el trayecto hasta su coche, se debatió con las ganas de darse la vuelta, regresar, y enfrentarse a Hosta sobre los posibles secretos que estuviera ocultando.

Hasta que entró al patio de su garaje, no se desvaneció ese sentimiento. Y solo porque el coche de Kyle estaba en el garaje. Había vuelto pronto a casa.

Aparcó en la calle y entró sigilosamente por la puerta principal. Se quitó los zapatos antes de subir las escaleras. A medida que se aproximaba al dormitorio, creyó escuchar un crujido lejano que provenía del punto donde se encontraba la futura habitación del bebé. Parte de ella quería desesperadamente ir a comprobar de qué se trataba. Pero tras confortarse a sí misma diciéndose que no era más que lo normal en una vieja casa que está reasentándose, alejó las ansias de su mente y siguió bajando por el pasillo.

Al abrir la puerta del dormitorio, pudo escuchar la ducha que estaba abierta. Por fortuna, el sonido bloqueaba el crujido ahora distante. Caminó silenciosamente hasta la puerta medio abierta del cuarto de baño, a la escucha de cualquier cosa inusual. Como no oyó nada, le llamó.

“¿Llegaste pronto a casa?”

Escuchó un jadeo y un golpe.

“Jesús, me has dado un susto de muerte.”

“Lo siento,” dijo ella. “¿Está todo en orden? Escuché un ruido.”

“Se me cayó el jabón.”

“No te resbales,” dijo ella. “¿Y a qué debo el honor de que regreses pronto?”

“El club patrocina un evento en una vinoteca de Westport,” le gritó por encima del sonido del agua. “Pensé que podía ser divertido ir. ¿Tienes ganas?”

“¿Y no es en el club?” preguntó Jessie, incapaz de contener su sorpresa.

“No, Jess,” le respondió, con una ligera irritación en la voz. “Es en otro lugar totalmente diferente. Pensé que un cambio de ritmo sería agradable.”

“Suenas delicioso,” contestó ella, “aunque no pueda probar ninguno de esos vinos. ¿Debería vestirme formalmente?”

“Claro. A lo mejor puedes ponerte ese vestido de fiesta rojo con el que tienes un aspecto tan estupendo. Saldré en unos minutos.”

Jessie se retiró a su armario en busca del vestido. No fue hasta que estaba deslizándose por las perchas que se dio cuenta de algo—había estado fisgoneando. ¿Por qué otra razón subiría las escaleras en total sigilo?

*¿Acaso estaba esperando encontrarme a Kyle en la ducha con algún bimbo?*

Hasta cierto punto, había dejado que las indagaciones de Crutchfield se le metieran en la cabeza. Pero su marido no la estaba engañando. Había vuelto pronto a casa para llevársela a pasarla bien esa noche. Y ahora le consumía la culpabilidad. Sacó el vestido de su percha con rabia, enfadada consigo misma por no darse cuenta de cómo se había dejado manipular por un pueblerino que hablaba arrastrando las palabras atrapado en una celda rodeada de cristal.

\*

De camino al bar, Jessie se preguntaba si podía sincerarse con Kyle sobre la situación con Teddy y Mel Carlisle. Todavía no sabía que ella le había contado a Mel que se había topado con Teddy y una camarera, ni que Mel le había desvelado la auténtica naturaleza del Club Deseo. No le hacía ninguna gracia guardarse secretos de él.

Además, parte de ella quería preguntarle si él era consciente de lo que realmente sucedía allí, aunque no estaba segura de querer conocer la respuesta. ¿Qué significaría si lo supiera? ¿Era eso lo que él quería—tener un matrimonio abierto? ¿O le daba igual todo eso y solo le gustaba ir por las conexiones y el golf?

Para cuando llegaron al bar, todavía no había decidido, lo que ella interpretó como una señal de que era mejor idea guardárselo por el momento. Esta era una conversación a tener en la privacidad de su hogar, no mientras estaban aparcando para ir a un evento del mismo club que le provocaba la

desconfianza.

El sitio no era tanto una vinoteca con estilo como un club nocturno con la música a tope y una pequeña sala privada que tenía una barra en el rincón de atrás. Esta gente parecía ser diferente de la que habitualmente andaba con Kyle en el club. Reconocía las caras, pero no sabía muchos de sus nombres.

Kyle agarró un vaso enorme de Cabernet y se la presentó a todos. Enseguida, él se fue en busca de otro trago mientras que ella ya estaba metida en una agradable conversación con una mujer llamada Gina.

“¿Vais a ir a la Fiesta de los Barcos mañana por la noche?” le preguntó.

“Ya oí hablar de ello cuando llegamos aquí,” dijo Jessie. “Pero la verdad es que no sé de qué se trata.”

“Es una tradición de la costa este,” explicó Gina. “Una última fiesta barco-céntrica antes de que el clima sea demasiado frío como para salir al agua. Por supuesto, al sur de California nunca hace demasiado frío para sacar el barco así que, básicamente, no es más que otra excusa para darnos un gran homenaje. Deberías ir. Es una gran oportunidad de ver cómo la gente hace el ridículo, quizá hasta yo. El año pasado me desperté en un barco en medio de la noche vestida solamente con un salvavidas. Todavía no sé cómo sucedió.”

Después de lo que pareció una media hora escuchando las batallitas de Gina sin ver a Kyle por ningún lado, Jessie se disculpó para ir en su busca. Se sentía de repente, vorazmente deseosa de encontrar alguna comida de verdad. Allí solo había unos entremeses, que le hicieron sentir ligeramente mareada.

Buscó en la zona principal del club y en los cuartos de baño, pero Kyle no estaba por ninguna parte. Agarró al guardia de seguridad, le describió a su marido, y preguntó si le había visto. Él asintió y apuntó en dirección a un pasillo oscuro hacia la parte trasera del club. Se acercó por allí y solo vio una puerta con un letrero que decía “solo personal” sobre ella.

Con cierta resistencia, abrió la puerta y echó un vistazo al interior. Parecía ser una habitación para los descansos de los empleados, con un par de máquinas expendedoras y dos mesas circulares cubiertas de palos sucios. Escuchó voces que provenían de algo más atrás y se fue en esa dirección hasta que llegó a una puerta que decía “Oficina del Director”. Estaba ligeramente entreabierta.

Atisbando a través de la apertura, vio a un tipo que le resultó vagamente familiar sentado detrás del escritorio. Estaba bastante segura de que se trataba de un miembro del Club Deseo. Se estaba riendo incontrolablemente de algo que acababa de decir una persona que no era visible. Reconoció la otra voz al

instante y abrió la puerta del todo.

De pie, de espaldas a ella, estaba Kyle. Estaba inclinado hacia delante sobre una de las esquinas del escritorio del director y aspirando una línea de polvo blanco a través de un billete enrollado. Sobre la mesa estaba su ridículo clip dorado para los billetes. Tomó una segunda línea, sin darse cuenta de que su amigo, al ver a Jessie, se había dejado de reír de repente.

“¡Esto funciona!” gritó Kyle al incorporarse y exhalar de felicidad.

Le echó un vistazo a su amigo y pareció comprender que algo andaba mal incluso antes de darse la vuelta. Al hacerlo, todavía le quedaban restos de cocaína alrededor de los orificios de su nariz y le brillaban los ojos bajo las luces fluorescentes.

“Hola, Jess,” dijo, con una voz que expresaba una combinación de atolondramiento y vergüenza.

Sin decir palabra, ella se dio la vuelta y salió de allí de estampida.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

Jessie tomó un Lyft para volver a casa. Para cuando Kyle llegó allí, ella ya había hecho una de sus maletas por él.

“Esto es para el hotel donde te vas a quedar esta noche,” dijo, tirándosela a los pies.

“Jessie, lo siento. Hice una mala elección. Pero ¿no crees que esta reacción es un tanto exagerada?”

“¿A qué?” le exigió Jessie. “¿A que mi marido abandone a su mujer embarazada durante media hora en un club nocturno desconocido y empalagoso? ¿O a encontrármelo esnifando cocaína en una de las salas traseras como si fuera un extra en una película de Scorsese? Hay tantas opciones.”

“Mira,” comenzó Kyle. “Coy la estaba tomando y me ofreció un poco. Estaba muy muy cerca de inscribirle como cliente y pensé que decirle que no acabaría con el trato. Fue una decisión estúpida, lo admito. Pero solo ha sucedido esta vez.”

“En primer lugar, que ¿‘Coy la estaba tomando’? Ni siquiera sé lo que quiere decir esa frase. Y, además, ¿en serio? Porque no estabas actuando como si fuera la primera vez. Según tú, ¿eso “funciona”? Apenas te reconozco en estos tiempos, Kyle. ¿Dónde está el chico que se adormecía después de dos cervezas? ¿Dónde está el chico que decía que todos los competidores que toman drogas solo te facilitan entrar a por ello y robarles los clientes mientras no están prestando atención?”

“Estoy aquí mismo,” insistió. “Tomé una mala decisión.”

“Bueno, pues es una decisión que va a hacer que te tengas que buscar un lugar donde pasar la noche. Quizá el club de campo tenga habitaciones especiales para maridos a los que han echado de su casa, aunque no creo que ninguna de las esposas de por aquí tuviera las agallas para hacer algo así.”

“De verdad creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena,” le dijo con voz calmada, aunque sus ojos brillaban demasiado.

“¿Un grano de arena? ¿Cómo se supone que voy a poder confiar en ti después de esto? ¿Qué más me estás ocultando?”

La cara de Kyle se retorció levemente ante la acusación y Jessie pudo ver cómo su culpabilidad había dado lugar a otra cosa. ¿Quizá ira?

“¿Que qué más estoy haciendo?” preguntó. “¿Qué hay de proveer para nuestra familia?!”



Jessie se dio cuenta de que le había malinterpretado. No estaba canalizando ira sino más bien una completa seguridad en su inocencia. Eso no hizo más que ponerla todavía más furiosa.

“Ya no estoy segura de que tengamos una familia,” contestó, con la voz calmada y más fría de lo que esperaba. “Si esto no cambia, te dejo.”

Kyle se la quedó mirando con incredulidad. Durante varios segundos, no dijo nada. Cuando por fin abrió la boca, estaba segura de que era para suplicarle que le perdonara.

“No, Jessica, no lo vas a hacer,” le dijo, igual de frío. “Somos una familia. Esto solo es un problemilla. Además, es mi bebé con el que estás embarazada, así que no te vas a ir a ninguna parte.”

“¿Es eso una amenaza?” demandó Jessie, incrédula.

“Es una predicción.”

“Sal de aquí,” dijo ella, señalando a la puerta. “Pídete un coche y sal de aquí ahora mismo o llamo a la policía. Todavía estás bajo los efectos de las drogas y no creo que una detención por consumo de estupefacientes quede muy bien en tu empresa. Ni siquiera les gustan los empleados que no están casados. ¿Qué crees que pensarían de un cocainómano?”

Parecía que él quisiera decir algo más, pero se lo pensó mejor. En vez de eso, agarró su bolsa y se fue de casa. Cuando escuchó cómo salía el coche y aceleraba por la carretera, Jessie sintió como todo se le caía encima.

Se dejó caer al suelo, presionando su espalda contra la pared en busca de apoyo. Unos sollozos pesados le sacudieron todo el cuerpo. Pasaron diez minutos antes de que tuviera fuerzas para ponerse en pie de nuevo. Cuando se incorporó, fue lentamente hasta la mesa de la cocina, donde había arrojado su bolso, y rebuscó dentro de él en busca de la tarjeta de visita que Lacey le había dado en bromas durante el almuerzo del otro día. Le llevó un momento encontrarla: Craig Plessey, Abogado Matrimonial.

Se movió hasta la sala frontal, se arremolinó en el sofá, y marcó el número, que fue directo al buzón de voz. Después del pitido habló, escuchando su propia voz desconectada como si fuera un espíritu, observando los acontecimientos desde la distancia.

“Me llamo Jessie Hunt. Me gustaría concertar una cita.”

Abrumada por la angustia y el agotamiento, arrojó el teléfono sobre la mesita del café y cerró los ojos. Se quedó dormida en unos segundos.

El bosque era espeso y hacía un frío brutal. Los piececitos descalzos, medio adormilados, de Jessie, estaba ensangrentados de tropezarse con las rocas y las ramas. Pero pensaba que había visto un claro en la distancia así que ignoró el dolor y continuó moviéndose. Una rama rasgó su vestido de gala de “Sabrina, la Bruja Adolescente” pero ella no se detuvo.

Por fin, había un claro entre los árboles. Empezó a correr a la carrera. Hasta el último momento, no se dio cuenta de que el espacio abierto que tenía por delante de ella era de hecho el borde de un acantilado. Se echó hacia atrás, clavando sus pies en la tierra y tambaleándose peligrosamente sobre el borde. Consiguió detener el movimiento y se cayó al suelo.

Se agarró a los hierbajos cubiertos de hielo al borde del precipicio y echó una ojeada al otro lado. Al menos a unos diecisiete metros más abajo, había un río caudaloso lleno de rápidos serpenteantes. El rugido del agua golpeando las paredes de las rocas sonaba como un trueno. Pero hasta por encima de eso, podía escuchar otro sonido. Detrás de ella venían sus pisadas pesadas, moviéndose constantemente, pero sin prisas, aplastando las ramas bajo sus botas.

No miró atrás. En vez de eso, se puso de pie, con los pies apuntando al vacío, tratando de reunir las fuerzas para saltar. Y a cada segundo, las botas que venían por detrás se acercaban más.

\*

Se despertó en un charco de sudor. Todavía no había luz afuera, pero Jessie, respirando con pesadez y preocupada de que se le pudiera salir el corazón del pecho, se levantó del sofá y se fue al piso de arriba para darse una ducha. Después, volvió a bajar en busca de un descafeinado y cualquier cosa de comer que pudiera mantener en su estómago.

Fue difícil encontrar algo con lo que distraerse de los últimos acontecimientos. No podía concentrarse lo bastante como para estudiar o incluso leer un libro. No tenía ningunas ganas de revisar las últimas cajas por abrir que quedaban de la mudanza. Encendió la televisión y cambió varios canales.

Ni siquiera la televisión le sirvió para nada. Los programas de comidas le ponían enferma del estómago. Los programas de renovación de casas solo le recordaban a su propia y deprimente vida doméstica. Hasta su serie favorita

de fantasía, *Supernatural*, estaba mostrando un episodio que implicaba a un demonio que invadía los sueños de la gente. Eso le tocaba un poco demasiado de cerca, así que se pasó la mayor parte de la mañana viendo reposiciones de *La Oficina*.

Cuando escuchó la llamada a la puerta, miró el reloj y vio que había acabado por distraerse casi dos horas. Le bajó el volumen a la televisión y caminó a la puerta principal. Atisbando a través de las cortinas del comedor, vio que se trataba de Kimberly Miner, que llevaba una caja. A pesar de que cada fibra de su ser le gritaba que no lo hiciera, Jessie le abrió la puerta.

“Hola,” dijo Kimberly. “Te traje una oferta de paz.”

Levantó los brazos para mostrar que estaba sujetando una caja de donuts del mismo sitio donde Jessie había comprado los suyos hacía todos esos meses. Volvió la vista de la caja al rostro de Kimberly para encontrarse allí con una expresión inesperada: simpatía.

“Hola,” le dijo, tomando la caja. “Gracias. ¿Quieres pasar?”

“Lo siento, pero no puedo. Tengo que llevar a mi hija a una clase de natación, pero quería darte estos donuts y decirte que lamento que las cosas se pusieran tan... difíciles entre nosotras.”

“Yo también lo siento,” dijo Jessie, todavía confundida. “Debería haberme metido en mis propios asuntos.”

“Es difícil cuando quieres hacer lo correcto, cuando quieres ayudar a alguien a quien no conoces tan bien pero no estás segura de cómo hacerlo.”

“Así es,” asintió Jessie, sin saber qué más decir.

Hubo una pausa larga e incómoda. Finalmente, Kimberly acabó con ella.

“¿Te voy a ver esta noche en la Fiesta de los Barcos? Siempre es de lo mejor.”

“Oh vaya,” dijo Jessie, con el corazón hundido. “Me olvidé por completo de eso. No estoy segura de lo que va a pasar con eso.”

“Bueno, pues si decides ir y estás en busca de un rostro familiar, búscame, ¿vale?”

“Claro,” prometió Jessie. “Gracias, Kimberly.”

Su vecina alargó el brazo y le dio un pellizco amistoso en el hombro. Entonces se dio la vuelta y regresó al otro lado de la calle. Jessie se llevó la caja de donuts a la cocina y los dejó sobre el mostrador. Solo entonces se dio cuenta de que la ventana de la cocina, una que daba a la casa de los Miner, estaba abierta, al igual que lo había estado la anterior noche cuando había echado a Kyle de casa.

Su estómago le dio un pequeño, ansioso vuelco. ¿Cuánto de su pelea con Kyle había escuchado Kimberly anoche? Claramente, lo suficiente como para traerle su compasión con unos donuts. De repente, Jessie supo lo que se sentía al tener las puertas secretas de su vida privada abiertas de par en par. Se sintió enferma.

\*

Jessie estaba sentada en la sala de espera varias horas más tarde, tratando de recuperar el aliento sin parecer demasiado exhausta ante las mujeres que tenía alrededor.

Además de la Fiesta de los Barcos, también se había olvidado de su primera cita con el ginecólogo. Cuando sonó el recordatorio del teléfono una hora antes de cuando se suponía que tenía que presentarse allí, tuvo que darse prisa para ponerse algo de ropa decente y salir por la puerta.

El tráfico era terrible, pero llegaba tarde. Sin embargo, cuando llamó para decírselo, la recepcionista le dijo que no se preocupara ya que ellos también iban retrasados. Aun así, no llegó a la consulta en Beverly Hills hasta quince minutos después de la hora concertada.

Para cuando por fin le llamaron para su primer ultrasonido casi media hora después, se calmó lo bastante como para que no temiera que le tomaran la presión arterial. La enfermera revisó su historial, le tomó la presión (117/76—*¡genial!*) y la temperatura y le hizo una serie interminable de preguntas.

Finalmente, le pidió a Jessie que se tumbara para aplicarle el gel para la ecografía. Se asentó y tomó varias respiraciones profundas. En unos instantes, escuchó el sonido del tamborileo de un corazoncito. Miró a la enfermera con ansiedad.

“Suenas saludable,” dijo la mujer sin siquiera mirarla. Seguramente, estaba acostumbrada a la reacción de Jessie.

Movió el transductor sobre toda la zona durante varios minutos más, realizando una serie de cálculos. Por fin, apagó la máquina y limpió la gelatina de la piel de Jessie.

“¿Me puede decir cuál es su género?” preguntó Jessie, tan emocionada como aprensiva.

“Todavía no, al menos no utilizando la ecografía. Seguramente podemos hacerlo entre la semana dieciséis y la veinte. Y tú solo estás de unas nueve. Hay un test de sangre que puedes hacer si te mueres por saberlo. ¿Te

interesa?”

Jessie asintió con entusiasmo. Ya sabía que a mucha gente le gustaba el misterio de no saberlo, pero no a ella. Era una mujer a la que le gustaba obtener respuestas. Y si había una manera de obtener esta, la iba a utilizar.

“Oh,” dijo la enfermera mientras revisaba la ficha de Jessie. “Me di cuenta de que nos perdimos una sección en tu papeleo. ¿Hay algún esposo o ser querido del que debiéramos apuntar la información de contacto para emergencias?”

Jessie le miró y empezó a responder, pero después cerró la boca. Alejó la vista mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. Se dio cuenta de que no sabía muy bien qué responder a eso. ¿Es que su compañero de vida se había desviado temporalmente del camino? ¿Era un cocainómano ahora? ¿O algo peor? La posibilidad le deprimía. Pero, más que eso, le asustaba. Nunca se había sentido tan sola.

## CAPÍTULO VEINTE

Jessie se despertó sobresaltada de su siesta con el sonido que hizo la puerta del garaje al abrirse. Se dio la vuelta y echó una mirada al reloj—las 3:45 de la tarde. Eso era demasiado pronto para que Kyle hubiera venido a casa, incluso aunque pensara que le iba a dar la bienvenida. Nerviosa, se puso unos pantalones de entrenar y una camiseta y empezó a bajar por las escaleras. Estuvo tentada de agarrar el bate de béisbol del armario, pero se dijo a sí misma que no debía apresurarse a sacar conclusiones precipitadas.

Cuando llegó al final de las escaleras, escuchó el sonido familiar de Kyle echando sus llaves al cesto que había junto a la puerta del garaje. Le recorrió una ola de resentimiento y echó a andar en esa dirección.

*¿Y se va a presentar aquí como si todo estuviera bien después de lo de anoche?*

Cuando dobló la esquina, vio a su marido de rodillas sobre el suelo de la cocina. Se detuvo en seco, confundida.

“Qué diab...” empezó a decir Jessie.

“Jessie,” le dijo, en voz más baja de lo acostumbrado, “haz el favor de escucharme.”

Algo en su tono de voz le impidió empezar a echarle la bronca. Asintió y él continuó.

“Lo siento mucho... todo. Me fui anoche a un hotel donde casi no dormí en absoluto. No porque hubiera algo malo en el lugar, sino por algo que anda mal conmigo. Me quedé tumbado en la cama mirando al techo, pensando en cómo me metí en esta situación. Y me di cuenta—que no solo me *metí* en esta situación, sino que fui yo quien se puso en ella.”

Cambió de postura y se tambaleó ligeramente. Seguramente las rodillas le estaban matando en ese suelo tan duro de la cocina. Jessie se sintió tentada de decirle que se levantara, pero no quería interrumpirle. Y para ser honestos, había algo en ella que disfrutaba al verle incómodo.

“No me pude concentrar en todo el día,” continuó. “De hecho, mi jefe me echó una bronca por estar distraído. Pero es que solo podía pensar en todas las cosas que he estropeado. Te presioné para que te mudaras aquí, aunque te encantaba vivir en el centro. Insistí en unirnos al Club Deseo por los contactos que podía conseguir. He sido tan adicto a mi trabajo que me apuntaba a todas las excursiones de golf por la mera posibilidad de que pudiera conseguir un nuevo cliente. He estado tan concentrado en ascender que no tome en

consideración cómo te estabas adaptando tú a todo esto.”

“Levántate,” dijo Jessie, después de que él hiciera la segunda mueca de dolor. Mientras se ponía en pie, ella añadió, “ya sé que tu trabajo es importante para ti, Kyle. Ese no es el problema.”

“Lo sé, pero, aun así, a veces tengo que recordarme a mí mismo que no todas las interacciones humanas están relacionadas con el trabajo. No tenía que convertir cada visita al club en la consecución de otra cuenta. Podíamos haber disfrutado de la noche allí sin convertirla en una oportunidad para los negocios. Y ya sé que lo de anoche fue incluso más allá. Obviamente, si estoy utilizando la posibilidad de asegurar un posible cliente como excusa para esnifar cocaína, he cruzado la raya. Me avergüenza no haberlo visto en el momento. Ahora que miro atrás, no puedo creer que se tratara de mí.”

“Ni yo tampoco podía,” asintió Jessie en voz baja. “No te podía reconocer.”

“Ni yo tampoco, Jess,” dijo él con una urgencia que casi sonaba angustiada. “Pero todo eso se acaba ahora mismo. Quiero volver al viejo yo, al tipo que reconoces. El tipo al que amas. Así que tengo una propuesta.”

Jessie, a pesar de sentirse intrigada, también sentía un pequeño mareo, como le solía pasar últimamente, así que se movió hasta uno de los taburetes de la cocina y se sentó.

“Te escucho,” le dijo.

“Esta noche es la Fiesta de los Barcos. Creo que es la oportunidad perfecta de decirles a los chicos del club que nosotros—yo—vamos a reducir el tiempo que pasamos allí: muchas menos salidas para jugar al golf, no voy a ir a tantas reuniones de los Observantes del Juramento, ese tipo de cosas. El embarazo es la excusa perfecta. Simplemente les voy a decir que, en el futuro previsible, me van a ver mucho menos.”

Jessie se permitió imaginarse un mundo donde ellos dos pudieran acurrucarse en el sofá para pasar la noche viendo todos los episodios de una de sus series favoritas.

“He de admitir que suena muy bien,” dijo ella.

“A mí también. Y de esta manera, se lo puedo decir a todos esa misma noche, cuando estén de buen humor gracias a la fiesta. No tengo que sentar a todo el mundo para tener conversaciones serias. Lo puedo mencionar de pasada y moverme a la siguiente persona. Será más natural de esa manera. Además, podemos simplemente divertirnos, algo así como nuestra última fiesta antes de entrar en el estilo nido. ¿Qué piensas?”

*Creo que prefiero no ir en absoluto. Pero esto parece un compromiso*

*razonable.*

“Creo que tiene sentido,” dijo, guardándose sus pensamientos para sí. “Aunque no estoy segura de cuánta energía tengo para ir saltando de barco en barco toda la noche.”

“Entonces nos iremos pronto si tenemos que hacerlo,” dijo Kyle. “O puedes quedarte a dormir en el camarote del barco de alguien si te cansas demasiado. He oído decir que esto pasa en todas las fiestas. Todos son muy generosos con su espacio, por lo que me han dicho.”

“Supongo,” dijo Jessie, no demasiado entusiasmada con la idea de dormir en la cama de un desconocido en un barco extraño.

Kyle pareció sentir sus titubeos.

“Haré lo que tú quieras sobre eso, cariño,” le prometió. “Que es algo que debería haber hecho todo el tiempo. Esa es la otra cosa que quería decir. Si tanto odias este lugar, nos podemos mudar de vuelta a la ciudad. Es cierto que quería que nuestros hijos tuvieran una casa de verdad con un jardín de verdad. Pero nada de eso me importa si tú no estás contenta. No se trata de *dónde* vivamos, sino de *cómo* vivamos. Y, al fin y al cabo, quiero vivir contigo, sea donde sea que acabemos viviendo.”

“¿Estarías dispuesto a mudarte sin más?” le preguntó, conmovida.  
“¿Después de estar aquí solo unos cuantos meses?”

“No es lo ideal. Y admito que no es mi preferencia, pero estoy más preocupado por nosotros que por ningún trabajo o ciudad. Así que, si eso es lo que decides que necesitas para ser feliz, entonces por supuesto que lo haré.”

Jessie, de repente emocionada pero todavía demasiado agotada como para levantarse en ese momento, le hizo un gesto a Kyle para que se le acercara. Mientras lo hacía, ella le extendió sus brazos. Él se inclinó y la envolvió con sus propios brazos, encapsulándola en la calidez y seguridad que ella ni se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba.

“Te eché de menos,” le dijo en voz baja.

“Yo también,” le susurró de vuelta, con la respiración de él en su oído. “Pero vamos a volver a estar a gusto. Y si no tienes ganas, ni siquiera tenemos que ir esta noche. Es solo que pensé que tenía sentido.”

“Así es. Iremos. Saber que se trata de una especie de última jugada me dará esa inyección extra de energía.”

“Gracias, cariño,” dijo él, apretándola fuerte. Se quedaron así durante largo tiempo.

“Oh, olvidé decirte,” dijo ella, cuando se separaron por fin, “vi a mi



médico esta mañana. ¡Escuché el latido de su corazón!”

Kyle parecía emocionado y triste al mismo tiempo.

“Lamento mucho haberme perdido eso. La próxima vez seguro que voy.”

“¿Quieres ver la primera foto del bebé?” le preguntó, alejándose a toda prisa del doloroso hecho de que no hubiera estado allí.

“Por supuesto,” dijo él, con una sonrisa juguetona en la cara.

“Pero no te emociones demasiado. Es bastante difícil discernir gran cosa. Y todavía no sabemos si es niño o niña, aunque voy a hacer que me den esa información enseguida. Aun así...”

Le mostró la imagen de la ecografía. Kyle se la quedó mirando, con los ojos llenándosele de lágrimas. Una lágrima le caía por la mejilla, pero él ni siquiera trató de limpiársela.

Se trasladaron al sofá, donde se pasaron las dos horas siguientes mirando distintas opciones de cunas online y buscando significados de nombres para bebés. El teléfono de Kyle sonó en una ocasión, pero él solo le echó una mirada de pasada antes de ponerlo en modo silencioso y acomodarse junto a ella.

Para cuando ya tenían que cambiarse de ropa para ir a la fiesta, a Jessie le parecía que la pelea de la noche anterior era agua pasada. Tiró los donuts de Kimberly a la basura, agradecida por el gesto, pero deseando no tener ningún recordatorio de la discordia que esperaba no fuera ya más que un recuerdo.

## CAPÍTULO VEINTIUNO

A Jessie le preocupaba que el barco sobre el que estaba fuera a volcarse.

Nunca había visto a tanta gente en el club a la vez. Y parecía que todos estuvieran arremolinados en el mismo barco que ella. Se abrió paso a empujones a través de la multitud y salió a cubierta, donde tuvo que tomar varias respiraciones profundas para tranquilizarse.

Había sido así desde que llegaron dos horas antes.

Los miembros, algunos vestidos con esmoquin y trajes de gala, se apiñaban en el club y en la sección adyacente y exclusiva de la marina. Jessie se sentía mal vestida con su blusa, pantalones y chaqueta. Había oído decir que se iban a mover de un barco a otro y dio por sentado que la gente querría vestirse de una manera cómoda y caliente, teniendo en cuenta el aire fresco de la noche. Kyle debía de haber hecho la misma suposición porque tampoco había tomado la opción del esmoquin, optando por su elección habitual de traje y corbata.

Estaban en su tercer barco de la noche cuando Jessie se tropezó con Kimberly. La multitud era tan densa que no la vio hasta que la tuvo de frente. Su vecina, que iba vestida con atuendo ajustado, de color crema, con cuentas y a capas, miró a su alrededor y vio que Kyle estaba separado de ellas por una pared de gente.

“¿Cómo estás?” le preguntó en voz baja.

“Estoy bien,” dijo Jessie, creyéndose sus palabras por primera vez en largo tiempo. “Lo cierto es que estoy realmente bien.”

“Recuerda lo que te dije sobre las caras amigables. Si ves que te entran ganas de salir de esta casa de locos y charlar, estoy disponible.”

“Te lo agradezco, Kimberly. Pero creo que estoy bien.”

Justo entonces, llegó Kyle. Kimberly le hizo un gesto de cortesía antes de continuar caminando.

“¿Han mejorado las cosas entre vosotras dos?” le preguntó, sorprendido.

“Hicimos las paces,” dijo Jessie, dejándolo estar.

Bajaron por cubierta hasta un sector que no estaba tan abarrotado de humanidad y se apoyaron sobre la veranda, observándolo todo. Desde aquí, podían ver la extensión de luces centelleantes que iluminaban el exterior del club. Era como si las Navidades hubieran llegado con dos meses de antelación.

Había personal del club por todas partes. Parecía que el club hubiera contratado docenas de más, solo para lidiar con la demanda de bebidas y

aperitivos. Cada pocos segundos, un hombre de traje ajustado o una de esas camareras con una minifalda negra ajustada pasaban por allí, ofreciéndoles algo de comer o de beber. Jessie se sentía maravillada ante la habilidad que tenían las chicas para moverse por cubierta con sus tacones altos, aunque también las resentía por la auténtica razón que las traía por aquí.

“¿Quieres alguna cosa de comer?” le preguntó Kyle. “Debes estar muriéndote de hambre.”

“Podría tomar un bocado,” admitió Jessie, que de pronto se dio cuenta de la sensación de vacío en su estómago.

“¿Y qué hay de un trago? Ya sé que se supone que lo tienes prohibido, pero ¿no te permiten tomar un poquito? ¿Quizá unos sorbitos de champán de celebración?”

“Creo que unos sorbitos estarán bien,” dijo Jessie. “Pero no más que eso.”

“Muy bien, regresaré en unos cuantos minutos.”

Se dirigió hacia la multitud y, en cuestión de segundos, se perdió en un océano de atuendos formales. Mientras esperaba, Jessie vio a Melanie en la cubierta de al lado, con un sencillo vestido negro, y le llamó por su nombre. Con cuidado, se acercaron la una a la otra y se encontraron en el puente que conectaba las cubiertas.

“¿Dónde está Teddy?” preguntó Jessie. No se le veía por ninguna parte.

“Oficialmente, está hablando con algunos de los Observantes del Juramento. Extraoficialmente, diría que está hablando con otra persona.”

La amargura en su voz traicionaba el resentimiento que sentía ante ese arreglo con el que decía estar en paz. Por lo visto, Jessie no era tan bicho raro por pensar que el “pacto” que habían hecho muchas de estas parejas era una locura. Se daba cuenta de que no había hablado con Mel desde que ella le contara la verdad sobre el club y se preguntaba si la conversación había reabierto viejas heridas.

“¿Y tú estás bien?” preguntó.

“Lo estaré,” contestó Mel. “Es solo que a veces me pesa un poco. Pero es el trato que hice así que tengo que seguir adelante, ¿sabes?”

Jessie asintió, aunque lo cierto es que no entendía nada. Mel sacudió la cabeza como si quisiera sacudirse un pensamiento de la mente.

“¿Y cómo llevas tu reciente... despertar?”

“Tirando,” dijo Jessie, que no quería restregarle por las narices a su nueva amiga la reciente revitalización de su matrimonio. “Pero lo conseguiré.”

“No tengo dudas. Eres una chica dura, Jessie. Lo supe a los pocos minutos

de conocerte.”

“¿Qué quieres decir?” preguntó Jessie.

“No es nada. Hay algo en ti, en tus ojos. Tienes una mirada de acero. Puedo adivinar que te has enfrentado a tiempos peores que este. Y obviamente, encontraste una salida porque aquí estás, con la cabeza bien alta y bien digna.”

“Gracias, Mel,” dijo Jessie, sintiendo cómo le azotaba una inesperada e involuntaria ráfaga de emoción. “Te lo agradezco de verdad.”

“Por supuesto. Tenemos que mantenernos unidas, ¿no es cierto?”

Jessie asintió y estaba a punto de responder cuando vio a Teddy, que llevaba un esmoquin azul chillón, al otro extremo de la cubierta. Mel también lo vio.

“Será mejor que vaya para allá,” suspiró. “Ya se ha tomado unos cuantos tragos. Me preocupa un poco que se pueda caer al agua.”

Le apretó la mano a Jessie antes de desaparecer entre la multitud. Jessie volvió su atención hacia Teddy y vio que estaba hablando con una de las camareras y con otro hombre, al que no podía ver porque estaba detrás de un grupo de invitados. Pero cuando uno de ellos cambió de posición, se dio cuenta de que la tercera persona era Kyle.

Llevaba dos copas de champán en las manos y estaba escuchando alguna historia animada que le estaba contando Teddy y por la que la camarera se estaba riendo. La chica, rubia y preciosa, llevaba un vestidito negro que apenas le cubría su piel bronceada.

Cada pocos segundos, miraba a Kyle y le tocaba el antebrazo de una manera que, sin lugar a dudas, era demasiado familiar. Jessie se percató de que él se alejaba ligeramente de ella cada vez que lo hacía. Al final, le dijo algo a Teddy y volvió a caminar en dirección a Jessie.

Se movió con destreza entre la masa de gente que había entre ellos y cuando por fin le alcanzó, le ofreció una de las copas de champán.

“Tomátelo con discreción,” dijo. “No quiero que ninguno de esos moralistas que apuntan con el dedo nos haga pasar un mal rato.”

“Veo que hiciste una nueva amiga,” indicó Jessie, asintiendo al otro lado de la cubierta a la bimbo ligera de ropa, que seguía hablando con Teddy pero seguía mirando a Kyle. Melanie llegó junto a su marido en ese instante, con un aspecto que no tenía nada de feliz.

Kyle parecía confuso al principio, pero entonces siguió la mirada de Jessie y vio a quién se refería.

“Ah, claro,” dijo en tono de resignación cansina. “Esa es Natalia. Es de

Ucrania y lleva viviendo aquí tres meses. Es de lo más simpática, como puedes haber notado; muy cariñosa. Creo que está buscando un amante adinerado para que le pague sus lecciones de inglés y su loción solar.”

“No sueñas deleitado,” dijo Jessie al tiempo que le daba otro sorbito furtivo a sus burbujas.

“¿Son celos lo que escucho en tu voz, Jessica Madeline? No me preocuparía demasiado. Es un poco transparente.”

“Me sorprende que el club contrate a alguien así,” inquirió Jessie, intentando determinar cuánto sabía su marido sobre cómo funcionaba este lugar.

“Creo que rebuscaron en los bajos fondos de Westport Beach para esta noche porque el evento es masivo. Supongo que prefieren tener a una chica bonita que no pueda sostener una bandeja adecuadamente antes que a una auténtica camarera que pese más de cincuenta y dos kilos.”

“Eso es algo muy avanzado viniendo de ti,” contestó Jessie.

“No me des demasiado crédito,” dijo él. “Parte de lo que me molesta es que se supone que este sitio tiene que tener clase. Y ella, sin duda alguna, *no* tiene clase. Me dijo que la mayoría de las noches trabaja en un club de striptease del que no recuerdo el nombre; me ofreció un descuento en bailes privados.”

Jessie dejó que ese comentario se asentara dentro de su cráneo, y después se forzó a inhalar y exhalar profundamente antes de contestar.

“A juzgar por la cantidad de dinero que tuvimos que soltar por nuestra membresía, se podía pensar que habrían elegido modelos de lencería,” dijo después de dar otro sorbito rápido.

Intentó sonar lo más casual posible, pero podía escuchar el tonillo de amargura en su propia voz. Kyle no pareció captarlo, y se echó a reír con entusiasmo de su sarcasmo.

Ella intentó sonreír de vuelta, pero el peso de la noche le golpeó de pronto. Ya estaba bastante cansada debido a su embarazo. Y eso, combinado con tener que ponerse decente, mantener buena cara toda la noche, y moverse por cubiertas crujientes y barcos inestables, le había pasado factura. Sentía cómo una neblina de agotamiento se posaba sobre ella. “¿Estás bien, cielo?” preguntó Kyle, que por lo visto había notado cómo su cuerpo se rendía.

“Es solo que estoy muy cansada,” admitió ella. “Dos horas de esto es mi máximo. Estoy a punto de ponerme de mal humor. ¿Podemos acabar con esto para que pueda irme a casa y dormir doce horas?”

“Por supuesto,” prometió Kyle. “Solo dame diez minutos para dar mi última

ronda de despedidas ya que voy a aparecer mucho menos por aquí después de esta noche. ¿Por qué no te sientas en ese banco de ahí? Vendré a por ti en cuanto termine.”

“Muy bien, pero date prisa por favor,” dijo Jessie, terminando su copa de champán. “De lo contrario, vas a tener que sacarme a cuestras de aquí.”

Kyle asintió y salió a toda prisa. Jessie miró su reloj—eran las 10:01 de la noche.

*Muy tarde, muy cansada.*

Se sentó con pesadez en el banco y vio cómo Kyle desaparecía entre la multitud. Respiró profundamente, intentando recuperar su equilibrio. Las luces titilantes del club contra el cielo nocturno, combinado con la ropa sofisticada y la joyería de las mujeres que tenía cerca, le estaban dando un dolor de cabeza.

Cerró los ojos y se vio a sí misma en otra parte. De inmediato, una imagen surgió en su cabeza. Kyle y ella vivían de nuevo en la ciudad, en un apartamento gigantesco en su antiguo vecindario, y estaban desembalando todas las cajas de su mudanza de regreso a la ciudad. Entonces imaginó su diploma del Máster en la pared del pequeño estudio que hacía las veces de oficina, donde se había instalado durante su baja por maternidad.

Se imaginó a sí misma entrando a la habitación del bebé para cambiar un pañal y después acunar al pequeñín hasta que se quedara dormido mientras se ponía al día sobre su nuevo puesto en alguna agencia impresionante de las fuerzas de seguridad. ¿LAPD? ¿FBI? ¿Quizá como personal del DNR? Las opciones eran aparentemente ilimitadas.

El sonido de una voz extranjera cascada interrumpió su fantasía. Abrió los ojos y elevó la vista para ver a Natalia, la bailarina de striptease y camarera temporal, de pie delante suyo, hablando con un inglés quebrado, casi ininteligible.

“¿Qué?” le preguntó.

“Dije que si “*¿quieres otro copa shampa?*”

La chica estaba balanceando precariamente una bandeja llena de copas de champán, a pesar de utilizar ambas manos.

“No, gracias,” dijo Jessie.

“Vale, claro,” dijo Natalia con bastante más entusiasmo del que requería la situación. “*¿Quieres comer? Te ver aquí pareces sola. ¿Quizá comer ayude?*”

“No, estoy bien,” dijo Jessie, intentando evitar que saliera a la luz la frustración que sentía borbotear por dentro. Las agallas de esta mujer,

flirteando con su marido y después actuando como si todo estuviera bien, le estaban irritando. “Estoy esperando a mi marido.”

“Oh, claro, Kyle. Un hombre muy agradable. Muy divertido. Mujer con mucha suerte.”

“¿Tú crees?” le dijo Jessie, apoyándose en el banco para ponerse en pie. Le sacaba a Natalia al menos dieciséis centímetros. Bajando la mirada hacia ella, se dio cuenta de que no era tan bonita de cerca. Se había aplicado mucho maquillaje para ocultar su acné y llevaba una cantidad exagerada de rímel que se había apilado en algunos puntos.

“Sí,” repitió Natalia. “Kyle es buen marido, seguro.”

“Sí, y es *mi* marido,” dijo Jessie, incapaz de contener su ira. Sabía que estaba más hablando más alto de lo que quería, pero le daba menos que igual.

Natalia pareció sorprendida y se tambaleó hacia atrás. Perdió el equilibrio y varias copas de champán zozobraron peligrosamente.

“Sí, buen marido,” dijo, por lo visto incapaz de pensar en algo más que añadir.

“Sí, *marido*,” repitió Jessie furiosamente, dando un paso hacia la mujer más menuda. “Lo que significa que no está disponible para que le echés tus garras encima. Así que puedes dejar de tocarle y de reírte cada vez que tose, ¿entendido, Natalia?”

La chica dio otro paso atrás y se le encajó uno de sus tacones en la cubierta. Se cayó al suelo y la bandeja de copas con ella, rompiéndose en mil pedazos sobre la madera. Jessie se quedó de pie junto a ella, mirando hacia abajo, llena de ira y con un poco de satisfacción.

De repente, Kyle estaba a su lado.

“¿Qué está pasando?” le exigió, alternando la mirada entre la una y la otra.

“Solo estaba dejando unas cuantas cosas claras a tu amiguita,” dijo Jessie, con una sensación de satisfacción.

“Vaya, Jess. ¿No crees que te has pasado un poco de la raya?”

“¿La estás defendiendo?” le disparó Jessie de vuelta.

“No,” insistió. “Es solo que... le estás chillando al personal. No se merece esto.”

“Es una basura que solo busca dinero, Kyle. Solo se lo estoy diciendo a la cara.”

La gente que estaba cerca, y ya hablaba en voces susurrantes, se quedó completamente en silencio. Los únicos sonidos eran las olas rompiendo en los cascotes de los barcos y los quejidos apagados de Natalia. Un tipo se apresuró a

acercarse y a ayudarlo a ponerse de pie. Al hacerlo, Jessie notó que la chica no llevaba nada de ropa interior.

Estaba a punto de comentarlo cuando de pronto se sintió mareada. Fue a agarrar el respaldo del banco, pero estaba demasiado lejos y sintió cómo se caía hacia atrás al fallarle las piernas. Instintivamente, se colocó los brazos sobre el abdomen para proteger esa zona de la inminente caída. Sin embargo, antes de dar con el suelo, Kyle ya estaba allí, amortiguando su descenso y dejándola reposar en el suelo gentilmente.

“Jessie, ¿qué es lo que pasa?” le preguntó, con voz ansiosa y tensa.

“Me siento mal—mareada,” dijo, notando que estaba arrastrando levemente las palabras. “Tanto caminar, el champán, la camarera provocativa—me están haciendo sufrir de verdad.”

Kyle sostuvo la mano debajo de su cabeza para que no la apoyara en la madera dura de la cubierta. Jessie vio cómo él buscaba algo desesperadamente antes de que su mirada cayera en algo que le calmó.

“¿De qué se trata?” le preguntó.

“Estamos bastante cerca del barco de Teddy. Te voy a llevar hasta allí y puedes descansar en una cama en el camarote hasta que te sientas mejor. No le importará. Diablos, puedes pasar allí la noche si no te apetece ir a casa.”

“¿Estás seguro?” preguntó, todavía mareada pero aliviada ante la idea de poder tumbarse en algún sitio más tranquilo y más privado.

“Por supuesto,” le aseguró ella. “Es el lugar perfecto, Tenemos suerte de que esté ahí mismo.”

Jessie sintió como Kyle le izaba con sus brazos. Intentó mantener los ojos abiertos para hacerse mejor idea de adonde se dirigían, pero fue inútil. Se sentía débil y desorientada y en unos instantes, se rindió. Se hundió en la calidez del reconfortante abrazo de su marido y dejó que sus ojos se cerraran.



## CAPÍTULO VEINTIDÓS

Jessie se despertó con un dolor penetrante en su cráneo. Abrió los ojos levemente para que solo pudiera colarse un poco de luz. Pero de algún modo, los rayos del sol la encontraron y se vertieron sobre ella. Los cerró de nuevo y solo se atrevió a reabrirlos cuando se puso la mano encima como protección.

Estaba tumbada tranquilamente de espaldas, intentando recordar donde estaba. No reconocía su entorno, aunque podía decir que estaba en la cama. Sentía pesadez en las extremidades y tenía la boca seca y pastosa. Abrió los ojos un poco más. Su entorno se hizo más claro. Notó un leve movimiento de balanceo y se dio cuenta de que la habitación donde se encontraba era pequeña, con las paredes extremadamente cercanas a la cama. Las ventanas de ojo de buey fueron la pista final. Estaba en un barco.

Y entonces regresaron los recuerdos. La fiesta, el champán, la discusión con la fresca de la camarera, el agotamiento y el mareo repentinos producidos por el embarazo, que casi se cae antes de que Kyle le llevara hasta un barco, este barco.

Después de eso, todo se quedaba en blanco. No se acordaba de haberse montado al barco o de que le colocaran en la cama o de nada más hasta este momento. Mirando afuera de la ventana, supo que no había dormido doce horas, como le había dicho a Kyle que deseaba. El sol, con sus implacables rayos, apenas asomaba por detrás de las colinas en la distancia. Todavía no había amanecido del todo.

“¿Kyle?” murmuró. Le salió la palabra embrollada, incluso para sus oídos. Intentó izarse apoyándose en sus codos, pero el intento le hizo sentir mareada y con ganas de vomitar e inmediatamente se volvió a tirar en la cama y cerró los ojos.

“Kyle, ¿estás aquí?” preguntó en voz algo más alta.

No obtuvo ninguna respuesta.

Tomó varias respiraciones profundas antes de rodar sobre su costado y empujarse a sentarse al extremo de la cama. Esperó a que regresaran las náuseas, pero se calmaron, por lo visto sintiendo pena de ella.

Se quedó sentada varios minutos vestida solo con sus braguitas y sujetador, inclinada hacia delante, con los codos en las rodillas, su rostro en sus manos, reuniendo las fuerzas para moverse de nuevo. Cuando por fin pudo hacerlo, se giró para ponerse de nuevo frente a la cama.

Para su sorpresa, vio a alguien más tumbado allí junto al hueco que había

dejado ella al dormir. Había una sábana que cubría la cabeza y la mayor parte del torso de la persona, pero una pierna bronceada asomaba por un lado.

“¿Kyle?” dijo con aprensión, aunque sabía que no podía tratarse de él. Era la pierna de una mujer.

Se inclinó y tiró de la sábana para descubrir allí a Natalia, tumbada al otro lado de la cama. A pesar de su estado reducido, Jessie sintió una versión modificada de la ira de la noche anterior y le dio un buen empujón a la mujer.

“Despierta,” le susurró. “¿Qué diablos estás haciendo aquí?”

Natalia siguió tumbada de lado, completamente inconsciente del mundo que le rodeaba.

“¡Eh!” dijo Jessie de nuevo, esta vez más alto y con más fuerza. “Te he preguntado ¿qué haces aquí?”

Agarró a Natalia por el hombro y tiró de ella para que quedara boca arriba. La chica, que todavía llevaba puesto su minivestido negro, no ofreció ninguna resistencia y se dio la vuelta de manera indolente, su brazo izquierdo extendido sobre la cama. Tenía los ojos abiertos.

Jessie parpadeó varias veces, intentando procesar lo que estaba viendo. Se sentía como si estuviera desconectada de su propio cuerpo, flotando sobre la escena, desapegada de cualquier emoción, observándolo todo metódicamente.

Natalia tenía su mirada vacía clavada en el techo, los ojos ciegos llenos de marcas rojas. Su piel era de un azul pálido. Su cuello era un arcoíris horroroso de morado, azul, y negro y tenía hoyos profundos y marcas de pinchazos.

Jessie se quedó mirando anonadada sus propias manos y vio que sus uñas estaban rellenas de sangre seca. Las mantuvo en alto cerca de su cara y vio lo que parecía ser piel debajo de las uñas. Extendió la mano y tocó el brazo de la chica que estaba más cerca de ella. Estaba frío.

Algo al respecto de ello le sacó de su pesadilla y de vuelta a la realidad del momento. De repente, el horror de lo que yacía delante de ella le envolvió por completo y abrió la boca para gritar.

“Kyle!”

Un segundo después, escuchó como golpeaban la puerta, que le sorprendió hasta enmudecer.

“¿Jessie? ¿Qué pasa?” oía decir a su marido mientras le escuchaba sacudir el picaporte. “¿Por qué está trancada la puerta? ¿Estás bien?”

Jessie se levantó y se movió hasta la puerta, destrabó la cadena y el picaporte, y abrió la puerta de par en par. Kyle estaba de pie frente a ella con una camiseta y unos calzoncillos largos, la cara adormilada y aspecto de

acabar de levantarse de la cama.

“No sé lo que ha pasado,” dijo ella, señalando a la cama.

Kyle echó un vistazo a su alrededor. Sus ojos llegaron a la cama y abrió la boca de par en par.

“¿Qué diab...? ¿Es esa Natalia?”

“No sé cómo llegó aquí o lo que sucedió,” suplicó Jessie, elevando su tono. “Me desperté y me la encontré aquí.”

Kyle le miró, conmocionado, y después miró al cadáver sobre la cama. Parecía sentirse perdido.

“¿Qué está pasando?” se lamentaba Jessie.

Eso pareció sacarle de su estado de conmoción.

“Shhh,” susurró, mirando hacia atrás por encima de su hombro. “Regresa al camarote.”

La guió de vuelta al interior y cerró la puerta cuando entraron, poniendo el cerrojo. Miró alrededor de la habitación unos segundos, con la mente claramente pensando a toda velocidad.

“¿No te acuerdas de que viniera aquí?” le preguntó.

“No. No me acuerdo ni de cómo *yo* he llegado aquí. Lo último que puedo recordar es cómo me traías desde cubierta, y me decías que Teddy tenía un barco donde podía dormir.”

“¿No te acuerdas de que te quité la ropa o te dije que me iba a buscar una botella de agua y un ibuprofeno al club?”

Jessie sacudió la cabeza.

“¿Y no te acuerdas de ella montándose en el barco en absoluto?” le preguntó.

“No, Kyle. Lo dices como si debiera hacerlo.”

“Es que me topé con ella de camino hacia allí. Me preguntó si podía subir al barco a arreglar las cosas contigo. Le dije que mejor que no lo hiciera, que no te encontrabas muy bien. Pero cuando volví a mirar, vi que venía hacia aquí con lo que asumí que iba a intentarlo de todos modos. Cuando regresé unos cuantos minutos después, la puerta del dormitorio estaba trancada y tú no me respondías. Asumí que habías trancado la puerta para que ella no pudiera entrar, que ella se había ido y tú te habías quedado dormida.”

“No recuerdo nada de eso,” dijo Jessie. “¿Estás seguro?”

“Ahora mismo no estoy seguro de nada,” dijo Kyle, volviendo a mirar el cuerpo de Natalia. “Solo pensé en dejarte dormir y venir a verte por la mañana. Así que me quedé frito en el sofá que hay allí. No escuché nada hasta

que empezaste a llamarme. “

Jessie se sentía ligeramente mareada y se volvió a sentar en la cama, lo más lejos de Natalia que pudo. Tras un largo silencio, Jessie habló.

“En fin, supongo que será mejor que llamemos a la policía,” dijo ella, sin saber qué más hacer.

“Sí, por supuesto,” asintió él, poniéndose de rodillas delante de ella y tomando sus manos entre las suyas. “Estoy seguro de que pueden ayudar a solucionar todo esto.”

Miró hacia abajo y luego elevó la vista hacia ella. Sus ojos mostraban una interrogación.

“¿Qué?” le preguntó Jessie.

Miró a Natalia y de nuevo a las manos de Jessie.

“Parece que le estrangularon,” dijo en voz baja.

“Sí,” asintió Jessie, temblando ligeramente. “También me di cuenta de eso.”

“Y tus uñas están ensangrentadas,” dijo él, también en voz muy baja. “¿Es posible que...”

No terminó la frase, pero ella ya sabía lo que estaba pensando. Se miró las manos de nuevo. Era como si se hubiera olvidado a la fuerza del estado en que se encontraban hasta ahora.

“¿Tú no creerás que yo...?” comenzó a decir.

“No lo sé, Jessica,” dijo con poco entusiasmo. “¿Cabe la posibilidad de que ella te asustara al venir y pensaras que se trataba de un intruso o algo así y te defendiste, y quizá no te diste cuenta de quién era porque estabas medio inconsciente?”

“¡No! No lo sé. La verdad es que no me acuerdo de nada.”

“Eso es lo que me preocupa,” dijo Kyle. “Esa chica está muerta. Parece que alguien le haya estrangulado y tus uñas están llenas de sangre. No tiene buena pinta, sobre todo con el estado tan borroso de tu memoria. Además...”

“¿Además qué?” preguntó Jessie, con el estómago dándole una voltereta.

“Anoche estuviste discutiendo con ella. Te pusiste bastante agresiva. Mucha gente fue testigo.”

“¿Qué estás diciendo, Kyle?”

“Estoy diciendo que pasara lo que pasara, tiene mala pinta.”

“Entonces simplemente tendremos que explicarlo para que todo el mundo lo entienda,” dijo ella con firmeza.

“Claro, tienes razón,” dijo él, incorporándose del suelo y sentándose sobre la cama junto a ella. Era evidente que estaba haciendo lo posible para alejar la

mirada de Natalia.”

“Tengo razón,” dijo Jessie, eligiendo creerlo.

“Tú eres casi una policía así que tú sabes qué hacer mejor que yo,” dijo, y después añadió sin convicción: “pero ¿qué posibilidades hay de que te crean? Ya sabes, ¿con su cuello y tus manos y la discusión y todo lo demás?”

Jessie no contestó, aunque le surgió una respuesta en su cerebro.

*No muchas.*

“¿Puedo ofrecer una propuesta alternativa?” le preguntó titubeante.

“¿Qué?”

“Quizá pudiéramos hacer que todo esto desapareciera,” sugirió.

“¿Qué quieres decir?”

“No me he figurado esto del todo,” admitió. “Pero no hay nadie más además de mí que sepa que vino a verte. Había tanta gente moviéndose por todas partes que dudo de que nadie se percatara de su presencia. Y la última vez que te vieron, yo te traía en brazos, medio consciente, a este barco.”

“¿Adónde quieres llegar?”

“Estoy diciendo que nadie tiene que saber que murió en este barco o en ninguna parte cerca de ti. Ella estaba bebiendo, como todo el mundo. ¿Quién puede negar que a lo mejor zozobró sobre la cubierta, se golpeó la cabeza, se cayó al agua, y se ahogó? No es algo inconcebible.”

“Estás diciendo que deberíamos llevarla a cubierta y tirarla por la borda?” preguntó Jessie incrédula.

“No, no podríamos hacerlo aquí, alguien podría vernos. Y encontrarían su cuerpo de inmediato. La policía vería las marcas en su cuello y sabría que no se ahogó sin más. Tenemos que llevarla más debajo de la bahía, para que no la descubran durante un tiempo.”

Se levantó y evitó con cuidado el cuerpo de Natalia mientras se movía hacia la ventana más grande y miraba afuera.

“Apenas ha amanecido,” dijo. “Podríamos salir, tirarla, y estar de vuelta antes de que se despierte nadie. Nadie nos echará de menos. O a ella.”

“Kyle, su familia le echará de menos,” dijo, sorprendida ante su sugerencia. “Exigirían una búsqueda.”

“¿Qué familia?” preguntó él. “Me dijo que se acaba de mudar desde Ucrania hace unos cuantos meses. Es nueva en la zona. Es una bailarina de striptease. No es que sea un trabajo formal. Si desaparece, lo más seguro es que asuman que se ha rajado. Podrían pasar meses antes de que nadie pregunte por ella.”

“No me gusta. No hice nada malo. Si me entrego, puede que las autoridades entiendan lo que pasa.”

“Puede,” reconoció Kyle, mirando de nuevo a Natalia. “Pero puede que no. Las puertas y ventanas estaban trancadas desde dentro, así que no hay manera de negar que fuiste tú. Y su cuello tiene muy mal aspecto. Puede que les resulte difícil de creer que hicieras esto en medio de la confusión o en defensa propia.”

“No lo sé, esa es una decisión que no puedes retractar.”

“También lo es entregarte por asesinato, cariño,” le presionó. “Estás embarazada con nuestro hijo. Estás a punto de terminar la universidad y graduarte. ¿Realmente quieres arriesgar todo eso por la posibilidad remota de que algún fiscal sea super comprensivo?”

De repente, las náuseas que había conseguido reprimir resurgieron. Jessie se apresuró a salir a proa, llegando a tiempo por los pelos. Se quedó agachada sobre el servicio un rato, vomitando hasta que le salió una bilis. Cuando terminó, Kyle dio la bomba del servicio, y le llevó a la habitación donde le dijo que él había dormido.

“Hagamos esto,” dijo Kyle con firmeza. “Yo me encargo de ello, vale. No puedo perderte.”

Le acomodó en el sofá donde había dormido y le acarició el pelo. En cuestión de segundos, se quedó inconsciente.

\*

Cuando recuperó la consciencia, Jessie podía decir con certeza que ya no estaban en el puerto deportivo. El barco estaba rodando a toda marcha sobre lo que parecían ser olas mucho más grandes.

Se incorporó para sentarse y se dio cuenta de que se sentía algo mejor. Mirando a través de la puerta hacia el dormitorio donde había pasado la noche, vio que la puerta estaba cerrada. Con mucho cuidado, se puso de pie, se envolvió en una manta, y caminó hacia la escalera, donde se agarró a los raíles. Apretando fuerte, dio cada paso con cautela hasta que estuvo en la parte de arriba.

Ahora el sol brillaba más y tenía que achinar los ojos. Estaban en alguna parte de la bahía. El aire tenía un punto de frescura y le surgieron escalofríos por todo el cuerpo. Kyle estaba al timón dándole la espalda. Parecía que

estaba empujando algo pesado.

Un segundo después escuchó cómo algo caía al agua y supo lo que había sucedido. Se dio la vuelta y tenía un aspecto tan sorprendido que casi se acaba cayendo él también al agua. Encontró su equilibrio y se acercó.

“Ya está,” le dijo. “Regresemos deprisa, antes de que nadie caiga en la cuenta de que falta el barco.”

De repente, Jessie sintió ganas de vomitar y no tenía nada que ver con los mareos matutinos del embarazo. Se echó hacia un lado y casi se ahoga con la bilis que tenía en su garganta. No podía quitarse de la cabeza el pensamiento del cuerpo de Natalia cayendo al agua.

Kyle le agarró por los hombros hasta que se detuvo. Entonces, sin decir ni una palabra, se fue a la popa y puso el barco en dirección al puerto. Mientras se dirigían de vuelta a la costa, Jessie se apoyó sobre la veranda y se quedó mirando fijamente en la dirección de la que habían venido.

Había un grupo de rocas prominentes esparcido por donde Kyle había arrojado a Natalia al mar, rodeado de boyas iluminadas para alejar a los marineros. Jessie sospechaba que había tirado allí el cadáver para que fuera más difícil que lo descubriera algún barco.

“Jessie,” le llamó, “necesito que te encargues del timón para que pueda lavar la cubierta. No quiero que quede ningún residuo de piel o cualquier cosa, por si acaso”

Jessie se movió distraídamente en dirección a él, todavía medio confundida, y solo empezando a aceptar que acababan de encubrir un asesinato—uno que, por lo visto, había cometido ella.

Diez minutos después, estaban de vuelta en cubierta. Kyle amarró el barco mientras Jessie descendía y se vestía en el camarote principal. Él se le unió abajo, yendo al dormitorio para cambiar las sábanas y meter las que estaban usadas en una bolsa que se encontró en el armario. Después tomó su mano y le sacó del barco, por la cubierta, de regreso al club. Ahora el sol ya había salido por completo, pero todavía no se veía ni a un alma.

Kyle abrió la puerta del club, donde atravesaron el comedor a oscuras, en silencio. Eran apenas las 7:30 de la mañana y el sol apenas llevaba en los cielos más de una hora, pero ya se podía escuchar actividad en la cocina. Estaban moviendo cazuelas y cacharros y se podían escuchar voces en la distancia. Enseguida los miembros en sus barcos empezarían a desperezarse y a entrar, listos para tomar un desayuno caliente.

Kyle llevó a Jessie arriba y a través de la puerta hacia la recepción, que

también estaba vacía, y por la puerta frontal del club. Estuvieron en su coche en cinco minutos y en casa diez minutos después. Jessie se fue directa a la ducha. Se quedó debajo del agua unos veinte minutos, frotándose las uñas casi todo el tiempo.



## CAPÍTULO VEINTITRÉS

Cuando se despertó, tenía la visión borrosa. Miró hacia abajo y vio que estaba sentada en una silla de madera con sus muñecas atadas con una soga gruesa. Le habían amarrado la cabeza a la silla así que no podía moverla de un lado a otro. Sus pies colgaban de la silla. Era demasiado pequeña como para que le llegaran al suelo.

Al pestañear para aclarar su visión, sintió unos dedos ásperos sobre su cara, tirando de la piel que hay arriba y debajo de los ojos para que estuvieran abiertos de par en par, y después le colocó una cinta adhesiva sobre la piel para que no pudiera cerrarlos. Sus ojos empezaron a gotear, pero su visión, ahora casi normal, le permitía observar la escena que tenía delante de ella.

Estaba en una cabaña oscura y había una mujer de pie delante de una chimenea encendida. Estaba desnuda. Tenía los brazos por encima de la cabeza, amarrados a unas manillas que estaban suspendidas de las vigas del techo. El miedo hacía que sus ojos estuvieran muy abiertos, pero no podía gritar porque le habían metido un trapo en la boca.

Jessie abrió la boca para gritar, pero se dio cuenta de que, también ella, tenía algo en su boca, que le impedía hacer otra cosa que no fuera gruñir. Una voz masculina habló suavemente en un tono extrañamente reconfortante desde algún sitio por detrás de ella.

“Tienes que mirar, pequeño insecto. Tienes que conocer la verdad,” dijo la voz.

Entonces dio un paso adelante y ella vio que sostenía un cuchillo alargado en su mano derecha.

De nuevo, trató de gritar, sin éxito. A medida que se acercaba a la mujer, Jessie empleó todas sus fuerzas para intentar cerrar sus párpados. Pero fue inútil. Se quedaron abiertos, forzándola a mirar a través de sus ojos acuosos, llenos de lágrimas.

\*

Jessie se despertó gritando, con el corazón saliéndosele del pecho. Kyle, sentado al borde de la cama, le preguntó si estaba bien, pero ella no respondió. Solo se dio la vuelta y se cubrió con la colcha, intentando aislarse del mundo.

Se pasó el resto de la mañana en la cama, y de la tarde también. Hasta que

no llegó la hora de la cena, Kyle fue incapaz de inducirle a que bajara para tomar algo de sopa de pollo con fideos mientras se acurrucaban en el sofá.

Le dio un té caliente y ella se retiró de nuevo al dormitorio. En esta ocasión, fue capaz de dormir sus doce horas del tirón. Consideraba toda una bendición no haber tenido pesadillas. O que, si las había tenido, no pudiera acordarse de ellas.

Se sentaron en el sofá ese domingo por la mañana con la televisión encendida, pero sin volumen. Jessie tomaba un descafeinado y Kyle se encargaba de lo que parecía ser un whiskey escocés. Ninguno de los dos habló durante varios minutos. Finalmente, Kyle se aclaró la garganta y empezó la conversación que ella sabía que era inevitable, aunque le aterraba de todas maneras.

“Va a estar todo bien, Jess,” dijo Kyle, tratando de sonar reconfortante. “He estado viendo las noticias. Lleva desaparecida casi treinta y seis horas y no he leído ni una sola palabra sobre ella. Como sospechaba, nadie le va a echar en falta.”

“No sé si me debería sentir reconfortada u horrorizada ante eso,” dijo Jessie.

“Quizá ambas cosas, pero, por nuestro bien, diría que reconfortada. Y siempre y cuando seamos inteligentes, puede seguir siendo así.”

“Suen a que has estado pensando en esto mientras yo dormía, así que lo preguntaré: ¿qué es lo que constituye ‘inteligente’?”

“He estado pensando en ello,” concedió. “Y he llegado a unas cuantas conclusiones, algunas de las cuales dudo que te encanten. ¿Estás lista para escucharlas?”

“No hay momento como el presente,” dijo Jessie con amargura, medio contenta de ser capaz de alguna reacción diferente a la depresión.

Kyle ignoró su tono y se metió de lleno en el asunto.

“No creo que debiéramos hacer ningún movimiento grande, dramático, durante el futuro próximo. Y eso incluye mudarnos. Ya sé que dije que estaría dispuesto a hacerlo por ti. Y así es. Pero si de repente ahora vendemos la casa y nos mudamos, unos pocos meses después de llegar, sin duda atraería más atención de la que queremos, ¿no crees?”

Jessie quería discutir eso con él, pero su lógica era sólida. Parecería extraño. Ella asintió.

“Y lo mismo va por el club,” continuó. “Les dije a unos cuantos amigos que me verían bastante menos a partir de ahora. Pero si desaparezcó de su vista de

repente después de estar allí tan a menudo, justo en el momento que esta chica desaparece, puede que la gente haga una conexión.”

“Creí que dijiste que nadie la iba a echar en falta,” protestó Jessie.

“Dudo que nadie lo haga,” reiteró Kyle. “Pero no puedo estar seguro. Y si alguien lo nota y las autoridades empiezan a hacer preguntas, el centro de atención puede recaer en la persona con la que estuvo discutiendo la noche en que fue vista por última vez.”

“Pero ese fuiste tú, no yo.”

“Y eso es exactamente por lo que creo que tú también necesitas regresar y atender eventos. Podemos justificar que estés ausente durante unos días, con lo de los mareos matutinos y demás. Pero algo más que eso y esos cotillas van a empezar a hacer preguntas. Tienes que dejarte ver por allí, aparentando normalidad. Quizá hasta felicidad.”

Jessie le miró como si estuviera loco. Forzándose a sí misma a mantener un tono de voz moderado, le respondió.

“No sé si eso es posible, Kyle. No soy feliz. No lo era antes de que sucediera esto y sin duda no lo soy ahora. ¡Quiero largarme de aquí!”

“Lo entiendo,” dijo con paciencia. “Pero, por tu propia seguridad, necesitamos aplazar la agenda de cualquier mudanza posible. Sigamos con el programa actual durante un tiempo.”

“¿Cuánto tiempo?” le demandó Jessie “¿Cuánto tiempo antes de que podamos escabullirnos razonablemente de este lugar sin levantar sospechas? Necesito una fecha.”

“No puedo decirlo con exactitud. ¿Quizá un año?”

“¿Un año?” repitió ella, confundida. “En un año, tendremos un bebé. Tú estarás asentado en la oficina. Estaremos atrapados. No vas a querer irte jamás.”

“No era más que una estimación, Jess. Quizá podamos irnos antes, si las cosas parecen estar tranquilas y la situación con Natalia no supone un problema. Pero tenemos que ser cautelosos. Mejor prevenir que lamentar.”

“Yo ya lo estoy lamentando,” murmuró, bajando la vista para estudiar la mesita del café.

“Escucha,” le contestó Kyle, con más nerviosismo en la voz que antes. “Lo que dije lo dije en serio. Creo que todo esto acabará por desaparecer. Tienes suerte de que esto sucediera cuando lo hizo, sin testigos, a una chica que no le importa a nadie. Nadie lo sabrá además de mí y guardaré tu secreto.”

Jessie elevó la vista ante ese comentario, perpleja al escucharlo. Kyle había

empezado a ir hacia la cocina para rellenar su bebida. Abrió la boca y estaba a punto de llamarle de vuelta, para indicarle que debía de haber cometido un error al hablar.

*¿Tu secreto? ¿No quiere decir nuestro secreto?*

Pero algo la detuvo. No estaba muy segura de qué. En vez de eso, tomó una respiración profunda, la exhaló y mantuvo el pico cerrado.

Kyle seguía hablando mientras se servía otra copa.

“Voy a ir hoy a la oficina. No había planeado hacerlo, pero después de que me echaran esa bronca el viernes... y todo lo demás, creo que sería buena idea enseñar la cara por allí. Quiero que me vean como el chico de mirada centelleante y pico de oro de la oficina, especialmente ahora. Cuanto más normal sea mi comportamiento durante los días después de la fiesta, mejor para los dos.”

“¿Con que me vas a dejar aquí sola?” preguntó.

“Claro. Suelo ir al trabajo unas cuantas horas los domingos y este no es más que otro domingo cualquiera, ¿verdad que sí, cariño?” dijo, y continuó sin esperar a una respuesta. “Solo estaré allí unas cuantas horas y te llamaré cuando me ponga de regreso.”

\*

Hacía unos noventa minutos que Kyle se había ido cuando empezaron los dolores. Empezaron al fondo de su abdomen y desde allí, reverberaron hacia fuera. Jessie se puso en pie para hacerse con unas medicinas, pero se volvió a sentar rápidamente, abrumada por la agonía repentina, penetrante, que sentía.

Intentó ponerse en pie de nuevo, pero no pudo encontrar fuerza alguna. Su espalda le estaba chillando y se sentía débil y con ganas de vomitar. Y justo cuando procesó todo eso, empezó a vomitar incontrolablemente en la moqueta de la sala de estar.

Le echo una ojeada al teléfono móvil, que estaba sobre la mesa de café a un metro de distancia. Parecía que fuera más bien un kilómetro. Extendió el brazo, intentando ignorar los calambres que salieron de ninguna parte para empezar a sacudirle el cuerpo.

Cuando tuvo el teléfono en la mano, se dio cuenta de que podía perder el conocimiento en cualquier momento. Solo tenía tiempo de realizar una llamada, si acaso, antes de estar completamente inhabilitada. Marcó el 911 y

se tiró al sofá mientras sonaba el teléfono al otro lado de la línea.

Con el teléfono en una mano, reptó por el suelo, a través de su propio vómito, hasta la puerta principal. Parecía reírse de ella al otro lado del océano de moqueta. Bajó la cabeza y se concentró en mover una mano cada vez, después una rodilla, ahora la otra.

Acababa de llegar a la puerta, cuando le respondió una voz al teléfono.

“Nueve-uno-uno. ¿Cuál es su emergencia?” le preguntó una voz calmada de mujer.

La puerta principal estaba trancada así que tuvo que dejar el teléfono en el suelo para agarrar el picaporte. Movi6 un poco las manos buscándolo antes de agarrarlo adecuadamente.

“Le habla el nueve-uno-uno. ¿Cuál es su emergencia?” repiti6 la voz.

Jessie deseaba hablar, pero no creía poder hacerlo y darle la vuelta al picaporte, así que se concentró en lo segundo. Utilizó ambas manos para girar el pomo, y entonces se tiró hacia la puerta, abriéndola del golpe mientras se caía hacia delante, con su torso sobre la escalera y sus extremidades inferiores en el vestíbulo.

Sus pensamientos se estaban emborronando cuando escuchó la voz en el teléfono por tercera vez.

“Aquí nueve-uno-uno. ¿Tiene alguna emergencia? ¿Puede hablar?”

Jessie intentó concentrar sus pensamientos en esa última pregunta y abrió la boca, forzándose a sí misma a decir algo. Y justo antes de caer en la inconsciencia, fue capaz de gruñir una sola palabra a través de sus labios resecaos.

“¡Socorro!”

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Su habitación en el hospital estaba fresca y silenciosa. Jessie sabía que allí era donde estaba, incluso antes de abrir los ojos. El pitido constante del monitor de su corazón era un sonido demasiado familiar para ella.

Se quedó tumbada un minuto con los ojos cerrados, dándose un momento para adaptarse. Podía sentir una ligera presión en la parte inferior de su codo izquierdo y supo que seguramente eso quería decir que le habían puesto una vía intravenosa. El aire frío y ruidoso que soplabá en su boca combinado con sus labios agrietados sugería que llevaba puesta una máscara de oxígeno. Podía sentir el material fino de la bata de hospital contra su piel, proporcionándole muy poca protección del frío que hacía en la habitación.

Finalmente, y sin muchas ganas, abrió los ojos. Habían reducido la intensidad de las luces y le llevó unos cuantos segundos reajustar la mirada. Estaba en una habitación privada. Había una ventanilla pequeña, cuadrada, sobre la puerta, por la que podía ver a varias enfermeras moviéndose por el pasillo.

Kimberly Miner estaba sentada en una silla junto a la puerta, con la cabeza caída hacia un lado en lo que parecía ser una posición realmente incómoda. Jessie elevó la vista, pero el monitor de su corazón le daba la espalda así que no pudo ver las cifras.

Se echó una ojeada al cuerpo, cubierto por una fina sábana de hospital, y trató de entender su situación. Aunque no se acordaba de cómo había llegado hasta aquí, sabía el por qué. El recuerdo de la angustia paralizante que había sentido en casa todavía estaba fresco en su memoria, aunque ya no lo estuviera sintiendo. Se negó a darse la oportunidad de especular sobre lo que eso podría significar.

Percibió algo de movimiento en la ventanilla de su habitación y elevó la vista para ver a Melanie Carlisle justo afuera, hablando animadamente con alguien que no estaba en su campo de visibilidad. Hablaban susurrando en voz alta.

Al ver a su amiga, Jessie tuvo una sensación de alivio enorme. Pero eso se desvaneció rápidamente cuando se hizo obvio que Mel estaba muy agitada por alguna cosa. Jessie intentó adivinar lo que decía, pero no lo consiguió, sin que importara lo mucho que se concentrara. Esto le hizo tomar en cuenta, por primera vez, que a lo mejor le habían prescrito algún analgésico que le estaba nublando la percepción.

Mel entró a través de la puerta y se pegó una sonrisa en la cara donde solo unos momentos antes, había un gesto de tensión. El sonido hizo que Kimberly se revolviere en su silla y abriera los ojos.

“Estás despierta,” dijo, sonando aliviada. “No supe qué pensar cuando te encontré en la entrada de tu casa.”

Jessie quería contestar, pero no podía hacerlo con la máscara de oxígeno en la cara. Apuntó el dedo de manera indolente hacia ella.

“Espera un segundo, cariño,” dijo Mel, que abrió la puerta y llamó a gritos a alguien que estaba en el pasillo. “Está despierta y trata de decir algo. ¿Puede venir alguien aquí a quitarle esa máscara de la cara, por favor?”

Unos segundos después, entró una enfermera. Comprobó sus señales vitales y empezó a quitarle la máscara. Al hacerlo, Mel tomó la mano de Jessie entre las suyas y le habló.

“Le he dejado unos cuantos mensajes a Kyle. Todos han ido directos al buzón de voz, lo que me hace pensar que puede que tenga el teléfono apagado. Pero estoy segura de que las recibirá enseguida y estará aquí al instante.”

Jessie intentó contestar, pero tenía la garganta seca y solo tosió.

“¿Puedes traerle algo de agua, por favor?” le pidió Mel a la enfermera, que asintió y comenzó a llenar un vaso con una pajita dentro.

Justo en ese momento, entró el médico. Era joven y tenía la mirada enfocada en el gráfico que tenía en las manos, que temblaban ligeramente. Jessie podía adivinar que él no quería mirarle de frente.

“Hola, señorita Hunt,” dijo, elevando la vista por fin cuando no tuvo otro remedio. “Soy el doctor Farah. Entiendo que debe sentirse desorientada y asustada. En primer lugar, deje que le diga que usted no ha sufrido ningún daño permanente. Vamos a mantenerla aquí esta noche en observación, pero podrá regresar a casa por la mañana.”

Había hablado deprisa, como si esperase que la velocidad de sus palabras le distrajera de la pregunta obvia, a la que ella sospechaba que ya tenía la respuesta.

“¿Y el bebé?” consiguió cacarear.

El médico miró a Mel, que se acercó para agarrarle de la mano. La mirada del doctor Farah volvió a caer en el gráfico de nuevo antes de que por lo visto se recordara a sí mismo que debía hacer contacto visual.

“Lamento decirle esto, pero me temo que ha tenido un aborto, señorita Hunt.”

Mel le apretó la mano. Apenas lo pudo sentir.

“Lo siento, cielo,” susurró en voz baja.

“Fue buena idea llamar al nueve-uno-uno,” dijo el doctor Farah. “Tenía una hemorragia y si no la hubiéramos tratado, puede que también su vida hubiera estado en peligro. Ya sé que no es un gran consuelo, pero debería felicitarla por pensar tan deprisa. Sé que tuvo que ser muy difícil pensar en cualquier cosa con todo el dolor que debe de haber sentido.”

“¿Algún daño permanente?” preguntó con voz ronca, intentando obtener respuestas antes de colapsar por completo, algo que sabía era inminente.

El médico pareció entender lo que estaba preguntando.

“En lo que se refiere a futuros embarazos, es un poco pronto para decirlo con certeza. Pero me siento optimista de que va a poder intentarlo de nuevo.”

“¿La razón?” murmuró, sintiendo la angustia que empezaba a acorralarla y tratando desesperadamente de mantenerla lejos de ella un poquito más.

El doctor Farah suspiró, con una obvia resistencia a hablar de ese tema.

“¿La razón?” le exigió Jessie en voz más alta, su voz resonando en las paredes.

“Es difícil de saber algo así con certeza,” dijo. “Tu trabajo de laboratorio inicial dio resultados no concluyentes, aunque está claro que el nivel de tus hormonas del estrés era elevado. Pero no podemos sacar muchas conclusiones de eso. Recibiremos más resultados durante los próximos días, pero debería prepararse para la posibilidad de que puede que nunca sepamos con certeza por qué ha sucedido esto.”

“Gracias, doctor,” susurró Jessie antes de que se abrieran las compuertas. Los ojos se le llenaron de tantas lágrimas que no podía ver otra cosa que colores borrosos. Escuchó un terrible lamento y aunque no estaba segura del todo, suponía que había salido de ella. Su cuerpo empezó a rebelarse, con convulsiones involuntarias producidas por las sacudidas de dolor.

“¡Vengan a sedarla!” escuchó decir al doctor Farah desde alguna parte en la lejanía. Le quería decir que no, que le dejara sentir esto, que le dejara sufrir. Era parte de su castigo por lo que había hecho. Pero, antes de que saliera ni una palabra de su boca, los colores se tornaron negros y también lo hizo su mundo.

\*

Cuando se despertó el martes por la mañana, Jessie decidió que se iba a levantar de la cama. Aparte de viajecitos al cuarto de baño, no había salido de



ella desde que Kyle le trajera a casa del hospital la mañana anterior.

Le habían ordenado que se quedara a reposar en la cama durante veinticuatro horas. Y aunque le faltaba muy poco para llegar a eso, no podía soportar quedarse acuchurada en su dormitorio con sus pensamientos y poco más ni un segundo más.

Kyle le había ofrecido su apoyo, pero sin mucha convicción. Siempre estaba allí con gelatina, sopa, té o medicinas. Y le había ofrecido las cortesías habituales que cabe esperar de alguien en esta situación. Pero Jessie sabía que se sentía decepcionado. Sus ojos, en general brillantes y despiertos, estaban apagados y evasivos. Parecía estar esforzándose por reunir la energía para consolarle a ella. Y ella no le culpaba, también él había perdido algo.

Jessie esperó a que Kyle se fuera al trabajo para vestirse. Ya se había saltado ir a la oficina el lunes para estar con ella y era obvio que estaba preocupado de lo que pudiera estar pasando en la oficina en su ausencia. Pero sabía que, si le decía que pensaba ir a clase hoy, hubiera cedido y hubiera acabado insistiendo en quedarse en casa con ella.

Así que no dijo ni palabra. Cuando se hubo ido, repasó lentamente su rutina. Podía moverse de un lado a otro, pero todo le llevaba más tiempo de lo habitual. Para cuando estuvo lista para salir por la puerta, ya llegaba tarde a clase.

Mientras conducía hacia allá, trató de mantener sus pensamientos en cuestiones académicas. Se dijo a sí misma que lo cierto es que era el día perfecto para regresar a la universidad. En esta sesión de clase, se suponía que iban a escuchar al detective de la división en la ciudad. Se sentía aliviada de tener algo nuevo e intrigante en lo que concentrar su cerebro, además de los pensamientos oscuros que le daban vueltas por la cabeza durante sus momentos silenciosos y en soledad. Y, al menos en la universidad, nadie sabía lo que le había pasado así que no iba a tener que soportar más caras de pena de gente con buenas intenciones.

Para cuando llegó a la clase, llegaba unos cinco minutos tarde. Tomó asiento en la esquina mientras recibía una mirada de reprobación del profesor Hosta. Por suerte, como estaba repasando una vez más los requisitos para la tesis, algo que ella ya había hecho, no se había perdido nada del otro mundo.

Hosta continuó un par de minutos más antes de presentarles al hombre que había permanecido sentado en silencio en una silla por detrás del profesor. Jessie no podía ver del todo al hombre porque el profesor le bloqueaba la vista, pero escuchó su presentación con interés.

“Clase, ahora que ya hemos acabado con las cuestiones obligatorias, me gustaría presentaros al hombre por el que sé que habéis venido hoy. Este es el Detective Ryan Hernández de la oficina central del Departamento de Policía de Los Ángeles. Trabaja en la división de Robos-Homicidios, en una unidad especial llamada la SEH. Deberíais preguntarle qué significa eso. Sin más preámbulos, démosle la bienvenida al Detective Hernández.”

La clase aplaudió cuando el detective se puso de pie, dándole a Jessie su primer contacto visual. Su primera reacción fue pensar que era muy joven para ser un detective en la que sonaba como una unidad de prestigio. Dudaba de que fuera mucho más mayor que ella, quizá treinta como mucho.

No resultaba muy intimidador a primera vista, con su metro ochenta y 85 kilos. Llevaba su cabello negro azabache muy corto, no al estilo militar pero casi. Sus ojos marrones estaban despiertos, estudiando a los alumnos mientras subía al podio.

Cuando llegó al púlpito, colocó las manos a ambos lados del podio. Jessie vio cómo se doblaban sus antebrazos llenos de músculos desde sus codos hasta las muñecas. Hasta sus dedos, incluido el que ostentaba un anillo de bodas, parecían fuertes.

Jessie tampoco pudo evitar notar que, por debajo de su uniforme pegado al torso, no parecía haber ni un gramo de grasa. Antes de que abriera la boca para hablar, lanzó una sonrisa amigable y Jessie pudo sentir cómo la clase se relajaba al instante. Se preguntó si le habría dado una oportunidad a una carrera como actor o modelo antes de entrar a las fuerzas de seguridad.

“Hola banda,” dijo en tono autoritario, pero encantador. “Me llamo Ryan, pero me podéis llamar Detective Hernández.”

El profesor Hosta se echó a reír a carcajadas, pero el resto de la clase permaneció en silencio.

“Menos mal que empezamos con una broma,” dijo el Detective Hernández. “Como os ha indicado vuestro profesor, trabajo en la unidad de Robos-Homicidios del LAPD. Llevo ocho años en el cuerpo, cinco como detective y dos con el SEH. Para ahorraros las molestias, os diré lo que eso significa. SEH significa Seguridad Especial en Hollywood... Nuestro trabajo es ir por la ciudad y eliminar, permanentemente si hace falta, a los admiradores demasiado entusiastas de los famosos. Es una unidad nueva bastante secreta, así que por favor sed discretos al respecto.”

En esta ocasión fue Jessie la que se echó a reír, a pesar de que trató de controlarse a sí misma lo mejor que pudo. Los demás alumnos le miraron

como si le hubiera escupido a un sacerdote.

“Vaya hombre,” dijo el Detective Hernández, sacudiendo la cabeza, decepcionado. “Cuento quince personas en esta aula y mis dos primeras bromas les han llegado a dos de vosotros. Creo que tengo que pedir un reembolso por esa clase de improvisación.”

“Deberías demandarles,” dijo Jessie.

Hernández le miró con entusiasmo.

“Tomaré nota de su consejo, señora,” dijo antes de dirigirse a toda la clase. “Ahora en serio, SEH quiere decir Sección Especial de Homicidios. Eso quiere decir que investigamos casos con gente de perfil relevante o atención intensa por parte de los medios. También investigamos incendios provocados, homicidios que implican a múltiples víctimas, y casos de asesinos en serie.”

Hubo un murmullo colectivo en la clase, pero nadie dijo nada así que continuó.

“Antes de que me ponga a cotorrear, pensé que sería interesante hacer un pequeño estudio de un caso. Después de todo, este es un entorno académico. Cuando lo hayamos terminado y ya estéis algo menos conmocionados por la fama, podemos tener la sesión de preguntas y respuestas por la que os morís de ganas. Profesor Hosta, ¿puede hacer el favor de bajar las luces?”

Mientras Hosta hacía lo que le pedía, el Detective Hernández abrió su portátil y golpeó una tecla. Apareció una pantalla en blanco en la pizarra de borrado en seco que había al frente del aula.

“Lo que estoy a punto de presentaros es un caso real, aunque los nombres reales se han dejado fuera por la privacidad de los implicados. Esta es la familia ‘Smith’.”

En la pantalla, apareció un niño pequeño de unos cinco años y después una niña que parecía tener siete. Los dos tenían el cabello claro y ojos azules. Después de eso, apareció la imagen de una mujer atractiva de cabello terso y rubio y ojos azules, que parecía tener unos treinta y tantos años. Y finalmente, surgió un hombre de unos cuarenta y tantos años. Estaba calvo, con una larga cicatriz recorriéndole el lado izquierdo de su rostro bien afeitado desde la oreja hasta la mandíbula. Tenía una especie de tatuaje en el cuello, pero no era claramente visible en la foto.

“Esta es una unidad familiar de creación bastante reciente. Uno de los padres enviudó hace varios años, y se volvió a casar hace poco. Por desgracia, hubo un fallo en su juicio ya que resultó que la nueva pareja tenía un historial de insinuarse en las vidas de familias que acababan de perder a

alguien y de hacerlos caer a sus pies.

“Entonces, cuando todo parecía estar encarrilado hacia un futuro de lo más feliz y tranquilo, el nuevo miembro de la pareja asesina al resto de la familia, limpia sus cuentas bancarias, les roba sus objetos de valor, y desaparece en el limbo. Esto es lo que sucedió en este caso, hace unos cuatro años. Fue el tercer incidente del que tenemos conocimiento. Por suerte, atraparon a la persona culpable que en la actualidad está cumpliendo con cadena perpetua así que podéis dormir tranquilos esta noche.”

Ninguno de los alumnos se sintió especialmente cómodo con las noticias. Aparte de algún movimiento en sus sillas, todos permanecieron en silencio. Hernández continuó.

“Voy a pasaros la hoja de datos con alguna información básica sobre los implicados. Después os daré cinco minutos para ver si alguien puede adivinar cómo atraparon al culpable. ¿Suenan divertido?”

Mientras Jessie esperaba a que le dieran la hoja de datos, estudió los rostros en la pantalla. Sintió un picor inexplicable en su cerebro, como si debiera estar captando algo que estaba revoloteando en los bordes de su conciencia. Y, aun así, no podía identificar de qué se trataba.

Alguien le pasó la hoja de datos. No había demasiados. Se había equivocado levemente con las edades de los niños. El niño tenía cuatro años y la niña, seis. La mujer, de treinta y ocho años, trabajaba en cuidados infantiles y el marido, de cuarenta y dos, era un militar retirado que ahora trabajaba en seguridad. En el momento de los asesinatos, llevaban casados unos siete meses después de un año saliendo como pareja.

Habían matado al padre primero, rebanándole la garganta y después apuñalándole en múltiples ocasiones. A los niños solo les habían degollado. Habían descubierto los cuerpos al día siguiente cuando ni los niños ni el progenitor fallecido habían aparecido en el trabajo o en la escuela. Para entonces, el asesino se había largado. Esa era toda la información disponible.

Jessie releyó las notas y levantó la vista para mirar los rostros de la familia una vez más. Había tan poca información con la que trabajar que sabía que la solución tenía que ser bastante sencilla, algo que no precisara de estudiar los archivos del caso durante horas. Era algo que, una vez lo averiguara, haría lo demás evidente.

Podía escuchar a los demás alumnos susurrando entre ellos. Se utilizó la frase “Trastorno de Estrés Post-Traumático” en varias ocasiones. A un chico que había delante suyo, se le ocurrió que a lo mejor el padre se sentía

ridiculizado en su masculinidad por pasar de ser un G. I Joe a ser Pablo García, Policía de Centro Comercial.

“Dos minutos,” les avisó el Detective Hernández.

Sonreía abiertamente, con el aspecto de un gato que se había comido a la familia entera de canarios. Solo sirvió para redoblar sus sospechas de que había algún truco en este caso.

Jessie cerró los ojos y tomó una inspiración profunda, intentando alejar todas sus suposiciones de la mente. Volvió a las cuestiones básicas, pero no del caso—las cuestiones básicas del Detective Hernández. Era él quien les intentaba engañar y quien tenía control de toda la información que se les había presentado. No se podía, a propósito del estudio del caso, confiar en él. Jessie dudaba de que les hubiera proporcionado información falsa directamente. Eso no sería justo, pero él podía ensombrecer los datos de la manera que quisiera.

*¿Cómo puede hacer eso?*

Y entonces cayó en la cuenta—de lo que había hecho el detective—un gesto furtivo tan casual que resultaba casi imperceptible. Miró de nuevo a la pantalla, procesando de nuevo la información que le habían dado a la luz de esta nueva idea, y una teoría empezó a percolarse.

“Se acabó el tiempo,” dijo el Detective Hernández mientras el profesor Hosta volvía a encender las luces. Ahora era más difícil ver las caras en la pizarra, pero Jessie podía adivinar sus contornos.

Al mirarlos desde esa nueva perspectiva, la hipótesis que estaba elucubrando rápidamente no hizo más que robustecerse. Bajó la vista a la hoja de datos para comprobar otra cosa. Estaba casi segura de que ahora sabía lo que había pasado, o al menos de cómo habían engañado a la clase.

“No se habla más,” instruyó el profesor Hosta, regañando a dos mujeres que charlaban animadamente en la esquina frontal del aula.

“¿Algunas ideas sobre lo que pasó aquí?” preguntó el Detective Hernández. “No tengáis miedo de decirlo en voz alta. En la SEH, trabajamos en colaboración. Las tormentas de ideas son parte de lo que hacemos. No hay razón por la que no se pueda hacer esto también aquí.”

“El padre perdió los estribos,” dijo con entusiasmo el chico que estaba delante de Jessie. “No dijiste cuánto tiempo hace que dejó el ejército en la hoja de datos. Supongo que estuvo sin trabajo durante un tiempo después de irse, y tuvo que meterse a lo que consideró un trabajo degradante como agente de seguridad para ayudar a proveer para la familia. Todo ello fue demasiado para su ego y un buen día perdió el control. Quizá la esposa dijo algo que le

provocó. Por eso le apuñaló tanto. No sentía la misma ira hacia sus hijos así que solo les degolló.”

“Eso no explica la naturaleza serial del crimen,” señaló una de las chicas parlanchinas delante de la sala. “El Detective Hernández dijo que esta es la tercera vez que esto ha sucedido. Así que dudo que perdiera el control. La hoja de datos no dice cómo se marchó del ejército. Apuesto a que le concedieron una retirada deshonrosa, que fue de pueblo en pueblo, presumiendo de sus credenciales como soldado. Eso le resultaría muy reconfortante a una madre soltera envidada. Puede que pasara por alto la cicatriz en su cara, señal obvia de que era problemático y seguramente se metió en montones de altercados, por la posibilidad de tener alguien con quien contar. Por desgracia, parece que hay al menos tres mujeres que confiaron en el tipo equivocado.”

Continuaron así un rato más—la gente lanzaba teorías y el Detective Hernández escribía una versión abreviada de ellas en la pizarra. Jessie notó que se aseguraba de no escribir nada sobre los rostros de los fallecidos. Algunos podían pensar que era por una cuestión de respeto, pero ella sospechaba que había otra razón.

“Casi no nos queda espacio en la pizarra,” dijo él. “¿Alguien quiere proponer una última teoría antes de que diga si alguien ha acertado?”

Jessie miró alrededor del aula. Todos parecían estar o petrificados o satisfechos con que la respuesta que habían dado era la correcta.

Ella levantó la mano.

## CAPÍTULO VEINTICINCO

Hernández estaba a punto de hablar, pero cuando vio que Jessie tenía levantado el brazo, se detuvo en seco.

“¿Sí?” le dijo, haciéndole un gesto con la cabeza.

“Creo que atraparon al asesino enviando fotos digitalmente alteradas del sospechoso a potenciales lugares de negocio en otras ciudades.”

“¿A dónde, a las oficinas de seguridad de los otros centros comerciales?” dijo despectivamente el chico que tenía delante de ella. “¿O crees que unos agentes del FBI fueron de pueblo en pueblo poniendo carteles de “se busca” en los comedores locales?”

Jessie le sonrió dulcemente, convencida de que su exceso de chulería estaba a punto de ser desinflado. Hasta este momento, ella había dudado de decir demasiado, por miedo a que le derribaran su teoría. Pero ahora que alguien ya lo había intentado, se sentía hasta más segura de sí misma y decidió que no había razón para esconderlo.

“Dudo de que fuera el FBI,” dijo Jessie, “más bien la Interpol. Y no le veo ningún sentido a ir a los centros comerciales. Sería más acertado ir a guarderías, escuelas de kindergarten, e incluso mejor, a servicios profesionales de niñeras.”

“¿Crees que fue la mujer?” saltó, incrédula, la chica de delante que había propuesto la teoría del retiro deshonesto. “¿Crees que esa cosita pudo con ese tipo tan grande?”

La chica farfulló ruidosamente ante tal posibilidad. Jessie miró al Detective Hernández, quien, notablemente, no había hecho ni un sonido, y que le estaba mirando con expectación y una leve sonrisa asomando en las comisuras de los labios. Eso era todo lo que Jessie necesitaba.

“No creo que ella tuviera que poder con él, porque ya le había cortado la garganta. Pero ella no estaba preparada para el hecho de que él se fuera a defender. Seguramente debería haberlo estado. Después de todo, tenía ese tatuaje justo en el cuello, que parece algo como una insignia de las Fuerzas Especiales. Eso, junto con la cicatriz en su cara, sugieren que él ha pasado al menos por un altercado de importancia. Seguramente sea esa la razón de que le apuñalara varias veces en el pecho, que el corte de la garganta no consiguiera derribarle de inmediato.”

La clase se quedó en silencio. Jessie, envalentonada, continuó.

“Por supuesto, eso no fue necesario con los niños, que confiaban en ella

totalmente. Después de todo, ella había sido su niñera durante casi dos años. Seguramente esa sea la manera en que ella se metió en el corazón del doliente padre enviudado. El vio lo buena que era ella con los niños y por primera vez, se imaginó con alguien nuevo.”

“¿Cómo podría un policía de centro comercial permitirse una niñera privada?” quiso saber el imbécil que tenía delante de ella.

Jessie hizo lo que pudo por evitar que el desprecio que sentía por este gamberro se notara en su tono de voz.

“Asumes que trabajaba en un centro comercial,” notó con calma. “Eso no estaba en la hoja de datos o en nada de lo dijo el Detective Hernández. Y no hay razón para pensar que lo fuera. Era un antiguo soldado, seguramente de una unidad muy bien entrenada. Tiene aspecto limpio y profesional en la foto. Diría que trabajaba en seguridad privada, quizá corporativa. Y supongo que cobraría algún dinero del seguro de vida después de la muerte de su esposa. No es una locura pensar que se pudiera permitir una niñera.”

“¿Por qué dijiste que la Interpol estaría llevando la investigación?” preguntó otro alumno.

A Jessie se le había pasado por alto explicar esto antes, pero estuvo encantada de hacerlo ahora.

“Si hubiera una asesina de familias en serie, especialmente una mujer, a la que hubieran atrapado y condenado a cadena perpetua, creo que alguno de nosotros hubiera oído hablar de ello. Hubiera estado en los noticieros a todas horas. Es decir, a no ser que esto sucediera en otro país. Y el Detective Hernández dijo que le condenaron a cadena perpetua. De haber sucedido aquí, lo más seguro es que hubiera sido condenada a muerte. Sin embargo, la mayoría de países europeos no tienen pena de muerte.”

“¿Algo más?” preguntó el imbécil, que estaba claramente irritado de que su teoría no hubiera resultado ser la cierta.

“Sí, su cabello está claramente teñido de rubio. Y tiene un aspecto bastante débil y cascado, como si se lo hubiera teñido a menudo y sin pericia, casi como si hubiera tenido que hacerlo de prisa para disfrazarse. Esa es la razón de que las autoridades enviaran varias fotos, para tomar en cuenta un probable cambio de apariencia.”

Todos se giraron hacia el frente del aula.

“¿Tiene razón en lo que dice?” preguntó el imbécil.

“¿Respecto al color del pelo?” inquirió el Detective Hernández. “No lo sé, pero en general, sí. Atraparon a esta mujer en Bélgica después de que



cometiera el asesinato de una familia en Suiza y de otras dos en Francia. La mayoría de los demás detalles estaba bien, pero el marido no pertenecía a las Fuerzas Especiales. Ese tatuaje se debía a su unidad de desactivación de bombas, que es donde consiguió esa cicatriz. Le dieron una medalla al valor después de que perdiera la mano izquierda desactivando una bomba. Esa es la razón de que abandonara el servicio. Muy buen trabajo.”

“Gracias,” dijo Jessie, ahora ruborizada.

“¿Puedo saber qué es lo que te dio una pista?”

“Claro. Ojalá pudiera decir que fueron los hechos del caso, pero lo cierto es que fuiste más bien tú. Noté que los dos niños tienen la nariz y la boca del padre, pero eso solo fue después de que empezara a pensar que él era la víctima. Otra pista fue que primero mostraras las fotos de los niños, después la de la madrastra y finalmente del padre, lo que daba la impresión de que él fuera el miembro más reciente de la familia, a pesar de que no dijeras nada al respecto.”

“Oh, claro,” dijo el imbécil, como si fuera su descubrimiento.

Jessie le ignoró y continuó.

“Entonces empecé a repasar la manera en que los habías descrito. Nunca mencionaste el género del sospechoso o de la víctima. Al principio, pensé que solo se trataba de mera formalidad, pero en retrospectiva, eso me resultó tan extraño que pensé que tenía que ser intencionado. Del mismo modo, la hoja de datos no era específica. Y entonces recordé que dijiste que habían atrapado y condenado al asesino. Entonces, no tenía sentido que no pudieras utilizar sus nombres, ya que no era necesario proteger la privacidad de nadie. El caso era del dominio público, así que tenía que haber otra razón por la que te mostrabas tan discreto al respecto. Cuando llegué a la conclusión de que ella era la asesina, todo lo demás empezó a caer en su sitio.”

“En fin, señorita, tengo que decir...”

“Jessie,” le corrigió.

“He de decir, Jessie, que en los tres años que llevo presentando este caso para su estudio, eres la segunda alumna que ha llegado a la conclusión correcta. Felicidades.”

“Gracias,” dijo ella, ruborizándose por segunda vez.

“Tampoco hace falta que os diga,” dijo, dirigiéndose ahora a toda la clase, “que este caso es instructivo respecto a algo que, como agentes de la ley, tenéis que tener siempre presente para no caer en ello—hacer suposiciones. Todos entramos a estas situaciones con prejuicios sobre la gente implicada.

Sin embargo, es nuestro trabajo, y será vuestro trabajo, dejar todo eso de lado para enfocaros con mayor claridad y ver lo que está pasando. Gracias por vuestro tiempo.”

La clase aplaudió mientras él se giraba hacia el profesor Hosta y le daba paso al podio.

“Gracias, Detective. Y bien hecho, señorita Hunt,” añadió el profesor Hosta. “Me gustaría utilizar el tiempo que nos queda para dejar que le hagáis todas las preguntas que os habéis estado guardando al Detective Hernández. ¿Estás de acuerdo con eso, Ryan?”

Hernández asintió y, casi de inmediato, le asaltaron con una serie de preguntas, que respondió en rápida sucesión. Había crecido al este de Los Ángeles y se había pasado muchos años de su adolescencia en una banda de criminales de barrio. Se había unido a la academia de policía después de que asesinaran a su hermano más joven en la esquina de una calle y que nunca encontraran al asesino. Por lo visto, la investigación fue meramente de rutina, lo que le motivó a buscar justicia para su comunidad. Llevaba trabajando tres años como policía de patrulla cuando se encontró trabajando la escena de un crimen y descubrió algunas pistas que se les habían pasado por alto a los detectives. Esas pistas ayudaron a vincular el asesinato a un asesino en serie que llevaba cinco años operando en la ciudad. Le asignaron al equipo que investigó el caso y jugó un papel en la aprensión del asesino, un hombre llamado Bolton Crutchfield, que se encontraba detenido en un hospital psiquiátrico en la actualidad.

Le dieron la promoción a detective y después le asignaron al SEH, donde había trabajado desde entonces. Como respuesta a una de las chicas charlatanas que estaban sentadas delante, reveló que estaba casado, pero sin hijos, aunque esperaba que eso cambiara algún día.

“Y ese es todo el tiempo que tenemos por hoy,” dijo Hosta, dando un paso adelante.

Jessie miró su reloj. La clase había terminado. Se le había pasado volando. Los alumnos empezaron a salir, aunque algunos se detuvieron para hablar con Hernández. Parte de Jessie también quería quedarse. Tenía un montón de preguntas que hacerle sobre su trabajo.

Pero también se acordaba de que, hacía tan solo cuatro días, había matado a una mujer inocente en un incidente durante una borrachera que ni siquiera podía recordar. Quizá charlar con un detective de homicidios no fuera la jugada más inteligente en este momento.

Por ello, dolorida después de estar sentada tanto tiempo después de lo que había pasado, descendió cuidadosamente las escaleras y se dirigió hacia la puerta. Casi estaba allí cuando la detuvo el profesor Hosta.

“Bien hecho, Hunt. He de admitir que me hubiera sentido bastante decepcionado si no hubieras resuelto ese misterio. Hasta tuve mis dudas durante un rato.”

“Y yo también, profesor,” admitió Jessie, esperando terminar con la conversación y salir deprisa de allí.”

“¿Estás excitada por tu última reunión con nuestro amigo en Norwalk?” le preguntó. “Entiendo que ha sido sorprendentemente comunicativo durante vuestras conversaciones.”

Jessie se mordió el labio. Lo cierto es que no sabía por qué le habían permitido entrevistar a Crutchfield, aunque obviamente, era una decisión que había tomado el Panel. Y a pesar de su aparente ignorancia, Jessie tenía cada vez más sospechas de que el mismo Hosta pudiera ser miembro del mismo. Pasara lo que pasara, no quería revelar todo lo que sospechaba, así que representó la imagen de la alumna entusiasmada, aunque ingenua, de universidad.

“Estoy deseando verle, profesor. He aprendido mucho hasta el momento. Gracias por apostar por mí.”

“Fue todo un placer,” dijo Hosta, claramente halagado.

Jessie notó un golpecito suave en el hombro y se giró para ver al Detective Hernández, que le sonreía abiertamente.

“Solo quería decirte que has hecho un gran trabajo. Fue muy agradable escuchar cómo habías puesto todas las piezas de ese puzle en su sitio. Creo que puede que hayas elegido la profesión adecuada.”

“Gracias,” contestó ella, medio eufórica, a pesar de que el estómago se le retorció de los nervios, al reconocer que estaba mirándole a los ojos a un hombre cuyo trabajo era atrapar a gente que cometía crímenes—gente como ella. Se preguntó cuánta información estaría revelando su lenguaje corporal en ese momento. Por suerte, había varios alumnos, entre ellos las chicas parlanchinas, esperando con impaciencia para hablar con él.

“Parece que ya te marchas y creo que yo me voy a quedar aquí atascado un rato,” dijo él. “Pero aquí tienes mi tarjeta, haz el favor de estar en contacto. El departamento siempre puede utilizar perfiladores buenos, incluso los más nuevos. Estoy seguro de que podríamos encontrar alguna manera de utilizar tus talentos.”

“Muchas gracias, así lo haré,” dijo ella, sintiendo como de repente se le caían gotas de sudor por la espalda. “Pero tienes razón. Tengo que meterme en algún lado. Gracias de nuevo por venir. Ha sido realmente... instructivo.”

Abrió la boca para responderle, pero ella ya había salido por la puerta antes de que pudiera pronunciar ni una sola palabra más. Esperó hasta llegar a mitad de camino a través del campus para entrar a un servicio y secarse el sudor. Hasta con respiraciones profundas, le llevó otros diez minutos poder relajar sus hombros y conseguir que su ritmo cardiaco regresara a la normalidad.

\*

Jessie iba a mitad de camino de casa cuando le devolvió la llamada el abogado matrimonial. Dejó que la llamada fuera al buzón de voz y escuchó el mensaje en que le decía que le llamara de vuelta cuando mejor le viniera. Después de hacerlo, borró el mensaje y el registro de la llamada. No estaba segura de seguir queriendo eso. Y, de todas maneras, ya no importaba.

No había manera de que pudiera divorciarse ahora. Kyle le había apoyado mucho los últimos días. Sin embargo, no podía suponer que continuara haciéndolo si le presentaba los papeles del divorcio. ¿Qué podía llegar a hacer en esa situación? ¿Cabía la posibilidad de que desvelara lo que había hecho? No parecía ser el momento ideal para contradecirle.

Tras alejar ese pensamiento de su mente, se desvió en dirección al Puerto de Balboa. No sabía muy bien por qué, pero tenía muchas ganas de ver el agua. Aparcó en lo alto de la colina y descendió por los mismos escalones de su primera visita al club con los Carlisle cuando Daughton gritaba “¡boom!” cada pocos escalones.

El tiempo había cambiado desde la mañana y lo que fuera solo frescura se había convertido en puro frío. Los vientos procedentes del océano le daban por todos lados y se abrochó el abrigo hasta el cuello. Cuando llegó al fondo, se quedó mirando a las olas, que rodaban lentamente hasta estrellarse contra las rocas.

La visión le trajo recuerdos de otro momento en el que había estado de pie sobre un montón de agua. También se había sentido tentada de saltar aquel día, pero en aquel entonces había sido para salvar su vida. Hoy podía ser para terminarla.

¿Cómo había sucedido todo esto tan deprisa? Hacía menos de una hora, se

estaba sintiendo por las nubes, resolviendo un misterio que había dejado al resto de su clase boquiabierto. Ahora estaba mirando su reflejo en el agua, contemplando su matrimonio magullado, la pérdida de su bebé nonnato, y el hecho de que había matado a alguien, a una chica de la que ni siquiera sabía el apellido.

Jessie sabía que esto era su depresión invadiéndola y que tenía que pelear con ella con el uso de la razón y, muy pronto, de la medicación. No obstante, en este momento lo único que podía hacer era mirar al océano y contemplar lo liberador que sería terminar con toda la angustia que sentía.

“¿Hay una sirena allá abajo?” preguntó una voz familiar.

“¿Qué?” dijo Jessie, elevando la vista para encontrarse con Melanie Carlisle, en ropa de entrenar, mirando con curiosidad.

“Es que parece que estés estudiando ese agua con tanto detalle, que creí que a lo mejor había alguna criatura mágica justo debajo de la superficie.”

“Pues no,” dijo Jessie, intentando quitarse de encima el aura de desesperación que la envolvía. “Solo algas, aunque, en fin, a veces también pueden estar muy bien.”

“Ah-ha,” dijo Mel, sin convicción. “¿Cómo estás, cariño?”

Jessie sabía que se refería al aborto y decidió que no le iba a hacer ningún daño permitirse desvelar una fracción de lo que estaba sintiendo.

“La verdad es que lo estoy pasando mal,” admitió, con unas lágrimas involuntarias asomándole a los ojos.

“Por supuesto que sí,” dijo Mel, acercándose. “Estoy algo sudorosa pero ¿te importa si te doy un abrazo?”

Jessie sacudió la cabeza y envolvió a Mel con sus brazos, apretándola fuerte. Se quedaron así un rato y fue Jessie quien la soltó primero, sintiéndose levemente avergonzada. Mel la miró, sonrió, y le retiró un mechón de pelo de los ojos. Entonces miró hacia el agua.

“Parece que por fin limpiaron este lugar,” dijo, presintiendo que Jessie quería cambiar de tema.

“¿Qué quieres decir?”

“Bueno, después de la Fiesta de los Barcos, había un lío enorme en los muelles y en el agua. No te creerías algunas de las cosas chocantes que han aparecido por la costa los últimos dos días.”

El cuerpo de Jessie se puso rígido y frío por completo. Le costó todo su autocontrol no ponerse a gritar la pregunta que le desagarraba la mente. En vez de eso, miró hacia el agua con expresión de leve interés, entonces se giró y

preguntó lo más casualmente de que fue capaz, “¿Qué tipo de cosas?”

“Bueno, para empezar, ¡una muñeca de plástico de tamaño natural! La primera persona que la vio, algún miembro retirado, pensó que se trataba de un cuerpo humano y puso el grito en el cielo. Se puso a chillar, casi le da un ataque al corazón. Me encantaría saber la historia de cómo llegó hasta allí.”

“Sí, a mí también,” asintió Jessie, aliviada.

“Muy bien, cariño,” dijo Mel en un tono que sugería que había terminado de hablar. “Si ya estás mejor, voy a continuar con mi paseo. Es mi entrenamiento del día y ya puedo sentir cómo se me empieza a secar el sudor con el frío. No es buena señal. Además, quiero regresar a casa. Teddy ha sido un manojo de nervios últimamente y me temo que pueda acabar quemando la casa. ¿Te importa?”

“Por supuesto que no, vete,” insistió Jessie. “Y Mel... gracias.”

Mel le lanzó un beso rápido y se marchó, caminando a buen ritmo por el sendero del puerto en dirección a la marina. Jessie se movió lentamente hasta que encontró un lugar desde donde podía ver claramente el saliente rocoso donde Kyle había arrojado el cuerpo de Natalia. Desde la distancia, parecía un pequeño bulto inofensivo en el océano, no el lugar de descanso final para una chica que se merecía algo mejor.

Podía sentir cómo desvariaba de nuevo e intentó sacudírselo de encima. Sonó su teléfono y lo respondió de inmediato, contenta de que le distrajeran. Era la enfermera de la consulta de su ginecólogo. Tenía voz animada y le llevó un momento a Jessie caer en la cuenta de por qué. No sabía nada del aborto. Por lo visto, el doctor de urgencias de Westport Beach no les había llamado y no tenían ni idea de lo sucedido.

“Hemos recibido el análisis de sangre para la prueba de género que nos pidió,” dijo la enfermera. “¡Va a tener un niño!”

“Gracias,” dijo Jessie, colgando el teléfono sin decir ni una sola palabra.

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

Jessie sentía cómo se deslizaba de regreso a su lugar oscuro. Intentando a la desesperada aferrarse al borde de su abismo emocional, rebuscó en su mente en busca de cualquier cosa para cambiar su punto de atención, para distraerla del terrible conocimiento de que jamás llegaría a conocer al hombrecito que podía haberse convertido en su orgullo y su alegría. Le temblaron las rodillas y se agarró a la veranda del muelle para apoyarse.

Se quedó allí de pie, intentando alejar la hiperventilación que se le venía encima, cuando oyó el zumbido del teléfono. Lo agarró, contenta de tener otra cosa que no fuera sí misma en la que enfocarse.

Era un breve mensaje de texto del profesor Hosta: “Recordatorio – última entrevista con Crutchfield.”

Eso fue suficiente para calmarla. Tenía su reunión final con Bolton Crutchfield al día siguiente.

“Necesitas prepararte,” dijo en voz alta.

Así que, durante el resto de su paseo hasta el coche, el trayecto hasta su casa, y el resto de la tarde hasta que Kyle llegó a casa, mantuvo su equilibrio enfocándose en Crutchfield y en la pregunta pendiente que tenía para él, la que de alguna manera tenía que encontrar la manera de preguntarle. En cierto momento, hasta se echó a reír ante la idea de que lo que le estaba alejando de la miseria era la reunión inminente que tenía con un asesino en serie.

Cuando llegó Kyle, se sentía ya medio normal. Había preparado la cena y hasta había horneado un pastel. Kyle le dio las gracias, pero apenas pareció notar nada. Aun así, le hizo todas las preguntas habituales—¿cómo estaba? ¿Necesitaba alguna cosa?

Sin embargo, parecía distraído, como si tuviera la atención en alguna otra parte. Jugaba distraídamente con el clip para dinero con el signo “\$” que le había dado Teddy, dándole vueltas una y otra vez entre sus dedos. Por lo visto, un día de vuelta al trabajo era todo lo que había necesitado para volver a ser el mismo adicto al trabajo de costumbre. Era casi como si toda la historia—matar a Natalia, el aborto—jamás hubiera sucedido.

\*

Al día siguiente, Jessie estaba sentada en la sección de visitas de la celda de Bolton Crutchfield, esperando con nerviosismo que regresara. Le habían

llevado a darse su ducha semanal obligatoria. Incluyendo las necesarias precauciones de seguridad, el proceso llevó más de una hora. La oficial Gentry le había ofrecido esperarle en su despacho hasta su regreso, pero Jessie pensó que podía tener cierta ventaja si ya estaba esperando en su espacio cuando él regresara.

Cuando entró Crutchfield, no pareció sorprendido de encontrársela ya allí, aunque Gentry le había dicho a Jessie que no era una visita anunciada. Se acercó hasta la cama como si no tuviera ni una preocupación en el mundo entero y se sentó sin más.

“Cómo me alegro de verla de nuevo, señorita Jeesie,” soltó, regodeándose en la “ee” de su nombre. “¿Por dónde íbamos?”

“Desgraciadamente, esta será nuestra última visita, señor Crutchfield. Mis prácticas ya están casi terminadas y no creo que esté autorizada a volver después de hoy. Por tanto, tenemos que aprovechar al máximo el tiempo que nos queda.”

“Qué pena,” contestó él. “Justo ahora que por fin empezábamos a conocernos.”

“¿Crees que me conoces?” preguntó ella, sintiendo la posibilidad de introducir una pregunta antes de que restablecieran todo el proceso de “tres a cambio de una”. Sintió cómo Gentry, de pie cerca de la puerta, se revolvía un poco y supo que ella también había captado su intento.

“Claro, sin duda,” dijo Crutchfield. “Por ejemplo, puedo decirte ahora mismo, que acarreas una carga muy pesada, aunque ya no sea una carga física.”

Se echó a reír de sí mismo y su bromita. Jessie, consciente de a qué se refería, le devolvió una mirada fría, negándose a dejarle que viera la conmoción y el dolor que había despertado. Él continuó, ya fuera por inconsciente o porque le diera igual.

“Al principio, deduje que lo que te tenía algo baja era la pérdida del pequeñín que estaba creciendo dentro de ti,” dijo, mirando a la oficial Gentry y claramente regocijándose en la reacción que estaba provocando en ella, si no en Jessie. “Pero entonces me di cuenta de que había algo más que te estaba reconcomiendo por dentro.”

“Ve al grano,” dijo Jessie sin emoción alguna.

“Pues lo haré,” contestó, con sus ojos pardos penetrantes escudriñándole sin piedad. “Llevas un peso auestas, alguna clase de culpabilidad por algo que has hecho, o al menos que tú crees que has hecho.”



“¿Cómo puedes estar tan seguro?” preguntó Jessie.

“Como no es que yo sienta gran cosa en el sentido de la culpabilidad, tengo el don de verlo claramente en otros. Es como si pulsara, ¿sabes? Es como si cuando tú no tienes nada que te pique, es muy fácil ver a todos los demás rascándose. Y estás rascando algo muy fuerte, señorita Jessie.”

“¿Por qué así?” preguntó ella, ignorando el temor que le crecía por dentro a que le acusara de matar a alguien allí en esa misma habitación, basándose simplemente en su lenguaje corporal.

“Tu cabeza te dice que has hecho algo abominable. Pero tu instinto está gritando otra cosa. Y no sabes en cuál confiar. Te tiene toda revuelta por dentro. Pues bien, aquí tienes mi consejo. Y que sepas que no me dedico a eso de dar consejos, así que esto debe ser bueno. Confía en tu instinto, señorita Jessie. Confía en tus instintos. Quizá no seas tú la que debería estar “*toa*” revuelta.”

Jessie se le quedó mirando, intentando decidir si estaba diciendo lo que decía con la intención de ayudarlo o si no se trataba más que de otro juego perverso. Después de todo, era un asesino en serie, se recordó a sí misma, y no un terapeuta. Simplemente le miró de vuelta, con los labios apretados levemente como si estuviera divirtiéndose, y no le dio nada.

Antes de que pudiera sacar ninguna conclusión, saltó la alarma de una sirena ensordecedora, la habitación se quedó a oscuras, y una luz roja empezó a parpadear. Jessie, que casi había salido saltando de la silla, no pudo evitar notar que Crutchfield no reaccionaba al caos. Le lanzó un guiño rápido, pero por lo demás, se quedó quieto. Jessie se giró para mirar a la oficial Gentry, que ya estaba hablando por la radio.

“¡Sitrep!” gritó.

“Jackson se ha puesto como loco,” gritó Cortez de vuelta con urgencia. “Se está dando cabezazos contra el marco de su cama y mordisqueándose las muñecas. Hay sangre esparcida por todos lados.”

“Estaré aquí mismo,” dijo Gentry, y después señaló a Jessie. “¡Tú vienes conmigo!”

Jessie miró de vuelta a Crutchfield, cuyo rostro permanecía impassible. Pero parecía que quería que entendiera algo con sus ojos. En ese momento, ella tomó una decisión, Agarró su cuaderno y se puso de pie. Cuando se giró hacia la puerta, fingió que se tropezaba con algo y se cayó al suelo, rasgando una cuartilla de papel mientras se caía.

“¡Muévete ahora!” le ordenó Gentry, levantándola de un tirón. Jessie se dejó

izar, haciendo rápidamente una bolita con el papel mientras la oficial le sacaba de la habitación. Cuando llegaron a la puerta, Jessie se tropezó de nuevo y “accidentalmente” se golpeó contra la jamba de la puerta. Al tiempo que utilizaba su mano izquierda para protegerse, metió la bola de papel en el hueco de la cerradura en la jamba de la puerta. Una vez estuvo en el pasillo, Jessie se obligó a enfocar su atención en Gentry en vez de en la puerta que se cerraba por detrás suyo.

“Ve al puesto de seguridad,” ordenó Gentry. “Quédate allí hasta que se resuelva todo esto. ¿Entendido?”

“Entendido,” dijo Jessie, asintiendo con la cabeza.

Comenzó a caminar en esa dirección mientras Gentry se apresuraba en dirección contraria. Solo cuando estuvo segura de que la otra mujer ya no era visible, se dio a vuelta y regresó a la puerta de Crutchfield. Sin detenerse a pensar, agarró el picaporte y lo giró. Se abrió sin oponer resistencia.

Para sorpresa suya, Crutchfield ya no estaba sentado al borde de su cama, sino de pie cerca de la partición de cristal con una mirada expectante en la cara. No habló, más bien indicándole con un solo dedo que se acercara a él. Fingiendo que acercarse a unas pulgadas de un asesino en serie no era para tanto, se apresuró hacia el cristal, tragando saliva con nerviosismo a pesar de sus mejores esfuerzos.

“No tenemos mucho tiempo,” dijo Crutchfield en voz baja, aun pastosa, pero sin nada de esa indolente ralentización deliberada de antes. “Jackson solo les puede mantener ocupados un tiempo. Las instrucciones que le di fueron que les entretuviera al menos dos minutos, pero no hay garantías. Así que hazme esa pregunta para la que has estado armándote de valor durante semanas.

Jessie no necesitaba más exhortación.

“Todos tus asesinatos son copiados,” dijo susurrando y con prisas. “Sin embargo, el hombre al que estás copiando encubría sus asesinatos quemando los cuerpos después. Las autoridades nunca desvelaron los métodos que él utilizó—ni siquiera conocían todos ellos. Pero usted los conoce. ¿Cómo es eso posible?”

“Creo que ya sabe la respuesta a esa pregunta, señorita Jessie. El visitante que tuve hace algún tiempo no era simplemente alguien en busca de una charla amistosa. Era—cuál es la palabra que utiliza la gente hoy en día—mi mentor. Y quería saber cómo estaba.”

“¿Y cómo os encontrasteis?” le exigió Jessie. “¿Cómo os conocisteis por primera vez?”

“Yo era un admirador de su obra,” dijo Crutchfield.

“Lo entiendo. Pero, ¿cómo te enteraste por primera vez de cómo cometía sus crímenes? No es que os conocierais en una cafetería.”

“Creo que también sabes la respuesta a esa pregunta, señorita Jessie. Pero te seguiré el juego. Me hice con la declaración del único testigo superviviente de sus crímenes, una niña llamada Jessica Thurman. No era más que un microbio por aquel entonces, tenía unos seis años. Y las cosas que describía eran tan horribles que los polis pensaron que estaba teniendo pesadillas por lo que había pasado. Pensaron que ella se había inventado un hombre malo para explicar algo que no podía comprender. Lo anotaron todo, pero no la creyeron de verdad. Era una locura demasiado grande. Pero yo la creí. Y me puse a buscar al artista cuyo trabajo ella había ilustrado con una claridad tan vívida. Y le encontré, señorita Jessie. Encontré a su hombre malo y él me enseñó su arte. Quizá no todos sus trucos, pero la mayoría de ellos—al menos los buenos de verdad.”

“Entonces, ¿está vivo?” dijo Jessie, más a sí misma que a Crutchfield.

“Después de tantos años, ¿sigue vivo?”

“Vivito y coleando, como dice la canción.”

“¿Y él sabía que yo acabaría viniendo a verte?” presionó. “¿Qué encontraría las similitudes entre sus crímenes y los tuyos?”

“Así es, señorita Jessie. Sabía que algún día reconocerías su mano de obra. Sabía que encontrarías la manera de llegar hasta mí. Me dejó un mensaje para ti. ¿Lo quieres?”

Jessica asintió. Pero, justo entonces, la puerta se abrió de par en par por detrás suyo. Se giró para ver a la oficial Gentry y a Cortez corriendo hacia ella. Rápidamente, se giró de nuevo hacia Crutchfield.

“Dímelo,” le suplicó.

Pero, antes de que pudiera responderle, sintió cómo le golpeaban con fuerza por detrás. Su cara se aplastó contra el cristal mientras sentía como le ponían unas esposas con las manos a su espalda. Crutchfield se agachó y, por un breve instante, pensó que le iba a susurrar el mensaje. En vez de ello, se inclinó y besó el cristal donde tenía su mejilla aplastada, y después dio un paso atrás.

“¡Dímelo!” gritó mientras se la llevaban por la fuerza. Pero lo único que hizo fue observar con solemnidad mientras se la llevaban a rastras de la habitación.

## CAPÍTULO VEINTISIETE

“¿Podría hacer que te arrestaran!”

Jessie estaba sentada en una silla en el despacho de Gentry, con la mano izquierda esposada a una tubería cerca de la pared. La oficial había repasado el video de la conversación entre Jessie y Crutchfield un montón de veces. Pero debido a las sirenas y lo cerca que estaban la una de la otra, el sonido era nulo. Obviamente frustrada, ahora estaba recurriendo a amenazas.

Jessie entendía su frustración e intentó no exacerbarla. En vez de ello, por la que debía ser la cuarta vez, se disculpó.

“Lo siento. No me di cuenta de que cometía una violación al regresar allí. La puerta no estaba trancada y creí escucharle pidiendo ayuda.”

“¡Para ya!” chillaba Gentry. “Solo estás empeorando las cosas para ti misma. Te explicaron claramente las normas relativas a la interacción con presos en cada una de las ocasiones que has entrado allí. La puerta no estaba abierta. Encontramos la bola de papel en el hueco de la cerradura. La pusiste tú allí. No pidió ayuda. Sabía que ibas a acabar volviendo. Te estaba esperando. Y hablasteis con toda tranquilidad durante un minuto entero antes de que regresara yo. ¿Dime por qué no debería detenerte por ayudar a escapar a un prisionero? ¿Cómo sé que no tratabas de ayudarlo a escapar?”

Jessie observaba a la mujer que tenía delante, que estaba claramente furiosa. Y, aun así, Gentry no había llamado a la policía. No había hecho nada más que leerle la letanía de los escapados. Y esta no era ni de lejos la primera vez que Jessie se había saltado el protocolo. Era un suceso habitual. Entonces, ¿por qué se estaba reprimiendo Gentry? ¿Por qué le estaba dando la oportunidad de explicarse, incluso en esta última cita?

“Oficial Gentry, ¿puedo hacerle una pregunta?”

“¿Qué?” gritó Gentry, y después repitió en voz más baja, “¿Qué?”

“¿Por qué no estoy ahora mismo metida en un coche patrulla en ruta a que me procesen en la comisaría de policía?”

Gentry dio la impresión de que se iba a poner a chillar de nuevo, pero se las arregló para detenerse. Se sentó y suspiró larga y profundamente.

“Señorita Hunt,” dijo por fin, en un tono casi del todo equilibrado, “seré honesta contigo si tú haces lo mismo por mí. ¿Por qué no hacemos un trato como el que tenías con Crutchfield? Solo que un poco más justo. Digamos que tú me haces una pregunta y después te hago yo otra a ti. ¿Te parece justo?”

“Sí.”

“Pues bien, la razón por la que me resisto a detenerte es esta: Crutchfield casi nunca consiente a que le hagan entrevistas. Y cuando lo hace, la persona suele salir de allí llorando o retorciéndose de dolor. Por la razón que sea, no parece tener ningún interés en meterse contigo tanto como con los demás. Tengo la esperanza de que su disposición a hablar pueda llevar a una eventual disposición a desvelar detalles que ha mantenido en secreto. De las diecinueve víctimas que conocemos, solo se han hallado los cuerpos de quince. Y hay tipos más listos que yo que creen que ha matado a bastante más de diecinueve víctimas. Quizá te diga donde están enterrados los otros cuerpos. Quizá admita otros asesinatos. Algunos expertos creen que tenía un cómplice. Quizá hable de eso. Todo lo que comparta contigo es más de lo que le ha contado a nadie en años. Así que prefiero no librarme de la única persona con la que está dispuesto a hablar. Pero lo estás haciendo de lo más difícil. ¿Responde eso a tu pregunta?”

“Sí,” ofreció Jessie. “Así es.”

“Mi turno ahora. Y recuerda, prometiste ser honesta. ¿De qué hablasteis vosotros dos allí dentro?”

Jessie miró a Gentry largo tiempo, estudiando la cicatriz debajo de su ojo y las marcas de quemaduras en su rostro. Sentía que seguramente Gentry había visto cosas en la guerra que eran casi tan terribles como las que ella misma había visto aquí en casa. Y en ese momento, decidió confiar en ella.

“¿Podemos salir afuera?” le preguntó en voz baja.

De inmediato, Gentry se puso de pie, le quitó las esposas, y le llevó rápidamente a través de múltiples puestos de seguridad hasta que estuvieron de pie en el aparcamiento. El aire era frío pero el sol brillaba con intensidad y Jessie tuvo que achinar los ojos para poder ver.

“¿Y?” exhortó Gentry.

Jessie agachó la cabeza, sabiendo que simplemente tenía que empezar y continuar si iba a sacarse todo de dentro. Decidió ser honesta sobre todo lo que iba a decir, aunque planeaba excluir unos cuantos detalles.

“De niña, crecí al sureste de Missouri, al borde de las Ozarks. Mis padres se divorciaron y me crió mi madre. Un día, me secuestró un hombre que me llevó a una cabaña aislada en medio del bosque. Tenía a varias personas en cautiverio. Me mostró videos de cómo les había capturado. Entonces las mataba en la bodega, de maneras indescriptibles. Me obligaba a mirar.”

“Oh, Jesús,” murmuró Gentry, pero Jessie continuó hablando.

“Cuando había matado a todas las que tenía, se largaba unos cuantos días

para recoger más víctimas. Me dejaba atada a un poste, con algo de comer, un balde como servicio, y un colchón sucio en el que dormir. Cuando regresaba, tenía tres o cuatro personas más y seguía su procedimiento habitual con ellos, siempre obligándome a mirar.

Gentry se apoyó contra la pared, y entonces se dobló hacia delante por la cintura, mirando hacia el suelo.

“Una de sus víctimas, una mujer, tenía una horquilla que se le cayó del pelo. La atrapé a escondidas. Cuando él estaba durmiendo, me las arreglé para destrabar las esposas y me escapé a través del bosque. Iba descalza y era invierno. Había nieve en el suelo. No sabía a dónde iba, pero continué corriendo. Un rato después, empecé a escuchar pisadas detrás de mí y supe que me estaba persiguiendo. Llegué a un acantilado que daba al río. Miré hacia abajo. Había cerca de veinte metros y el río estaba congelado a trozos. Él acabó poniéndose a mi altura, pero yo estaba lo bastante lejos como para haber podido saltar antes de que me atrapara. Pero no pude hacerlo. Solo me quedé allí de pie.

“Me atrapó y me llevó de regreso a la cabaña y me dijo que tenía que mirar una vez más; que tenía algo especial para mí. Me puso cinta adhesiva en los párpados y dijo, ‘Tienes que ver, pequeño bicho. Tienes que conocer la verdad.’ Tenía por costumbre llamarme bicho todo el tiempo.

“Sea como sea, tenía una mujer encadenada a las vigas del techo. Solo que, en esta ocasión, no era en la bodega. Estaba justo allí en la sala de estar, así que supe que esta era diferente. Todavía me acuerdo del ruido que hacían esas vigas de madera en el techo cuando colgaban de ellas las cadenas. Crujían y gemían, casi como si estuvieran doloridas. A veces, todavía puedo escucharlas.”

En ese momento, Jessie cayó en la cuenta de algo. Los crujidos y gemidos que había estado escuchando en su nueva casa—los que se había pasado tanto tiempo tratando de rastrear—nunca estuvieron en ninguna otra parte que su memoria. No era de extrañar que no pudiera encontrar el rastro.

Bajó la vista hacia Gentry, que la estaba mirando con expectación. Jessie respiró profundamente y continuó.

“Entonces vi quién era la mujer. Era mi madre.”

Gentry se obligó a incorporarse. Estaba claro que quería decir algo, pero no podía encontrar las palabras.

“Está bien,” le dijo Jessie. “No puedes decir nada que lo mejore. Confía en mí. Así que la mató, no describiré cómo. Cuando terminó, me hizo un corte

desde el hombro hasta mi cuello. Dijo que era un souvenir.”

Tiró del cuello de su camisa para mostrarle la cicatriz rosada que cubría su piel.

“Entonces se marchó. No regresó jamás. Estaba atrapada en esa cabaña, sangrando, con el cadáver de mi madre muerta a unos metros de mí, durante tres días enteros antes de que unos cazadores se tropezaran conmigo. Para entonces, el fuego se había apagado hacía tiempo en la chimenea y estaba hambrienta e hipotérmica. Me llevaron a un hospital donde me quedé ingresada dos semanas. Le di mi declaración a la policía. Pero, aunque encontraron algunos de los videos y de los cuerpos quemados, no encontraron a toda la gente de la que yo les hablé. Creo que pensaron que me inventé gran parte de ello.”

“¿Dónde fuiste después de eso?” consiguió preguntar Gentry. “¿Te acogió tu padre?”

“No. No era de los que hacen eso. Y al FBI le preocupaba que, a pesar de que no hubiera un sospechoso conocido al que buscar, a este tipo le diera por perseguirme en caso de que le atraparan alguna vez, para que no pudiera presentar mi testimonio en un juicio. Así que los agentes de la ley me colocaron en el programa de Protección de Testigos. Me adoptó una familia de Las Cruces, en Nuevo México. El padre trabajaba en la oficina local del FBI y habían perdido hacía poco a su bebé debido a cáncer. Tenía sentido. Ellos estaban buscando un niño a quien amar y yo necesitaba un entorno seguro lejos de Missouri. Así terminó mi vida como Jessica Thurman y empezó una nueva como Jessica Hunt. Pero decidieron llamarme Jessie porque mi madre me llamaba Jessica y me resultaba demasiado doloroso escucharlo.”

“Lo siento muchísimo,” dijo Gentry. “No puedo imaginarme lo que ha debido ser pasar por eso.”

“Gracias, pero todavía no he respondido tu pregunta, sobre lo que hemos estado hablando.”

Gentry asintió, dando la impresión de que se le había olvidado lo que quería saber para empezar.

“Muy bien,” dijo. “Dime.”

“Los secuestros que vi en esos videos y los asesinatos que presencié en esa cabaña solo eran conocidos para mí y el hombre que los cometió. Los describí en mi declaración, pero solo de manera general. Además, nadie me creyó. Y, sin embargo, Bolton Crutchfield lo sabía todo en detalle.”

“¿Cómo sabes esto?” preguntó Gentry.

“Porque sus asesinatos fueron llevados a cabo exactamente del mismo modo,” dijo Jessie. “Fue entrenado por el hombre que los cometió originalmente.”

“¿Cómo puedes estar tan segura?”

“Porque lo admitió ante mí. Se refirió al hombre que mató a mi madre—en su día la policía le apodó el Ejecutador de los Ozarks—como a su mentor. Me dijo que el hombre sabía que yo acabaría viniendo aquí algún día. Por eso visité a Crutchfield en este hospital. Es lo que ha querido todo el tiempo.”



## CAPÍTULO VEINTIOCHO

Jessie recorrió la larga distancia que le separaba de Westport Beach, apenas consciente del tráfico que le rodeaba. Por perturbadoras que fueran, las revelaciones de Crutchfield sobre la fuente de sus crímenes reconfirmaba sus sospechas más de lo que las trastocaba. Llevaba sospechándolo mucho tiempo y era reconfortante saber que sus suposiciones habían sido correctas.

Fue otra de las cosas que había dicho lo que le daba vueltas en sus pensamientos; lo que no podía olvidar. Todavía podía escuchar sus palabras resonando en su cerebro: “Confía en tus instintos. Quizá no seas tú la que debería estar revuelta.”

Su instinto le estaba diciendo a gritos que, si no podía acordarse de matar a Natalia, seguramente era porque no lo había hecho. Jessie tenía muchos recuerdos que le hubiera gustado olvidar para siempre. Pero estaban todos allí mismo, listos para resurgir en sus sueños y hasta cuando estaba despierta. Había aprendido por las malas que prohibírseles no era una opción que se pudiera plantear. Pero si aceptaba que no había matado a esa chica, entonces eso significaba que tenía que considerar la posibilidad de que la persona que le había dicho que tenía que haber sido ella—su propio marido—podía haberlo hecho.

La idea parecía absurda. Conocía a Kyle Voss desde hacía casi diez años y no había nada que siquiera insinuara que fuera capaz de tal acto. Hasta que se mudaron a Westport Beach, lo peor que podía decir sobre él era que era una especie de adicto al trabajo y que tenía tendencias posesivas. Pero, tomando en consideración sus propias cargas psicológicas, esas cosas siempre le resultaron nimias.

Desde la mudanza, las cosas habían empeorado, sin duda. Insistir en que se unieran a un club de campo que era una fachada para un club sexual secreto no era genial, incluso aunque esa no fuera su razón para unirse.

Y aunque había cuidado de ella después del aborto, se había vuelto distante y reservado. Claro que cada uno lidiaba con la tragedia a su manera, y ella no era nadie para juzgarle.

Le había pillado esnifando cocaína en un club nocturno. Y aunque le preocupaba, no tenía la intención de sacar conclusiones permanentes sobre su carácter en base a eso. Jessie había tomado bastante más durante sus años en secundaria y la universidad y eso no le había convertido en ningún monstruo.

Lo que realmente le había sorprendido fue lo dispuesto que había estado a

encubrir la muerte de Natalia. Ciertamente, fue un momento de crisis y todos podemos entrar en pánico en una situación como esa. Pero él no parecía sentir pánico... más bien parecía... determinado.

Mientras salía de la autopista, le volvió a la mente algo que había dicho el Detective Hernández el día anterior. Era algo sobre que, cuando se lleva a cabo una investigación, había que tener cuidado de no hacer suposiciones y había que dejar a un lado nuestros prejuicios sobre la gente.

Entonces se le ocurrió que lo mejor que podía hacer era hablar con alguien que tuviera una percepción diferente de Kyle de la que ella tenía. Podía pensar en alguien que le había conocido mucho antes de que ellos se conocieran. Y resulta que solo vivía a unas cuantas manzanas de ella.

\*

Jessie llamó al timbre de la casa de los Carlisle y esperó, intentando controlar su nerviosismo. Melanie abrió la puerta, obviamente tan contenta como sorprendida de verla.

“Dos veces en dos días,” notó. “¿A qué debo el honor?”

“Lamento pasarme por aquí sin previo aviso. Lo cierto es que he venido a ver a Teddy. Llamé a su oficina y me dijeron que se había ido temprano a casa. ¿Está aquí?”

“Así es,” dijo Mel, claramente perpleja. “¿Quieres pasar adentro?”

“La verdad es que tengo que hablar con él en privado. Ya sé que suena extraño, pero es bastante importante. ¿Te importa?”

Era obvio que así era, pero Mel hizo un esfuerzo admirable por ocultarlo.

“Por supuesto que no,” le dijo. “Dame un segundo y le traigo aquí.”

Jessie se quedó de pie en la entrada un tanto incómoda, mientras Mel regresaba al interior de la casa. Podía escuchar susurros, pero no podía distinguir las voces. Sin embargo, por el tono de voz, pudo adivinar que Mel sentía desconfianza y que Teddy estaba confundido. Un minuto más tarde, apareció por allí.

“¿Qué pasa?” le preguntó a través de unos ojos achinados.

“Solo quería hablarte de algo. ¿Podemos acercarnos a mi coche?” le preguntó y empezó a caminar en esa dirección sin aguardar a su respuesta.

Cuando llegaron al patio del garaje, se volvió para verle con los brazos cruzados en postura defensiva.

“No me puedo entretener mucho,” dijo. “Le prometí a Daughton que

volvería enseguida.”

Jessie dudaba que eso fuera cierto, pero no dijo nada.

“No es ningún problema. Lo cierto es que me siento como una tonta por preguntar esto,” dijo Jessie, metiéndose en la historia que había preparado en su cabeza de camino hacia aquí. “Pero el cumpleaños de Kyle está a punto de llegar a primeros de diciembre. Han pasado como diez años desde su graduación del instituto y pensé que podía ser divertido darle unos cuantos regalos que le recuerden aquel periodo. El problema es que yo no sé demasiado sobre aquellos tiempos más que lo que él me ha contado. Entonces me di cuenta de que tenía una gran fuente de información de aquellos tiempos —tú. Esperaba que pudieras hablarme un poco sobre cómo era en el instituto. Quizá algunas cosas que él no estaría muy dispuesto a contarme a mí.”

“¿Qué tipo de cosas?” preguntó Teddy, claramente intrigado, aunque todavía seguía con su guardia en alto.

“Nada demasiado revelador. No quiero que se sienta incómodo. ¿Quizá alguna cosa embarazosa o ridícula? Por ejemplo, ¿era popular? ¿Salía con muchas chicas?”

Teddy hizo una mueca con la cara y Jessie adivinó que se había tragado su historia y que estaba tratando sinceramente de pensar en algunas buenas historietas del pasado. Entonces volvió la mirada hacia ella.

“Lo cierto es que no era tan diferente de cómo es ahora. Era muy determinado incluso por aquel entonces; siempre supo lo que quería y cómo conseguir que sucediera.”

“Muy bien, ¿se te ocurren algunas historias que demuestren eso en acción?”

Teddy pareció paralizado durante un segundo, pero entonces su cara mostró una sonrisa al recordar algo. “Me acuerdo de una buena historia que demuestra lo persistente que era,” dijo, y entonces pareció reconsiderarlo, “pero implica a una chica. ¿Te parece bien eso?”

“Por supuesto. Nunca di por sentado que fuera la primera chica con la que salió.”

“Pues bien, llevó a la jefa de las animadoras al baile de promoción,” dijo Teddy. “Genial, ¿no?”

“Es genial, Teddy,” acordó Jessie. “Pero no es una historia. Es una afirmación declarativa. ¿Me puedes dar algunos detalles?”

Teddy se revolvió un poco en su sitio, obviamente sin tener claro lo que se pasaba de la raya.

“Solo cuéntame,” le incitó Jessie. “Estas cosas pasaron hace ya diez años.

Es todo agua pasada. Solo estoy buscando algún material interesante.”

Pudo ver cómo se relajaba su ceño fruncido y supo que le había convencido.

“Pues bien. Estaba esta chica llamada Becky Patrone. A él le gustaba de verdad. Bueno, les gustaba a todos, pero especialmente a Kyle. Era la jefa de las animadoras y super inteligente—casi era la primera de su clase. Tenía una beca para ir a Harvard.”

“Suena como todo un partidazo,” dijo Jessie, tratando de aligerar la conversación.

“Sí, claro. De todas maneras, Kyle quería pedirle que fuera con él al baile, pero ella ya tenía otra cita—con su novio. Se llamaba Reese o algo parecido. Era el defensa del equipo de fútbol y presidente del consejo de estudiantes. Eran algo así como la pareja estrella. Y a pesar de que Kyle le caía bastante bien a todo el mundo, no había manera de que Becky fuera a dejar a su novio estrella del fútbol para ir al baile con un tipo con el que solo había una amistad.”

“Suena a dilema de verdad,” dijo Jessie.

“Lo era. Bueno, hasta que detuvieron a Reese,” dijo Teddy con voz traviesa.

“¿Por qué?”

Hizo una pausa de nuevo, y su ceño se volvió a fruncir. Por lo visto, se había acordado de algo más de la historia y ahora se lo estaba pensando mejor antes de contarlo.

“Dime, Teddy,” dijo con su voz más reconfortante. “No hay razón para detenerse ahora.”

Eso pareció tener sentido para él así que continuó.

“De hecho, fue bastante horrible,” dijo, serio de repente. “Le acusaron de drogar y violar a una chica en una fiesta unas semanas antes del baile. Lo negó todo y Becky permaneció a su lado un tiempo. Pero entonces la policía encontró ciertas... en fin, pruebas físicas de que había estado con esta otra chica. Así que, aunque hubiera sido consensuado, le había engañado. Becky le dejó y se sintió realmente desolada. Pero Kyle le ofreció un hombro en el que llorar y la convenció de que no debía perderse el baile por algo que había hecho otra persona. Se ofreció a llevarla y acabaron yendo juntos.”

“Bien por Kyle, supongo,” dijo Jessie, intentando alejar la crítica de su voz. “Pero no tanto para Reese.”

“No, la verdad es que le fastidió la vida. Y la cuestión es que—creo que acabaron por revocar las acusaciones por falta de pruebas o algo así, pero

para entonces ya era demasiado tarde. Su reputación estaba arruinada.”

“¿Entonces, Kyle y Becky empezaron a salir juntos?” preguntó Jessie.

“La verdad es que no. Creo que ella siempre le vio más como un amigo que como un posible novio. Sé que esperaba unirse a ella en Harvard—él presentó su solicitud, pero no consiguió entrar, aunque no es que tuviera muchas posibilidades de que eso sucediera de todos modos.”

“Eso es terrible,” dijo Jessie. “Entonces ¿se acabaron distanciando?”

“De hecho, dio la impresión de que tuviera otra oportunidad durante un tiempo,” dijo Teddy de repente. “Acusaron a Becky de hacer trampas en algún examen final de ese año. Fue una locura porque ya estaba lista para ir a la universidad y tenía una puntuación excelente. ¿Te acuerdas de que te dije que casi era la primera de su clase? Pues bien, lo hubiera sido de no ser por hacer trampas en ese último examen. Y también le costó su beca para Harvard. No podía permitirse ir a la Universidad sin ella y todas las demás le dejaron tirada después de lo que pasó, incluida USC, donde iba a ir Kyle, como ya sabes. Así que acabó teniendo que ir al colegio de la comunidad.”

“Eso es realmente horrible,” dijo Jessie. “¿Se fue a algún sitio cercano al menos?”

“No, y Kyle esperaba que así fuera. Pensó que se quedaría cerca para ahorrar algo de dinero después de perderse Harvard, pero ella les sorprendió a todos. Se largó a alguna parte de Arizona. Creo que quería alejarse de todos los cotilleos que había en casa.”

“Eso es realmente triste. Ojalá le acabaran saliendo bien las cosas.”

“Oh, no te sientas demasiado mal,” dijo Teddy. “Creo que le acabó yendo bien. Después de todo, era muy atractiva e inteligente. Creo que leí en algún email que enviaron a los alumnos que ahora era abogada en Phoenix.”

“Me alegro de oír que le salieron bien las cosas al final,” dijo Jessie con neutralidad. “De lo contrario, me sentiría mal utilizando esa parte de la historia para su regalo de cumpleaños. Pero como ella está bien, quizá pueda hacer alguna referencia a cómo se llevó a la jefa de las animadoras al baile de promoción.”

“Eso le encantaría,” asintió Teddy.

“Estaba pensando que podría hacerlo en el club, pero ahora que va a reducir el tiempo que se pasa allí, puede que tenga que encontrar un buen restaurante como alternativa. ¿Alguna recomendación?”

“¿Reducir qué?” preguntó Teddy, perplejo. “¿De qué hablas?”

“¿No te dijo Kyle que a partir de ahora reduciría la frecuencia con la que

visita el club?”

“No,” dijo Teddy. “Me acordaría de eso, teniendo en cuenta el esfuerzo que hizo para meterse en ello.”

“¿Qué quieres decir?” preguntó Jessie, tratando de sonar como si no le importara demasiado.

“Es que, en fin, Kyle y yo nos conocíamos en el instituto, pero no éramos muy íntimos. Así que me sorprendió un poco cuando me llamó de repente un día.”

“¿Qué quería?” preguntó Jessie. Podía sentir como le bombeaba la sangre mucho más deprisa, pero intentó que su voz no le traicionara.

“Dijo que vosotros dos os ibais a mudar aquí y que había oído comentarios geniales sobre el Club Deseo. Quería saber cómo podía entrar.”

“¿Ya sabía algo de ello cuando hablasteis por primera vez?” le preguntó Jessie. “¿No le hablaste tú de ello?”

“No. Sabía todo al respecto y también que yo era un miembro. Tenía un montón de preguntas específicas.”

“¿Cómo cuáles?”

De repente, Teddy pareció sentirse incómodo de nuevo, como si hubiera desvelado algo que debía haber guardado en secreto.

“Cosas sin más,” dijo sin convicción.

“¿Qué tipo de cosas?” preguntó Jessie de nuevo, tratando de sonar juguetona.

Pero no le funcionó. Podía ver como Teddy se replegaba.

“Mira, de veras que tengo que volver con Daughton,” dijo él defensivo.

Jessie decidió que la hora del toque sutil se había terminado. Tenía que ir a por todas.

“Teddy, sé todo lo del club. Sé lo que pasa realmente allí.”

“No sé de qué me hablas,” dijo él, mirando por encima de su hombro en dirección a la puerta principal de su casa.

Jessie también miró hacia allí. Melanie no estaba allí, pero él estaba obviamente preocupado de que pudiera estar escuchando. ¿Realmente podía creer que su mujer no tenía la menor idea de lo que pasaba allí? ¿De las cosas que había estado haciendo?

“Tú *ya* lo sabes,” dijo Jessie. “Lo sabes porque te has estado aprovechando de lo que ofrecen. Te vi con esa morena en el recodo de las escaleras del comedor. ¿Cómo se llamaba—Kelsey? Me gustó mucho su minivestido, aunque no llevara puesto nada debajo de él.”

Los ojos de Teddy se abrieron de par en par y Jessie se dio cuenta de que se había acostumbrado de tal modo a que no le reprendieran por su comportamiento que no se le había ocurrido pensar que no era ningún secreto.

“Oye, no le puedes hablar de Kelsey a Mel,” dijo, con voz suplicante.

“No quiero hacerlo,” insistió Jessie. “Y no lo haré si no tengo que hacerlo. Pero necesito que me cuentes la verdad sobre Kyle.”

Teddy se la quedó mirando, tratando de calcular la seriedad con la que le hablaba. Decidió adelantarse a él y se puso a caminar en dirección a la casa.

“Veamos cómo reacciona Mel a la historietita del minivestido,” dijo por encima del hombro.

“Está bien, espera, detente,” susurró Teddy.

“Suéltalo,” dijo Jessie, dándose la vuelta. “Última oportunidad.”

“Bien. Escucha, puede que tu marido sea un hombre de negocios de éxito, pero también tiene ciertos deseos que prefiere guardar en secreto. Hace algún tiempo, me dijo que estaba aburrido de la vida matrimonial, que quería un poco de chispa. Alguien le había hablado de Deseo. Realizó sus averiguaciones y ya sabía todo al respecto cuando me llamó. Tenía preguntas muy concretas acerca de cómo podía disfrutar de todo lo que ofrecían allí sin arriesgar su reputación.”

“¿Me estás diciendo que la razón de que nos mudáramos aquí era para que él se uniera al club?” preguntó Jessie con escepticismo.

“Él es quien sugirió abrir esa oficina satélite y se ofreció a venir aquí. Sabía que tú nunca aceptarías el estilo de vida que él quería vivir. Dijo que tú eras super legal—sin duda nada de orgías o intercambios de pareja. Pero imaginó que, una vez estuvieras aquí, viviendo en una mansión imponente, con toneladas de ingresos a tu disposición, un bebé en camino, alejada de todo el mundo que conoces excepto él, sentirías que tenías que quedarte. Y si llegaras a descubrir algo sospechoso, para entonces estarías tan atrapada que simplemente tendrías que soportarlo. Eso no es muy inusual por aquí.”

Jessie le miró, preguntándose cómo podía ser tan denso como para no entender que lo que estaba describiendo estaba pasando en su propio hogar. Pero como él no se enteraba, ella no iba a decir nada. Su temor a que su mujer “descubriera” lo que de hecho ya sabía era su comodín en esta situación.

“¿Y el barco?” le exhortó.

“¿Cómo sabes nada del barco?” exigió él.

Algo le dijo a Jessie que no estaban hablando de la misma cosa así que decidió dejarle llevar la voz cantante, y evitar decir algo indiscreto.

“Dime,” dijo Jessie.

“Sabes, tú actúas como si fueras una santa, pero Kyle y tú tenéis más en común de lo que crees. Tú me amenazas con contarle a mi mujer lo de Kelsey. Kyle hizo lo mismo cuando se enteró de que la había sacado a dar una vuelta en mi barco unas cuantas veces.”

“¿Te acostaste con Kelsey en tu barco?” preguntó Jessie, tan sorprendida como asqueada.

“Mel se marea incluso cuando está amarrado,” dijo Teddy. “Sabía que ella nunca saldría conmigo. Solo me alegro de que no supiera nada de la función extra o seguramente me hubiera intentado chantajear con ello.”

“¿Función extra?” preguntó Jessie.

Teddy pareció entrar en pánico. Estaba claro que había dicho más de lo que quería decir.

“Umm, sí,” dijo, claramente inventándose una respuesta falsificada mientras hablaba. “Compré un sistema de navegación actualizado. Fue muy caro. No se lo dije a Mel. Si Kyle lo supiera, lo hubiera utilizado contra mí.”

“Teddy,” dijo Jessie, haciendo lo que podía para sonar reconfortante y presionarle al mismo tiempo. “Tienes todo el dinero que necesitas. Engañas a tu mujer con una camarera del club. Simplemente, no puedo creer que te importara un bledo lo que pudiera pensar sobre el nuevo sistema de navegación que has comprado. Cuéntame todo sobre la auténtica función extra o Mel se entera de todo sobre Kelsey. No voy a darte otra oportunidad. Y me estoy hartando bastante de tus patéticos esfuerzos por engañarme. Suéltalo todo *ya*.”

Se le quedó mirando fijamente, con una mirada penetrante. Durante un segundo largo y extático, se dio un silencio eléctrico entre ellos, mientras ella esperaba a ver si él se derrumbaba y se abría por fin.

*¿Es así como van a ser todos mis interrogatorios?*

El complicado cóctel de adrenalina, anticipación, y aprensión era más intoxicante que ninguna bebida que se hubiera tomado jamás.

“Tengo una cámara,” murmuró, cediendo por fin.

“¿Una cámara?” repitió Jessie, de pronto sin respiración.

“Sí, tengo una cámara de seguridad en el dormitorio. Se activa con el movimiento y algunas veces me gusta... repasar el metraje. Si supiera eso, no tengo duda de que lo utilizaría contra mí.”

Jessie no dijo nada.

Teddy pareció caer en la cuenta, aunque tardíamente, de la caja de Pandora



que había abierto y preguntó rápidamente, “¿no vas a decir nada acerca de eso, verdad?”

“Por supuesto que no, Teddy,” dijo ella, tratando de sonar lo más reconfortante posible. “Te prometí que, si eras honesto conmigo sobre Kyle, no le diría nada a Mel. Cumpliste con tu parte del trato, así que yo también lo haré.”

Teddy miró de nuevo por encima del hombro y Jessie supo que Mel debía estar en la puerta. Se dio la vuelta para ver un gesto de desdén en la diminuta cara de su amiga.

“¿Todo bien allí afuera?” preguntó Mel.

“Todo está muy bien,” dijo Jessie. “Tu marido solo estaba dándome buenas ideas para el cumpleaños de Kyle. Perdona el exceso de discreción al respecto.”

“¿No pensabas que pudiera guardar un secreto?” preguntó Mel.

“¿Tú? Claro, pero no estaba segura de cuánto podía captar el pequeño chico “bomba” que tienes ahí dentro. No quería correr ningún riesgo. ¿No es cierto, Teddy?”

Teddy asintió sin convicción.

“Y yo puedo contar contigo para no contar nada de esto a Kyle, ¿verdad?” añadió con énfasis adicional. “Realmente sería un fastidio si alguien acabara por revelar algo que no debe, ¿no estás de acuerdo?”

Teddy asintió con más entusiasmo esta vez.

“Muy bien, Tengo que irme. Os veo más tarde, chicos,” dijo Jessie mientras se metía a su coche.

Mientras salía de su aparcamiento, saludó con la mano a Mel, que no le saludó de vuelta. En vez de eso, se la quedó mirando con una mezcla de incertidumbre y superioridad.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

A Jessie le iba la cabeza a mil por hora. Con la nueva información sobre la razón por la que se habían mudado a Westport Beach, empezó a volver la vista atrás a la década anterior, mirando a través de un nuevo prisma. Hizo dos llamadas de camino a la marina donde estaba atracado el barco de Teddy. La primera fue para Lacey. Sorprendentemente, le respondió.

“Qué hay, querida” le dijo su amiga con entusiasmo.

Jessie se sorprendió de lo normal que sonaba la voz de Lacey, pero entonces se acordó de que no había hablado con ella durante unos días. Y eso estaba realmente muy bien, porque Jessie quería ir al grano y eso no sería posible si Lacey estuviera enterada de todo lo que estaba sucediendo.

“Hola a ti,” le contestó, asumiendo su voz más alegre mientras se pasaban los primeros minutos de conversación poniéndose al día.

Solo cuando supo que no resultaría demasiado extraño, le planteó la pregunta que había querido hacerle desde el principio.

“Eh, ¿te puedo hacer una pregunta al azar?”

“Son mi clase favorita,” dijo Lacey.

“Kyle y yo le estábamos contando a un vecino cómo nos conocimos y mencionamos cómo acabamos saliendo por primera vez. Me recordó que se suponía que yo iba a salir a una cita esa noche con algún chico que me dejó plantada. ¿Tú te acuerdas de eso?”

“Por supuesto.”

“¿Cómo se llamaba ese chico?” trató de recordar Jessie.

“Khalid. Estaba en segundo año.”

“Correcto, Khalid.

“¿Y no acabaron echándole del instituto o alguna locura así?”

“Eh, sí, pero no solo eso. Quizá no te acuerdes porque Kyle estaba muy ocupado encandilándote, pero acabaron deportando al chico.”

“¿Cómo?” preguntó Jessie, incrédula. “¿Cómo es posible que no me enterara de eso?”

“El instituto intentó guardar silencio al respecto. Solo me enteré de todos los detalles meses después. Le detuvieron por vender drogas. Se encontraron con una cantidad enorme de drogas en su habitación del dormitorio. Estaba aquí con un visado de estudiante y era de Jordania. Se lo retiraron y le deportaron en menos de una semana.”

“¿Cómo se enteraron de lo que tenía en su habitación?” preguntó Jessie. “Es

que vamos, podían haber detenido a la mitad de los chicos del instituto, incluida yo, por lo que almacenábamos en los cajones para calcetines.”

“Ya ha pasado un buen tiempo y no recuerdo todos los detalles, pero creo que se debió a una llamada anónima.”

“Qué raro,” dijo Jessie. “¿Quién sabría algo así como para denunciarlo?”

“¿Crees que eso es raro?” le contrapuso Lacey. “¿Qué hay de esto? Khalid era un musulmán devoto. Por lo que tengo entendido, ni siquiera había probado el alcohol en toda su vida, mucho menos tomado drogas. Sus amigos dijeron que la idea de que él fuera un traficante era increíblemente ridícula. Pero se fue tan deprisa que nunca tuvo la oportunidad de montar su defensa.”

“No tenía ni idea.”

“Bueno, es que tú estabas perdida y enamorándote por aquel entonces. No me acuerdo de que le prestaras atención a mucho más que Kyle por aquel tiempo.”

“Claro, supongo que no,” asintió Jessie, preguntándose a qué otras cosas no les había estado prestando atención.

“Eh, ¿estás bien, cariño?” preguntó Lacey. “Suenas preocupada.”

“No, estoy bien,” le aseguró Jessie rápidamente. “Supongo que solo me siento mal por ignorar hasta ese punto lo que estaba sucediendo por aquel entonces.”

“No te sientas demasiado culpable. Sé que venía de una familia bien conectada. Creo que acabaron trasladándole a una universidad inglesa.”

“Me alegro de oír eso,” dijo Jessie, contenta de haber despistado a su amiga. “Escucha, me tengo que ir corriendo, pero quedemos de nuevo pronto, ¿vale? Echo de menos pasar tiempo contigo.”

“Hecho,” escuchó decir a Lacey en el momento que desconectaba la llamada.

En el siguiente semáforo, sacó la tarjeta de visita del Detective Ryan Hernández de su bolso y marcó el número. Fue directo al buzón de voz.

“Hola, Detective,” dijo. “Soy Jessie Hunt, la alumna de la clase del profesor Hosta que resolvió tu caso de estudio. Lamento molestarte, pero tenía una... pregunta para las fuerzas de la ley que esperaba poder hacerte. ¿Puedes llamarme de vuelta cuando tengas un momento libre? Gracias.”

Pensó en volver a llamar con más detalles, pero para entonces, estaba entrando al aparcamiento del puerto y decidió que cuantos menos detalles contara, más segura se sentía por el momento.

\*

No fue difícil entrar al barco de Teddy. Un tipo mayor con aspecto curtido abrió la puerta de seguridad para ella sin hacerle preguntas, y el guardia que vagabundeaba por el muelle no le miró ni dos veces mientras ella caminaba con determinación por su lado.

Cuando se montó al barco, se dirigió directamente al dormitorio, asegurándose de no mirar a la cama propiamente dicha. Solo le llevó unos segundos encontrar la cámara oculta, que no estaba tan oculta como fuera de la vista, acurrucada en una pequeña estantería para libros entre dos tomos.

Por lo que podía ver, tenía una visión clara de toda la cama y de la mayor parte del camarote. Ahora lo único que tenía que hacer era encontrar una manera de acceder al metraje que había en ella. Pensando en lo que sabía sobre Teddy, no fue difícil de adivinar donde podía haber dejado las instrucciones de la cámara. Hubiera querido que Mel no le viniera con preguntas sobre sus razones para tener ese aparato así que habría guardado la información en el barco, al que era improbable que ella viniera y lo descubriera.

En unos minutos, encontró un armario con una caja de plástico sobre la que habían escrito “Papeles.” Dentro, había varios sobres de manila. Sobre uno de ellos podía leer “docs barco”. Otro decía “docs buceo”. El que había abajo del todo solo decía “docs cámara”.

Decidió abrirlo y encontró la página con el listado de toda la información sobre la página web y la app de la cámara. Justo debajo de eso, había un espacio para que el propietario escribiera su nombre de usuario/dirección de email y contraseña. Allí estaba escrita a mano con buena caligrafía la dirección de email, [TeddyCWestport@deseo.com](mailto:TeddyCWestport@deseo.com), seguida de la sofisticada contraseña, “TeddyCWestportcamarabarco.” Jessie agradeció en silencio que Teddy fuera un tipo tan simple.

Jessie introdujo los datos en la app de la cámara y se emocionó al ver que su acceso funcionaba perfectamente. Apareció en pantalla un historial de los videos de los últimos seis meses. Hizo un barrido cronológico hasta llegar cinco días atrás y encontró la marca de la hora para las 10 de la noche, la última vez que recordaba estar consciente.

Decidió irse a un lugar más privado para ver las grabaciones, así que colocó todo donde se lo había encontrado a toda velocidad y salió del barco, intentando parecer lo más indiferente posible. A medida que descendía por el

muelle, pasó por el punto donde Natalia y ella habían discutido y donde ella había acabado por colapsar. Al verlo, surgió en su mente un comentario que Kyle había hecho esa noche. Mientras la recogía del suelo para llevarla al barco de Teddy, dijo, “es el lugar ideal. Tenemos suerte de que esté justo aquí.”

*De lo más conveniente.*

Cuando Jessie regresó a su coche, abrió de nuevo la app y vio el video. Recomenzaba a las 10:09 de la noche, con Kyle llevándola en brazos hasta el camarote, colocándola sobre la cama, y arropándola con las sábanas. Salía del dormitorio y después de unos treinta segundos sin movimiento alguno, el video terminaba.

El siguiente video comenzaba dieciocho minutos más tarde, a las 10:27, donde se veía cómo Kyle llevaba otra mujer a la habitación, con su cabeza colgando sobre su brazo. Claramente, era Natalia. Jessie no pudo evitar notar lo impasible de la expresión de Kyle, como si simplemente estuviera tirando la basura en el codo de la carretera.

La puso sobre la cama junto a Jessie, que no había cambiado de posición desde el video anterior. Entonces agarró cada uno de los dedos de Jessie y arañó con sus uñas el cuello de Natalia.

Jessie detuvo brevemente el video al ver que la magnitud de esa acción amenazaba con derrumbarla. Se le retorcieron las tripas de asco y tuvo que bajarse del coche durante un minuto para recuperar la compostura. Cuando supo con certeza que podía enfrentarse a ello, le dio de nuevo al botón de reproducir.

El video regresaba al punto en que Kyle estaba terminando con sus arañazos. Cuando eso estuvo hecho, hizo rodar el cuerpo de Natalia hacia un lado y lo cubrió también con las sábanas. Entonces cerró el pestillo del camarote y echó la cadena. Después de eso, abrió la enorme ventana, trepó para salir por ella, y cerró la ventana al salir. Unos segundos después, el video se cortaba.

Había un nuevo video de la mañana siguiente mientras Jessie se despertaba del todo. Era perturbador observar un incidente que ella misma había experimentado desde tal posición de distancia, sobre todo sin ningún sonido para darle contexto. Sin embargo, era como ella lo recordaba: el lento regreso a la conciencia seguido de su descubrimiento de la mujer que había junto a ella y finalmente, del descubrimiento de que la mujer, a quien reconocía, estaba muerta.

Se vio a sí misma destrabando la cadena y el picaporte, a Kyle entrando con aspecto confundido, y después conmocionado. Le vio cerrar la puerta, hablar con ella, ayudarle a sentarse sobre la cama y hablar con ella un poco más. Jessie se acordó de que fue más o menos en este momento cuando propuso deshacerse del cuerpo de Natalia.

Le vio maniobrar alrededor del cadáver para mirar por la gran ventana. Pero esta vez, desde el ángulo de la cámara, que era diferente al suyo durante esa horrible mañana, percibió algo nuevo. Mientras Kyle miraba por la ventana, echó el pestillo.

Unos instantes después, mientras hablaba un poco más con ella, le decía que solo ella podía haber cometido ese asesinato porque la puerta y las ventanas estaban cerradas con pestillo. Pero tenía pruebas delante de ella de que él había salido por la ventana, la había trancado a escondidas más tarde, y después había intentado convencerla de que ella era responsable por el crimen porque todo estaba cerrado.

Puede que no tuviera el video donde se le viera estrangular a Natalia, pero lo que tenía sin duda sugería que él—su propio marido—estaba intentando hacerle parecer *a ella* culpable de ello. El video se detuvo de nuevo. Regresaba después cuando Kyle, y solo Kyle, regresaba para llevarse el cadáver de Natalia del camarote.

El siguiente clip era de más tarde esa mañana, cuando Kyle regresó al dormitorio una vez más para cambiar las sábanas. Después de eso, el único video que quedaba era de Jessie esa misma mañana, cuando había entrado al camarote para descubrir la cámara.

Se quedó sentada en su coche largo tiempo, pensando en cómo proceder. Parte de ella, la parte desesperada y en pánico, solo quería eliminar todo este asunto. Hasta el momento en que ella había visualizado el metraje, tenía una marca de “no visto”, así que sabía que ella era la única que lo había visto por el momento.

Pero cuanto más tiempo estaba allí sentada, a medida que el sol de última hora de la tarde empezaba a oscurecerse sobre el horizonte, menos ganas sentía de tirar el video. En vez de eso, un plan empezó a decantarse en su mente. Cuanto más pensaba en ello, más le gustaba, a pesar de los enormes riesgos que implicaba.

Mientras los últimos destellos de sol se hundían debajo del Océano Pacífico, se decidió a ir a por ello. Ya llevaba demasiado tiempo en la ignorancia. Ahora se iba a encargar de su propio destino, sin que importaran

las consecuencias.

Dio marcha al coche y salió a toda pastilla del aparcamiento.

## CAPÍTULO TREINTA

Jessie se sentía tan pletórica de adrenalina nerviosa que hasta que empezó a entrar a su vecindario no notó el mensaje de voz que le había dejado el Detective Hernández.

Parecía que le hubiera llamado mientras estaba en el barco, que no tenía una buena recepción para celulares, por lo que ni le había sonado el teléfono.

Estaba a punto de mirarlo cuando recibió una llamada. Era del doctor Farah, el joven ginecólogo que le había dicho que había perdido a su bebé aquel día en el hospital. Dejó que fuera directo al buzón de voz. Entonces, escuchó los dos mensajes.

El mensaje de Hernández era breve pero su voz sonaba apresurada. “Siento no haber respondido a tu llamada. Encantado de contestar las preguntas que pueda. Llámame de vuelta cuando tengas un minuto.”

El mensaje del doctor Farah era algo más largo y también iba directo al grano.

“Hola, señora Hunt,” decía, sonando más profesional y entero de lo que resultaba en persona. “Hoy recibimos su análisis de sangre y encontramos ciertos... resultados inusuales. Encontramos un medicamento inesperado en su sistema. Esperaba que pudiera pasar mañana por aquí. Me gustaría hacer de nuevo las pruebas para asegurarnos de que no ha habido ningún error. Por favor, llámeme en cuanto le sea posible.”

*Eso era extraño.*

¿Qué tipo de medicamento podía ser tan inesperado? Aparte de la vitamina prenatal que estaba tomando en ese momento, Jessie no había tenido ningún cambio de medicación desde la revisión que hizo la doctora Lemmon del antidepresivo hacía dos meses.

Se sintió tentada de llamarle de vuelta en ese mismo instante, pero estaba entrando al patio de su garaje. Abrió la puerta del garaje y vio que el coche de Kyle ya estaba allí. La llamada tendría que esperar. Este no era el momento de estar distraída. Necesitaba mantener toda su concentración en lo que estaba a punto de hacer.

Aparcó el coche junto al de Kyle, puso el teléfono en modo silencioso, encendió la grabadora, y entró a la casa. Kyle no estaba ni en la cocina ni en la barra de los desayunos, pero vio una botella de bourbon abierta sobre el mostrador.

“Kyle, estoy en casa,” dijo en la voz más casual de la que era capaz.



“Aquí,” dijo él desde la sala de estar.

Entró y se lo encontró tirado de manera casual sobre el sofá, con un vaso casi vacío en la mano. Sobre la mesita de café que tenía delante de él, había dos paquetes de sushi del supermercado. Uno de ellos estaba más bien vacío, y el otro sin abrir. Detrás suyo, un fuego azotador, completo con troncos que crujían, ardía en la chimenea.

“El primer fuego de la temporada,” notó Jessie, tratando de sonar juguetona. “Supongo que estos inviernos tan brutales del sur de California lo necesitan. Creo que esta noche puede que haya menos de 15 grados.”

“Te traje algo para cenar,” dijo Kyle, ignorando su intento de bromear mientras asentía hacia la mesa. “Pero no apareciste.”

Ella percibió la ralentización en su voz y se preguntó cuántos tragos de bourbon se habría tomado ya. Fingió no enterarse.

“Ya lo veo. Si hubiera sabido que ibas a tomar la iniciativa, hubiera tratado de regresar antes.”

“¿Dónde estabas?” le preguntó exigente Kyle. “¿Por qué vuelves tan tarde?”

“Me encontré con mucho tráfico en mi camino de regreso de las prácticas. Y después me detuve en la universidad para comprobar una cosa en la biblioteca. No me llamaste, o me hubiera saltado la última parada y hubiera venido derecha a casa. Ya sabes cómo me gusta el sushi. Y ahora puedo comerlo de nuevo.”

Había cierto tono mordaz en esa última frase que desearía haberse guardado. Pero el mensaje del doctor Farah seguía dándole vueltas en la cabeza y le había llevado a una idea.

*¿Y si el medicamento inesperado en mi sistema no hubiera llegado allí por accidente?*

Kyle pareció no notar su tono. Dio otro sorbo a su trago antes de hablar de nuevo.

“Será mejor que empieces, ha estado aquí fuera durante un rato.”

“Claro, solo deja que me ponga cómoda,” dijo ella, regresando a la cocina para dejar su bolso y quitarse la chaqueta. Se aseguró de que su teléfono, que tenía en el bolsillo de sus pantalones, no fuera visible antes de que regresara.

“No creo que estés siendo del todo sincera conmigo,” dijo Kyle cuando regresó.

“¿De qué hablas?” le preguntó lo más inocentemente que pudo, teniendo en cuenta el repentino escalofrío que le recorrió el cuerpo.

“Tú casi nunca apareces tarde. Y cuando lo haces, siempre me llamas para

decírmelo. El hecho de que no lo hicieras me hace desconfiar de donde podías estar. ¿Debería desconfiar, Jessica?”

Ahora sonaba todavía más borracho que antes, pero la tensión en su pregunta le hizo preguntarse si estaba borracho de verdad o solo fingiéndolo para que ella bajara sus defensas. No había nada que le resultara imposible en este momento.

“¿Aparezco tarde en una ocasión y me sometes a un interrogatorio?” le contradijo ella. “No me acuerdo de cuántas veces has salido hasta tarde sin decírmelo. Entiendo que estés molesto por el aborto, pero haz el favor de no buscar razones para meterte conmigo.”

Se detuvo por un momento, debatiéndose sobre si continuar o no. Si decía su siguiente frase, no habría manera de volver atrás. Claro que sospechaba que su marido había matado a una mujer y que estaba haciendo que ella pareciera la culpable.

*En este momento, ¿a qué es a lo que vamos a volver de todas maneras?*

“Y por favor,” continuó Jessie antes de que él le pudiera responder, “no me culpes a mí de que todo tu plan se haya ido al carajo.”

Los ojos de Kyle se achinaron y se sentó más derecho.

“¿Qué plan?” le preguntó bruscamente.

Ella notó que su voz todavía sonaba lenta, lo que sugería que su borrachera era auténtica. No estaba segura de si eso era algo bueno o malo, pero tenía la sensación de que estaba a punto de descubrirlo.

“Tu plan para culparme a mí del asesinato de Natalia,” dijo ella, dejándolo ahí, para observar su reacción.

Sus ojos se abrieron de par en par al hablar, aunque su voz estaba calmada.

“¿De qué estás hablando?”

Ella presionó, consciente de que solo tenía una breve ventana para obtener una reacción genuina antes de que se recompusiera y se metiera en el papel de encubridor.

“Ya sabes, cómo mataste a esa joven camarera, y después intentaste convencerme de que lo había hecho yo, aunque estuve inconsciente todo el tiempo.”

Podía afirmar solo con mirarle a los ojos que, a pesar de la niebla del alcohol, ya se había recuperado y estaba pensando en lo que iba a hacer a continuación, ahora que su fingida ignorancia lo le había dado resultado. Sin embargo, lo que dijo realmente le sorprendió.

“Teddy me obligó a hacerlo,” dijo, con la voz llena de vergüenza.

“¿Cómo?” dijo ella, perpleja.

“Ya sé que esto no me absuelve,” dijo, con la cabeza gacha, negándose a hacer contacto visual. “Pero no estaba seguro de qué hacer—entré en pánico.”

“¿Qué estás diciendo?”

“Teddy estaba acostándose con Natalia,” dijo, con una voz apenas más alta que un susurro. “Cuando regresé al barco esa noche después de hacerme con algo de agua y un ibuprofeno para ti, le encontré debajo de la cubierta con ella a sus pies. La había estrangulado. Me dijo que le iba a hablar a Mel de ellos y que perdió los estribos. Le dije que teníamos que ir a la policía, pero se puso en contra de mí. Me dijo que debíamos culparte a ti; que no recordarías lo que había pasado esa noche después de tu discusión con Natalia y que si yo intentaba convencerte de que lo habías hecho, me creerías. Me dijo que te convenciera de que eras culpable y después arrojara el cadáver. Me negué. Entonces se puso por las malas y me dijo que si no lo hacía, tú y el bebé estaríais en peligro; que nunca sabría cuándo o cómo, pero que pagarías por ello si no seguía con su plan. Era como si se tratara de una persona diferente.”

Jessie intentó procesar si esto era siquiera posible. Ella estaba inconsciente en el momento en que se suponía que había pasado todo esto así que no había manera de saber si lo que había descrito Kyle era lo que había sucedido. La cámara en el barco no mostraba el camarote principal así que no había modo de verificar la historia.

Kyle tomó su silencio por escepticismo y siguió presionando.

“Teddy dijo que si te lo contaba todo, estarías en peligro. Por eso tenía dudas de decir nada hasta ahora. Y es por eso que he estado tan distraído últimamente. Primero sucede eso, ¿y después pierdes el bebé? Me sentía totalmente perdido. Y Teddy me visitó en el hospital para advertirme de que no me pasara de listo, que, aunque hubieras tenido un aborto, podía hacerte daño a ti. Fue de lo más frío al respecto.”

Jessie le estaba dando vueltas a sus palabras en la cabeza. Aunque técnicamente toda esa historia fuera posible, había algo que no encajaba del todo. Primero, conocía a Teddy Carlisle. Y a menos que fuera el mejor actor del mundo, no le parecía el tipo de hombre al que se le pudiera ocurrir un plan como ese. Era débil y taimado, y también era algo lento mentalmente. No se creía ni por un momento que fuera capaz de tales maniobras maquiavélicas.

Y aunque ella no tenía razones para dudar de la honestidad de su marido hasta hace poco, una década de conocerle le había demostrado una cosa. Pensaba a toda velocidad. Lo había visto en muchas ocasiones en su vida

laboral—su capacidad para relajar a supervisores o clientes. Era un don. Pero, por alguna razón, nunca se le había ocurrido que pudiera utilizar ese mismo don con ella. Hasta ahora.

“No te creo, Kyle,” dijo con realismo. “No es que Teddy tenga precisamente la mente de un líder criminal. Y cuando hablé con él esta tarde, no actuó como un hombre que estuviera encubriendo el asesinato de su amante y que hubiera amenazado mi vida. Prueba de nuevo, cariño.”

Vio cómo un atisbo de ira atravesaba los ojos de Kyle, seguido de una momentánea confusión. Eso fue reemplazado rápidamente por una expresión que no pudo identificar en un principio.

“Muy bien,” dijo con tono resignado. “Voy a serte sincero. Claramente he perdido tu confianza y voy a contártelo todo con la esperanza de que veas las cosas desde mi perspectiva.”

“Soy todo oídos,” contestó ella.

“Es bastante simple. Me acosté con Natalia,” dijo, negándose a mirarle a la cara. “Solo fue una vez, pero lo hice. Fue una noche en la que alguien del club me dio un éxtasis. No sé por qué me lo tomé. Me dije a mí mismo que fue para ganar clientes, pero ya no estoy realmente seguro. De todos modos, antes de que me diera cuenta ahí estaba... con ella. Lo lamenté de inmediato. Intenté olvidarme de ello. Evité el club. Esa fue una de las razones por las que acepté dejar de ir. Dejé que creyeras que era porque tú me lo habías pedido, pero esta era una razón igual de importante. Y entonces la noche de la fiesta, se me acercó. Me dijo que te lo iba a contar todo. Le supliqué que no lo hiciera y pensaba que le había convencido. Pero, cuando regresé más tarde al barco con el agua y la medicina, allí estaba, a punto de abrir la puerta del camarote. Supongo que perdí el control.”

“¿La estrangulaste?” preguntó Jessie.

“Estaba muy furioso. Esta mujer estaba intentando destrozar mi familia y yo... en fin, no pude detenerme a mí mismo.”

“¿Y después me culpas a mí?” exigió Jessie.

Kyle asintió y cuando estaba a punto de empezar a hablar de nuevo, ella notó la misma expresión en su cara, esa que no había podido identificar antes. Solo que ahora sí podía. Era determinación. Eso le resultó algo peculiar, considerando que acababa de confesar.

“Me quedé allí con su cadáver durante un rato,” admitió. “Debatí conmigo mismo sobre si debía llamar a la policía. Y entonces se me ocurrió esta idea, como un relámpago, una manera de deshacerme de la amenaza que ella

suponía y de impedir que te marcharas. Estaba en un lugar tenebroso, me avergüenzo de confesarlo. Pero cuando me desperté y vi el cadáver, estaba decidido.”

Dejó caer la cabeza hacia delante y se acurrucó en la butaca que había junto al sofá donde estaba ella sentada. Parecía totalmente apagado. Y aun así...

*No puedo verle la cara. No sé lo que está pensando.*

“No puedo evitar pensar que ha sido el estrés de todo esto lo que te ha hecho perder el bebé,” murmuró en voz muy bajita. “Y no sé cómo voy a poder vivir con ello.”

Y ahí es cuando lo supo por fin. Casi la había engañado por un segundo. Pero se pasó solo un poco de más, trató de provocarle un poco más de compasión de la debida.

“Mencionar el aborto fue un error, cariño,” dijo, impresionada ante la carencia de emoción en su propia voz. “Me recordó a la auténtica razón de que sucediera: me drogaste. Fuera lo que fuera que pusiste en ese champán me puso de lo más volátil. Y entonces me colocaste en una posición en la que el conflicto con Natalia era casi inevitable. Lo preparaste para que todo el mundo pudiera verme enfadada con ella. Y entonces, la droga en cuestión me dejó inconsciente, muy convenientemente justo al lado del barco de Teddy. Tú me drogaste. Tú planeaste mi explosión en público. Tú planeaste que acabara en ese barco. Seguramente trajiste allí a Natalia mientras yo dormía. Entonces la mataste y trataste de culparme a mí. Pero no te esperabas que la droga que me habías dado me hiciera abortar. Y no podías saber que el doctor del hospital me llamó para hablarme de una medicación inesperada en mis análisis de sangre. *Tú* eres el que hizo todo esto. Y yo me pregunto por qué.”

Se sentó enfrente de ella con la cabeza gacha durante varios segundos antes de moverse ni un milímetro. Entonces rebuscó en el bolsillo y durante un instante, Jessie pensó que iba a sacar un arma. Pero solo era ese asqueroso clip para billetes con el signo del dólar encima. Lo arrojó sobre la mesita de café y elevó la mirada. Sus ojos centelleaban con algo parecido a la travesura.

“Ya sé que odias ese chisme,” dijo suavemente. “Pero tenía que sacarlo. Se me estaba clavando en el muslo y me impedía concentrarme.”

“¿Concentrarte en qué?”

“En qué hacer a continuación,” dijo. “Después de todo, las cosas no pueden seguir así, ¿verdad?”

Jessie sintió cómo ascendía la rabia por su garganta y por primera vez, decidió que ni siquiera iba a intentar reprimirla.

“¿Quieres decir conmigo viviendo con un hombre que ha matado a una chica, me ha inculcado por ello, y me ha dado una droga que me ha hecho perder mi niño nonnato? Pues sí, diría que esto son buenas razones para la ruptura.”

“Me preguntaste por qué,” le recordó él, impasible ante su tono. “¿De verdad quieres saber la respuesta, Jessica?”

“De verdad.”

“Muy bien,” dijo. “Aunque no estoy seguro de que te vaya a gustar. Allá va. Me he cansado de ti. Estoy cansado de estar casado contigo. Solo quería un poco de diversión, animar las cosas. Oí hablar sobre este club que hacía este tipo de cosas posibles, pero supe que jamás aceptarías.”

“¿Un matrimonio abierto?” preguntó. “Oh, eso es de lo más perspicaz por tu parte.”

“Lo haces todo muy difícil, Jessie. Tienes todos estos demonios que te acechan. El trabajo que quieres hacer forma parte de este mundo oscuro y te deprime. Solo quería pasármelo bien, jugar un poco. Pensé que a lo mejor lo aceptarías. Y entonces, cuando fue obvio que no lo ibas a hacer, decidí hacerlo por mi cuenta. Pero tú hiciste que hasta eso fuera miserable.”

“¿Por qué no simplemente dejarme si eras tan desgraciado?” le preguntó.

“No puedo hacer eso, Jessica. Ya sabes que en mi empresa no les hacen ninguna gracia los matrimonios fallidos. Nadie que estuviera divorciado se ha convertido jamás en socio. Con el tiempo, acaban por deshacerse de todos. Pero los hombres felizmente casados, especialmente los que tienen pequeñines, parecen ascender por la jerarquía a velocidad de vértigo. No podía poner eso en peligro, así que se me ocurrió un plan.”

“¿Forzarme a ser la mujercita perfecta?” le ofreció Jessie.

“Exactamente. No fue mi primera elección, pero supuse que si temías que al dejarme o mudarte a otra parte podías acabar cumpliendo con una sentencia, encontrarías la manera de adaptarte. Y cuando naciera el bebé, estarías ya tan integrada en la comunidad que abandonarías la idea de mudarte de vuelta a la ciudad.”

“Entonces, ¿mataste a alguien para mantenerme a raya?” preguntó, apenas capaz de procesar lo que había dicho.

“Tiempos desesperados, medidas desesperadas,” dijo, encogiéndose de hombros. “Razón por la que la siguiente parte se va a poner un poco fea.”

“¿Qué significa eso?” preguntó Jessie, mientras se le erizaba el cabello detrás del cuello.

“Lo que significa, querida mía,” dijo Kyle, poniéndose de pie, “es que este asunto va a terminar muy mal para ti.”

## CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Jessie también se puso de pie, intentando anticipar lo que fuera que pudiera pasar a continuación, pero no estaba preparada cuando Kyle se adelantó rápidamente, extendió el brazo por encima de la mesa de café, y le dio un puñetazo en toda la mandíbula.

Le zozobraron las piernas y se volvió a derrumbar sobre el sofá mientras solo veía miles de estrellas delante de sus ojos. A pesar de que el dolor le invadía el torso, trató de incorporarse del sofá. Sin embargo, antes de que hiciera ningún progreso, le tenía encima de ella. Le golpeó otras dos veces más en la cara y ella se cayó hecha una bola, conmocionada e incapaz de moverse.

No podía ver pero, por encima de la ráfaga de ardiente dolor en sus oídos, le escuchó moviéndose por allí cerca. Después de un minuto, le tenía encima de ella de nuevo. Sintió cómo le juntaba las dos muñecas y se las ataba con cinta adhesiva. Entonces hizo lo mismo con sus tobillos.

Parpadeó para librarse de las lágrimas que tenía en los ojos y vio cómo Kyle revisaba su teléfono.

“Supongo que te preguntas cuál es el plan ahora,” dijo con una voz más relajada de lo que cabía esperar, dadas las circunstancias. “Por desgracia, parece que voy a tener que optar por el plan D. ¿O es el E?”

La miró como si esperara una respuesta de ella, y después se debió dar cuenta de que ella estaba incapacitada para hablar. Kyle continuó.

“El Plan E es hacer que parezca que una de las explicaciones que te di antes es real. Verás, a efectos de la coartada para esta noche, *fue* Teddy quien fue infiel con Natalia. Él *fue* quien amenazó tu integridad física cuando descubrí que la había matado. Y después de que fueras a hablar con él, se dio cuenta de que tenía que cumplir con lo prometido. Así que vino hasta aquí y te disparó con un arma sin registrar que acabo de comprar la semana pasada. Yo estaba arriba y bajé corriendo. Cuando vi lo que había pasado, fui a por él. Me disparó, pero seguí peleando. Forcejeamos, nos pegamos por el arma. Se disparó y le mató. Llamé a la policía, destrozado por lo que había sucedido, el único superviviente del descenso de mi compañero de clase hasta el delirio. Es todo muy triste, la verdad.”

Jessie intentó decirle que no se iba a salir con la suya ni loco, pero solo le salió un grito ahogado.

“Lo que me recuerda,” dijo mientras cortaba otro trozo de cinta adhesiva y



se la colocaba sobre la boca. “No puedo dejar que le avises llamándole por teléfono o algo así. Ya sé que es incómodo y lo lamento. En otras circunstancias, te pegaría un tiro ahora mismo para sacarte de tu miseria. Pero para que esto quede bien, los dos tenéis que morir más o menos al mismo tiempo. Lo último que necesito es un forense curioso que note que las horas de fallecimiento no encajan con mi historia. Así que tendrás que esperar hasta que llegue aquí para que termine todo esto. Además, ¿a quién más puedo contarle mi plan maestro? Después de esta noche, tendrá que ser mi pequeño secreto. ¿Puedes criticarme por presumir un poco delante de alguien que no va a poder decir ni palabra? Y si yo no presumo de mí mismo, nadie más lo hará.”

Había dado con el número de Teddy y estaba a punto de llamar cuando sonó el timbre de la puerta. Jessie observó cómo Kyle desaparecía para ir al recibidor. Un momento después, regresó.

“No te vas a creer esto,” susurró. “Mel está en nuestra puerta y parece bastante molesta. ¿Crees que debería dejarla pasar?”

Jessie sacudió la cabeza con fuerza de uno a otro lado, lo que envió punzantes ráfagas de dolor por todo su cráneo.

“Entiendo,” dijo con expresión de simpatía, mientras el timbre sonaba de nuevo. “No quieres que le pase nada malo a tu amiga, pero puede que esto acabe encajando perfectamente. Tendrá más sentido si Teddy recibe una llamada para venir a buscar a su mujer. Y entonces, cuando realicen la investigación más adelante, parecerá menos sospechoso que si yo le hubiera llamado desde mi teléfono. Claro que eso quiere decir que Mel también tiene que morir. Pero siempre se me puede ocurrir una historia para encubrir eso también. Me estoy convirtiendo en todo un experto. Enseguida vuelvo.”

Se dirigió hacia la puerta principal, ignorando los gruñidos casi inaudibles de protesta de Jessie. Cuando ya se había marchado, miró a su alrededor, buscando desesperadamente algo con lo que alterar la dinámica.

Se maldijo a sí misma por la arrogancia que le había hecho pensar que podía obtener una confesión de Kyle y salir de rositas de la casa. Casi diez años junto a él le habían hecho demasiado confiada e indulgente, pero él no era la misma persona que ella había conocido en su día.

Había visualizado cómo se enfrentaba a Kyle por sus crímenes, salía de estampida de casa e iba directa a la comisaría de policía. ¿Realmente había pensado que se quedaría tan petrificado que le dejaría marcharse sin más? ¿Se imaginó que mientras él se contraía en una bola de culpabilidad, ella podría llamar al 911 sin problemas? Apenas podía comprender su propia idiotez.

*¡Para ya! Esto no te va a ayudar ni a ti ni a Mel. Encuentra una solución, ¡rápido!*

Jessie se obligó a sí misma a echar un vistazo por la habitación una vez más, esta vez concentrándose en encontrar algo con lo que pudiera cortar la cinta adhesiva. El atizador de la chimenea era demasiado aparatoso y estaba demasiado lejos. Jamás lo alcanzaría a tiempo, mucho menos tendría tiempo de usarlo. Había un jarrón de cristal enorme sobre el tapete. Sin embargo, alcanzarlo, tirarlo al suelo, y encontrar la esquirra de cristal apropiada con la que liberarse parecía imposible, incluso aunque tuviera tiempo de intentarlo.

Entonces sus ojos recayeron en el clip del dinero de Kyle, la parte superior del símbolo “\$” centelleando a la luz de la chimenea. Se lo había sacado de los pantalones porque se le estaba clavando. Los bordes eran demasiado afilados.

Al tiempo que escuchaba como Kyle abría la puerta principal, se inclinó hacia delante y se lo guardó en sus puños cerrados.

“Hola, Mel,” dijo Kyle desde el recibidor. “Pareces disgustada. ¿Anda todo bien?”

“¿Puedo entrar?” preguntó, sonando como si estuviera a punto de enfadarse. “Tengo que hablar de algo con Jessie.”

“Por supuesto,” respondió, sin una preocupación en el mundo entero. “Pasa adentro, está en la sala de estar. ¿Puedo hacer algo para ayudarte?”

“No. Esto es una cuestión de mujeres.”

Jessie podía escuchar cómo caminaba Mel en su dirección, totalmente inconsciente de cómo Kyle cerraba y echaba el pestillo a la puerta por la que acababa de entrar. Mientras esperaba a que su amiga entrara a la habitación, Jessie bajó la mirada para asegurarse de que no se pudiera ver el clip del dinero.

Mel dobló la esquina, vio a Jessie sentada en el sofá, atada y con el rostro ensangrentado, y abrió la boca para gritar. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, Kyle apareció por detrás de ella, le agarró por la nuca, y le golpeó la cabeza contra la pared. Se cayó al suelo con un golpe seco.

Kyle se inclinó y presionó su oreja contra su pecho mientras le comprobaba el pulso. Después de un momento, elevó la vista.

“Sigue con vida,” dijo alegremente. “Gracias a Dios. Eso hubiera complicado las cosas.”

Jessie observó mientras rebuscaba en el bolsillo de Mel y sacaba su teléfono. Marcó el número y esperó, sonriéndole agradablemente a Jessie

mientras sonaba.

“Eh, amigo,” dijo cuando le respondió Teddy. “No te asustes, pero tu mujer me pidió que te llamara. Vino aquí para hablar con Jessie, pero se resbaló en las escaleras y se ha hecho una buena torcedura de tobillo. La llevaría de vuelta, pero Jessie está realmente disgustada por el aborto. Está super deprimida. La verdad es que me da miedo dejarla a solas. ¿Puedes acercarte en un momento a recoger a tu mujer?”

Esperó mientras Teddy le respondía, arrodillándose casualmente sobre el cuerpo inconsciente de la mujer de su amigo.

“No, no creo que haga falta que despiertes a Daughton. Ya sé que no quieres dejarle solo, pero estamos hablando de diez minutos como mucho. Ni se va a enterar de que te has ido.”

Escuchó de nuevo, y después asintió.

“Muy bien, amigo. Hasta pronto.”

Colgó el teléfono y se pasó la mano por la frente, como para secarse un sudor fingido de ella.

“Faltó poco. Por un minuto, pensé que iba a traer al niño. Eso hubiera supuesto un obstáculo muy feo. ¿El niño llorando en su asiento en el coche mientras sus padres están muertos dentro de la casa? No tiene buena pinta. De todas maneras, estará aquí enseguida así que será mejor que vaya a buscar esa arma. No te preocupes, cariño. Todo esto terminará pronto.”

Se puso de pie y se fue arriba, donde por lo visto había ocultado su arma ilegal. Cuando tuvo la certeza de que él ya estaba en el segundo piso, Jessie maniobró con el clip para rascar con su borde afilado la cinta adhesiva que le tenía maniatada. Parecía bastante afilado, pero como tenía dificultades para mantenerlo bien sujeto, la cosa iba lenta. Apenas había hecho un rasguño en un extremo cuando escuchó a Kyle bajando por las escaleras como una manada de elefantes. Dejó de cortar, escondió el clip entre las palmas de sus manos, y elevó la vista.

“¿Sigue inconsciente?” le preguntó, mirando brevemente a Mel cuando llegó abajo. “Genial. No necesitamos más complicaciones. Imagino que tendré que dispararle primero a Teddy, en vista de que él es la única amenaza real en este momento. Creo que voy a hacer que venga aquí a recoger a Mel. Entonces me acerco mucho a él y le disparo en las tripas. Tiene que dar la impresión de que estábamos peleando cuerpo a cuerpo. No sé si importa si mato a Mel o a ti después. Creo que les voy a decir a los polis que acabó enterándose de su infidelidad con Natalia y que amenazó con ir a la policía así que se vio

obligado a matarla a ella también. A lo mejor nos la cargamos primero a ella porque ese es más bien un crimen de pasión. Él le dispara en el pecho en un instante de pánico enloquecedor. Entonces te mata a ti como amenazó que haría. Eso es más metódico. Te disparará en la cabeza como castigo para mí por no guardar su secreto. Después tengo que encontrar la manera de dispararme a mí mismo sin que sea obvio que lo hice yo. Tengo que sujetar el arma a la distancia adecuada para que parezca que lo hizo *él* mientras yo corría a su encuentro. O quizá pueda pegar el gatillo a algo. Sabes qué—ya me figuraré qué hacer más tarde. Tengo unos cuantos minutos después de que estéis todos muertos antes de llamar al nueve-uno-uno. A veces hay que improvisar, ¿no es cierto, cariño?”

Kyle le miró como si estuviera esperando a que le respondiera de verdad. Cuando no obtuvo respuesta, se encogió de hombros, agarró a Mel por debajo de las axilas, y la arrastró hasta donde estaba Jessie en el sofá.

“No puede estar cerca de las salpicaduras de sangre de mi ‘enfrentamiento’ con Teddy. Puede que alguien reúna todas las piezas.”

Desde el patio de su garaje, centelleó una luz a través de las cortinas del comedor.

“Oh, parece que ya está aquí,” dijo Kyle entusiasmado. “¡Que comience el espectáculo!”

## CAPÍTULO TREINTA Y DOS

En el instante que él desapareció de su vista, Jessie empezó a cortar la pequeña incisión que ya le había hecho a la cinta adhesiva. A cada pocos cortes, separaba con fuerza sus muñecas, con la intención de expandir el rasgado.

“Ya viene hacia el garaje, cariño,” gritaba Kyle en un susurro sonoro desde la otra habitación. “Esto es tan intenso, que creo que puede que me mee en los pantalones. Quizá haga eso después de que me dispare. Puede que así resulte más realista.”

Jessie casi se había librado de sus ataduras, pero le preocupaba que el último corte de la cinta adhesiva fuera demasiado ruidoso y Kyle lo oyera. Entonces escuchó las pisadas de Teddy en el porche y se le ocurrió una idea. Esperó. Sonó el timbre y en ese momento tiró de sus muñecas con todas las fuerzas que pudo reunir. La cinta se rompió ruidosamente, y sus manos quedaron libres. De inmediato, se puso a trabajar en la cinta que tenía alrededor de sus tobillos.

“Eh, amigo,” oyó decir a Kyle al abrir la puerta. “Siento mucho todo esto. Ya sé que no querías dejar a Daughton solo en casa, pero estarás de vuelta en un minuto.”

Jessie cortó la cinta con todas sus ganas. Esta vez fue mucho más fácil ya que podía agarrar bien el clip del dinero y poner todas sus energías en ello.

“Pensé que a lo mejor estarías afuera esperando con ella,” dijo Teddy, “para que pudiera simplemente meterse al coche y salir pitando de aquí.”

La cinta se soltó y Jessie se puso de pie, utilizando el apoyabrazos del sofá en busca de equilibrio. Buscó a su alrededor en busca de cualquier cosa con la que pudiera defenderse.

“Oh, no, qué va. Como te dije, no quería dejar sola a Jessie en ningún momento. Mel está en el sofá de la sala de estar con ella. Le está vigilando mientras tanto. Tendrás que llevártela en brazos.”

La mirada de Jessie recayó en el atizador de la chimenea. No era perfecto, pero era pesado y era mejor que nada. Se escabulló por detrás del sofá y lo sacó sigilosamente de su soporte.

“De acuerdo,” dijo Teddy, su voz cada vez más cercana y creando un ligero eco al entrar al recibidor. “Hagámoslo deprisa entonces.”

Jessie atravesó corriendo la sala de estar y entró a la cocina lo más sigilosamente que pudo. Sabía que Kyle dirigiría a Teddy a la sala de estar del

mismo modo que había hecho con Mel, para poder caminar por detrás de él y mantener su ventaja.

“Está ahí dentro,” dijo Kyle. “Deja que cierre la puerta para que no entren bichos. Voy por detrás de ti.”

Jessie dobló la esquina de la cocina y atisbó a tiempo de ver caminar a Teddy por el pasillo hasta la sala de estar. Kyle iba unos pasos por detrás de él, con su mano derecha sujetando el arma a sus espaldas.

Jessie miró la puerta principal. Durante un segundo, estuvo tentada de salir corriendo. La casa de Kimberly estaba al otro lado de la calle. O si Teddy se había dejado las llaves puestas en el coche, podía montarse y salir a toda pastilla de allí.

Sin embargo, eso significaría la muerte casi segura para Teddy y Mel. Y si morían, en esta ocasión ella sería parcialmente responsable. Además, ya estaba cansada de huir.

“Hola, Mel, ¿cómo estás?” preguntó Teddy al doblar la esquina que daba a la sala de estar. “¿Qué d...?”

Jessie sabía que ya había debido de ver a su mujer tirada inconsciente sobre el sofá. Kyle dobló la esquina justo después que él. Jessie caminó rápidamente y de puntillas detrás suyo, sabiendo que, en el momento que se supiera que se había escapado, perdería su ventaja.

“Lamento esto, amigo,” escuchó decir a Kyle y se dio cuenta de que todavía no había mirado al sofá. Tenía la atención concentrada en su amigo, al que estaba a punto de disparar. “Me gustaría explicártelo, pero es complicado.”

Jessie sabía que Kyle podía disparar en cualquier momento y echó a correr, levantando el atizador por encima de su cabeza. Kyle debió de darse cuenta de que algo andaba mal porque escuchó algo parecido a un “¿qué?” antes de que apareciera su cabeza desde detrás de la pared.

Estaba a menos de un metro y le golpeó con el atizador lo más fuerte que pudo. Sus ojos se abrieron de par en par y volteó el arma, que tenía apuntada a Teddy, en dirección a ella. Le dio en toda la coronilla al mismo tiempo que escuchaba cómo se disparaba el arma.

Al empotrarse contra su marido, escuchó cómo se rompía un cristal en mil pedazos por detrás suyo y supo que no le había acertado. Cayeron al mismo tiempo y ella acabó encima de él, que interrumpió su caída. Rodó hasta ponerse de espaldas y vio que Kyle estaba mareado, pero no inconsciente.

Le corría la sangre por el rostro, procedente de la herida que tenía en la cabeza. A pesar de eso, se puso de rodillas junto a ella y se acercó al atizador

que se le había caído a Jessie de las manos. Agarrándolo por el mango, lo elevó por encima de su cabeza y fue a golpear la cara de Jessie.

Ella se las arregló para elevar las manos en el aire y defenderse del atizador. Un momento después, sintió una quemadura ardiente en su costado izquierdo. Gimió ante el repentino dolor. Antes de que pudiera procesarlo del todo, vio que Kyle levantaba el atizador una segunda vez. Supo que no le quedaban las fuerzas suficientes como para defenderse de otro golpe.

Al elevar los brazos de nuevo, percibió un movimiento borroso por el rabillo del ojo antes de que todo explotara en una nieblina de cristal brillante. Sintió cómo el cuerpo de Kyle aterrizaba pesadamente sobre su pecho. Mirando hacia él, vio que estaba inconsciente.

Elevó la vista para encontrarse con la mirada fija de Teddy, que estaba boquiabierto. En sus manos ensangrentadas tenía esquiras del jarrón del tapete, el que previamente había considerado por un momento para cortarse las ataduras. Intentó hablar, pero la cinta adhesiva le seguía cubriendo la boca. Se la quitó de un tirón, ignorando la piel en carne viva que había debajo.

“Quería matarnos a todos,” dijo con voz rasposa. “Mató a esa Natalia. Y ahora nos iba a matar a nosotros.”

Parecía que Teddy se hubiera quedado sin palabras. Finalmente, consiguió murmurar solamente una.

“¿Por qué?”

“La verdad es que esa no es la cuestión más importante ahora mismo, Teddy,” dijo, sintiéndose mareada de repente. “Llama a la policía. Y asegúrate de que no se despierte antes de que lleguen aquí. Estuvo a medio segundo de dispararte y lo intentará de nuevo si tiene oportunidad.”

“De acuerdo,” dijo Teddy, “pero Jessie...”

“¿Sí?”

“Estás sangrando bastante.”

“¿Qué?” dijo ella, ahora más consciente de la sensación ardiente en su costado izquierdo. Bajó la vista y vio que le salía sangre de las entrañas. Estaba bajando las manos para hacer presión sobre la herida cuando sintió cómo se caía hacia delante y todo se oscureció.

\*

Estaba en el mismo hospital de antes y se preguntó si también estaría en la misma habitación. La pintura y la distribución de la habitación eran idénticas.

Jessie ya llevaba despierta una media hora y todavía no había conseguido

ninguna respuesta. Los médicos y las enfermeras no le hablaban de otra cosa más que del atizador que le había hecho una ruptura en el abdomen izquierdo, que no le había tocado ningún órgano importante, y que con el tiempo se recuperaría del todo.

“¿Puede decirme alguien lo que está pasando?” exigió con una voz ronca por la que debía ser la cuarta o quinta vez. “¿Han detenido a mi marido? ¿Está bien Melanie Carlisle?”

“Ya te dije,” dijo una enfermera claramente irritada, “que no tenemos permitido darte ninguna información adicional hasta que las autoridades hayan hablado contigo. Hay varios detectives hablando afuera ahora mismo. Estoy segura de que alguno de ellos entrará enseguida para hablar de la situación contigo.”

Salió de la habitación, dejando a Jessie con la televisión sin volumen, una boca que parecía estar llena de algodón, un dolor apagado en su costado izquierdo, y una vía intravenosa en su brazo derecho. Estaba bastante segura de que esa era la razón de que se sintiera ligeramente embriagada.

Se abrió la puerta para que apareciera alguien a quien realmente se sorprendió de ver. Mirandola con una mezcla de simpatía y admiración estaba el Detective Ryan Hernández del departamento de policía de Los Ángeles, distrito central.

“¿Qué haces aquí?” dijo Jessie con voz cascada.

“Qué bonito,” le contestó él, sacudiendo la cabeza. “Vengo hasta aquí desde el centro de Los Ángeles ¿y este es el recibimiento que me das?”

“Lo siento, es que estoy confundida.”

“Bueno, te acuchillaron con un atizador,” reconoció él. “Así que te voy a pasar eso por alto. Te llamé de vuelta y no tuve noticias. Así que te llamé de nuevo—nada de nuevo. Llamé una tercera vez y cuando no supe nada de ti, me preocupé un poco. Así que, aunque me sentía un tanto incómodo al respecto, di un paso extra e hice que rastrearan tu teléfono por GPS y descubrí que estabas en este hospital. Imaginé que me podía pasar por aquí, y parece que fue la decisión correcta.”

“Oh,” dijo Jessie, que entendió la mayor parte de lo que había dicho a pesar de sentirse un tanto tocada. “¿Quiere decir eso que me puedes decir lo que está pasando?”

“Creo que sí, pero deberías saber que no soy el único que está aquí para hablar contigo. Hay unos cuantos detectives locales afuera que tienen unas cuantas preguntas que hacerte. Conseguí retrasarles un poco con la excusa de



que querrías ver una cara medio amistosa cuando te despertaras.”

“Te lo agradezco,” dijo Jessie, tratando de incorporarse para dar un trago al agua con su pajita. “Siempre es agradable ver una cara medio amistosa. ¿Puedo hacerte una pregunta?”

“Claro,” dijo el Detective Hernández mientras se acercaba a su lado y le ayudaba a incorporarse para que pudiera beber con más facilidad.

“¿Por qué necesitabas una ‘excusa’ para hablar conmigo?”

“Ah, se te quedó esa palabra grabada, ¿eh? Esta es la cuestión: los detectives de afuera se encontraron una grabación de sonido en tu teléfono. Es bastante definitiva. La confesión de tu marido es de las más evidentes que me he encontrado jamás.”

“¿Viste el video?” preguntó Jessie.

“¿Video?”

“Encontré metraje de video del barco donde mató a Natalia. Aparece él depositando el cadáver junto a mí mientras estaba inconsciente en una cama, entre otras cosas.”

“No vi nada de eso,” dijo Hernández. “Pero les hablaré a los chicos de ello. Eso también ayudará.”

“Y aun así, todavía necesitas una excusa,” le recordó Jessie.

“Exacto. Sería inapropiado que te dijera demasiado, pero solo quería que supieras que tu marido está diciendo que fuiste cómplice después de los hechos; que estuviste de acuerdo en tirar el cadáver de la chica. De hecho, sugiere que fue idea tuya y que tú le dijiste dónde arrojarlo.”

Jessie estudió cuidadosamente a Hernández. Quería creer que él estaba de su parte, que estaba intentando ayudarle, quizá hasta advertirle. Pero en los últimos tiempos, no sentía que pudiera confiar en nadie más que sí misma para velar por sus intereses.

“¿Y hay algún profesional medio decente de las fuerzas de la ley que se crea esa historia?” preguntó, asegurándose de sonar lo más despectiva posible.

“Creo que no,” dijo Hernández. “Ha hilvanado tantas historias diferentes, incluyendo unas cuatro historias diferentes sobre esa grabación de sonido en tu teléfono, que sería difícil tomar nada más de lo que dice en serio.”

“Y entonces, ¿por qué tengo esta sensación de inquietud al mirarte, Detective Hernández?”

“Es solo que ya he visto su entrevista unas cuantas veces,” dijo, sin mirarla directamente a los ojos. “Y está claro que es un mentiroso patológico,

probablemente un sociópata.”

“¿Pero...?”

“Pero cuando hablaba sobre que tú conocías el plan para arrojar el cadáver y que no te opusiste, había un tono ligeramente distinto en su voz, algo casi lastimero y que rayaba en lo creíble.”

“¿Qué es lo que estás diciendo?” preguntó Jessie, sintiendo cómo un hilo de temor reptaba dentro de su pecho a pesar de los medicamentos para tenerla contenta.

De repente, el detective Hernández dejó de evitar el contacto visual y le miró directamente a los ojos, sin pestañear. Y en ese momento, Jessie supo que él presentía que parte de lo que había dicho Kyle era cierto.

“Seguramente no sea nada,” dijo tras un momento de silencio. “El tipo cuenta mentiras como la mayoría de la gente respira. Solo pensé que deberías saberlo. De todos modos, tu amiga Melanie se está recuperando. Tiene una concusión, pero por lo demás está bien. Su marido está bien, aunque parece que no le entra en la cabeza lo que ha sucedido. No es que sea el tipo más brillante del lugar. Utilicé tu teléfono para mirar tus últimas llamadas y hablé con tu amiga Lacey. Está en la sala de espera y vendrá a visitarte cuando los detectives terminen contigo. Por lo que tengo entendido, pasarás aquí al menos esta noche en observación, quizá un par de noches. Para entonces, deberías poder regresar a casa, o a donde sea que te sientas cómoda. Entretanto, te dejaré descansar.”

“Gracias, Detective. Te lo agradezco.”

“No hay problema,” dijo él mientras salía por la puerta. “Y llámame Ryan.”

Jessie asintió y él se marchó. Cerró los ojos, permitiéndose un momento de descanso antes de que entraran los demás detectives. Pero se le caían los párpados y no tenía muchas ganas de abrirlos en algún tiempo. Los otros detectives tendrían que esperar un poco más.

## CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Una semana después, Jessie salía del ascensor del edificio de apartamentos donde vivía Lacey en el centro de Los Ángeles y caminaba lentamente por el recibidor, utilizando su bastón cuanto menos le fuera posible.

Le hizo un gesto de saludo al guardia de seguridad, que sostuvo la puerta abierta para dejarla salir. Una fría ráfaga de aire de noviembre le golpeó la cara y hundió su cabeza para evitar todo el furor del viento en su rostro. Consideró brevemente regresar al cálido apartamento de Lacey, donde tenía una amplia habitación para invitados para ella solita.

Sin embargo, los médicos le habían dicho que cuanto más saliera y caminara, más rápidamente se recuperaría de la puñalada.

*Me dieron una puñalada.*

Sacudió la cabeza con incredulidad ante ese pensamiento, y después lo pensó mejor. Después de todo, había estado tratando con muchas cosas increíbles estas últimas semanas. Se había enterado de que su compañero de casi una década era un asesino sociópata que le había incriminado en un asesinato. Aun así, ella no se había dado cuenta en absoluto de su carácter real, lo que ponía en duda lo buena que podía llegar a ser como psicóloga forense.

*¿Siempre fue así? ¿Tan despistada fui? ¿Era tan bueno ocultándomelo? ¿O es algo que escaló con el tiempo?*

Estas preguntas le reconcomían constantemente. Por supuesto, durante su sesión con la doctora Lemmon el día previo, la terapeuta le había dicho que no se reprendiera demasiado; que con frecuencia tenemos dificultades para ver las pistas en los que están tan cerca de nosotros. Le recordó de nuevo lo que había dicho Bolton Crutchfield en su última reunión cuando le había aconsejado que confiara en sus instintos.

“Quizá no seas tú la que tenga que estar revuelta,” le había dicho. Por lo visto, lo había sabido desde el principio.

Continuó caminando, recorriendo la calle en dirección a la cafetería de la esquina, ignorando el viento que le movía los mechones de cabello sueltos por toda la cara. No le importaba. A pesar de los cañones de viento creados por los rascacielos del centro urbano, había algo que resultaba reconfortante en estar de vuelta en su antiguo vecindario.

Ahora que estaba de vuelta en su entorno familiar, le parecía que su vida en Westport Beach no era más que un mal sueño. Y, aun así, había sido real. Unas

esposas que soportaban las infidelidades de sus maridos porque no tenían la libertad financiera para decirles que no lo hicieran. Unas mujeres que habían aparcado sus sueños para satisfacer las exigencias de sus parejas egoístas. Y casi acaba siendo una de ellas. Solo que en su caso era mucho peor. Había sido manipulada para ir en esa dirección por un sociópata que estaba dispuesto a matar por la vida que deseaba. Si no llega a ser por unas cuantas cosas que le ayudaron a ver la luz, podía haber acabado viviendo junto a él toda su vida sin darse cuenta de nada.

No obstante, esa vida se había terminado. Enseguida estaría soltera de nuevo. Y a pesar de que, en ocasiones, el dolor de haber perdido a su bebé le abrumaba con una sensación dolorosa de vacío, se recordaba a sí misma que esta era una oportunidad para empezar de nuevo. Quizá un día pudiera comenzar una familia como a ella le pareciera.

Esa idea le revitalizaba mientras se movía lentamente por la calle. Aquí era donde quería estar para recomenzar su vida. Mientras navegaba por las aceras abarrotadas de gente, protegiéndose los ojos de la luz del sol que rebotaba en el cristal de una torre cercana, hasta se vio agradeciendo el hedor que emanaba de una alcantarilla próxima y la bofetada del humo del tubo de escape procedente de un camión de reparto. Estaba en casa.

No sabía cuánto tiempo se quedaría en casa de Lacey, aunque tenía una invitación abierta. De uno u otro modo, se iba a quedar en la zona. Todavía tenía que vender la mansión en Westport y su abogado le había dicho que no podría hacerlo hasta que condenaran a Kyle, lo que esperaban que sucediera en seis o nueve meses.

Con todas las pruebas que había contra él, todo el mundo estaba de acuerdo en que tenían un caso infalible. Estaba la grabación de sonido de Jessie, junto con el testimonio de Teddy. Excepto el Detective Hernández (o Ryan, por lo visto), nadie había mencionado la declaración que había hecho su marido de que ella fuera cómplice en el plan para tirar el cadáver al agua. Seguramente acabaría saliendo en el juicio, pero quizá no. Después de todo, no era una coartada, solamente una excusa. Y teniendo en cuenta que él le había drogado, provocándole el aborto, hasta esa excusa despertaba dudas.

Como consecuencia, las cosas iban cada vez mejor. Las autoridades habían descubierto el anillo de prostitución que operaba en el Club Deseo, que se rumoreaba estaba a la venta a precio de saldo. Las prácticas de Jessie habían terminado y había aprobado la clase de Hosta, lo que quería decir que obtendría su diploma de graduación el próximo mes.

Ya estaba recibiendo ofertas para hacer de asesora en casos de varias agencias de las fuerzas de la ley locales y también estaba jugueteando con la idea de solicitar su entrada al programa de formación de diez semanas de la Academia Nacional del FBI. Tenía pensado revisar sus opciones durante las vacaciones.

Cuando acabara vendiendo la casa, sería lo bastante independiente financieramente como para no tener que preocuparse mucho del salario a la hora de elegir su puesto de trabajo. Y eso ni siquiera tenía en cuenta lo que obtendría del divorcio que tenía pendiente. Puede que acabara teniendo los recursos y el tiempo libre como para investigar al Panel y descubrir, entre otras cosas, por qué habían estado tan dispuestos a dejarle interactuar con Bolton Crutchfield.

Por lo demás, siempre y cuando no pensara demasiado en Natalia—cuyo apellido había llegado a saber era Urgova—siendo arrojada del barco para sumergirse en las frías aguas del Océano Pacífico, se encontraba bien. De vez en cuando se le aparecía la imagen, pero generalmente, podía alejarla de su mente. Lo cierto es que tenía imágenes mucho peores atascadas en su mente.

Cuando salió de la cafetería, con su taza de café en la mano, se debatió entre regresar al apartamento o vagabundear un poco. Antes de que pudiera tomar una decisión, sintió una mirada sobre ella y se dio la vuelta.

Para sorpresa suya, se encontró con la oficial Kat Gentry a dos metros de distancia, mirándola fijamente. Le pilló desprevenida así que se tambaleó hacia atrás, perdiendo el equilibrio. Gentry se adelantó rápidamente y le agarró por el antebrazo, ayudándola a recuperar el equilibrio.

“Lo siento,” dijo Gentry. “No quería asustarte.”

“¿Qué haces aquí?” preguntó Jessie perpleja. “¿No queda esto un tanto lejos de tu jurisdicción?”

“Un poco,” dijo Gentry. “Pero no estoy aquí en misión oficial. Nos enteramos de lo que te pasó y quería asegurarme de que estabas bien. Cortez estaba especialmente preocupado.”

Gentry se echó a reír un poco al decir la última frase, con lo que logró que Jessie se sintiera más cómoda.

“Eso es muy dulce, pero tengo la clara sensación de que eso solo es una excusa y que tienes otra razón para venir a verme.”

Gentry le lanzó una mirada larga y dura, como si estuviera pensando si era mejor sincerarse o despedirse sin más.

“Sabes, puede que acabes siendo bastante buena en tu trabajo. Es decir,

siempre que ninguno de los demás casos implique a tu ex. Parece que tienes un punto ciego en ese sentido.”

“Oficial Gentry,” dijo Jessie, “no estoy segura de que nos conozcamos lo bastante bien como para que gastes esas bromitas descaradas a mi costa.”

“Seguramente no. Supongo que estoy haciendo tiempo,” dijo Gentry mientras sacaba un sobre del bolsillo de su chaqueta y se lo entregaba. Era de esos baratos y blancos y no tenía nada escrito encima.

“¿Qué es esto?” preguntó Jessie.

“He estado pensando si dártelo o no mucho tiempo, pero al final decidí que era mejor ir a lo seguro.”

“Estás siendo un tanto misteriosa,” dijo Jessie, tomando el sobre.

“Es de Bolton Crutchfield. Dijo que tenías que enterarte de algo. Dijo que estabas en peligro. Y que esto te convencería de que estaba diciendo la verdad.”

“¿Le crees?” preguntó Jessie al tiempo que rasgaba el sobre para abrirlo.

“Llevo algún tiempo trabajando con el tipo. Me odia, jamás ha dicho nada sobre o directamente a mí sin algún desdén o sarcasmo en su voz. Pero cuando me pidió que te diera esto, por primera vez desde que le conozco, sonaba sincero. Creo que le caes bien, de una manera que no implica querer acabar contigo.”

“¿Escribió él esto?” preguntó Jessie, sacando la única hoja de papel que había dentro y desdoblándola.

“No. Dijo que provenía del hombre que le había visitado ese día, su mentor, el Ejecutador de los Ozarks. Dijo que este es el mensaje que dejó el hombre para ti.”

Jessie desdobló la página y se la quedó mirando fijamente. Sintió cómo se le enfriaba la sangre en las venas. Gentry echó un vistazo a las palabras que había en la página:

*YA NOS VEREMOS, BICHO.*

Gentry volvió la vista hacia Jessie, que tragó saliva y se recordó a sí misma que tenía que continuar respirando.

“¿Esto es del hombre que te secuestró?” le preguntó. “¿Del que mató a tu madre y a toda esa gente?”

Jessie asintió.

“Pero, ¿cómo puedes estar segura de que Crutchfield no te está tomando el pelo?” preguntó Gentry. “¿Cómo sabes que proviene del mismo tipo?”

“Porque él es el único que jamás me ha dicho esas palabras. Solía decirlas

todas las noches cuando me metía a la cama, antes de que todo se fuera al infierno.”

“Un momento, ¿qué?” dijo Gentry, confundida. “Que él te metía a la cama? ¿Cómo es eso posible?”

Jessie le devolvió la hoja de papel, con el cuerpo pulsando con un temor que no había sentido durante años, y se obligó a decir las palabras en voz alta.

“Porque es mi padre.”

**¡YA DISPONIBLE A LA PREVENTA!**



### **EL TIPO PERFECTO**

**(Thriller de suspense psicológico con Jessie Hunt—Libro Dos)**

**En EL TIPO PERFECTO (Libro #2), la perfiladora criminal novata Jessie Hunt, de 29 años, recoge los pedazos de su vida trastocada y sale de los suburbios para empezar una nueva vida en el centro de Los Ángeles. Sin embargo, cuando asesinan a uno de los ricos y famosos, Jessie, a quien han asignado el caso, se ve de nuevo en el mundo de los suburbios de imagen impoluta, a la caza de un asesino demente entre falsas fachadas de normalidad y mujeres sociópatas.**

Jessie, disfrutando de la vida de nuevo en el centro de Los Ángeles, está convencida de que ha dejado atrás su pesadilla suburbana. Dispuesta a dejar atrás su matrimonio fallido, consigue un puesto con el departamento local de policía, posponiendo su entrada a la academia del FBI.

Le encargan de un simple asesinato en un vecindario de lujo, un caso sencillo con el que dar los primeros pasos en su profesión. Sin embargo, sus jefes no



tienen ni idea de que hay más detrás de este caso de lo que nadie pudiera sospechar. No hay nada que le prepare para su primer caso, que le forzará a escudriñar las mentes de unas parejas acomodadas, suburbanas, que pensaba haber dejado atrás. Por detrás de sus cuidadas fotos familiares y sus setos bien cuidados, Jessie se da cuenta de que esta perfección no lo es tanto como parece.

Un thriller de suspense psicológico de ritmo trepidante con personajes inolvidables y suspense palpitante, EL TIPO PERFECTO es el libro #2 de una nueva serie fascinante que le hará pasar páginas hasta altas horas de la noche.

El Libro #3 de la serie Jessie Hunt—LA CASA PERFECTA—está ahora disponible a la preventa.



### **EL TIPO PERFECTO**

**(Thriller de suspense psicológico con Jessie Hunt—Libro Dos)**

¿Sabes que he escrito una multitud de novelas en el género de la novela de misterio?

Si no has leído todas mis series, ¡haz clic en las siguientes imágenes para descargar el primer libro de una serie!



## Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie de misterio éxito de ventas RILEY PAGE, que está compuesta de trece libros (y sigue creciendo). Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio MACKENZIE WHITE, compuesta de nueve libros (y que sigue creciendo); de la serie de misterio AVERY BLACK, compuesta de seis libros; y de la serie de misterio KERI LOCKE, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio THE MAKING OF RILEY PAIGE, compuesta de dos libros (y que sigue creciendo); de la serie de misterio KATE WISE, compuesta de dos libros (y que sigue creciendo); de la serie de suspense psicológico CHLOE FINE, compuesta de dos libros (y que sigue creciendo); y de la serie de thriller suspense psicológico JESSE HUNT, compuesta de dos libros (y que sigue creciendo);

[UNA VEZ DESAPARECIDO](#) (Un misterio de Riley Paige—Libro #1), [ANTES DE QUE MATE](#) (Un Misterio con Mackenzie White—Libro #1), y [CAUSA PARA MATAR](#) (Un misterio de Avery Black—Libro #1) y [UN RASTRO DE MUERTE](#) (Un Misterio Keri Locke --Libro #1), y [VIGILANDO](#)

(Las Vivencias de Riley Paige—Libro #1) están disponibles como descarga gratuita en Amazon!

Lector incansable y aficionado desde siempre a los géneros de misterio y de suspense, a Blake le encanta saber de sus lectores, así que no dude en visitar [www.blakepierceauthor.com](http://www.blakepierceauthor.com) para enterarse de más y estar en contacto.

## **LIBROS DE BLAKE PIERCE**

### **SERIE DE SUSPENSE PSICOLÓGICO JESSIE HUNT**

EL ESPOSA PERFECTA (Book #1)

EL TIPO PERFECTO (Book #2)

### **SERIE LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE**

VIGILANDO (Libro #1)

ESPERANDO (Libro #2)

### **SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE**

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

UNA VEZ CAZADO (Libro #5)

UNA VEZ CONSUMIDO (Libro #6)

UNA VEZ ABANDONADO (Libro #7)

UNA VEZ CONGELADO (Libro #8)

### **SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE**

ANTES DE QUE ASESINE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

### **SERIE DE MISTERIO AVERY BLACK**

CAUSA PARA MATAR (Libro #1)

CAUSA PARA CORRER (Libro #2)

### **SERIE DE MISTERIO DE KERI LOCKE**

UN RASTRO DE MUERTE (Libro #1)